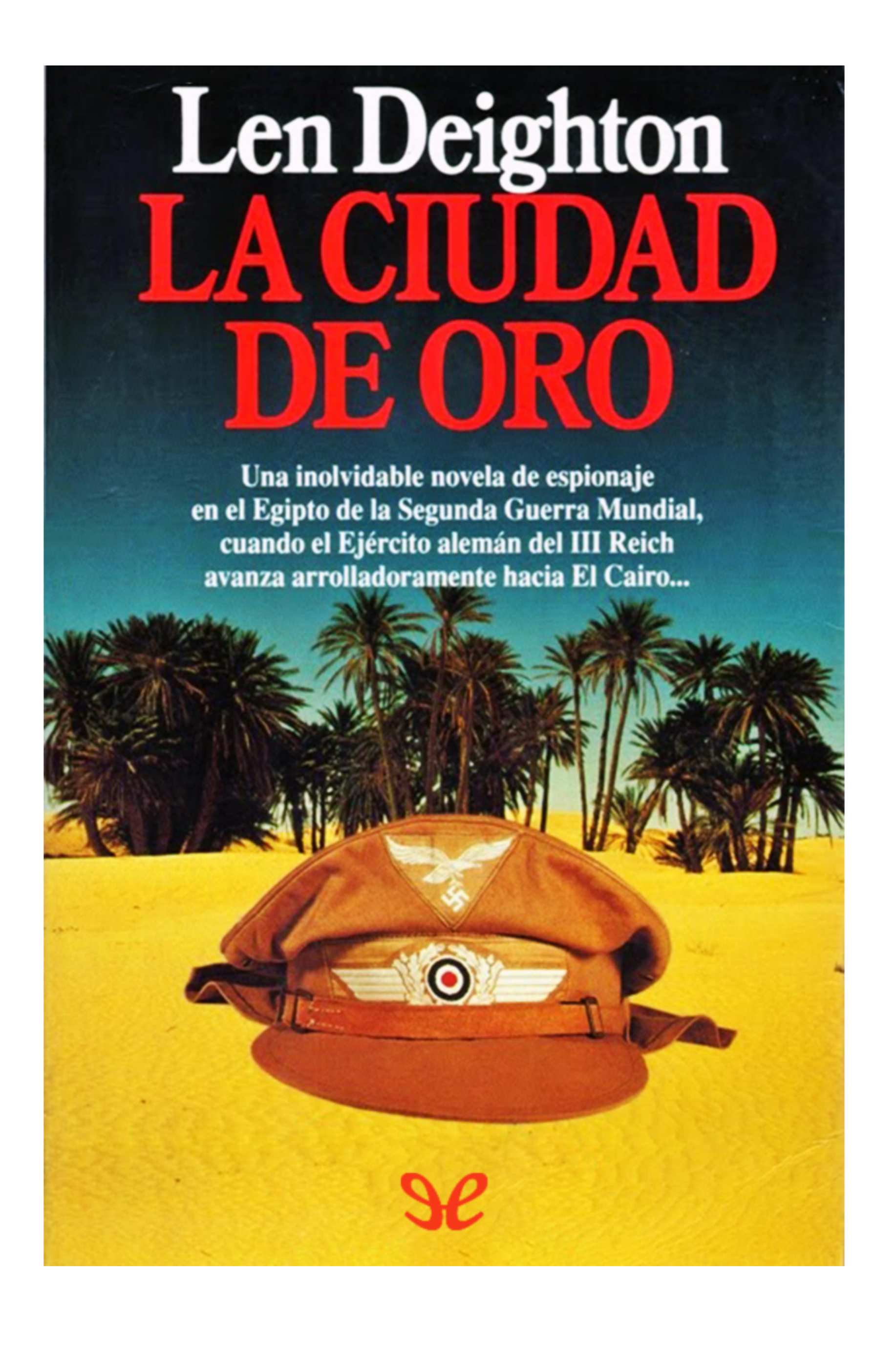

Len Deighton
LA CIUDAD
DE ORO
Una inolvidable novela de espionaje
en el Egipto de la Segunda Guerra Mundial,
cuando el Ejército alemán del III Reich
avanza arrolladoramente hacia El Cairo...

En la segunda guerra mundial en Egipto, cuando las tropas de Rommel, gracias a su acceso a los datos estratégicos de los aliados, avanzan arrolladoramente por el desierto.

El Cairo en 1942 es la capital de la monarquía egipcia, ocupada por el ejército inglés, en la que proliferan espías y desertores. En ese semillero de corrupción, espionaje y mercado negro, el capitán Bert Cutler, exoficial de la policía de Glasgow, tiene una misión concreta: descubrir al espía de Rommel y cortar el avance alemán hacia El Cairo.

Captando un momento crucial de la historia y trasladándose magistralmente al drama irónico y ambiguo de la vida, Len Deighton ha logrado una magnífica novela de intriga que se apodera del lector desde la primera página.



Len Deighton

La ciudad de oro

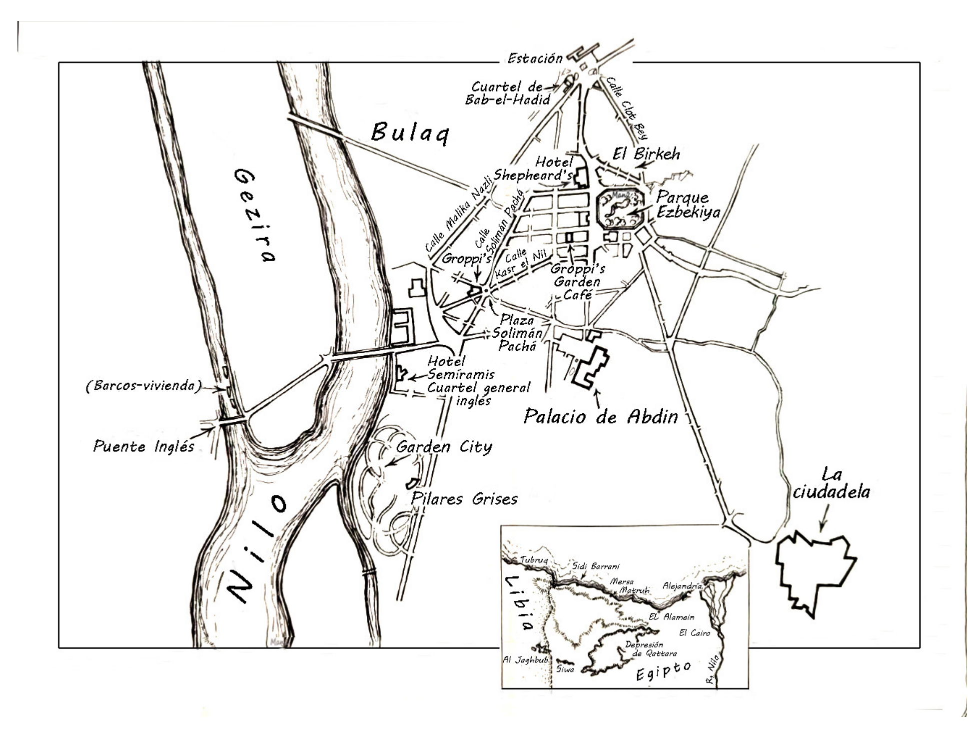
ePub r1.0

Titivillus 19-08-2023

Título original: *City of gold*
Len Deighton, 1992
Traducción: Francisco Martín
Diseño de cubierta: Hans Romberg

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Estación
Cuartel de
Bab-el-Hadid
Calle Clot Bey
Bulaq
El Birkeh
Hotel
Shepheard's
Parque
Ezbekiya
Gezira
Calle Malika Nazli
Calle
Solimán Pachá
Calle
Kasr el Nil
Groppi's
Groppi's
Garden
Café
Plaza
Solimán
Pachá
Hotel
Semíramis
Cuartel general
inglés
(Barcos-vivienda)
Palacio de Abdin
Puente Inglés
Garden City
Pilares Grises
La
ciudadela
Nilo
Tubruq
Sidi Barrani
Mersa
Matruh
Alejandría
Libia
El Alamein
El Cairo
Depresión
de Qattara
Al Jaghbub
Siwa
Egipto
R. Nilo

Dicen que el sargento es muy buen tío,
Vaya cuento.
Pídele permiso el sábado por la noche
Y hasta te pagará el billete para volver a casa.
Muchos soldados se han buscado la ruina
Escribiendo palabrotas en la pared,
En este lado del mar no te ascienden,
Así que animaos, chicos. ¡Benditos sean!

Canción de tropa

PRÓLOGO

En los últimos meses de 1941, el general Erwin Rommel —comandante de los ejércitos del Eje en el norte de África— comenzó a recibir mensajes secretos sobre las tropas británicas a que se enfrentaba, aunque le era desconocida la fuente de procedencia de los mismos. De hecho, el contenido de los mensajes que le hacían llegar estaba perfectamente desfigurado para impedir que pudiera detectarse su procedencia ni el modo en que se obtenían; pero eran unos mensajes de asombrosa exactitud en los detalles: fechas de llegada de los barcos de abastecimiento y su carga, dispositivo de las fuerzas aliadas de tierra y aire, estado de su moral y armamento, e incluso las posibles operaciones previstas.

Un historiador especializado comentó: «¡Y vaya mensajes que eran! En ellos se le facilitaba a Rommel una fidedigna y amplia panorámica de las fuerzas enemigas y sus proyectos como jamás un comandante del Eje había dispuesto en toda la guerra… Por efecto de la guerra de vaivén del norte de África, los ingleses habían logrado hacer retroceder a Rommel en el desierto… pero a partir del 21 de enero de 1942 éste contraatacó con tal potencia, que en diecisiete días volvía a hacerlos retroceder 480 kilómetros»[1].

1

El Cairo: enero de 1942

—Me gusta escoltar prisioneros —dijo el capitán Albert Cutler, repanchigándose y estirando las piernas en los asientos vacíos. Vestía un traje de lino color crema que se le había arrugado durante el viaje—. Cuando tengo que hacer un viaje largo en tren, procuro que todo vaya como la seda.

Era un hombre de rostro rubicundo, con marcado acento de Glasgow que no dejaba lugar a dudas sobre su procedencia; un hombre que afirmaba todo con rotundidad.

El que le acompañaba era Jimmy Ross. Este sí vestía de caqui y llevaba en las mangas las sardinetas de cabo. Era un escocés muy poco frecuente: un montañés de un pueblo de Wester Ross. Pero habían convenido de forma tácita zanjar sus diferencias en el breve tiempo que iban a pasar juntos, y habían hecho amistad gracias al ajedrez de bolsillo de Ross, ya que ambos jugaban por el estilo y habrían echado unas cincuenta partidas durante el viaje.

Cincuenta por lo menos, sin contar las demostraciones de movimientos que Cutler le había hecho con aire pedante: aperturas y mates de partidas famosas de renombrados campeones. Tenía una memoria excelente y las recordaba; a ello se atribuía su buen hacer como detective.

El tren era viejo, con esas elaboradas cenefas y calados tan caros a los eduardianos, y portaequipajes de latón pulimentado con borlas en los extremos y hasta espejo biselado con marco de caoba. En el techo había un ventilador que funcionaba mal y que, según el viento y la dirección del tren, dispersaba rachas de humo con hollín procedente de la locomotora. Lo hacía en aquel momento, y Ross tosió.

Se oía rumor de viajeros que deambulaban por el pasillo,

golpeando las paredes con los bultos y equipajes, rifles y equipos y hablando con esa voz cansada de quienes no han dormido. El tren iba abarrotado, pero no los veían porque el compartimiento llevaba bajadas las celosías, aunque la luz del sol se filtraba lo bastante por el lino, produciendo un extraño resplandor sin sombras.

—¿Y por qué le gusta eso de escoltar prisioneros? —dijo Jimmy Ross.

Tenía un leve acento escocés que sólo se notaba prestando atención; era delgado y moreno y más atlético que Cutler, pero ambos eran muy parecidos. Sus semejanzas sociales —inteligentes, clase obrera, bachilleres sin posibles para ir a la universidad— habían hecho que más de una vez intercambiasen miradas que decían de buena me he librado, o expresiones por el estilo.

—Voy vestido de paisano, tengo un compartimiento para mí solo; sitio para poner los pies y holgura para estirarme y dormir. Nadie nos ha molestado, ¿no es cierto? Me gusta el viaje así, y más en estos trenes —respondió Cutler alzando unos centímetros la cortina de la ventanilla para mirar el paisaje. Los cristales que daban al pasillo llevaban pegados anuncios con el escudo real llenos de estampillas borrosas y firmas del delegado del capitán de maestranza con la mención compartimiento reservado en grandes letras negras. Nadie habría osado molestarles.

Al alzar la celosía irrumpió en el compartimiento la cegadora luz del sol, y el olor de excremento esparcido en las tierras de labor como abono. Cutler parpadeó. Se veía un paisaje verde; polvoriento, como todo lo demás, pero muy verde. Era Egipto en invierno: la región fértil.

El tren traqueteaba con estruendo; no iba muy deprisa. Los trenes egipcios nunca iban deprisa. Los hombres escuálidos de piel oscura que discurrían en burro junto a la vía, les miraban. En los campos, había mujeres agachadas escardando entre los surcos, avanzando en fila como soldados.

—Todavía falta mucho —dijo Cutler, mirando su reloj y volviendo a bajar la cortinilla.

Cuando llegasen a El Cairo se separarían. Cutler, el policía del ejército, iría a su nuevo destino en el cuartel general de la División Especial de Investigación para Oriente Medio, y Jimmy Ross iría a parar a un pestilente «invernadero» del ejército; sabía que iba a

pasarlo muy mal aguardando el consejo de guerra; la cárcel militar de El Cairo tenía mala fama. Una vez juzgado y condenado, le enviarían a una prisión militar en el desierto. Sonreía entristecido, y Cutler le compadecía. No había sido un mal viaje. En definitiva, dos escoceses siempre acaban por entenderse.

—¿Nunca le han atacado? —inquirió Ross.

—¿Cómo, atacado?

—Los presos. ¿No se desesperan al verse detenidos?

—Usted no me haría ningún mal, ¿no es cierto? —replicó Cutler, sofocando la risa.

Su edad vendría a ser la misma, igual que su contextura. Cutler no tenía miedo del preso, y, aunque ya lucía algo de barriga, se sentía físicamente superior. En Glasgow, como todo joven policía, había aprendido a defenderse en cualquier trifulca.

—No soy hombre violento —dijo Ross.

—¿Ah, no? —replicó Cutler riendo y pensando en que escoltaba a un hombre acusado de homicidio.

—Se lo había buscado. Era un malnacido —añadió Ross, leyendo sus pensamientos.

—Lo sé, muchacho.

Se daba cuenta de que Jimmy Ross era un buen tipo. Había leído su declaración y la de los testigos. Ross era el único suboficial de la unidad, y el oficial era un imbécil que habría sido capaz de matar a sus hombres y había tenido la bárbara ocurrencia de esgrimir la pistola contra ellos. Pero Cutler estaba inclinado a suponer que el hecho de que el muerto fuese un malnacido no contaría para nada. Ross era «clase de tropa» y había matado a un oficial: eso era lo que contaba. Estando en guerra y por hallarse en servicio activo, le podía caer una buena. Suerte tendría si se libraba con veinte años de trabajos forzados. Mucha suerte. Porque podían condenarle a muerte.

Jimmy Ross leía sus pensamientos. Iba sentado, esposado, con la cabeza gacha, mirando su uniforme caqui y tocando la basta tela. Al alzar la vista, vio que Cutler torcía el gesto.

—¿Se encuentra bien, capitán?

Cutler no se sentía bien.

—¿Has comido ese pollo frío, muchacho?

Cutler había adoptado la costumbre de llamar muchacho a la

gente, y como inspector de policía en Glasgow era su manera preferida de dirigirse a cualquiera. Nunca llamaba a los presos por su nombre para no alentar en ellos esperanzas. Otros polis de Glasgow solían decir «señor», pero él no era tan deferente.

—Bien sabe lo que he tomado —contestó Ross—. Un emparedado de queso.

—Algo me ha sentado mal —añadió Cutler.

—La botella de *whisky*.

Cutler sonrió entristecido. Hacía casi una semana que no bebía. Eso era lo malo de escoltar a un preso.

—Alcánzame el maletín, muchacho —dijo, frotándose el pecho —. Voy a tomarme un par de pastillas, que no quiero presentarme en mi nuevo destino y darme de baja nada más llegar —añadió, repanchigándose en el asiento y estirando las piernas cuanto podía. De pronto, su rostro se había puesto alarmantemente ceniciento; hasta los labios tenía pálidos, la frente bañada en sudor, y parecía estar a punto de vomitar.

—Entonces, es un buen empleo, ¿no? —inquirió Ross, como si no advirtiese lo indispuesto que estaba, levantándose para coger del portaequipajes la bolsa con las manos esposadas, y sin dejar de mirar a Cutler mientras la abría.

Al policía le temblaban de tal modo las manos, que le costó meter la llave en el cierre. Una vez abierto, Ross alargó la mano, cogió el frasco y lo agitó para sacar las pastillas, de las que Cutler se echó dos en la palma de la mano, tragándoselas sin agua; por lo visto, no acababa de tragar bien la segunda, pues sus rasgos se tensaron como si estuviera ahogándose, y frunció el ceño haciendo esfuerzos para deglutirla. Luego, se frotó el pecho y esbozó una breve sonrisa desabrida, como dando a entender que ya estaba bien. Había comentado que padecía de indigestión; gajes del oficio. Ross siguió de pie mirándole. No habría sido difícil golpearle en la cabeza con las manos, dándole con las esposas. Lo había visto en una obra de teatro.

Por un instante, Cutler se sintió mejor y trató de sobreponerse.

—Tengo que descubrir a un espía en El Cairo. Claro que no lo encontraré, pero cumpliré lo mejor posible —dijo cerrando el maletín—. Déjalo ahí, que quiero cambiarme de pantalón antes de llegar. Es lo malo que tiene el lino, que se arruga. Quiero estar

presentable. La primera impresión es la que cuenta.

Ross volvió a sentarse, mirándole con esa curiosidad y distanciada preocupación con que los sanos miran siempre a los enfermos.

—¿Y por qué no va a poder encontrarle? —inquirió, convencido de que, aunque él estuviera detenido, los ingleses ganarían la guerra y de que aquel Cutler debía esforzarse más—. ¿No dice que es detective?

—¡Ah, sí, en Glasgow, antes de la guerra! Brigada de Investigación Criminal. Y bien bueno que era. Por eso me dieron el grado de oficial en el ejército nada más ingresar en filas; porque yo no he hecho ningún cursillo de oficial. Pero necesitaban detectives con experiencia y me destinaron al cuerpo de Policía Militar de Mytchett. Allí pasé dos semanas para aprender a desfilar, saludar y lo básico del código militar y los consejos de guerra. Después, me enviaron aquí.

—Ya.

Cutler se puso a la defensiva.

—¿Qué posibilidades tengo? No yo, sino cualquiera… No pueden localizarle con detectores de radio, no creen que sea un refugiado y han agotado todos los métodos habituales de investigación —lo decía con toda franqueza, de un modo en el que no había hablado con nadie hacía mucho tiempo. Pero con alguien que no vas a volver a ver se podía hablar en aquellos términos—. El sitio a donde me mandan es una extraña ciudad llena de árabes, destinado al cuartel de Bab-el-Hadid. Allí no hay nadie… Quiero decir que no hay nadie que yo conozca y yo sé los nombres de los buenos polis. Es un cuartel de militares —añadió en tono despectivo, despechado contra el ejército—. Militares, un par de abogados y ningún policía, que yo sepa, al menos. Ésa es la impresión que tengo. Y árabe no hablo. Esa lengua es un galimatías. ¿Cómo voy a escuchar una declaración ni hacer gestiones?

Dicho lo cual, desplazó muy despacio y con cuidado las piernas para volver a poner los pies en el suelo, inclinándose hacia adelante y suspirando. Parecía sentirse mejor, pero Ross advirtió que lamentaba haber abierto su corazón a un desconocido.

—Entonces, ¿por qué se lo han encomendado a usted? —inquirió.

—Ya sabes cómo es el ejército. Yo soy un detective y es lo único que cuenta para ellos. Para los jefazos, los detectives son como artilleros, panaderos o metalúrgicos. Todos iguales. No comprenden que la investigación es un arte.

—Es cierto. En el ejército no eres más que un número —dijo Ross.

—Piensan que encontrar espías es cómo encontrar ladrones o carteras perdidas. Y de nada vale explicarles la diferencia. Los militares se creen que lo saben todo. No serás militar de carrera, ¿verdad? —añadió de pronto.

—No.

—No, claro. ¿Qué hacías antes de la guerra?

—Trabajaba en el teatro.

—¿De actor?

—Quería ser actor, pero trabajaba de ayudante de dirección. Y antes estaba empleado en una notaría.

—Actor. Todos somos actores. Te lo digo por experiencia —replicó Cutler, volviendo a hacer una mueca y frotándose los brazos como si volviera a acometerle el dolor—. Pero no lo saben… ¡Jesús! ¡Jesús! El pollo debía de estar pasado —añadió en voz más baja y ronca—. Escucha, muchacho… ¡Oh, Dios mío! —exclamó encogiendo los hombros y levantando los pies del suelo como una vieja que se asusta de un ratón. Luego, se abrazó acurrucado, con la boca entreabierta, dejando escapar saliva y una serie de gemidos.

Jimmy Ross permaneció sentado mirándole. ¿Sería un ataque al corazón? No sabía qué hacer. No podía pedir ayuda a nadie, pues estaban aislados del resto de pasajeros.

—¿Tiro de la alarma?

Cutler no parecía haberle oído; miró hacia arriba y vio que no había alarma.

—Creo que necesito… —dijo Cutler mirándole con ojos muy abiertos, abrazándose con fuerza y balanceándose. Su carácter se había esfumado y ya no existía la relación guardián-preso. Era un ser suplicante y daba pena verle tan abatido—. No te escapes.

—No voy a escaparme.

—Necesito un médico…

Ross se levantó y se inclinó sobre él.

—¡Huy, huy, huy…!

Ross estiró hacia él las manos esposadas, pero ya era demasiado tarde. El policía cayó de lado golpeándose ruidosamente la frente con la madera y su cabeza quedó reclinada en la ventanilla. Seguía con los ojos abiertos y el rostro verdoso por efecto de la luz que se filtraba por la cortina.

Ross le sujetó por la manga, impidiendo que cayera del todo. Tocó con sus manos esposadas la frente de Cutler y vio que estaba fría y húmeda, como se dice en las novelas policíacas. Sus ojos seguían muy abiertos. El muerto tenía aspecto avejentado y empequeñecido.

De pronto, dejó de sentir lástima y notó una punzada de temor. Le acusarían de haber matado al capitán Cutler, policía militar; dirían que le había envenenado o que le había golpeado como a aquel malnacido cobarde a quien había matado. Trató de acallar su miedo, diciéndose que no podían colgarle dos veces; diciéndose que le gustaría ver la cara que pondrían cuando le hallasen en compañía de un cadáver. Pero de nada sirvió: tenía miedo.

Se puso a mirar las esposas. Tenía las muñecas rozadas. Más valía quitárselas. Era lo primero que debía hacer; quizás, luego, alguien le ayudase. Cutler tenía la llave en el bolsillo derecho de la chaqueta y era fácil dar con ella. Había otras llaves en la anilla, aparte de las llavecitas de las maletas que iban en el furgón de equipajes. Se frotó las muñecas. Era una bendición quitárselas. Cutler había actuado lógicamente: no se puede reprochar a nadie adoptar precauciones con un homicida.

Sin esposas, Jimmy Ross se sentía otra persona. Sopesó las llaves en la palma de la mano y, llevado por un impulso, abrió el maletín de Cutler. Papeles; papeles oficiales. Quería ver lo que las autoridades habían escrito sobre su caso.

Era asombroso las cosas que llevaba la gente en un viaje: un frasco de champú, un medallón de plata con la foto de una anciana, un cepillo de plata, la carta de una sucursal de Glasgow del Royal Bank de Escocia, confirmando que habían cancelado la cuenta de su madre y con fecha de hacía tres meses. Cuando llegaba a África el correo de Inglaterra, las noticias ya estaban atrasadas. Había una carpeta verde de archivo con papeles del trabajo de Cutler en El Cairo. «Albert George Cutler… ascendido a comandante con efecto el uno de diciembre de 1941». Así que el nuevo empleo conllevaba

un ascenso. Interino y sin paga, claro; así solían ser los ascensos, como bien sabía él por haber trabajado en las oficinas militares. Pero un comandante no era grano de anís.

Miró los demás papeles del maletín, pero no había ninguno referente a él. Autorización de viaje, orden de destino, un sobre marrón con seis billetes de cinco libras y siete de una libra. Un diario pequeño con tapas de cuero y un lapicito en el lomo. Luego, halló la curiosa tarjeta de identidad del cuerpo de investigación especial, un pase de color rosa con las iniciales
SIB
. Había oído hablar de esas tarjetas, pero no se imaginaba que algún día tendría una en sus manos. Aquello era carta blanca. El portador tenía derecho a todo; el capitán Cutler podía ir de uniforme o vestir de paisano a su gusto, adoptar cualquier graduación, ir a donde quisiera y hacer lo que le apeteciese.

Un pase como aquel bien valdría mil libras en el mercado negro. Miró la foto de Cutler y vio que no era muy buena; la habría tomado apresuradamente un recluta fotógrafo, no estaba bien fijada y ya estaba amarilleando. Sí, desde luego, era Cutler, pero podía haber sido cualquier otro.

Y en ese momento fue cuando le vino la idea de que podía hacerse pasar por Cutler. La tarjeta decía que Cutler tenía pelo liso, y el suyo era ondulado; pero con el corte militar no se notaba nada. Cutler había sido de tez rubicunda, mientras que él era moreno y de aspecto más saludable; pero la fotografía en blanco y negro no revelaba esa característica. Tampoco tenían la misma estatura, pues Cutler era unos cinco centímetros más bajo, pero no era muy probable que se le acercase nadie con un metro a medirle. Se puso en pie y se contempló en el espejito, acercándole la foto para compararla. No había mucho parecido, pero ¿cuánta gente exigía a un comandante de la policía militar que demostrase su identidad? Poca.

Pero el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que la ropa le delataría. Tendría que llegar vestido con el traje de lino.

Cambiarse de ropa con un muerto sería demasiado; por eso no podía pasar. Abrió la otra bolsa de Cutler. Era una estupenda bolsa de lona verde, del tipo de las que se llevan en un safari. Y dentro, justo encima de todo, había unos pantalones de lona. Comprobó que

las cortinillas estaban bien corridas y se cambió de pantalones. Le venían unos cinco centímetros cortos. ¡Maldita sea!

Y entonces tuvo otra idea. Se bajaría del tren con uniforme de cabo y la tarjeta del SIB. Pero el cadáver quedaría vestido de paisano. ¿Creerían que un cabo del ejército llegaría vestido de paisano? ¿Por qué no? A él le habían detenido con el uniforme de cabo, pero si hubiese estado vestido de paisano, ¿iban a haberle dado un uniforme para el viaje?

Volvió a mirarse. Desde luego, aquellos pantalones blancos no le venían bien. Con una chaqueta, habría podido bajárselos lo bastante en la cintura para que parecieran normales, pero sin chaqueta parecería un payaso. ¡Mierda! Estaba a punto de sollozar de rabia.

Bien, pues con uniforme de cabo. Se miró en el espejo y se puso a imitar el acento de Glasgow de Cutler, diciendo: «Ésta es la ocasión que esperabas, Jimmy. El protagonista ha muerto y tú le sustituyes. Tienes que saberte perfectamente el papel».

Valía la pena intentarlo. Pero no hacía falta la voz. Bastaba con bajarse del tren y perderse entre la multitud. Encontraría un lugar en el que esconderse unos días y ya pensaría adónde ir. En una gran ciudad como El Cairo podría pasar inadvertido. Decían que estaba llena de criminales, desertores y contrabandistas. ¿Y el dinero? Si encontraba alguna pequeña unidad militar de retaguardia en la que le dieran un adelanto de la paga. Sabía cómo se hacía; el personal en tránsito siempre pedía un anticipo.

Mientras, tenía casi cuarenta libras y en una ciudad como El Cairo le llegarían para un par de semanas, quizás un mes. Tendría que encontrar un hotel, porque los YMCA [2] y las residencias de estudiantes solían controlarlos por si se alojaban desertores. Lo peor sería librarse en la estación de las patrullas de policía militar. Aquellos cabrones de gorra roja merodeaban por las estaciones como avispas alrededor de un tarro de mermelada. Tenía el pase de Cutler, pero ¿se creerían que era un oficial del SIB? Lo más probable es que pensasen que era un cabo sin permiso.

Se sentó y trató de pensar objetivamente y, al alzar la vista, se

sobresaltó al ver que los ojos sin vida de Cutler le miraban fijamente. Alargó la mano y le tocó suavemente el rostro, como esperando que le sonriese o le hablase. Pero Cutler estaba muerto; muerto. ¡Maldita sea! Se levantó y se cambió de asiento. Tenía que pensar.

Cinco minutos después comenzaba a actuar. Tenía que ser muy metódico. Primero vaciaría sus bolsillos y luego los de Cutler. Tenía que intercambiar completamente su identidad. Sin olvidar el anillo que llevaba en el dedo, regalo de su madre; una pena tener que dejarlo, pero sería un detalle convincente. Tendría que desnudar al cadáver. Además, miraría en el interior de las camisas y los calcetines por si estaban marcados con el nombre y había una contraseña de lavandería; los oficiales no se lavaban la ropa ellos mismos y solían tenerlo todo marcado. Había leído una novela de Agatha Christie en la que la etiqueta de la lavandería resultaba la prueba crucial. Cualquier descuido podía ser fatal.

Cuando el tren entró en agujas de la estación de El Cairo, Ross bajó la ventanilla. Era como si a todos los viajeros se les hubiera ocurrido lo mismo, pues en todos los compartimientos asomaban cabezas. El olor del humo de la máquina era fuerte pero no lo bastante para encubrir el de la ciudad. Había ciudades que olían a cerveza, a ajo o a tabaco rancio, pero el olor característico de El Cairo era distinto. Aquello era una mezcla más intrigante: jazmín, especias, alcantarilla, carbón quemado y polvo del desierto. Ross se asomó más para ver mejor.

No tenía por qué molestarse; habrían dado con el compartimiento, pues buscaban el letrero de reservado. Eran dos policías militares con sus gorras de plato rojo, preciosas trinchas blancas y pistoleras a juego. Les acompañaba un capitán de uniforme impecable, camisa almidonada, corbata de punto y gorra con visera. ¡Un oficial de la policía militar! La única ocasión en que había visto uno fue cuando le habían arrestado oficialmente.

Fue el oficial quien vio a Ross asomado a la ventanilla y le llamó: «¡Comandante Cutler! ¡Comandante Cutler!».

El tren se detuvo entre nubes de vapor y fuertes chirridos de los frenos, que resonaron en la gran bóveda.

—¿El comandante Cutler? —inquirió el oficial, dudando en sí saludarle al verle con uniforme de cabo.

—Sí, soy yo. Como estoy en misión de investigación no he tenido tiempo de cambiarme —contestó Ross con la mayor naturalidad posible. Estaba nervioso. ¿No se le notaría en la voz?—. De momento no puedo quitarme este uniforme —añadió, sin saber si mostrar o no su tarjeta de identidad; pero pensó que resultaría extraño hacerlo. No había pensado en que le esperase nadie para recibirle y se había sobresaltado.

—¿Ha tenido buen viaje, señor? Soy el capitán Marker, su lugarteniente —dijo el hombre sonriendo. Le habían dicho que a algunos de aquellos detectives civiles les gustaba hacer alarde de excentricidad, suponía que llevar uniforme de rango inferior era uno de los modos de hacerlo, y se dijo que le costaría algo acostumbrarse a su nuevo jefe.

Jimmy Ross permaneció en la ventanilla, sin abrir la puerta del compartimiento.

—Marker, tenemos un problema. Llevo un preso y está enfermo.

—Nos ocuparemos de él, señor.

—Está muy enfermo —se apresuró a añadir Ross—. Hará falta una camilla. Se puso mal en el viaje. Creo que es del corazón —se le ocurrió añadir, al ver que Marker le miraba burlón—. Me dijo que padecía del corazón, pero no me di cuenta de lo mal que estaba.

Marker subió al estribo del vagón y asomó la cabeza para ver el cuerpo acurrucado en el asiento del rincón. Ropas de paisano: traje de lino blanco. ¿Por qué los desertores siempre se vestían de paisano? Miró a su nuevo jefe y por un instante pensó si no habría pegado al preso. No se advertían señales ni sangre, pero los que pegan a los presos tienen buen cuidado de no dejar señales.

Ross comprendió lo que estaba pensando.

—No piense mal, capitán Marker. Yo no pego a un hombre esposado. Además, se ha portado estupendamente. No quiero que le reprochen malos tratos al ejército. Creo que debemos aplicar el reglamento, poniéndole en una camilla para llevarle al hospital.

—No se preocupe por eso, señor —dijo Marker, volviéndose hacia uno de los soldados de la policía militar—. Quedaos uno con el preso y el otro que vaya a telefonear al hospital.

—Sigue esposado —añadió Ross, que había puesto las esposas al muerto para corroborar más su aspecto de preso—. Le daré la llave.

—Se la daré a los policías —replicó Marker, cogiéndola y

pasándosela al soldado que se había quedado—. Más vale que nos demos prisa en retirar su equipaje, que en esta ciudad los ladrones son capaces de hacer desaparecer un camión de diez toneladas en menos que canta un gallo —añadió el capitán, y Ross le sonrió.

Millones de partículas de polvo en suspensión recogían la luz del sol de la tarde y las enormes traviesas de la marquesina brillaban como barras de oro. Lo mismo sucedía con el humo y las figuras a contraluz que discurrían apresuradamente en todas direcciones. El propio Marker miró maravillado la escena.

—La llaman ciudad de oro —dijo.

En aquel momento iniciaba su salida, al fondo, un tren, entre agudos pitidos y una multitud de soldados y oficiales se apiñaba en torno a una montaña de bolsas, cajas y baúles descargados en los andenes.

—Sí, yo me sabía una poesía sobre el tema —dijo Ross—. Un maravilloso poema.

—¿Un poema? —replicó Marker, asombrado de que aquel hombre fuese aficionado a la poesía. Estupefacto estaba de que a un comandante del
SIB
, y más uno que había llegado a esa posición por haber servido en la policía de Glasgow, le gustase un poema—. ¿Cuál, señor?

—Oh —contestó Ross algo inquieto—, no recuerdo exactamente. Era sobre los edificios de El Cairo y las casuchas de adobe que semejaban el oro que los ladrones saqueaban de las antiguas tumbas. —Iba ya a ponerse a recitarlo, cuando, de pronto, fue como si la tierra se abriese bajo sus pies al recordar que su maletín estaba también con el equipaje. Su primer impulso fue olvidarse de él, pero pensó que iría a parar al departamento de equipajes perdidos y buscarían a un preso por nombre James Ross. ¿Qué haría?

—Habría debido traer tres hombres —dijo Marker compungido, cuando se llegaban al vagón de equipajes—. No me imaginé que tuviésemos que retirar nosotros su equipaje.

—Es sólo una bolsa —dijo Ross—. Una de lona verde con correa de cuero. Ahí está —y en ese momento vio su maletín, que, afortunadamente, se había desgastado bastante durante los meses transcurridos desde el reclutamiento, borrándose el apellido Ross y el número del regimiento—. Y el maletín marrón —añadió.

—Mozo —dijo Marker a un indígena con carretilla—, coja esas bolsas —añadió, señalándolas con el pie—. Y síganos. Conviene elegir siempre a un mozo con placa de metal y fijarse en el número —explicó a Ross, al tiempo que recogía cortésmente el maletín—. No merece la pena venir con coche pues el cuartel de Bab-el-Hadid está al otro lado de la plaza.

Marker cruzó la barrera de los andenes, el atestado vestíbulo de la estación y salió a la explanada, seguido por el porteador. Nada más salir notaron el bullicio de la gran ciudad. Hacía un día de esos que encantan a los europeos: un día de invierno de suave brisa y con sol radiante en el cielo azul.

Ya estaba en El Cairo. Ross miró en derredor, buscando el modo de escapar, pero Marker estaba decidido a ejercer de subordinado intachable.

—Contará usted con un personal estupendo —decía el capitán—. ¡Y qué tarea! Ir a todas partes, interrogar a quien sea y detener casi por capricho. «Sois una especie de Gestapo a la inglesa», nos dijo el otro día el general de brigada. El general también es un tío majo; le gustará. Y nunca le dejará en la estacada. Usted sólo tendrá que preocuparse de atrapar al espía de Rommel.

Ross lanzó un gruñido afirmativo.

A Marker se le heló la sangre en las venas. De pronto se daba cuenta de que seguramente no era el modo como debía tratarse con un superior recién llegado, ni tampoco la manera de describir a un general. Él, antes de alistarse voluntario en el ejército, era socio de un bufete y hablaba así con sus colegas; pero tal vez aquel Cutler esperase un formalismo más militar.

Continuaron en silencio, sorteando verdaderas hordas de gente, dedicadas todas, al parecer, a la venta de algo, pues enarbolaban bandejas con cordones de zapatos, matamoscas, pasteles, lapiceros y guías. La gran explanada delante de la estación bullía de vendedores ambulantes. Y también había detalles ingleses: arbolillos, parterres de flores y hasta césped.

—Ése es el cuartel —dijo Marker—. Ya estamos casi.

Ross vio a lo lejos una especie de castillo de la época de las Cruzadas de horrible aspecto, de piedra color ocre. Los rayos del sol ya en descenso caían sobre la torre de piedra arenisca haciéndola brillar como si fuera de oro.

Miró en derredor. No quería ir a aquel cuartel: deseaba escapar. Pero había demasiada policía a la vista para echar a correr. En aquel momento se cruzaron con media docena de soldados de caballería en sus bien cuidados caballos. Los de la policía militar inglesa no iban a caballo, pero andaban por allí en parejas, con las manos a la espalda. Se los veía por todas partes, y estaban armados.

En la estación, ante el compartimiento, los dos policías militares aguardaban la llegada del médico. El más veterano, que ostentaba en la pechera galones de la primera guerra mundial, asumió la iniciativa y, asomándose por la ventanilla del compartimiento, dirigió la palabra un par de veces al cadáver, sin obtener respuesta.

—Está muerto —dijo.

—¿Estás seguro?

—Fiambre. Tú no sabes la cantidad de muertos que yo vi en Francia.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? Nada. El oficial ha dicho que está enfermo; pues enfermo está. Que sea el médico quien diga que está muerto. Para eso le pagan, ¿no?

Bajó del compartimiento y los dos aguardaron ante la portezuela abierta.

Al más joven no le apetecía la idea de cargar con el cadáver y, para cambiar de tema dijo a su compañero:

—Creo que éste es el que mandan para sustituir al comandante de los bigotes de morsa.

—Claro; ese cabrón perdió una estrella y le han enviado a Adén o no sé dónde.

Contemplaron a uno de paisano que se destacaba de la multitud, esperanzados porque fuese el médico; pero al ver que se rezagaba a mirar a los encantadores de serpientes, comprendieron que no era él. Sólo los turistas y los recién llegados se detenían a ver a los magos, los encantadores de serpientes y los saltimbanquis.

—Ya le habían dicho que hoy llegaba el nuevo. Una especie de detective de Inglaterra, según dicen.

—No creo que dure mucho —replicó el más veterano—. Se nota que no tiene ni idea de lo que es El Cairo. ¿Cómo demonios va a encontrar aquí a un espía?

—Ahora, que el disfraz no está mal.

—¿Ese uniforme de cabo?

—Sí, que llegue vestido de cabo.

—¿Te das cuenta de lo que podía haber pasado, no? —replicó el otro muy serio—. Si no hubiésemos venido con el capitán Marker a buscarle, ese cabrón habría irrumpido en el cuartel y si hubiese entrado vestido así sin pedirle nadie el pase de permiso, nos habrían metido a todos un paquete por negligencia en el servicio y tal.

—Supongo. ¿Dónde andará ese puñetero médico? —exclamó el más joven, que era el que había telefoneado—. Me han dicho que no tardaba nada. Esta noche estamos de servicio, ¿verdad?

—Ya lo creo. Nos toca El Birkeh, amiguito. Espero que te encuentres preparado.

—Odio ese lugar repugnante. Huele fatal. He pedido que vuelvan a destinarme a tráfico. Estoy harto de patrullar casas de putas.

Ross había dado perfectamente el pego con su uniforme de cabo y Marker no sospechó nada. Pero no parecía haber manera de escapar a su simpática afabilidad.

Al llegar a la puerta del cuartel de Bab-el-Hadid se detuvieron ante el centinela armado; el porteador dejó la bolsa y Marker le pagó. Ross sacó su tarjeta de identidad pero el centinela ni la miró y se limitó a fijar la vista al frente al tiempo que les saludaba impecablemente.

—Todos estaban al tanto de su llegada —dijo Marker, tendiéndole la tarjeta especial emitida por el
SIB
de Oriente Medio—. Aquí su pase no sirve de nada, pues no se permite a nadie la entrada con pase corriente, ni siquiera a los miembros del
SIB
. Tenemos nuestros propias tarjetas de identidad; por lo que creo que deberíamos hacerle hoy mismo la foto, señor, si tiene un momento. No podemos mantener a los centinelas alerta si no damos ejemplo.

—Sí, claro —contestó Ross.

—Y así, mañana tendrá el nuevo pase y los papeles de identidad —añadió el capitán, comenzando a subir la escalinata de piedra.

—Muy eficiente —dijo Ross, y su voz resonó en el vestíbulo.

Aquello era como un castillo antiguo, aunque, indudablemente, la frialdad de la piedra sería muy de agradecer en verano.

Marker no contestó al cumplido.

—En El Cairo las oficinas cierran entre una y cinco. He ordenado a su personal que estuviera en su puesto de trabajo, pues pensé que querría conocerlo. Después, puede usted retirarse a su alojamiento.

—Haré tal como dice, Marker.

—A menos que quiera examinar los expedientes, señor. Le he dicho a su ayudante administrativo, si quiere conservar el mismo que tenía su antecesor, que los tenga todos preparados. O puedo reseñárselos yo mismo verbalmente.

—¿Siempre es así, Marker?

—¿Cómo, señor?

—Tan puñeteramente eficiente.

Marker se le quedó mirando, sin saber si lo decía en plan sarcástico. No podía determinarlo; aquel hombre sabía mantener un rostro impenetrable.

—Es que en la vida civil trabajaba para mí mismo, señor.

—Me está usted dando complejo de inferioridad, ¿sabe, Marker?

—Lo siento, señor. —No sabía hasta qué punto bromeaba el comandante Cutler; era difícil discernirlo.

Caminaban por la galería que daba al campo de instrucción, en el que una docena de policías militares pasaban revista antes de salir de patrulla por la ciudad.

—Por aquí, señor. Ésta es su oficina.

El departamento que le habían asignado a Cutler tenía las dependencias en la planta baja, un ala del edificio cuya anchura no sobrepasaba una habitación. Los despachos a los que se accedía desde la galería tenían vista a la explanada y a la estación.

Dentro, todos estaban formados esperándole: soldados, cabos, un sargento y cuatro operadores de radio con el cabo correspondiente. Además de un soldado de taimado aspecto, que era su ayudante.

—Buscadme ahora mismo un fotógrafo —dijo Marker a uno de ellos— para que le haga al comandante la foto de identidad. A paso ligero.

—No tardaremos en conocernos —dijo Ross, recordando los discursos estereotipados que había escuchado durante su servicio en la plana mayor. Marker le fue presentando a los hombres,

mencionando sus cometidos, sus logros y el empleo que algunos habían tenido en la vida civil. Ninguno había sido policía. El pobre Cutler no se había equivocado.

—¿Están todos presentes?

Marker dudaba.

—¿Están o no? —insistió Ross.

—Hay un miembro del personal que falta —contestó Marker—. Una empleada: Alice Stanhope. Estoy seguro de que vendrá en cualquier momento.

—¿Dónde está?

—Fue a ver a su madre a Alejandría.

—¿Está enferma?

—¿La madre? No, no que yo sepa.

—¿Y por qué no ha acudido a su trabajo?

Marker volvió a dudar. Era difícil explicar lo de Alice Stanhope.

—Su madre… es decir, su familia es muy amiga del general. Por eso precisamente obtuvo su empleo aquí.

—Ya.

—Oh, no me malinterprete, señor. Alice Stanhope es una mujer muy inteligente. Habla varios idiomas y sabe más de este maldito país que ningún europeo que yo conozca.

—¿Y?

—Bien, su madre conoce a todo el mundo. Absolutamente a todo el mundo —añadió, llegándose a la puerta y mirando afuera a la galería—. Sí, es su coche. Un MG deportivo: lo he conocido por el motor.

—¿Es que aparca el coche en el campo de desfile? —inquirió Ross escandalizado.

—Su madre lo habló con el general —contestó Marker. En cierto modo, le complacía explicar la situación a su superior para ver la cara que ponía.

—Estoy deseando conocerla —añadió Ross.

—No se llevará una decepción —dijo el capitán Marker.

Y como se imaginaba la sorpresa que le iba a causar, se cuidó mucho de observar la entrada de Alice Stanhope que irrumpió desde la galería.

—Lamento llegar tarde, señor —dijo, y, al darse cuenta de que habría debido saludar, se puso firme y se caló el sombrero.

—No se moleste —dijo Ross, que hasta aquel momento estaba firmemente decidido a salir del cuartel y desaparecer, y dando gracias a su buena estrella por no haber podido hacerlo. Ahora, sus planes, y no digamos su vida, cambiaban. Tenía que volver a aquella oficina al día siguiente.

Alice Stanhope era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Tenía que volver a verla, aunque sólo fuese una vez más.

2

La zona llamada El Birkeh, en la que abundaban los burdeles cairotas, se extendía desde la estación de ferrocarril hasta casi el parque Ezbekiya. Esta zona prohibida —marcada con carteles circulares de prohibido el paso con una cruz negra— la patrullaba constantemente la policía militar de gorra de plato rojo. Sus calles principales eran la de Clot Bey, en honor a un médico que realizó notable labor en enfermedades venéreas, y la de Wagh El Birkeh, de la que todo el barrio tomaba el nombre. En el mundo árabe, desde Casablanca a Zanzíbar, este barrio del placer gozaba de fama inmemorial.

La zona oeste de El Birkeh era una maraña de callejas que discurrían tortuosas entre casas bajas de adobe, concurridísimas de día y de noche, ruidosas y llenas de peligro. Antaño, eran músicos, magos, adivinos y danzarines quienes habían compartido su negocio con las prostitutas, pero en aquel enero de 1942, predominaban los *cabaret*, los espectáculos sicalípticos y las prostitutas. Allí se encontraban mujeres de todas las razas, físicos y nacionalidades. Había hembras para ricos y hembras para pobres; se exhibían sentadas en los balconcillos, llamando a los hombres que pasaban por la calle, y se podía tener acceso a ellas en diversas clases de habitaciones, desde alcobas cerradas con cortinas en casuchas de adobe, hasta vistosos salones de casas palaciegas.

Uno de los establecimientos más caros de El Birkeh era el burdel que los soldados llamaban de lady Fitzherbert, rememorando a la protagonista de una canción obscena cuartelaria, pero la mujer a quien llamaban lady Fitz era una cincuentona dentista griega que había llegado a El Cairo sin un céntimo en 1939, y que con la guerra y la formación del ejército de África no cesaba de enriquecerse. Lady Fitz se había convertido en una de las personas

más influyentes de la ciudad y dirigía su negocio con el criterio empresarial de un hotelero suizo. Obsequiaba con monedas de oro a los ministros, proveía de jóvenes selectas a los inspectores de la policía y enviaba botellas de *whisky* a la policía militar británica.

Para lady Fitz era regla de oro trabajar únicamente con clientes conocidos. Y a los dos soldados que estaban en una de las mejores habitaciones del piso de arriba los conocía: eran clientes habituales y sabía que sus nombres eran sargento Smith y sargento Percy. No le interesaba cómo se llamasen en realidad; el dinero que pagaban era auténtico y nunca causaban problemas. Miró el reloj. El costoso Longines de pulsera era una de sus concesiones al lujo, pues lucía un sencillo peinado, poco maquillaje, llevaba un simple vestido de algodón azul oscuro y unos zapatos planos comprados en el zoco. Ya casi era la hora; hizo una seña a una de las chicas.

Hacía casi una hora que aquellos dos militares estaban arriba y tenía que enviarles a la muchacha, una hermosa joven medio tunecina, que ignoraba su fecha de nacimiento y lo único que sabía era que su familia había muerto durante el combate de Sidi Barraní en diciembre de 1940, y ella había tenido que recorrer a pie los 560 kilómetros que la separaban de El Cairo. Lady Fitz la había encontrado pidiendo limosna a la puerta de la mezquita de al-Azhar; la había cuidado y la reservaba para alguien excepcional, es decir, alguien que pudiese pagarla.

El sargento Percy pagaba religiosamente por anticipado sin discutir ni quejarse. Percy era distinto a todos; llevaba insignias de Sudáfrica, aunque no estaba muy segura de que fuese de allí, pero ella no preguntaba; lo único que le importaba era que fuese tranquilo, sobrio y educado; rara vez sonreía, nunca gastaba bromas y siempre pedía una chica distinta. Era la clase de comportamiento que lady Fitz esperaba de un hombre, y por eso le gustaba aquel Percy. El otro, Smith, también era sobrio, pero gordo, achulado, arrogante y con tendencia a las bromas sarcásticas; se dirigía a todas como si fueran subordinados, pero para lady Fitz su peor falta era que mostraba absoluta indiferencia por sus chicas. A veces se preguntaba si no sería homosexual. Le habría podido ofrecer chicos, hombres, lo que quisiera; pero él no mostraba interés por sus servicios y nunca le había sondeado.

—Anda, ve preparando el té —dijo a la muchacha—. Ya va a ser la hora de subírselo. Hazlo exactamente como te he dicho.

La muchacha tenía esa expresión formal con que muchos niños se enfrentan al mundo de los adultos. Miró a lady Fitz y asintió muy seria con la cabeza.

La basta superficie del uniforme caqui de los dos soldados, y hasta su piel bronceada, adquiría tintes de oro por efecto del candil. La majestuosa cabecera de la cama de latón, sobre la que habían estirado un chal de encaje, brillaba como oro. Los apliques metálicos de los cajones relucían también y el candil se reflejaba en el espejo biselado de la coqueta, duplicando el cuarto. Un observador poco atento los habría tomado por viejos amigos que se emborrachan juntos, pero fijando la atención no habría dejado de advertir la tensión que se crea cuando ha habido discusión y regateo, pues los dos estaban allí para hacer negocio y no para entregarse al placer. Un burdel es el lugar de cita más discreto para quienes no desean que se les vea juntos.

Era el sargento Smith quien estaba tumbado en la cama. Primero había reposado sus pies en la alfombra oriental, pero, después de apagar la colilla, se había desabrochado las botas, descalzándose, y ahora descansaba las piernas en la cama. «¡Aaah!», exclamó, estirando los dedos de los pies y deleitándose en desperezarse en aquella cama limpia.

Smith tenía treinta y tres años, y resaltaba de su risueño rostro un espectacular bigote engominado de extremos puntiagudos. Era el sargento instructor de la Guardia de granaderos quien le había enseñado a él y a sus reclutas a desfilar y a llevar un bigote así, y Smith había decidido lucirlo mientras durase la guerra.

Miró al espejo para ver la imagen de la enorme cama con su persona y dio un sorbo al vaso de limonada. Al cumplir dieciocho años había prometido a su padre no probar el alcohol y había cumplido su promesa al punto de no beber más que refrescos el día de su boda. Pero de eso ya hacía años. Ahora, su esposa y sus dos hijas vivían en Inglaterra, en el piso de arriba de la casa de su suegra cerca del gran parque ferroviario de Crewe, en Cheshire.

Aunque los echaba de menos, no cedía a la tristeza por algo a lo que él no podía poner remedio. Su empleo de antes de la guerra de almacenista en los ferrocarriles se lo guardaban, y, mientras, estaba

ganando mucho dinero con un trabajo que no implicaba riesgo bajo las bombas, la metralla o las balas del enemigo. Era un hombre muy afortunado, como no se cansaba de repetir en las cartas que escribía a los suyos.

El otro militar, Percy, estaba sentado en un amplio sillón de mimbre. Era más joven; tenía veintisiete años y su aspecto era notablemente limpio y aseado. Se había cosido los botones, los galones de Sudáfrica de los hombros y la insignia de su unidad con la serpiente blanca enroscada con la misma meticulosidad con que cuidaba el motor de su camión y engrasaba sus armas. El ajustado cinturón trenzado que llevaba no tenía una sola mancha y había sacado tanto brillo a la hebilla de latón, que ésta no dejaba la menor marca en el cinturón. La única nota discordante en su uniforme era el puñal que colgaba del cinturón; un puñal alemán, que a decir de algunos Percy había obtenido matando a su anterior dueño.

No se llamaba Percy; había adoptado ese apellido al desertar en el campo de batalla, y por eso le gustaba decir que era su «nombre de guerra». Era persona que enseguida se adaptaba a las circunstancias y no tenía inconveniente en explicar que había efectuado la transición de paisano a militar merced al mismo esfuerzo que había hecho para sacar buena nota en los exámenes en la universidad. Toda la existencia de Percy estaba marcada por su voluntad a aceptar las nuevas circunstancias y adaptarse a ellas. Uno de sus profesores sostenía que el *Homo sapiens* había sobrevivido para hacerse el amo del planeta gracias exclusivamente a haber sabido adaptarse al entorno y a los cambios climáticos mejor y más rápido que cualquier otra especie. Y Percy se había aprendido la lección al pie de la letra.

Miraba ahora al sargento Smith sin admiración. Smith era de pelo negro y ondulado y estaba algo despeinado; el pelo de Percy era de un rubio aclarado por el sol y muy corto, al estilo militar. El sargento tendría unos cinco kilos de más, mientras que él era delgado y atlético; su camisa caqui estaba planchada y almidonada y la de Smith manchada por unas gotas de limonada. Para Smith, la abundancia de mano de obra indígena significaba que podía cambiarse de camisa cuantas veces quisiera y poco le importaban las manchas, mientras que Percy era muy cuidadoso con la ropa y a

veces se la planchaba él mismo.

Se había producido un largo silencio, y el sargento Smith dijo:

—Todo lo bueno acaba, Percy —y remató su agudeza con una concisa sonrisa.

—Tú te lo pierdes —replicó Percy. Hablaba con voz gutural y en su inglés se notaba ese duro acento no muy distinto al que distingue a muchos sudafricanos, en particular los de zonas agrarias—. Pensé que un hombre casado como tú querría tener sus ahorrillos para después de la guerra —añadió, dando un trago de una cerveza egipcia que apenas era agua coloreada y a la que se había acostumbrado. Tenía que mantener la cabeza despejada.

—¿Quién te ha dicho que estoy casado? —inquirió Smith, cual si hubiese revelado un gran secreto.

—Es una manera de hablar —contestó Percy. Se mostraba imperturbable, y el sillón de mimbre crujió al recostarse en él y estirar las piernas despreocupadamente.

—¿No te importa, entonces?

Percy se llevó la mano a la camisa y, después de desabrocharse un bolsillo oculto que llevaba cosido, sacó un fajo de billetes.

—¿Qué te debemos? ¿Novecientas libras egipcias? Lo tengo apuntado no sé dónde.

—¿Qué más da la cantidad? —replicó Smith con cierto tono de inquietud—. Ese puñetero dinero egipcio no lo puedo mandar a Inglaterra. Estoy más que harto. El sargento del departamento de caja me dijo que iba a arreglármelo, pero, de pronto, le ha entrado pavor.

—¿Ése es el problema, entrar el dinero en Inglaterra? —inquirió Percy, inclinándose y entregándole los billetes.

—Te digo que no quiero seguir en tratos —replicó Smith cogiéndolos—. Ahora tenemos un nuevo oficial joven, que en vez de firmar el inventario en la línea de puntos quiere ver todo lo que firma —añadió manoseando los billetes como contándolos y guardándoselos después en su libreta de pagos, pero sin guardárselo; cambió el fajo de lugar entre las páginas, como comparándolo y sopesando el dinero como si no acabara de decidirse.

—Yo podría hacer llegar tu dinero a Inglaterra.

Smith alzó súbitamente la vista.

—¿Pero no me has oído, imbécil? ¡Éste lo examina todo! Este oficial comprueba todas las partidas antes de firmarlas, y si le da por hacer inventario, descubrirá que falta la mitad de las mercancías del almacén.

—Eso no es ningún problema. Hazlas figurar como dañadas, perdidas en acción contra el enemigo, irreparables o cualquier cosa.

—No puedo hacer eso con toneladas y toneladas de «suministros de guerra»… —replicó Smith, ahora ya enfadado— y menos en el plazo de una semana que faltará para que firme el inventario.

—¡No pierdas los estribos, Smith!

—No me digas que no pierda los estribos, maldito cabrón. No quiero seguir en tratos con vosotros y ya está. No me fío de vosotros. ¿Adónde van a parar todas esas cosas? ¿A quién se las vendéis? —lanzó un bufido y bajó las piernas de la cama—. ¿Dices que eres sudafricano? Para mí que eres un maldito alemán. —Seguía con el dinero en el regazo, sujetándolo de tal modo que se notaba que no era tan indiferente a él como pretendía.

Percy no replicó y su silenció irritó aún más a Smith, que creyó advertir una mueca de sarcástico desdén en el rostro del joven. Habría sido capaz de acabar con él con sus propias manos; aunque la buena vida le había hecho ganar kilos, no hacía tanto que había sido peso pesado del equipo de boxeo del ferrocarril. En cierta ocasión memorable había dejado fuera de combate al campeón del taller de locomotoras, y eso que los de la sección de locomotoras eran unos tíos fornidos y aquél pesaba cuatro kilos más que él.

—Voy a contarte un secreto —añadió—. La última vez que nos vimos, ¿recuerdas que llegué un poco tarde? Pues fue porque me detuve a echar un vistazo a tu camión y apunté el número de motor. Le has cambiado la matrícula, pero no se te ha ocurrido cambiar el número del motor, ¿a qué no? Cuando volví al almacén le dije al cabo que buscase el número en el registro y figuraba como robado, como yo me pensaba, y cuando lo robaron llevaba una carga de generadores pequeños. Y es bien sabido que, aquí, los generadores son como pepitas de oro. Pero lo que me resultó una sorpresa fue enterarme de que el conductor murió asesinado, atropellado por su propio camión —dijo, mirando a Percy a los ojos—. ¡Atropellado! En el certificado de defunción figura como «accidente», pero no explica cómo es que se había tumbado en la

carretera, atropellándose él mismo. ¿Se te ocurre algo a ti?

Percy callaba.

—Tal vez ahora comprendas por qué no quiero seguir en tratos con vosotros —añadió Smith con sonrisa estereotipada.

—Has tardado mucho en decidirlo —dijo Percy, a quien no acababan de convencer las distintas objeciones esgrimidas por Smith—. ¿Cuál es el verdadero motivo? Déjate por un momento de todas esas tonterías y dime la verdadera razón.

Smith apretó los dientes; estaba deseando decir el auténtico motivo y no podía aguantar más.

—Se lo vendéis todo a los judíos, ¿verdad? —replicó con una sonrisa desafiante.

—¿A los judíos?

—Venga, cabronazo. Todo ese material va a parar a los judíos de Palestina, que están preparándose para la gran confrontación con los árabes. De ahí viene el dinero y vosotros sabéis cómo obtenerlo —dijo mirando los billetes—. Sí, sabéis dónde está el dinero y lo que yo me llevo no es más que un escupitajo en el mar.

Percy se quedó mirándole muy tranquilo e imperturbable.

—Yo he estado en Haifa, amigo —añadió Smith—. Y sé lo que se traen entre manos. Esos judíos son peores que los asquerosos árabes. Serían capaces de despellejarte vivo por unas monedas. No me mientas, que yo me las sé todas. A un compañero mío le dieron una paliza una pandilla de esas…

En ese momento llamaron discretamente a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Percy.

Había que adoptar una decisión. ¿Podría hacer entrar en razón a Smith o lo habían perdido irremisiblemente? Un bocazas podía echarlo todo a perder.

Entró la muchacha tunecina llevando una bandeja de latón con una vasija con té de menta y pastelillos variados sobre los que habían esparcido agua de rosas y miel. Lucía unas pantuflas con ricos adornos y una ajustada túnica de algodón estampado que resaltaba las formas de su cuerpo. Miró a los dos hombres con plácida curiosidad, sin mostrarse asustada ni intimidada. Desde que trabajaba con lady Fitz había visto hombres en toda clase de estados de ánimo y no se sorprendía tan fácilmente. Dejó la bandeja en la mesilla y sirvió dos tazas de té; tendió una a Percy, quien le dirigió

una inclinación de cabeza a la que ella correspondió con otra muy leve, y a continuación dio la otra taza a Smith, impulsando con la palma de la mano el vapor hacia él para que oliese la fragancia de la menta. Smith aspiró el aroma, estirando las piernas en la cama y descansando la cabeza en la almohada.

—Creo que le gustas —dijo Percy—. ¿Por qué no le das un revolcón? Te pondrá de mejor humor y luego seguiremos hablando —añadió, levantándose para dejarlos solos.

—No, no. Quédate —dijo Smith, pero Percy advirtió cierta irresolución en su voz.

La muchacha acarició levemente el brazo de Smith y le pasó la mano por el cuerpo, haciéndole estremecerse.

—¿Cuál es tu secreto, Smith? Quiere acostarse contigo, ¿no lo ves?

La cama crujió y Smith se sentó en ella con esfuerzo, apartando la mano de la muchacha.

—No renuncias, ¿verdad, Percy?

—¿Pero qué dices? ¿Es que nunca has disfrutado del tratamiento completo de lady Fitz? —replicó Percy con sincera intención—. No es ese apresurado galope a que estamos acostumbrados en Inglaterra. La muchacha te untará con aceites perfumados, fumaréis los dos un poco de hachís para predisponerte y luego te bañará. Una hora en el paraíso; tal como se hace en Oriente. Pruébalo. ¡Por Dios que es una criatura preciosa!

—Es una niña. No tendrá más de quince años.

—En un país en el que la esperanza de vida es de treinta años, quince viene a ser la vida media. Repara en cómo te mira; te desea.

—Y debe de haberte costado un dineral —añadió Smith.

Sin inmutarse por la actitud de rechazo de Smith, la muchacha le fue desabrochando la camisa para acariciarle el pecho, pero Smith continuaba sentado muy tieso; el sentido común le decía que el comportamiento de la muchacha era una argucia de Percy, pero su ego, alimentado por el deseo, le impulsaba a olvidarse de esa certidumbre. Olía el perfumado aroma que exhalaba la muchacha y la tentación, tras largos meses de abstinencia, iba dominándole irremisiblemente.

Percy se acercó a la bandeja y cogió un pastelillo.

—Sólo en El Cairo se puede disfrutar de esta clase de delicia

turca —comentó con toda naturalidad, alzando el dulce para que Smith viese a la luz de la lámpara cómo brillaba el azúcar espolvoreado, para luego llevárselo a la boca y saborearlo con estudiado deleite.

Como si entendiera la conversación, la muchacha cogió otro y se lo acercó a Smith a los labios. Ya le había desabrochado del todo la camisa, dejando ver su pecho peludo y ahora se lo acariciaba suavemente con la otra mano.

—Abre la boca y cierra los ojos, ¡suerte la tuya, cabrón! —dijo Percy, afable.

Smith olía el agua de rosas y saboreó el fino azúcar al dar el primer bocado de lo que resultó ser un trozo de blanda grasa de cordero. «¡Uf!», exclamó, pero la tibia grasa se le pegaba a los dientes y le impedía gritar; le atascaba la boca y le estorbaba la lengua. Y antes de que hubiera podido escupirlo, sintió una mano que le atenazaba el rostro. Incapaz de respirar por la boca, lanzó un violento bufido como un caballo asustado.

—*Imshi!* —dijo Percy.

La muchacha se apartó y Percy clavó sin pérdida de tiempo una daga en el pecho de Smith, quien trató de alzarse con violencia, pero el movimiento sólo sirvió para que su corazón herido bombease más sangre y acelerase su final. Apretando aún la daga sobre el estremecido cuerpo, Percy miró a la muchacha, que se había llevado la mano a la cara, con la palma hacia fuera y los dedos abiertos para poder ver. Movía los labios, y él pensó si no iría a gritar; pero aunque lo hiciera, poco importaría en un lugar como aquel en que gritos, gruñidos y gemidos eran cosa corriente.

Pero no gritó. Miraba la escena por entre sus dedos abiertos, mientras él retorcía un poco el arma y con la otra mano apretaba el rostro de la víctima.

Lanzando un estertor por la nariz, el agonizante arqueó bruscamente el tronco y vomitó profusamente por entre los dedos de Percy sin conseguir zafarse; una de sus piernas dio una violenta sacudida, esparciendo el dinero por la cama para retorcerse como si se encogiera y quedar inmóvil. Percy aguardó un par de minutos antes de soltarle, mirando fijamente al cadáver. La cama estaba cubierta de sangre y vómito; docenas de gotas de sangre formaban como un dibujo en colcha, almohadas y pared. Le habían entrenado

para matar a los centinelas rápido y sin ruido, pero no le habían enseñado a evitar aquella porquería. Pensó si saldría mucha más sangre al sacar la daga y optó por dejarla. Como si leyera su pensamiento, la muchacha se acercó con una toalla y la enrolló en la empuñadura; luego, comenzó a retirar los almohadones de la cama.

—En cuanto me haya marchado, ve a buscar a los hombres —dijo Percy—. Ellos ya saben lo que tienen que hacer. ¿Me oyes?

Vio que abría los dedos y hacía los gestos rituales para repeler a los malos espíritus, moviendo los labios musitando versos del Corán, pero no se rió de ella, como si él también implorase protección divina.

Momentos después, conteniendo la respiración, levantó el pasado cuerpo de la cama y lo echó en la alfombra, enrollándolo en ella.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¿Ya está hecho, Percy?

Desde el umbral le miraba un joven, sin sombrero, con camisa caqui y pantalones de gabardina también caqui como los que usan los oficiales, pero sin ningún distintivo de grado. Su tono de voz, acento y gesto desenvuelto denotaban sin lugar a dudas su procedencia de algún colegio inglés para ricos.

—Ya está —contestó Percy sin mirarle—. Se había arrepentido. Había comprobado el número de motor del camión, y hasta había comenzado a largarme lo de los judíos. No habría tardado en traicionarnos.

Percy recogió el dinero desparramado por la cama y examinó los billetes egipcios que estaban manchados de sangre, pero, al fin y al cabo, el dinero es el dinero. Cogió un par de billetes y se los dio a la muchacha, quien los aceptó impávida, se los guardó y se puso a cambiar la colcha. Irritado al ver que no le daba las gracias, Percy se guardó el resto del fajo en el bolsillo interior.

—Todos para uno y uno para todos —dijo el recién llegado con voz solemne, cual si expresase un juramento—. ¡Uf, qué olor! —añadió, mirando al muerto y a la muchacha, que comenzaba a recoger las sábanas manchadas, bajando los ojos al ver que la observaba—. ¡Guau, ahora comprendo lo de la chica! ¡Vaya monada! Dame la pasta, muchacho, no se nos vaya a olvidar —

añadió con voz enérgica, cogiendo el dinero y guardándoselo en el bolsillo sin contarlo—. Vámonos; los hombres de Mahmud se encargarán de lo demás.

3

En El Cairo, las aguas del Nilo se escinden, formando la isla de Gezira, la zona más fresca y codiciada de la ciudad. Los muelles del lado izquierdo de la isla, en 1942, se hallaban llenos de barcos-vivienda que se alquilaban a extranjeros amantes de ruidosas fiestas y ambiente bohemio. Aquello formaba también parte de la ciudad de oro.

Con un leve esfuerzo de imaginación, podían verse las brillantes ondas marrones de las sucias aguas adquirir un tinte dorado sobre el fondo oscuro. También la música tenía algo de dorado en sus sutiles y agudas disonancias arábigas que se mezclaban con el rumor del tráfico, con los gritos callejeros y otros ruidos urbanos, configurando como un sordo zumbido de colmena. El Cairo de la época de guerra era, efectivamente, como una colmena, pensaba Peggy West, una colmena de oro activa a más no poder, que rezumaba miel y siempre tenía mil aguijones dispuestos. Aquello era un entorno inhóspito para una mujer sola; pero Peggy no tenía otro sitio donde vivir. Mirando una ciudad como aquélla, a través de la corriente del Nilo, Peggy se sentía pavorosamente sola.

—Mi amo la recibirá enseguida, señora. ¿Quiere café?

—Sí, por favor.

—¿*Sukkar ziada*, señora?

Únicamente los cairotas pudientes tenían criados que hablasen inglés inteligible, como era el caso de Yusef, aunque él persistía en mezclarlo con palabras árabes, como para probarla.

—No, gracias, sin azúcar, *saada*.

El hombre se la quedó mirando, sonriendo insolente. Era muy flaco y de rostro duro, con mejillas hundidas y grandes ojos oscuros, y cojeaba levemente, pero no tenía esas piernas arqueadas producto del raquitismo. Debía de haber sido muy guapo, pero ahora su nariz

aplastada confería a su rostro serio una fiereza que inquietaba a Peggy.

Ella le había dicho en sus anteriores visitas a la casa-barco que no la gustaba el café dulce que solían servir a las mujeres. Pero en Egipto las mujeres no contaban; el nacimiento de una niña no estaba bien visto. Las mujeres llevaban velo, callaban la boca y se mantenían discretamente al margen; las mujeres eran propiedad del marido y tomaban café dulce. Era una tacita de loza con flores y el criado la había dejado sobre la bandeja de latón que constituía el sobre de la mesita que tenía ante ella.

—El amo no la hará esperar mucho —dijo Yusef, haciendo una reverencia y saliendo sin aguardar a que replicase.

No había nada que decir. Las mujeres —incluso las mujeres europeas instruidas, como Peggy West, una respetable enfermera del hospital militar— no podían aspirar a que las tratasen como a los hombres. Cuando iba de visita a la casa-barco, era normal que la hiciesen esperar tomando café. Las cosas eran así: los hombres importantes hacían esperar a la gente.

Cogió la tacita y, ya antes de acercársela a los labios, notó el olor dulzón, y juró decidida quejarse de aquel maldito criado; pero, de todos modos, se tomó el café, tal como había previsto el insolente. Mientras lo bebía, se quedó mirando el río, que bañaba la isla pasando bajo el puente de Khedive Ismail y observó que el hotel Semiramis tenía todas las luces encendidas. El famoso hotel era ahora el cuartel general de «las tropas inglesas de Egipto». La luz eléctrica iluminaba en amarillo los rectángulos de las ventanas. Estaba encendida en todas las habitaciones; era algo extraordinario que el ejército inglés trabajase hasta tan tarde. Sin duda, Rommel volvía al ataque. El ejército que los ingleses habían obligado a replegarse al desierto se recuperaba y atacaba de nuevo. El Cairo corría peligro.

Se abrochó la chaqueta. Se oían ruidos sordos, tal vez disparos, y un camión con los faros encendidos cruzó rápido el puente de los Ingleses seguido por otros dos. Eran Morris Quads, unos extraños vehículos de aspecto giboso para el arrastre de la artillería de campaña del 25. Los artilleros salían con prisa y en dirección al desierto, al encuentro de las fuerzas de Rommel que se aproximaban. En algún lugar se produciría una crucial batalla.

Era fácil estar allí sentada, imaginándose que oía los disparos o que olía el yermo que comenzaba apenas unos kilómetros más allá, pero era la clase de boba alucinación en que caían los recién llegados, los repeinados periodistas ingleses y los oficiales de cara rosada salidos de la academia militar, que ansiaban convertirse en héroes como los personajes de tebeo que habían leído hacía poco.

Peggy pensaba siempre en su marido Karl cuando iba a ver a Solomon para recoger el dinero. Y era lógico; Solomon era buen amigo de su marido, o eso decía. Suspiró al pensarlo. En aquella ciudad no se podía uno fiar de que te dijesen la verdad. El ejército, los árabes y hasta la BBC mentían como villanos con arreglo a sus conveniencias.

Llevaba viviendo en África bastante tiempo; le satisfacía ser una joven inglesa, criada en un gris suburbio, que trabajaba y se movía con la misma tranquilidad que lo hacen los hombres. Conocía toda la costa mediterránea hasta Túnez, que era donde había desembarcado, con el único bagaje de sus conocimientos de enfermera y la promesa de empleo en un hospital financiado con fondos aportados por cultivadores europeos de fruta, y no tardó en comprobar que una buena enfermera con título europeo podía conseguir trabajo prácticamente en cualquier punto de la costa.

Había seguido viajando después de enamorarse y casarse; a su marido le gustaba bromear sobre su madre italiana y su padre canadiense y decía que así fue como se habían inventado los espaguetis con albóndigas. Karl era ingeniero en una empresa petrolífera y en el otoño de 1937 la había llevado a pasar una larga luna de miel en Cirenaica, en donde tenía buenos amigos, aparte de que hablaba muy bien italiano. A la región la llamaban la pequeña Italia. El banquete de boda lo habían celebrado con champán local y tarta *paradiso* hecha de almendras. El paisaje era impresionante; verde y hermoso, con un Mediterráneo más azul que nunca, del que disfrutaban desde el balcón del dormitorio. Siete días estupendos, tras los cuales emprendieron el regreso a El Cairo en su querido Ford V8. El viejo coche se había portado hasta que, inesperadamente, había expirado; la caja de cambios era irreparable y, con gran pesar, habían tenido que abandonarlo. Cargaron con las maletas hasta el primer pueblo —una estación de ferrocarril con

una docena de casuchas— y estuvieron cinco horas bebiendo cerveza fría e incontables tazas de café hasta que llegó el tren de El Cairo.

Estaban tan enamorados, que había sido como una ocasión enviada por el cielo para que hablasen; y habían estado hablando de todo lo divino y humano. Ella le había relatado la historia de su vida: sus queridos padres, que estaban en Inglaterra, siempre tan preocupados por ella, su ansia por viajar. Recordaba perfectamente aquella larga espera: la estación de El Alamein, aquel lugar infestado de pulgas en el que habían pasado casi toda la noche. Hacía mucho tiempo de aquella luna de miel: cuatro años, ¿o eran cinco? Ahora Karl se hallaba trabajando con un contrato de cinco años, en una empresa concesionaria de prospecciones petrolíferas en el desierto de Iraq. Llevaba allí año y medio sin vacaciones, y Peggy se preguntaba si él también pensaría tanto en ella. Sí que recibía puntualmente su paga, y no podía dudar de que la amaba. En cierto modo, no podía quejarse, ya que después de la boda, Karl había obtenido el pasaporte británico y, de haberse encontrado en Inglaterra, ahora estaría en uno de aquellos camiones rumbo al frente de batalla. Eran incontables los que iban al desierto para no volver. A veces tenía pesadillas en las que veía que operaban a Karl en el quirófano.

Se estremeció. Enero era el mes más frío del año en El Cairo; por las noches había que echarse dos mantas. Se preguntaba por qué aquel Solomon, a quien había ido a visitar, no viviría en un sitio más confortable; en cierta ocasión en que se lo había preguntado, él había contestado con evasivas. Le gustaba decir que se llamaba Solomon
al-Masri,
Solomon el cairota o el egipcio, ya que en árabe no existía diferencia, pero a ella se le antojaba un nombre falso, aunque lo cierto es que muchos verdaderos también lo parecían. Aquel hombre tenía una obsesión casi enfermiza por los secretos; ella misma había tenido que telefonear a un dentista austríaco de Alejandría, diciendo que necesitaba tratamiento, para concertar las primeras visitas, cosa que había hecho sin comentarios, pues sabía que a mucha gente le gusta envolverlo todo en el misterio. Igual que Karl. Al principio había creído que tenía una amante, pero

luego comprendió que era su forma de ser. Guardaría quizás alguna relación con su educación, o tal vez todos los hombres reaccionaban igual cuando se pretendía saber más cosas sobre ellos.

Miró en derredor. Las luces amarillentas de los barcos anclados en aquel tramo de la orilla reflejaban dibujos en el agua. Uno de al lado tenía las ventanas abiertas para que entrara el aire y por ellas brotaban fuertes voces con afectado acento inglés y el sonido de un disco rayado: Bing Crosby cantando *Just a Gigolo*.

Miró el reloj, vio que era casi medianoche y se preguntó hasta cuándo la haría esperar Solomon. Tenía visita; lo sabía por la bandeja de plata con emparedados a medio acabar, los platos y las tazas de café que había visto de refilón en la cocinita al entrar. A juzgar por los restos, debía de haber sido una larga sesión; algún tipo de negociación. Él le había dicho que le gustaban los negocios y que había nacido en un bazar. Y Peggy no sabía si lo decía en serio, porque en otra ocasión había dicho que su padre era un rico cairota. Detalles de nacimiento aparte, Solomon era judío, pero de ello no hacía ningún secreto. Aparte de eso, Peggy poco más sabía, salvo que era muy inteligente, un avezado hombre de negocios que había viajado mucho y dominaba doce idiomas, incluidos el árabe egipcio y un inglés con notable sintaxis y acento norteamericanos. Nada más sabía de él, y buen cuidado tenía de no mostrarse curiosa. Solomon se había ofrecido a entregarle el dinero que su marido enviaba de lejanos lugares. De no haber sido por los buenos oficios de Solomon, no sabría cómo se las habría arreglado con las restricciones impuestas por el gobierno a los giros y transferencias; porque con el escaso sueldo que tenía en el hospital del ejército no podía cubrir sus modestos gastos. Casi todas sus compañeras eran jóvenes enfermeras militares sin experiencia que vivían acuarteladas y contentas de hallarse en una ciudad llena de hombres ansiosos por ligar, y no necesitaban dinero. Pero ella vivía en un hotel y hasta el momento había resistido a todas las tentaciones y proposiciones. Peggy necesitaba el dinero de Karl y por ello se veía obligada a aguantar las rarezas y excentricidades de Solomon.

Solomon había cambiado incluso el nombre de su embarcación por el de *Medina al Dahabiya*, La ciudad de oro, ya que *dahabiya* significaba tanto barcaza del Nilo como oro; antes de que él la

adquiriese y la reformase, era un simple casco propiedad de un piloto de las líneas aéreas Sudafricanas, muy adecuadamente llamada *Flying Fish*. Las casas-barco atracadas en el lado oeste de la isla de Gezira habían adquirido fama de elegancia desde el principio de la guerra. Las había de innumerables formas y tamaños; algunas, como era el caso de aquélla, se hallaban en buen estado, pero otras eran viejas y hacían agua. Todos contaban jugosas anécdotas sobre aquella curiosa flota, y se decía que la habitaban estraperlistas, desertores del ejército inglés y hasta prisioneros de guerra italianos, y que daban sensacionales fiestas con profusión de bebida y drogas. Pero la gente de El Cairo era muy aficionada a los rumores y cuanto más estrambóticos, mejor.

—Pase, por favor, señora.

—Gracias.

Nunca le llamaba Yusef, pues ya se tomaba él demasiada familiaridad.

Una vez que la hizo pasar al bien amueblado despacho de la segunda cubierta, Solomon la saludó afectuoso, y la irritación que había acumulado durante la espera se desvaneció por efecto del encanto de aquel hombre. Aunque Solomon al-Masri era rico, no era, desde luego, uno de esos personajes bien educados, bien hablados y cultos con quien era frecuente encontrarse en los mejores hoteles, bares y clubs nocturnos de El Cairo. Él era un hombre bien parecido, al estilo de tipo duro que Hollywood acababa de lanzar con Cagney y Bogart; bajo y musculoso, rostro curtido y atezado, bigote negro y pobladas cejas y un pelo negro ondulado rebelde al peine. Su camisa de seda y sus pantalones hechos a medida le sentaban a la perfección, a diferencia de la mayoría de ropa confeccionada por los sastres cairotas. Era evidente que era persona que exigía las cosas exactamente a su gusto. Una actitud que Peggy había observado en otros hombres llegados a algo por su propio esfuerzo. Su padre, por ejemplo.

Solomon le ofreció asiento y se le acercó solícito como si aquél fuese el momento que había estado esperando todo el día.

—¿Quiere un poco de *whisky*? —dijo.

Recordaba perfectamente cómo lo bebía —igual cantidad de soda y *whisky* y sin hielo— y se lo sirvió en un grueso vaso corto de

cristal tallado, blandiendo la botella de Johnnie Walker como para mostrar que no le ofrecía una marca fraudulenta de las que tanto abundaban en los tiempos que corrían.

La observó cómo se sentaba cruzando las piernas y le tendió la copa.

—¿Tiene frío, Peggy?

Ahora se sentía mejor; se miró de reojo en el espejo para comprobar su cutis terso, su cabello rojizo y sus grandes ojos verdes, y se tranquilizó. Conservaba su aspecto sano y juvenil; pocas de las enfermeras más jóvenes la superaban en eso. En el cuarto hacía calor y estaba lleno de humo de habanos.

—No, ahora no —contestó—. Pero los barcos siempre son algo fríos, ¿no es cierto? No sé cómo puede usted vivir en el agua en invierno.

—Se acostumbra uno, Peggy. Mi padre tenía una hermosa casa en esta isla. Recuerdo que todas las mañanas, después de hacer sus oraciones, miraba la corriente. Solía decirme que el Nilo es largo, igual que el exilio de nuestro pueblo.

—¿Y usted qué le decía? —replicó ella, preguntándose cuántos de los árabes con los que tenía negocios sabrían que era judío. Aunque tal vez no le dieran importancia al tratarse de mercancías que implicaban ganancias. El dinero habla todos los idiomas, decían en los zocos de El Cairo.

—Yo añadía que mirase al norte y recordase que en El Cairo estamos casi al final del Nilo —contestó Solomon, sonriendo levemente al recordar que ya le había mencionado aquella parábola. Le gustaban las parábolas y ella le había dado cortésmente pie.

—Usted es judía, Peggy.

No lo inquiría; era una afirmación para recordárselo.

—Mi padre…

—No quiero saber nada de su padre. Es usted quien me interesa —la interrumpió con firmeza, sentándose en el sofá y mirándola, cual si esperase una cumplida respuesta.

Peggy sabía lo que esperaba. En ciertos aspectos era igual que Karl, y a Karl le gustaba hablar de sus antepasados y de la esencia de la raza y la religión, del país natal de los judíos y de los pioneros que lo iban creando con denuedo.

—Supongo que lo soy —dijo.

Se había criado en una familia en la que nunca se hablaba de religión, y había querido decir que su padre era ateo, en el momento en que Solomon la había interrumpido. Casi no sabía nada de religión antes de conocer a Karl; su padre le había dicho que su ascendencia judía venía por la rama femenina y, en cualquier caso, a ella le costaba trabajo creer en ningún dios. Luego, por su trabajo en el hospital, viendo sufrir y morir a tantos jóvenes, se había visto inclinada a ser aún menos religiosa. Pero no quería discutir.

—Karl es judío —añadió—. Hace tiempo le prometí que si teníamos hijos, los educaríamos como él quisiera.

—Exacto. Eso es lo que me dijo Karl que usted diría.

—¿Cuándo va a regresar?

—De momento, no. Aún tiene mucho trabajo —contestó Solomon, levantándose y llegándose al ventilador eléctrico, que cambió de orientación para que la corriente de aire moviese la cortina. El ambiente era un poco agobiante y en el aire flotaba el olor a habanos; habría podido ventilar el cuarto abriendo una ventana, pero Peggy sabía que no quería correr el riesgo de que oyeran la conversación—. En realidad, Karl ha tenido un contratiempo con las autoridades inglesas de Bagdad y hasta que no podamos subsanarlo es mejor que no se deje ver en ningún sitio en que puedan reconocerle.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, sin poder ocultar su inquietud—. ¿Qué ha hecho?

Solomon ahogó una carcajada. Había algo de brutalidad en el gesto, y ella se mantuvo seria, viéndole mirar el reloj.

—¿Por qué piensa que haya podido hacer algo? No le sucederá nada —dijo, volviéndose a levantar para conectar la radio. Lo había calculado con toda precisión; era un hombre metódico. Sonó la sintonía y comenzó el noticiario de la BBC. En Londres era una hora menos: las once de la noche. Resultaba imposible racionalizar el hecho de que el que leía las noticias saliese después a la calle para caminar por Langham Place, respirando el aire de Londres y viendo pasar los autobuses de dos pisos por Oxford Circus.

Escucharon las noticias. La voz del locutor era seca y solemne. No hubo más que una somera referencia al avance de Rommel, para

pasar enseguida a mencionar los intrépidos contraataques del ejército rojo, pero, así y todo, su tono entusiástico no lograba ocultar el hecho de que los alemanes estaban a punto de tomar Moscú y Leningrado. El avance japonés en el Pacífico proseguía imparable. Todo eran malas noticias. Transcurridos unos minutos, Solomon apagó la radio y volvió a sentarse a su lado. Olía a la colonia que usaba y advirtió los polvos de talco en su mentón. Bebía una especie de gaseosa con una rodaja de limón. Nunca le había visto beber alcohol.

—Me encanta el olor del aire. ¿No lo huele usted, Peggy?

No sabía a qué se refería; le notaba animado y supuso que sería por algo de su trabajo.

—¿Es el desierto? —inquirió.

—Ah, el desierto. Es usted una romántica. Hablo del hedor a traición —replicó él, reclinándose en el sofá—. Noté el mismo hedor en Madrid en el treinta y siete. El sanguinario Franco estaba a las puertas de la ciudad, igual que Rommel no tardará en estar a las puertas de El Cairo. Una patrulla anarquista había asesinado a un dirigente comunista llamado Cortada y los comunistas dieron órdenes a la policía de inventar pruebas falsas para acusar a los falangistas. La policía secreta rusa liquidaba a los trotsquistas del P.O.U.M., mientras los radicales y otra gentuza luchaban entre sí. Una situación ideal: los fascistas no tenían que atacar; les bastaba con avanzar y ganar la guerra [3] .

Había oído hablar mucho a su marido de la guerra civil española. Para los que habían estado en el bando perdedor, se había convertido en una obsesión.

—Sí, lo sé. Perdimos y Franco ganó la guerra.

—No se haga la tonta conmigo, Peggy, que nos conocemos bastante. Usted sabe lo que está pasando aquí.

—Que los jóvenes egipcios exaltados quieren echar a los ingleses. ¿Se refiere a eso? —replicó, con un tono de voz que denotaba su británico desdén.

Solomon lamentó haber dejado traslucir sus sentimientos y optó por contestar con sarcasmo cual si únicamente fuese un observador imparcial de los hechos.

—En parte, sí. Algunos oficiales jóvenes egipcios preparan un golpe en palacio. Esta maravillosa ciudad está llena de gente que

sólo se preocupa de ir a la suya, mientras Rommel se prepara para enviar sus tanques para tomarla.

—Rommel no podrá llegar aquí. Está muy lejos.

—Sí, y si llega no va a cedérsela encantado a unos locos egipcios, desde luego. El simple hecho de que esperan que llegue demuestra lo ingenuos que son. Pero mis jefes no hacen más que preguntarme qué es lo que sucede exactamente.

—¿Sus jefes?

—Los míos y los de Karl.

Ahora hablaba muy serio. Iba a preguntarle quiénes eran los jefes, pero optó por decir:

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Usted vive en el hotel en que ese malnacido fascista, el príncipe Piotr, tiene su corte. Apure su vaso.

—¿Y?

—¡Por Dios bendito, Peggy, despierte! ¿Va a decirme que no conoce a Piotr? —replicó Solomon, sirviéndole más *whisky*.

—Claro que le conozco… Ya está bien, gracias… En El Cairo todo el mundo le conoce. Es un príncipe ruso blanco a quien le encanta lo que le están haciendo a Stalin las tropas de Hitler. Aquí en El Cairo, tiene buenos amigos en palacio… Dicen que juega a las cartas con Faruk. ¿Qué quiere saber? —añadió, sirviéndose más soda.

—No soy tonto, Peggy. Los mensajes que envío a Tel Aviv no son resúmenes de chismorrees del zoco. Quiero saber lo que nuestro principesco amigo piensa, hace, habla y con quién se entrevista. ¿Me comprende?

—No. Es incomprensible para una persona que sólo le conoce de vista. Es un antiguo, un egocéntrico, un viejo esnob que no hace más que mencionar nombres de gente famosa y contar historias aburridas de tiempos pasados. No es un intermediario de alto nivel entre Hitler y Faruk, si es lo que usted insinúa.

Solomon sonrió entristecido; le gustaba discutir.

—No insinúo nada. Sólo le estoy pidiendo que le vigile un poco para estar seguros.

—Apenas le conozco.

—Usted me ha dicho que tomaba copas con él cada semana.

—Como todos. Su apartamento está abierto a todos.

—Abierto a todos, ¿eh? Una actitud muy inteligente para un espía nazi.

Peggy se le quedó mirando. Al principio había pensado que la manera seria que tenía de mirarla era señal de que sucumbía a su atractivo, pero ya hacía tiempo que se había convencido de que Solomon era demasiado egoísta para enamorarse de nadie. Aquellas miradas que le dirigía podían ser reclamos de respeto y admiración, pero no eran los requerimientos masculinos de respeto y admiración que preludian el amor. Solomon era un solitario.

—Solomon, creí que era usted más sutil —dijo.

—Abra bien los oídos —replicó él.

—Le comunicaré todos los chismorrees que oiga cuando vaya a tomar copas.

—El príncipe Piotr no oculta a nadie que tiene una radio americana de onda corta. Quiero que se fije bien y me diga de qué marca es y qué longitudes de onda capta.

—¿Por qué?

—Nadie ignora que en El Cairo hay un fallo de seguridad. Los jefazos ingleses no hacen más que dar vueltas por descubrir cómo recibe Rommel la información sobre las fuerzas y posiciones de los ingleses.

—¿Y dónde podría conseguir el príncipe Piotr esos secretos? —replicó ella con desdén.

Solomon no estaba dispuesto a seguir discutiendo.

—Tenemos que prever el futuro, Peggy. Independientemente de lo que ocurra entre las fuerzas inglesas y alemanas, los judíos tenemos que defendernos de los árabes. Y para eso necesitamos armas. La violencia es el único lenguaje que entienden los árabes. Cuando llegue el momento, no habrá negociaciones. Será una lucha a muerte.

—Muerte, ¿para quién? ¿Sabe cuántos millones hay de árabes?

Solomon hizo caso omiso de la pregunta con un desdeñoso ademán y una profunda aspiración del cigarrillo, y Peggy se preguntó hasta qué punto creería en su conmovedora retórica.

—Peggy, ¿conoce la palabra *tzedaká*?

—¿Caridad?

—Mi padre solía decir que significa que si los judíos no procuramos cuidarnos, nadie lo va a hacer por nosotros —dijo,

expulsando el humo pausadamente, como si pretendiera demostrar que dominaba sus emociones—. Usted es veterana aquí, Peggy. Los dos sabemos que El Cairo es un nido de víboras de conspiraciones y traición. Hay tantos bandos en pugna por hacerse con su coto particular, que nadie ve el panorama completo.

—¿Salvo usted? —inquirió ella, tratando de no mostrar el resentimiento por el modo en que la había llamado veterana. Lo había hecho por irritarla.

—Salvo Tel Aviv.

Llamaron a la puerta. Cuatro golpes en rápida sucesión; un ritmo que denota urgencia en cualquier idioma.

—¡Estoy ocupado!

A pesar de la exclamación, el escuálido criado entró diciendo:

—Señor, unos soldados están registrando los barcos.

—¿Soldados ingleses?

—Sí, soldados ingleses.

—Sí, soldados ingleses —dijo otra voz, tras la cual apareció una figura con uniforme de capitán, que apartó al criado con un preciso movimiento del brazo; era un oficial de algo más de treinta años, bien afeitado y de mirada alerta—. Y también policías egipcios. Aquí mi colega el inspector Khalil, por si quieren saberlo —añadió, dando paso a un joven y delgado oficial. El egipcio vestía el uniforme de invierno de lana negra con botones relucientes. Pese a la deferencia mostrada por el inglés, su presencia se debía estrictamente a cumplir con los detalles legales.

Solomon se levantó del sofá.

—Me llamo Solomon al-Masri —dijo con sonrisa tranquila y zalamera—. ¿Quiere beber algo, comandante? —añadió, sin ofrecerle nada a Khalil, imaginándose que observaría la prohibición islámica.

—Soy capitán. Capitán Marker, de la policía de seguridad de la plaza. No, gracias, señor.

—Ah, sí, capitán. Qué tonto. Siempre me equivoco con las insignias británicas. Su rostro me es conocido. ¿No nos hemos visto en el club Turf, capitán Marker?

—No, no soy socio —contestó Marker, impertérrito. Hablaba en tono suave y cortés, pero su mirada era dura e inflexible.

Solomon había vivido gran parte de su existencia en lugares de

dominio británico, pero en qué momento no sabía decir si aquel hombre era un oficial regular de las tropas en Egipto, del ejército de ocupación en tiempo de paz, o un oficial de la policía inglesa de los que habían ingresado en el ejército, siendo destinados al país y a otros lugares de Oriente Medio para reprimir el grave aumento de delitos desencadenados por la guerra.

—¿Tal vez en el club Sweet Melody? —insistió Solomon. Era una broma, pues el Melody era famoso por finalizar el espectáculo con el himno nacional egipcio, que los soldados ingleses acogían con palabras indecentes, provocando inevitablemente una pelea, y en el que, últimamente, habían protegido a la orquesta con una valla de alambre de espino.

Marker se quedó mirándole y luego lanzó un bufido.

—Los hombres del inspector Khalil van a registrar su barco —dijo.

A través de los mamparos de madera y de la cubierta llegaba el ruido de los policías abriendo y cerrando armarios y cajones; Solomon detectaba en ellos los movimientos efectuados por agentes expertos en registros concienzudos. A veces, los ingleses irrumpían con agentes aleccionados para romper muebles y objetos y hacer el mayor destrozo posible.

—Naturalmente —dijo—. Registren, sí, por favor. Como si fuese cualquier otro barco. No quiero que hagan distingos. Es un privilegio colaborar en lo que se pueda con las fuerzas de seguridad.

—¿Puedo ver su documentación, señorita? —dijo el capitán Marker, mirando a Peggy.

—Respondo personalmente de Peggy West, una de las personas más honradas e insobornables de El Cairo.

Marker siguió mirándola como si no hubiese oído lo que decía Solomon.

—¿Es suyo el Studebaker modelo del treinta y ocho que hay estacionado junto a los árboles, señorita West?

—Señora West. No, no tengo coche. He venido a pie.

—La noche es fría para andar de paseo. ¿Me enseña su pasaporte, señora?

—No lo llevo encima. Lo tengo en el hotel Magnifico, en donde vivo.

—Viene a verme una vez a la semana para que le preste la

prensa inglesa reciente, y ya estaba a punto de marcharse —terció Solomon.

—¿La prensa reciente? —inquirió Marker, alzando la vista y escrutando a Solomon.

—Llega en los aviones procedentes de Gibraltar… y en algunos barcos. Me la consigue un oficial de aduanas —añadió Solomon, apartándose de la mirada del inglés para sacar de un cajón su pasaporte y tendérselo—. Ahora somos amigos y aliados, ¿no es cierto?

Marker examinó la cubierta, la foto y, luego, miró de nuevo a Solomon. Era un pasaporte norteamericano expedido a nombre de Solomon Marx.

—Siempre lo hemos sido, señor Marx —dijo, devolviéndoselo—. Muchas gracias. Mis hombres acabarán enseguida. Ya que estaba a punto de retirarse, la acompañaré a su hotel, señora, para que se identifique debidamente.

Peggy dudó, pero optó por aceptar. No tenía más remedio. Estaban en guerra y, aunque Egipto era un Estado soberano, oficialmente neutral, las órdenes de la policía militar inglesa eran ley.

Una vez que se hubieron marchado Peggy West, el capitán Marker y los policías, Solomon se sentó, cogiendo una botella grande de cerveza, y su criado inquirió con cierta deferencia:

—¿A qué ha venido todo eso?

En realidad, el criado era su socio, un judío palestino llamado Yigal Arad, que había vivido siempre entre los árabes y que se hacía pasar fácilmente por uno de ellos. Durante poco más de un año había sido oficial de la Haganah, la fuerza paramilitar judía, y tenía en su haber una condecoración del ejército inglés por la herida en la rodilla de una ametralladora Châtellerault, cuando, el verano anterior, había guiado a las tropas inglesas a través de la frontera siria para atacar a las tropas de Vichy. La bala de 7,5 mm, rota y retorcida, colgaba ahora de su cuello a guisa de talismán.

—¿A qué ha venido todo eso? —repitió Solomon, meditabundo —. Los ingleses quieren hacernos saber que nos tienen vigilados.

Solomon era el jefe de aquel equipo de dos que se encargaba de una misión en El Cairo. Solomon
al-Masri

—o Solly Marx, para quienes le conocían bien o podían ver su pasaporte— había nacido también en Palestina, de padre ruso-judío; su padre había perdido a la familia entera en un *pogrom* y ya nunca se había adaptado a la extraña y calurosa tierra a la que había huido, salvo que había contraído matrimonio con una joven árabe, que le había dado a Solomon y a otros cinco hijos. Cuando el hombre se había visto incapacitado, postrado en cama, había sido Solomon quien había sacado a la familia adelante gracias a los más diversos recursos, recursos que ahora prefería olvidar. Por eso había aprovechado la primera oportunidad para abandonar su país natal para no volver a hablar de su pasado, pese a que la clave de sus ideas y actos se hallaba en la conmiseración y disgusto que sentía por el joven que había sido.

—¿Únicamente? —insistió Yigal.

Solomon bostezó fingidamente; del mismo modo que simulaba modales indolentes y contaba fantasías sobre su padre y la suntuosa mansión cairota, que decía haber sido su hogar.

—En esta ciudad apenas hay secretos; hay que dejar que los ingleses se enteren de algunos de nuestros pequeños secretos para que nunca descubran los secretos importantes.

—Ella siempre pide café sin azúcar.

—No querrá engordar.

—En Palestina lo tomamos con azúcar. Sólo en los entierros se sirve sin azúcar.

—Porque sois unos palurdos —replicó Solomon sin tono ofensivo—. Aquí en El Cairo, la gente es más refinada.

—¿Vas a confiar en esa mujer? —inquirió Yigal, sirviéndose cerveza.

—¿En Peggy West? Seguramente.

—¿Y vamos a llevarla con nosotros cuando nos marchemos?

—Sabes que eso no puede ser.

—Nos delatará.

Solomon le miró sin decir nada.

—Hablará, Solomon. Los ingleses la abrumarán y les contará todo lo que sepa.

—No te precipites, Yigal. Yo no voy a decirle nada hasta que no esté completamente seguro de que no está espiando ya para los ingleses.

—¿Esa enfermera?

—Piensa un poco. Los ingleses deben de tener la misma curiosidad por ese príncipe por similares motivos a los nuestros. Y Peggy ya vivía aquí antes de la guerra y debe de estar inscrita en la embajada con domicilio permanente en el hotel Magnifico. Lo lógico es que la hayan requerido para que les informe de lo que dice el príncipe en sus fiestas.

—Qué mente más enrevesada tienes, Solomon.

—Me limito a ser lógico. Por eso Tel Aviv me confió esta misión.

—Por ser cínico; que es muy distinto.

—Todo hombre sirve a dos señores: es la naturaleza humana.

—¿Dos señores?

—Sabemos bien que, en el ejército inglés, hay soldados que saludan a la bandera y son judíos. Y yo conozco soldados ingleses que llegan a fundir su lealtad al rey con la fe en el comunismo soviético. Sin duda el príncipe Piotr ama a la madre Rusia, pero detesta al padrecito Stalin y puede que esté ayudando a los alemanes. Conocemos altivos egipcios que obedecen fielmente a los ingleses. Puede considerarse afortunado quien sólo sirva a un señor.

—A ti te gustan los acertijos, pero yo prefiero las respuestas claras.

—No hay respuestas claras, Yigal.

—Has eludido mi pregunta sobre que, finalmente, tendrás que confiar en Peggy West. ¿Qué harás cuando tengamos que marcharnos?

—Yigal, sé muy bien lo que hay que hacer en esos casos.

—¿Quieres decir que la silenciarás?

—Será preciso.

Pese al tono airado de Solomon, Yigal insistió:

—Pero ella es de los nuestros; es la mujer de Karl. Yo no pienso intervenir en su asesinato. No digas que no te lo he advertido.

Solomon le dirigió una fría sonrisa.

—Enséñanos, Señor, a hacer frente a la adversidad; pero a su debido tiempo.

—No me vengas con tus citas del Talmud.

—¿Por qué desprecias las enseñanzas del Talmud? —inquirió Solomon afable, con gesto complacido por presentársele la ocasión de cambiar de tema.

—¿Qué aprendería en él respecto a tus maquiavélicos proyectos sobre Peggy West?

Solomon dio un trago a la cerveza y por un instante pareció que no iba a responder.

—Hace muchos años —dijo al fin—, había un erudito que preguntó a un viejo rabino que podía enseñarle el Talmud. El rabino le contó la historia de dos hombres que cayeron por una chimenea. Uno de ellos llegó al suelo sucio y el otro sin mancharse. ¿Y es ésa la enseñanza del Talmud?, replicó el erudito. No, contestó el rabino. Escucha: el que aterrizó sucio se miró las manos y al ver el hollín supo que estaba sucio. ¿Ésa es, pues, la lección del Talmud?, replicó el erudito. No, contestó el rabino. Entonces, ¿qué me enseña el Talmud?, inquirió el erudito. A lo que el rabino contestó: nada aprenderás del Talmud si comienzas por creer que por una chimenea pueden caer dos hombres sin que uno de ellos se ensucie.

4

A Jimmy Ross le asignaron el alojamiento de su antecesor en la imponente ciudadela de Mohamed Ali, que dominaba la ciudad. La antigua fortificación era cuartel de la guarnición inglesa desde hacía mucho tiempo y en su recinto albergaba un hospital militar, una piscina, canchas de tenis, cuadras y amplios terrenos de instrucción militar. Le habían dado un confortable dormitorio con una reducida salita de estar en lo que habían sido las dependencias para casados antes de repatriar a las mujeres y a los niños.

Jimmy Ross cenó solo allí aquella noche. No era una cosa extraña, pues los oficiales superiores del SIB se regían por su propio criterio. De hecho, muchos del cuerpo se mantenían al margen de aquellos «policías secretos». Le trajeron una buena cena a base de pollo estofado, arroz y pudín con jamón. Después, inventarió concienzudamente la bolsa de Cutler y la suya. Tenía que deshacerse de ella, pues el nombre de Ross medio borrado era una prueba acusatoria. Había unos cuantos detalles más. Arrancó de sus libros la página en que figuraba su nombre y las tiró al retrete; rascó su nombre del mango de un cepillo de zapatos y arrancó de la muda la etiqueta en que aparecía el nombre Ross.

Lo peor fue cuando se probó el uniforme de campaña de la bolsa de Cutler. No había advertido que el policía tuviese brazos tan largos. El uniforme de campaña era igual para oficiales y soldados y había pensado en seguir usando sus propios pantalones con la guerrera de Cutler, pero no le venía bien. Por más vueltas que le diera, le quedaba ridícula. Claro que podía seguir vistiendo el uniforme de cabo, pero siempre existía la posibilidad de que un investigador inteligente advirtiese que el preso muerto del tren era también cabo. Se durmió pensando en sus problemas y se despertó

descansado. Hacía una mañana radiante que le infundió nuevas energías y esperanzas.

No quería presentarse en el cuartel de Bab-el-Hadid solo, pues el nuevo centinela que hubiese podía plantearle inconvenientes al verle con el humilde uniforme de cabo. Telefoneó a la oficina y habló con Marker.

—Tengo cosas que hacer en la ciudad —le dijo con toda naturalidad—. Entregue mi nuevo pase a Stanhope y que me lo traiga a la hora de comer al bar del
Groppi’s.

El famoso restaurante
Groppi’s
era el único nombre que le sonaba de El Cairo.

—Muy bien, señor —contestó Marker—. No creo que haya bar. Le diré que vaya al restaurante hacia la una. ¿Al
Groppi’s
Rotonda o al
Groppi’s
Garden?

Ross se quedó momentáneamente sin saber qué decir.

—¿Cuál me recomienda?

—Bueno, como, evidentemente, Alice irá con su coche, le recogerá y le llevará al de Solimán Pachá. Es mi preferido.

—Bien, bien —contestó Ross—. Entonces, en el
Groppi’s
de Solimán Pachá.

Marker dedujo que pretendía servirse de la joven como guía y chófer por la ciudad. Buena idea, pensó; podía ser muy conveniente.

—Dígale que me recoja a las doce —añadió Ross—. ¿Se sabe algo del general?

—Está cazando patos. Me han dicho en su despacho que vuelve la semana que viene.

—Bien.

—Hay otro asunto, señor.

—Diga.

—Ha muerto ese muchacho.

—¿El preso?

—Sí; ahora no recuerdo su nombre. El que trajo usted. Ha

muerto.

—¿Cómo ha sido?

—Un ataque cardíaco. Ignoro el procedimiento en esos casos, pero supongo que se hará la autopsia y una investigación. Seguramente tendrá usted que prestar declaración.

—¿Ha muerto en el hospital? —inquirió Ross; advirtió que su respiración se aceleraba y tapó el micrófono del aparato.

—Ya lo determinarán los de patología —contestó Marker.

A Ross no le gustó aquella respuesta.

—Otra cosa, señor. ¿El preso no llevaba equipaje?

—Le detuvieron en plena fuga y por eso iba de paisano —dijo Ross.

—Es lo que me pensaba —añadió Marker—, pero no quise aventurarlo. Es que a veces los familiares te organizan un jaleo por lo de los efectos personales. Y es una molestia.

—Sí, claro.

¡Los familiares! A él no tenían por qué preocuparle, porque no tenía. ¿Pero y Cutler? ¿Y si había alguien, algún cabo suelto, en la vida de Cutler y empezaba a acosarle? Y de pronto le vino una idea tan evidente, que se habría dado de patadas por no pensarla antes. El ejército entregaba a todos un «ama de casa»: una carterita con agujas y alfileres, un surtido de botones e hilos. Debía tenerla en la bolsa. Cogió una hoja de afeitar y se puso a cortar los galones de la guerrera de Cutler.

—Si es mi ayudante, mejor será que nos vayamos conociendo —dijo.

Alice Stanhope le sonrió cual si fuera el primer hombre que mostraba interés por ella.

Por un instante, Jimmy Ross se vio desconcertado. Era como si aquella mujer leyera su pensamiento, y se dijo que, tan hermosa como era, no podían faltarle hombres que le hicieran proposiciones. Sí que era hermosa, pero no rutilante como las bellezas que se veían por doquier en aquel restaurante de moda. Alice Stanhope era alta, de pelo rubio largo y cutis claro. Su rostro era apacible más que vivaracho, pero sus ojos insinuaban un agudo sentido del humor y vivaz inteligencia. Sólo una mujer muy guapa podía destacar con la severa ropa que vestía, que era, pensó, la clase de atuendo que una madre inglesa de clase media consideraría adecuado para que su

hija anduviera por el perverso mundo: un traje de lana a cuadros y un jersey azul claro con perlas. En la muñeca lucía un reloj caro de oro —regalo de su veintiún cumpleaños, sin duda— pero ningún anillo adornaba sus dedos.

—Tengo que decirle una cosa —dijo ella, inclinándose hacia él en tono bastante confidencial—. Su antecesor en el cargo me asignó una misión secreta.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó ella, ruborizándose.

Ross pensó que debía exagerar algo, pero dio un sorbo de té, haciendo ademán de que se explicase.

—Tengo que alquilar una habitación en el hotel Magnifico y actuar en secreto.

—¿Por qué? —inquirió, aunque mentalmente ya aprobaba la situación, puesto que sería una ventaja tenerla alejada de la oficina y así tendría él un pretexto para ausentarse.

—Nos ha llegado información anónima de que uno de los huéspedes del hotel es espía alemán.

—No lo dice muy convencida.

Alice optó por sincerarse plenamente con él; ella era así.

—Y no lo estoy. Se trata de un anciano ruso. En mi familia le conocemos desde antes de la guerra. En El Cairo todos dicen que es espía alemán; pero aquí los rumores surgen y desaparecen como las modas. El pobre viejo es inofensivo.

—Entonces, ¿a qué tantas molestias?

—En el departamento es como una regla verificarlo todo.

—¿Es una forma discreta de decir que en el departamento nadie tiene datos fidedignos de lo que sucede?

—No —contestó ella, con cara de decir sí—. El Magnifico es un lugar muy bohemio y estoy segura de que averiguaré algo interesante. —Ross pensó qué es lo que ella consideraría bohemio, pero no le dio tiempo a preguntárselo—. ¿Se ha cosido usted los galones?

—¿Por qué? —replicó a la defensiva, y por un angustioso momento pensó que se había cosido mal en la trabilla de las hombreras las estrellas de Cutler; las había cosido en el uniforme de faena viejo para que se ensuciasen un poco las mangas en el sitio en que había llevado los galones de cabo, pero, allí en

Groppi's,
se sentía incómodo en medio de aquellos «cerdos de gabardina».

—No, nada; están bien, pero… creo que una de la oficina se las habría cosido mejor. O yo misma, si quiere.

Pero ¿por qué no pide un uniforme nuevo? Hay un sastre sensacional a cien metros de aquí en Kasr el Nil. Es la sastrería de mi padre.

—Sí, buena idea.

—Se lo tendrá acabado en dos o tres días, pero habrá que achucharle.

—Será mejor que me acompañe usted.

—Entonces, ¿le parece bien lo de la misión en el Magnifico?

—Supongo que sí.

—Muy alentador —replicó ella mordaz, olvidando de pronto que era una simple subordinada.

—La acompañaré —dijo él sonriente.

—Algo ayudaría. Venga con el uniforme de cabo —añadió ella.

—No sea mandona —replicó Ross—. Sí, iré con este uniforme.

—No va a ser fácil conseguir habitación. Tendremos que inventarnos una historia sentimental.

—Ya pensaremos algo —dijo Ross.

Ya se había establecido una intimidad entre los dos; al menos a él se lo parecía. Tal vez todos los hombres que la conocían sintieran lo mismo.

—¿Desea algo más, señor? —dijo ella.

Ross tenía hambre. Quizás debiera quedarse allí un par de días más antes de esfumarse. Más no. Desde luego, no pensaba correr el riesgo de tener que declarar en las indagaciones sobre su propia muerte.

5

Después de acabar su turno en el hospital, Peggy West llegó al hotel en que residía, pensando nada más que en darse un baño caliente. En el vestíbulo se encontró con un cabo y una joven alta, rubia de pelo largo. El militar discutía con Ahmed, un árabe alto de pelo rojo teñido, que barría el suelo con aquel aire de ensoñación que asumen en su trabajo todos los criados de hotel. El militar no hablaba árabe, con excepción de la docena de palabras que aprenden los extranjeros en sus dos primeros días de estancia en el país, y no conseguía nada. Peggy acudió en su ayuda, diciéndole:

—No puede alquilar una habitación porque esto no es un hotel.

—En el letrero de afuera pone hotel —replicó el cabo.

Peggy se quedó mirándole. Llevaba el uniforme caqui de invierno del ejército inglés mal cortado, tendría cerca de treinta años y era mayor que la mayoría de los soldados que se veían por la calle, las insignias eran de una unidad que ella no conocía, y, a juzgar por las pesadas botas, laboriosamente lustradas, debía de venir de alguno de los campamentos de tránsito que habían instalado en Canal Road. Tenía a sus pies una maleta de piel de cocodrilo con etiquetas de hoteles de lujo: Lotti, Gritti Palace, Bayerischer Hof, propiedad, con toda evidencia, de la muchacha.

—Mi prima tiene imperiosa necesidad de un sitio para dormir —dijo, señalando a la joven que le acompañaba—, y está todo requisado.

—Lugares hay de sobra —contestó Peggy. La joven era muy guapa, del mismo estilo que algunas jóvenes inglesas ricas; su rostro era sereno y distante y no decía palabra. Se habría dicho que era sorda.

—Si ella estuviera en el ejército no habría problema —añadió el cabo—, pero ningún club ni residencia aloja a civiles. Sólo el
YWCA

[4],
que está lleno.

Peggy le miró con mayor detenimiento. Era un tipo duro y, a pesar de su ligero acento escocés, pensó que era como un perro raposero inglés, can famoso por su velocidad, su olfato y su vigor.

—Hace tiempo sí era un hotel —dijo Peggy, sintiéndose en la obligación de dar una explicación—, pero ahora los residentes son fijos y nunca hay habitaciones libres. Están muy solicitadas.

El cabo miró en derredor y Peggy entendió perfectamente su reacción. Claro que parecía un hotel. Había un mostrador de recepción vacío y el casillero del correo con sus respectivos números de habitación y un ganchito para la llave; bajo un enorme escarabajo de adorno, se veía un montón de correspondencia con sellos de Inglaterra, Sudáfrica y Australia, con algunas cartas ya llenas de polvo; de los ganchos colgaban llaves con el grueso emblema en bronce del hotel Magnifico; adornaban la pared de la derecha cuatro grandes ánforas, y encima había un antiguo grabado de El Cairo visto desde la ciudadela; en el rincón una imponente cabina de caoba, con adornos orientales y puerta de cristal esmerilado, exhibía el letrero de «Teléfono» en inglés, italiano y árabe, y junto a la entrada había un tablero de bayeta cuajado de avisos mecanografiados y carteles de todo tipo y tamaño: bailes y conciertos, certámenes de *whist* y ventas de beneficencia, excursiones y conferencias, servicios de enfermería y lecciones de idiomas. El Cairo bullía de actividades.

—El letrero dice Hotel Magnifico —insistió el cabo.

—Lo sé —contestó Peggy.

El finado señor Mario Magnifico —cuya hija Lucia había heredado el establecimiento— había encargado aquel letrero, debido a que un cliente había comentado, con toda justicia, que aquello era una pensión.

—¿No podríamos sentarnos un minuto? Tengo que hablar con mi prima de algo privado y muy urgente —dijo el cabo.

No se veían sillas. Peggy miró a su alrededor. Al fondo del vestíbulo, que desembocaba en la escalera, había unas puertas acristaladas que comunicaban con el bar. Una de ellas estaba entreabierta y se veía a uno de los residentes —el capitán Robin Darymple— charlando sin parar con los de siempre. Darymple se

volvió a tiempo de advertir que Peggy le estaba mirando y le dirigió una encantadora sonrisa que ella correspondió. El encanto de Robin era irresistible. No era el momento de hacer pasar al bar a unos desconocidos.

—Tal vez puedan sentarse en el comedor —dijo Peggy.

Unas cortinas de tul cubrían las ventanitas ovales de las puertas de caoba. Peggy empujó una hoja y les hizo pasar. El comedor era una pieza oscura iluminada por una sola bombilla en aquel momento en que no había clientes.

Peggy oyó pasos en el suelo de mármol de alguien que salía del bar dejando la puerta abierta. Ahora se oía claramente la voz aguda de Darymple. Era el tono con el que siempre contaba sus historias. «Y me dijo que había pasado toda la noche con los tuertos. ¿Los tuertos?, le digo. No, me contesta, ¡tuertos muertos! Caramba, dije, comprendiendo que se refería a muertos; y le digo: ¿Y todo eso pasó en Belgravia? Y el barbudo me contesta: No, en Bulgaria». Se oyeron risas diversas marcadas por la copiosa ingesta de alcohol. Sí, era una de las historias que contaba Darymple, famoso por su charla en clubs y bares de El Cairo.

Señaló a los desconocidos una mesita junto a la ventana y volvió a oír ruido de pasos en el vestíbulo y el sonido de la puerta al volver a cerrarse, apagando la voz de Darymple. El cabo dejó la maleta en el suelo y miró en derredor. Allí reinaba la tranquilidad absoluta propia de un comedor limpio, bien preparado y vacío.

—Estupendo —dijo Ross—. ¿Podemos sentarnos media hora?

Peggy asintió con la cabeza.

La joven permanecía de pie mirando al cabo hasta que, como si le diera autorización, acabó por sentarse.

—No tardarán en ir viniendo a comer —dijo Peggy—. Todas las mesas están ocupadas, así que…

—Entendido —dijo el cabo—. Supongo que es sólo para oficiales.

Peggy se hallaba demasiado cansada para ponerse a discutir y se limitó a añadir:

—Digan que les ha hecho pasar Peggy. Peggy West.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable —dijo la joven, interviniendo por primera vez. Hablaba con el tono discreto de la clase alta, y Peggy pensó que tal vez eso explicaba en parte su

relación con el cabo y el por qué éste se mostraba tan puntilloso con los privilegios de los oficiales—. Me llamo Alice Stanhope —añadió.

—Bert Cutler —dijo el cabo tendiendo una mano que Peggy estrechó—. Cabo Albert Cutler, oficialmente —añadió.

No le notaba mucho el acento escocés; quizás se esforzaba por ocultarlo, o tal vez fuese que ella llevaba mucho tiempo fuera de Inglaterra. Estrechaba la mano con afabilidad, con una sonrisa agradable en su rostro curtido, iluminado por unos ojos azules. Era un hombre atractivo del que no debía ser difícil enamorarse, pero no debía ser fácil conservarlo, pensó. Los perros raposeros ingleses nunca figuraban en las exposiciones caninas, y, que ella supiera, no eran animales de compañía.

—Peggy West. Vivo aquí; en el segundo piso.

—Gracias de nuevo, señorita West.

Peggy sonrió y les dejó a solas. No se creía que fuesen primos. Ya en el vestíbulo, miró en el mostrador por si había carta de su marido o de su hermano de Canadá, pero el casillero estaba vacío. No le extrañaba: el correo tardaba meses y era muy inseguro, ahora que todos los barcos tenían que rodear el cabo de Buena Esperanza y a muchos los echaban a pique.

Había salvado unos escalones, cuando, de pronto, le asaltó una idea. Volvió sobre sus pasos y entró en el comedor haciendo notar su presencia para que pudieran separarse si se estaban besando. Pero sus temores eran infundados, pues los halló decentemente sentados uno frente a otro muy serios, separados por la mesita de mármol.

—Perdonen que les interrumpa —dijo, dirigiéndose a la joven—, pero, de pronto, he pensado si no sabrá usted escribir a máquina.

—¿A máquina? —replicó ella, mirándola como si estuviera loca —. Sí, un poco. Al menos lo hacía el año pasado.

—¿No buscará trabajo, por casualidad?

—Tiene que encontrar donde quedarse —terció el cabo mirando su reloj de pulsera— y yo tengo que volver a mi unidad.

—En donde yo trabajo, el hospital militar, necesitan una mecanógrafa. En realidad, alguien que arregle la oficina —dijo Peggy mirando a uno y otro—. Está todo hecho un verdadero lío.

Lo decía en tono campechano. Era la Peggy West que había sido capitana del equipo de *hockey* del colegio, la Peggy West que

regateaba inmisericorde en los bazares.

—No tengo donde dormir —replicó la joven.

Peggy cerró los ojos. Los que la conocían sabían que era un gesto de profunda emoción.

—Le encontraré un sitio para dormir si viene a trabajar al hospital —dijo, dirigiéndose al cabo. Era el que tomaba las decisiones y sería consciente de que hablaba muy en serio.

La joven y el cabo intercambiaron una mirada y ella le sonrió; una sonrisa de amor y confianza.

—¿Aquí? ¿Una habitación aquí? —inquirió el cabo, suspicaz por si Peggy pretendía enviarla a algún lugar lleno de pulgas al otro extremo de la ciudad.

—Tendrá que compartir el baño conmigo y otra mujer —contestó—. La habitación que ocupará es en realidad de un oficial que está en el frente… Desde noviembre no hemos vuelto a saber de él; pero puede aparecer en cualquier momento.

La joven sonreía cual si acabara de realizar una hazaña, y miró al cabo con igual cara de satisfacción.

—Espero que no tenga mucho equipaje —añadió Peggy—, porque la habitación es pequeñísima.

—Esa maleta. Es todo lo que tengo —contestó la joven, señalándola con la mirada. Realmente era bien pequeña para guardar todo lo que uno poseía. Sonrió entristecida, y Peggy sintió lástima—. Ya me veía pasando la noche en la sala de espera de la estación.

Peggy pensó si tendría idea de lo que era la estación de trenes de El Cairo por la noche. La joven era como una muñeca de porcelana, y era difícil saber qué clase de persona ocultaba aquel físico. Esperaba que se llevase bien con las demás en el hospital.

—Bueno, les dejo solos —añadió—. Suba al segundo piso; mi habitación está a la izquierda de la escalera. La puerta que tiene un llamador de latón en forma de mano de Fátima. No se vaya al tercer piso —añadió sonriendo—, que lo ocupa un príncipe ruso y es capaz de comérsela viva si irrumpe en su santuario.

—Gracias, Peggy —dijo Alice con dulzura.

Como el cabo no decía nada, Peggy volvió a mirarle y vio que tenía perdida la vista en el infinito; y por un instante lo vio distinto. Le sonrió, pero él no reaccionó. Tenía la impresión de que no la

veía. Pero, de pronto, su rostro se transformó, relajándose, y volvió a sonreír como si nada.

—Gracias, Peggy —dijo—. Muchísimas gracias.

Peggy West no durmió bien aquella noche. Se acostó y cerró los ojos con ganas, pero seguía preocupada por lo que había hecho y por la promesa. ¿Y sí el teniente Anderson regresaba sin avisar y reclamaba su cuarto? Al teniente Anderson no se le tomaba el pelo. Andy era un rudo comandante de motorizados de Leeds a quien le encantaba que se supiera que había sido sargento hasta iniciarse la guerra del desierto; desde entonces había ganado un puñado de condecoraciones y menciones por conducta ejemplar en combate. Era un tipo muy amigable a pesar de su cara de perro y la cicatriz en la mejilla, pero a Peggy le aterraba pensar cómo se pondría si volvía y se encontraba con la puerta cerrada de su habitación ocupada y su bolsa guardada en el trastero.

A las cuatro y media desistió de dormirse, saltó de la cama, calentó agua y se hizo té. Al menos el té no faltaba —lo malo era el azúcar y el petróleo— y el té ayudaba a los ingleses a mantener la moral ante la adversidad. Se sentó en el tocador, que también utilizaba de escritorio, y, con la luz de la mesilla de noche, se dedicó a cepillarse el pelo; de pronto, vio a su madre mirándola con aquellos ojos abiertos de temor y preocupación materna tan habituales en ella. Su madre la quería, claro, igual que quería a su esposo; pero su verdadero cariño lo reservaba para aquellos malditos perros que no cesaban de ladrar y gimotear y que tanto la distraían. Su madre era capaz de pasarse la noche en vela con un perro enfermo, pero si era su padre quien se ponía enfermo, dormía aparte en la habitación de invitados. Eso Peggy no se lo perdonaba.

Se sirvió una taza de té con un poco de leche. El té la reanimó y le trajo recuerdos de su infancia en Inglaterra. Pero también otra clase de pensamientos. ¿Y si la joven no sabía escribir a máquina? ¿Y si resultaba que era una persona de carácter intratable y las demás no podían aguantarla? ¿Y si quería más sueldo?

¿Y el cabo? Por su cara se notaba que estaba sometido a una fuerte tensión. Conocía los síntomas por el hospital. Sí, evidentemente, cuando se había dado cuenta de que ella le miraba, se había esforzado por sonreír y relajarse y había desaparecido la tensión, pero ella había advertido su agobio y le daba miedo.

Hasta la marcha de su marido, Peggy no sabía lo que eran preocupaciones; pero todo había cambiado desde que volvía a vivir sola. Su economía era precaria. ¿Regresaría realmente Karl? Solomon le había dado en la primera entrevista una nota manuscrita de Karl, pero después todas las concisas misivas venían mecanografiadas, y Solomon descartaba con aspereza sus insinuaciones de hablar por teléfono con él. Tenía el presentimiento de que el dinero que Karl le enviaba dejaría de percibirlo en cualquier momento que Solomon lo decidiera. No le tenía confianza. En su requerimiento de que vigilase al maldito príncipe del piso de arriba había advertido un descarado chantaje.

La paga del hospital no le daría para mucho sin el dinero de Karl; sin ese ingreso extra, sus ahorros le alcanzarían para vivir tan sólo un par de meses en El Cairo. Cada día llegaban más hombres, ingleses, sudafricanos, australianos, soldados y civiles, y todos con dinero; los precios no paraban de subir. El último año, el alquiler del hotel había aumentado al doble.

Se sirvió otra taza. Ahora, reposado, ya estaba bien oscurecido. Le gustaba así, igual que lo tomaba Karl. Ojalá no hubiese aceptado aquel trabajo en Iraq; el año anterior había habido un intento de acabar con el dominio británico, y ahora Solomon decía que tenía problemas en Bagdad. Tan lejos. Qué preocupación.

Estaba convencida de que Karl West no era un desconsiderado, pero ¿no podía encontrar otro empleo más tranquilo y formar un hogar con ella? Desde el año anterior casi había perdido toda esperanza de volver a verle y había estado a punto de regresar a Inglaterra. Las autoridades inglesas en Egipto habían decretado la repatriación de las mujeres e hijos de los militares. El pesar y el dolor se habían convertido en auténtica irritación al saberse que a las esposas de algunos jefes no las habían obligado; por eso había plaza en los barcos para personal civil. Al principio había sentido tentaciones de irse, pero ahora se alegraba de no haberse inscrito en la lista. Sus perspectivas habían cambiado cuando Solomon le trajo la buena noticia de Karl; no era por el dinero. Ahora tenía en qué forjar sus esperanzas y sus planes. O es lo que se decía.

Oyó llamar a los basureros y el golpe de la puerta trasera de la cocina al sacar los cubos. Ya comenzaba el tráfico. No descorrió las cortinas; sabía que ya estaría la fornida vecina de enfrente

tendiendo la ropa en la azotea. Una italiana. Las egipcias la ponían a secar extendiéndola en el suelo.

Volvió a mirarse en el espejo. Todo lo que le había dicho su madre se había cumplido; o casi todo. De haber vivido, le habría escrito una carta confirmándole sus temores. A su madre siempre le complacía ver que se hacían realidad sus agoreras predicciones. Había dicho que Egipto no era un país para tener un hijo, y, por muy irracional y absurdo que fuese, Peggy nunca había podido perdonarle aquella carta. Si el niño hubiese vivido, todo habría sido distinto. A Karl le encantaban los niños y habría buscado otro empleo que no implicase viajar constantemente.

Se cepilló el pelo con más cuidado y se puso horquillas. Aún no había cumplido los treinta y seguía siendo muy atractiva. ¿Por qué había de preocuparse?

6

Los temores de Peggy por llevar a Alice Stanhope al hospital y conseguirle empleo cedieron enseguida a la mañana siguiente. Alice hacía todo lo posible por adaptarse.

El jefe de cirugía, coronel Hochleitner, que vivía en El Cairo desde antes de la guerra, acogió afablemente a la joven, dijo que le parecía bien, y eso era realmente lo que importaba. Alice, una vez en el despacho del facultativo, miró el caos de papeles y las notas manuscritas que cubrían la máquina de escribir casi con la misma tranquilidad con que miraba a todos menos al cabo Cutler, se quitó la rebeca y se sentó en el escritorio. Ni se quejó de la antigua máquina Adler que traqueteaba como una locomotora; no era una mecanógrafa relámpago, pero sabía escribir palabras largas y hasta vocablos médicos y latinajos sin necesidad de consultar un diccionario, y con gran limpieza.

—Bien, a ver si ahora los médicos de este puñetero hospital pueden dedicar más tiempo a las salas en vez de perderlo con el papeleo burocrático de guerra —comentó «el Hoch», complacido.

Peggy estaba encantada, pero no duró mucho su satisfacción. Faltaba poco para la inspección y detestaba ir sala por sala de las que habían vaciado en espera de nuevas bajas. Las camas vacías con sus sábanas y almohadas bien almidonadas y sus mantas perfectamente dobladas eran como filas de tumbas recién hechas con lápida blanca en las que acababan muchos de los heridos que llegaban del frente.

Miró el reloj. Faltaba ya poco; luego sería como el día anterior, el otro y el otro: el suelo de los quirófanos resbaladizo de sangre y el depósito de cadáveres lleno. Tanquistas quemados, zapadores sin piernas y todas esas horrorosas «heridas múltiples»; soldados lisiados por metralla y fuego de mortero. Heridas de bala se veían muchas menos: ésos morían antes de llegar a El Cairo.

Asintió con la cabeza y firmó en el libro. Revisaría los quirófanos, haría la ronda habitual y se sentaría un rato antes de que empezasen los nuevos ingresos. Absorta en sus pensamientos, siguió caminando sin advertir que se cruzaba con una enfermera hasta casi tropezar con ella.

—Enfermera Borrows, ¿qué hace…?

—Enfermera jefe, Ogburn, el de la herida en la pierna, ha muerto esta noche.

Peggy se la quedó mirando. Las lágrimas asomaban a sus ojos. Se había estado conteniendo, pero ahora, al encontrarse con ella, se desahogaba, dejándose llevar por los nervios.

—Sobrepóngase, mujer.

—Ayer, cuando hicieron la ronda los médicos, estaba bien. Pulso y temperatura normales, y se reía escuchando la radio…

—¿Cuántas veces le he dicho que no les escriba cartas?

—Era una carta a su madre.

Se apellidaba Borrows y sus padres, consumados cinéfilos, le habían puesto Theda de nombre, pensando en alguna estrella exótica de Hollywood; pero en la enfermera Borrows no había nada de exótico en aquel momento: tenía ojos y nariz enrojecidos y no dejaba de sonarse con su pañuelito.

—Tenemos visitas que hacen ese cometido, que les hablan y les ayudan a hacer los rompecabezas, a arreglar sus problemas.

—No he faltado a mis deberes, enfermera jefe. Lo hice cuando no estaba de servicio. Quería que se la escribiese yo porque le gustaba mi letra.

La enfermera Borrows era un ratoncito sin encanto, pero como tantas otras enfermeras de El Cairo, donde las europeas eran tan codiciadas como el oro, se había convertido en una Florence Nightingale [5] .

—¿Cuánto hace que trabaja aquí? ¿Es que no ha visto morir a otros hombres? —añadió Peggy sin aguardar la respuesta—. ¡Por Dios bendito, la semana pasada hubo una mortandad!

—Era un chiquillo…

—Usted es enfermera —replicó Peggy algo más afable—. ¿Es que no sabe lo que es una enfermera?

—Creí que lo sabía.

—No sé es ni mujer ni hombre; no se es militar ni civil, ni seglar

ni médico. No se es novia, ni madre; se es enfermera. Algo muy concreto. Los enfermos nos tienen confianza; creen que podemos curarles… Sí, ya sé que es absurdo, pero es lo que se empeñan en creer y no podemos evitarlo.

—Era de Lancashire, de un pueblo cercano al mío.

—Escuche, enfermera, los pacientes no son de ningún sitio. Si comienza a pensar de ese modo, este trabajo le destrozará el corazón. Son pacientes y nada más. Son simples heridas, amputaciones y enfermedades. Eso es lo que son.

—Le hirieron cuando trataba de detener a los tanques alemanes; iban a concederle una medalla.

Como si no escuchase nada de lo que le decían, Peggy West replicó:

—Como si estaba en tratamiento por un caso avanzado de sífilis. Es un paciente y nada más. Métase eso en la cabeza.

—Le amaba.

—Entonces, es usted una tonta y una enfermera incompetente.

La joven alzó airada la cabeza, echando fuego por los ojos.

—Muy bien, enfermera jefe; sí, soy una imbécil porque me preocupo por mis pacientes y acabo mi turno llorando por ellos. Pero usted eso no lo entiende. Usted es una enfermera eficiente; nunca se le saltan las lágrimas porque no le interesan los hombres. Es bien sabido. Pero nosotras somos débiles; somos mujeres.

Ahora, Peggy sí que le hacía caso, pero le había costado llevarse un insulto.

—Sólo intento ayudarla —añadió Peggy.

La enfermera estaba tan abatida que, por un instante, no pudo contestar.

—¿Es que no los ve nunca como hombres que lo dan todo por nosotros? —dijo—. ¿No le dan ganas a veces de besarlos, abrazarlos y decirles que son estupendos?

—A veces sí —respondió Peggy.

Lo había admitido cual si hablase consigo misma y ella misma se sorprendió al expresarlo, pero era la verdad.

La enfermera Borrows se sonó ruidosamente e hizo un gran esfuerzo por sobreponerse, irguiendo el torso como un soldado en desfile.

—Perdone, enfermera jefe, por lo que le he dicho.

—¿Por qué no se toma una hora libre? Eche una cabezada o dese una ducha. No hay nada que hacer hasta la llegada del convoy de ambulancias.

—Es que estaba tan tensa que no he podido contenerme.

—A todas nos pasa, a veces —dijo Peggy.

Miró en derredor para asegurarse de que no había ninguna otra llorando, pensando en que no era una cosa extraordinaria. Había muchos muertos entre las bajas que les llegaban del frente; no pocos llegaban aún muy conscientes y el largo viaje acortaba la vida a muchos de los graves. La mayoría de las enfermeras militares eran demasiado jóvenes para aquel trabajo, pero había tal escasez que no se les podía asignar otra tarea. Por eso, en el hospital, el ejército había admitido a civiles como «el Hoch», Peggy y Alice.

Se dirigió a la planta baja y cruzó el patio para ver qué tal le iba a Alice en la oficina.

—¿Todo bien?

—Me han traído un té —contestó Alice sonriente, alzando la vista—. Supongo que es señal de aprobación.

—Ya lo creo —dijo Peggy.

—Y Blanche me ha ayudado mucho.

—Estupendo.

Alice Stanhope, sin dejar de trabajar, alzó la vista un instante para comparar a Peggy con el cartel de ayuda a rusia pegado a la pared. No cabía duda de que alguien lo había puesto por el sorprendente parecido entre la enfermera rusa de la estampa y Peggy West. Peggy tenía los mismos pómulos prominentes y boca grande de aquella beldad eslava idealizada. Pero había algo más, pues Peggy poseía también las cualidades reflejadas por el artista: autoridad, decisión, competencia, compasión y ternura. Las enfermeras debían tener en mayor o menor grado esas cualidades como consustanciales a su trabajo, pero en Peggy eran sobresalientes.

—Tomaré el té más tarde —dijo Peggy—. Sólo quería ver si le iba todo bien.

En el camino de regreso al edificio principal, se encontró con Blanche, la hijastra del coronel Hochleitner, y descubrió que la llegada de Alice no había sido aceptada con unánime satisfacción. Blanche se encontraba desconcertada al verse desplazada de su

papel de mecanógrafa suprema del hospital, y temía perder su puesto de secretaria de Hoch, algo muy importante para ella. Naturalmente, no se quejaba; era una divorciada rubia de treinta años y tenía experiencia en la vida. Sonrió y felicitó a Peggy por haberles encontrado aquella joya, haciendo comentarios autocríticos y añadiendo la suerte que tenían con haber empleado a aquella Alice Stanhope. Pero Peggy conocía de sobra a Blanche para dejarse convencer por aquellas sonrisas y elogios de colegiala. Blanche aguardaría la ocasión de hablar con su padrastro, y bien sabía ella manipularle.

Pero no era Blanche la única que vio con reservas la llegada de Alice. Una enfermera delgada y pelirroja, llamada Jeannie MacGregor, hija de un cultivador de tabaco en Rodesía, hizo un aparte con Peggy para expresarle sus temores respecto a la recién llegada.

—¿Qué sabemos de ella? —comenzó diciendo.

El abuelo de Jeannie MacGregor se había criado en un castillo, y la nieta se proclamaba descendiente directa de Rob Roy, el famoso proscrito escocés. Su acento y apasionada preferencia por las novelas de Walter Scott eran producto de las visitas que Jeannie había hecho a su abuelo.

—No la comprendo —replicó Peggy.

—Y todos esos aires y finuras… y, además, aparca su coche deportivo rojo a la puerta.

—Es por ser el primer día. Ya se lo diré —alegó Peggy, que sabía que lo del aparcamiento de coches en el hospital era fuente de inacabables conflictos.

Jeannie asintió con la cabeza, feliz de su parco triunfo. Había ingresado voluntaria al estallar la guerra y gracias a su esfuerzo e inteligencia había llegado a ser enfermera especializada de quirófano casi igual que Peggy. Tener los instrumentos listos para tendérselos al cirujano era muestra de entender perfectamente el desarrollo de las intervenciones quirúrgicas, Quizás, de haber estudiado en la facultad, Jeannie habría podido ser médico; en su actual trabajo se estaba convirtiendo en una sabelotodo insoportable que molestaba a todos, pero había gran escasez de buenas enfermeras de quirófano y Peggy hacía frente a las pataletas de Jeannie con sumo cuidado.

—Durante la pausa del té la he visto revisar los archivos privados de Hoch —añadió Jeannie.

—Sí, va a tratar de ordenar el despacho, que está hecho un desastre. Ya sabes que Blanche no archiva nada.

—Esa Alice, antes de trabajar aquí, estaba de administrativa en ese enorme edificio militar que hay enfrente de la estación —añadió Jeannie, mirando con aire triunfal a Peggy—. Lo ha reconocido.

—Sí, me lo ha dicho. ¿Y qué?

—No has leído en los periódicos que los espías de la policía están por todas partes. ¿Es una espía de la policía?

—Jeannie, por favor, he tenido una mañana tremenda. ¿Es que te crees toda la basura que publican los periódicos?

—Y Hochleitner es apellido alemán, ¿no? —persistió Jeannie, mordiéndose el labio y mirándola a los ojos.

—Jeannie —contestó Peggy con un profundo suspiro—, tú eres una enfermera con experiencia. ¿Insinúas en serio que Alice es una espía que ha venido a comprobar si Hoch es nazi?

—Ya sé que es muy retorcido, pero ya sabes que hay espías por todas partes —replicó Jeannie en voz más baja, como retractándose de su teoría, pero irritada porque Peggy tratase de hacerla parecer tonta.

—A mí no me consta —dijo Peggy—. Lo único que sé es que por todas partes circulan historias de espías. Ojalá la gente se tranquilizase y pensase con la cabeza. Somos inglesas, Jeannie; procuremos tener un poco de sentido común.

—Yo no soy inglesa, sino escocesa —replicó Jeannie muy seria.

Peggy se echó a reír.

—Ese pretexto no me vale —dijo.

Jeannie MacGregor hizo lo imposible por no perder los nervios y respondió con una advertencia suave pero amarga.

—Antes te preocupabas más por todo.

—No he querido ofenderte, Jeannie, pero se te hacen los dedos huéspedes. Alice es una buena chica… y buena mecanógrafa. En el frente las cosas no van muy bien y cualquier día podemos vernos combatiendo contra Rommel en los suburbios de El Cairo; es de suponer que la policía tiene que tener vigilada a la gente. Y nosotros, los ingleses, debemos ayudarnos unos a otros.

Se hizo un prolongado silencio, tras el cual Jeannie dijo:

—Conozco a la gente por instinto, y esa chica nos traerá problemas. Nunca me equivoco en esas cosas, enfermera jefe. Recuerda lo que te digo.

¿Así que aquello era uno de los «instintos» de Jeannie? ¡Dios mío!, pensó Peggy. Aquello de su «instinto» era otra de las valiosas cualidades heredadas de su abuelo.

—«El Hoch» ha aprobado su ingreso —dijo—. Ahora no se puede hacer nada.

—Ya veremos —replicó Jeannie con despecho—. Esa chica es una víbora; se lo leo en la cara. Y voy a conseguir que la despidan, aunque sea lo último que haga.

—¡Ah, vete al diablo! —replicó Peggy, dándole la espalda, para lamentarlo en aquel mismo momento. De haber aguantado cinco minutos con ella, habría podido lograr que aceptase la situación mejor. Pero Jeannie MacGregor era un exponente de la tenacidad de su raza y si quería hacerle la vida imposible a Alice, o a quien fuese, hallaría el modo de conseguirlo.

—Ya están ahí los correos —dijo alguien desde una ventana—. No tardarán en llegar las ambulancias.

—Es temprano —dijo Peggy.

—Me han dicho que vienen dos convoyes —dijo Jeannie—. Voy a ver a mis chicas para que estén preparadas.

Tratándose de trabajo se transformaba y se volvía razonable.

—Bien —añadió Peggy con un suspiro. Quizás pudiera hacer que a la MacGregor la trasladasen a uno de los centros quirúrgicos avanzados en que se efectuaban operaciones lo más cerca posible del frente.

Oyó que llegaban las ambulancias. Ya empezaba.

—A ganarnos el sueldo —dijo en voz alta.

Lo decía siempre que llegaban las ambulancias.

7

Nadie dijo recordar cuándo ni dónde se inició la pequeña reunión, pero se había convertido en costumbre que los viernes, a primera hora de la noche, se obsequiara con un par de vasos de vino frío y sabrosas tapas en el último piso del hotel Magnifico a los residentes, fiesta a la que se sumaban no pocos advenedizos.

—Buenos días, Piotr —dijo Peggy West, dirigiendo una inclinación de cabeza al príncipe, mientras su criado egipcio Sammy, vestido con una larga galabiya negra profusamente bordada en oro, le servía otro vaso—. ¿Qué le parece su vecina Alice?

—Ha sido muy amable cediéndome esa habitación —dijo Alice, tomando también otro vaso.

Peggy sonrió y miró a su alrededor. El capitán Robin Darymple, con camisa caqui almidonada sin guerrera y pantalones impecables, era siempre de los primeros en llegar. Conversaba con una hermosa muchacha egipcia, Zeinab el-Shazli, y con su hermano Sayed. También había extranjeros, algunos de los cuales habían debido comenzar a beber por la tarde, pues se advertía bastante algarabía de voces y risas.

Sonrió a los dos egipcios y le explicó brevemente a Alice quiénes eran: estudiantes de la American University, que vivían en el primer piso del hotel. Sayed era un joven bien parecido de tez no muy oscura y saludable y ojos azul claro, legado de las concubinas circasianas, mujeres famosas por su belleza. El capitán Darymple discurseaba sobre el ataque japonés a Pearl Harbor, bombardeando con la mano libre su vaso de vino. La entrada de Estados Unidos en la guerra era el tema principal de conversación hacía semanas. Sayed, oficial de reserva del ejército egipcio, le escuchaba con gesto paciente. Peggy pasó junto a ellos sin detenerse y, alzando el vaso

dijo:

—Gracias, Piotr.

Alice le miró: era el hombre a quien se atribuía ser el espía de Rommel en El Cairo.

El príncipe sacaba la cabeza a los más altos de la reunión. Era un hombre de buena estatura y robusto, que vestía chaqueta negra de esmoquin de terciopelo y pantalones blancos, y lucía una corbata de seda con dibujos sujeta por un alfiler de oro con diamantes. Desde el principio de la guerra, Piotr Nikoleiovich Tikhmeibrazoff se hacía llamar coronel Piotr, y si alguien lo ponía en duda —como había hecho en cierta ocasión el capitán Darymple, que vivía en el segundo piso— se limitaba a señalar impávido una fotografía de un impecable regimiento de infantería desfilando ante la fábrica de algodón Rossiskaya durante los disturbios de enero de 1913 en San Petersburgo. Su padre, el príncipe Nikolei, era dueño absoluto de aquel regimiento. Al morir en acto de servicio en 1916, Piotr Nikoleiovich lo había heredado junto con cuantiosas hectáreas de tierras, granjas y pueblos, la mansión urbana y el palacio veraniego a la orilla del mar en Crimea. El título de «coronel… retirado» era una modesta reivindicación, dadas las circunstancias.

Cuando murió su padre, Piotr Nikoleiovich estudiaba arqueología en Oxford, y allí se quedó durante la revolución que sobrevino poco después. En 1925 fue a hacer una visita a unos amigos rusos en El Cairo y decidió establecerse allí. Algunos de los tesoros que se admiraban en su apartamento eran parte de los veintisiete cajones de ropa, muebles, alfombras, cuadros, iconos y objetos ornamentales que su madre había elegido para enviárselos desde Rusia como algo imprescindible para su vida de estudiante en Inglaterra. Le gustaba hablar de su época de estudiante en Oxford y últimamente se autodenominaba «estudiante de asuntos mundiales» fundamentándose en que pasaba gran parte de la mañana leyendo periódicos y muchas tardes en cafés y bazares, tomando café con un amplio y cosmopolita grupo de amigos de su condición.

—Peggy, querida, no me diga que ésta es nuestra vecina. Ya me habían comentado que en el hotel vivía una joven encantadora.

El príncipe hablaba con el acento seco y exagerado del Oxford de antaño.

Alice sonrió tímidamente.

—¿Cómo está usted, querida? Cuánto me alegro que haya podido asistir a nuestra reunión —añadió, cogiendo la mano de la joven e inclinándose para besársela.

A Peggy siempre le había parecido un San Bernardo grandote y blandorro, pero aquella noche, hablando con aquel increíble acento inglés, se le antojaba más bien un afgano.

—Alice Stanhope —dijo Peggy, presentándosela—. Le he conseguido empleo en el hospital.

—Eso me han dicho —dijo el príncipe, asintiendo con la cabeza con expresión de enojo, pues llamaba a Peggy su «oficial de enlace» en las novedades del hotel y se suponía que habría debido informarle de inmediato. Él no se llevaba bien con la propietaria, Lucia; aquella misma tarde había subido a montarle una escena poco antes de que llegasen los invitados. Pese a su aparente desparpajo, Peggy sabía que el príncipe temía que Lucia pudiera privarle de sus habitaciones, y más habría debido amedrentarle verla llegar acompañada de su diminuto abogado armenio, pegado a sus faldas como un chihuahua.

Lucia Magnifico quería echar al príncipe y tenía ya encargados a un arquitecto los planos para convertir el último piso en siete habitaciones independientes. El Cairo estaba lleno de oficiales superiores y consejeros civiles bien provistos de dinero gubernamental, y todos necesitaban alojamiento. Lucia era una mujer con experiencia y sabía que aquella clase de hombres no quería vivir en grandes hoteles ni residencias oficiales con vigilancia en la puerta que observase sus idas y venidas, sino en un sitio discreto en un buen barrio cerca del río, un sitio cómodo y anodino como aquel hotel. No podía consentir que aquel «farsante» ruso siguiera ocupando todo el último piso, por mucho que su padre hubiese prometido antes de la guerra.

«La vida sigue y yo tengo mis gastos», le había dicho Lucia sin tapujos. Era una mujer delgada amante de las joyas y las modas de París, paradigma de los italianos residentes de El Cairo, que eran los extranjeros mejor vestidos y refinados. En reconocimiento de ello, el rey de Egipto se rodeaba de cortesanos italianos. Era bien sabido que los ingleses eran feos, rudos y vestían mal; sus militares de enormes pantalones arrugados, jerseys de lana desgastados y sombreros gachos, parecían payasos. Y lo peor de todo, como había

dicho Lucia aquella tarde al príncipe, siempre se hacen los pobretones.

Dicho lo cual, la italiana había bajado la vista hacia su vestido de seda negra y se había quitado un pelo, frunciendo el entrecejo: no habría debido sentarse en aquel sofá; estaba harta del horrendo gato abisinio del príncipe, de que gastase la valiosa agua caliente en plena noche y tratase de captar radio Moscú con su anticuado aparato de radio, haciendo saltar los fusibles del edificio.

El príncipe cerró los ojos para recordar la escena de aquella tarde y sonrió a Peggy y a Alice. Le gustaba tener mujeres guapas en sus fiestas, aunque no tuvieran atractivo alguno para él. Y Peggy era una buena amiga; su relación se basaba en el hecho de que los dos vivían en El Cairo desde antes de la guerra. A Robin Darymple le consideraba en iguales términos porque su cometido databa también de antes de la guerra. Ellos sí que eran auténticos residentes a quienes permitía que le llamasen Piotr; los demás eran simples turistas de guerra.

Alice fue monopolizada por un joven oficial que decía conocerla de Alejandría, y el príncipe, al ver que se alejaba con él, se volvió hacia Peggy y dijo con voz más grave:

—Querida, dígame dónde ha conocido a Alice Stanhope —al tiempo que le ofrecía un cuenco con pistachos, aunque sin aproximarlo mucho, sabedor de que rehusaría.

—Su padre es algo así como consejero político en el Golfo —contestó Peggy, que se había enterado de bien poco en su breve y agitado viaje en un autobús repleto hasta Midan Ismail y en un no menos abarrotado tranvía hasta el hospital—. Y a su madre le dio la manía de que tenía que venirse a Egipto. Mamá vive en Alex[6]. —La última frase fue una mediocre imitación del correcto deje inglés de Alice Stanhope.

Piotr esbozó una sonrisita por la gracia.

—Sí, la madre es una anfitriona social muy conocida. Los Stanhope conocen a todo el mundo que merece la pena —dijo el príncipe con cierto aire de envidia—. ¿Alice juega al *bridge*?

—Se lo preguntaré.

—No sabe la falta que nos hace una persona para la partida —añadió con voz quejumbrosa.

—Pues pregúnteselo usted.

—No, hágalo usted. No es por el dinero —añadió— sino por puro placer del juego.

Presumía de jugar bien al *bridge*, cuando, en realidad, solía perder y menos mal que pagaba sin rechistar, pues, de no haberlo hecho, Darymple habría dejado de venir. Darymple era un jugador empedernido y llevaba las cuentas en un cuadernito negro para saber si ganaba.

—Creo que dependerá de su novio que acepte —dijo Peggy, mirando al grupo de jóvenes que rodeaban a Alice—. Se ven con mucha frecuencia.

—¿Y él juega al *bridge*? —inquirió el príncipe.

—¿Se refieren al cabo? —terció, acercándose, Robin Darymple, que había aprendido en el club de oficiales a escuchar dos o tres conversaciones al mismo tiempo—. ¿Ese simplón de pantalones arrugados? Ya le he visto… Sería de lo más aburrido pasar la tarde jugando a las cartas con un suboficial.

Darymple no compartía ninguna actividad social con «suboficiales» ni aunque fuesen mujeres.

—¿Y por qué? —replicó Peggy—. Creí que hacíamos la guerra para acabar con la distinción de clases y todas esas bobadas.

—¿En el hospital, tienen a la tropa y a los oficiales juntos en las salas? —inquirió Piotr, a quien le encantaba suscitar discusiones.

—Los cabos son los peores de todos —añadió Darymple, sonriendo agresivo—. No saben beber tan bien como los sargentos y carecen del sumiso sentido de subordinación de la tropa. Yo con un cabo no juego a las cartas.

—Me alegraría que fuese buen jugador y que le desplumara —dijo Peggy.

Darymple se rió engreído.

—¿Es cierto lo que dicen de que nos deja, Darymple? —inquirió el príncipe.

—Ah, Piotr, no lo comente con nadie —contestó el capitán, bajando la voz—. La semana pasada, me encontré en el bar

Shepheard’s

con un viejo amigo: Toby Wallingford, voluntario de la reserva de la marina, un tipo estupendo. En el colegio le di buenas zurras; aún tiene cicatrices. Bien, ese bruto afortunado está ahora en contacto con una especie de banda de gangsters que combate

clandestinamente a los alemanes. Les dan un buen golpe, vuelven a El Cairo y hasta otra.

—Qué peligroso, Robin —comentó Peggy. Sabía que era el comentario que los hombres esperan de una mujer cuando cuentan bravuconadas. Eran todos igual: sólo les, importaban los colores de las condecoraciones y sus absurdos egos. Tenían que manifestar lo valientes que eran, y hacerlo mediante gracias pueriles. La guerra ponía de, relieve la faceta más fastidiosa del hombre.

—Creo que ahora ya les hemos encontrado la horma de su zapato —dijo el príncipe— y no tardaremos en detenerlos. Yo diría que en Bengasi.

—Sí, y yo aquí, pasándome el día mirando papelajos. Me pone enfermo no participar. Figúrese, además, después de lo que los hombres rana de los *macarroni* hicieron el mes pasado. Ahora se va sabiendo todo. Se metieron en Alejandría y volaron en pedazos el *Valiant* y el *Queen Elizabeth*.

—¿Son cuantiosos los daños?

—Daños ya lo creo que tienen. Los de marina siguen fingiendo que están enteros, saludan desde el alcázar, izan la bandera y celebran misa los domingos; pero lo cierto es que los dos acorazados están varados en el fondo del puerto.

—Sí, eso me han dicho.

—Necesito entrar en combate sin demora —dijo Darymple, alargando la mano hasta el cuenco de nueces y removiéndolas para escoger las mejores—. Hay que intervenir en buenas acciones si se quiere hacer carrera en el ejército después de la guerra. Ese equipo de Wally es mi oportunidad —añadió llevándose una nuez a la boca.

—Enhorabuena, muchacho —dijo el príncipe.

—Y me ascienden de inmediato; es la regla para los que trabajan con esa gentuza. A comandante.

—Magnífico. Si yo fuese joven…

—Operaciones mixtas: ejército, marina y hasta fuerza aérea, me han dicho. Mi amigo Wally está en Marina. Ah, así funciona la guerra. Tenemos que darles también un poquito de su *blitzkrieg*. Yo lo veo así.

—¿Y qué hará con su habitación? —inquirió la siempre práctica Peggy.

—Tranquila, muchacha. No me des aún por muerto.

—He instalado a la nueva, me refiero a Alice, en la habitación que dejó reservada el teniente Anderson y me asusta que vuelva de repente.

—Andy estuvo en lo de Tubruq —dijo el príncipe.

—¿Tubruq? —inquirió Darymple—. Una puñetera situación.

Darymple no admiraba al exsargento Anderson ni el modo en que había ganado una medalla, una mención en combate y la cruz militar en doce meses de lucha. En más de una ocasión había hallado motivo para darle una buena reprimenda. En cierta ocasión, le había amonestado en el comedor del hotel por sus modales en la mesa, y la noche antes de que desapareciera había llamado a la policía militar para que pusiera fin a una ruidosa borrachera que tenía con sus amigotes. Aquella noche el Magnifico se había llenado de gentuza, dedicada a cantar obscenidades en la escalera, a vomitar en un ánfora y a romper la cadena del retrete de abajo. Darymple había puesto fin al festejo, echando un rapapolvo a Anderson delante de todos.

—Sí —dijo el príncipe—. Él está en blindados y siempre se encuentran en primera línea. Prestaba apoyo a las tropas neozelandesas que tomaron Ed Duda y se unieron a la guarnición, y fue allí donde llevó a cabo una locura de las suyas, avanzando con sus tanques sin aguardar órdenes. Fue uno de los primeros que rompió el cerco —y miró impasible a Peggy y a Darymple otra vez, pues todos sabían la envidia que tenía a Anderson.

—¿Y cómo sabe todo eso? —replicó Darymple, malhumorado, cogiendo un puñado de aceitunas—. Los comunicados oficiales no mencionan para nada que rompiéramos el cerco.

—Es que Andy me debía cinco libras —contestó el príncipe—, y uno de sus hombres, un teniente delicioso, volvió a El Cairo a traer al cuartel general documentos capturados al enemigo, y le dije que pasase a verme. Me trajo una caja con coñac italiano y queso parmesano capturado en el puesto de mando. Un queso exquisito: es el que hay untado en las galletas que ha probado. Y el coñac no está mal. Viven bien esos italianos aunque estén en el desierto. Siempre he dicho que son gente que tienen sentido de la proporción.

El comentario estaba calculado para demostrar que el príncipe no lo había pasado mal en la tierra de Lucia.

—Y me trajo un billete en el que Andy me decía que quedábamos en paz. Tardé una hora en descifrar su letra, pero al final lo conseguí. Andy es un buen chico, pero no creo que regrese de momento al Magnifico. Ahora, seguramente, estará capturando a Rommel por su cuenta. Su compañero me dijo que le habían nombrado capitán interino, sin paga, y que el comandante de división le había propuesto para la DSO [7].

Darymple, una vez masticadas las aceitunas, irguió el torso y dejó escapar un suspiro de exasperación, mientras el príncipe dirigía un leve guiño a Peggy. Piotr era un provocador sin igual.

—Qué bonitas las flores de su balcón, Piotr —dijo Peggy para cambiar de tema—. Esa maceta con las de color naranja es preciosa y huele muy bien. El Cairo es una gloria en esta época del año.

—Yo prefiero el invierno inglés —dijo Darymple—. Este tiempo es un asco: ni carne ni pescado. Esta mañana, al asomarme a la ventana, pensé por qué no estaría en Inglaterra cazando.

—El Cairo es El Cairo —dijo el príncipe con su exagerado acento inglés—. Oiga a esta Babel; respire y huela el viento cálido del desierto. ¿No tiene usted alma, Darymple? Esto no es una versión de oferta de los *shires* [8] ingleses.

Peggy le miró, dudosa de hasta qué punto bromeaba.

—Me dijo que quería hablarme de una cosa en particular —le recordó.

—No quiero que lo sepa todo el mundo, sino los viejos amigos —contestó el príncipe, mirando en derredor y comprobando que nadie les oía—. Mi cumpleaños. ¿No sería estupendo ir bien vestidos a algún sitio elegante para celebrarlo como es debido? Unos cuantos íntimos nada más.

—¿Cuándo? —inquirió Peggy.

—¿Nos invitará a una cena rusa? —comentó Darymple, que antes de aceptar quería estar seguro de que quien pagaba era el príncipe.

—Tal vez uno o dos platos rusos —contestó éste, que sabía perfectamente a lo que se refería el inglés.

—Una idea fenomenal —añadió Peggy—. Haré una lista y pagaremos a escote.

El príncipe sonrió y ambos miraron a Darymple, que fruncía el ceño.

—De acuerdo —dijo el príncipe. Le gustaba aquella Peggy; todo lo captaba enseguida. La tocó suavemente en el codo para hacer con ella un aparte—. ¿Podría venir un momento a la cocina a ver una cosa? —añadió, cogiendo una botella de una mesita y llenándole el vaso, para, a continuación, alejarla de Darymple hacia su minúscula cocina.

—A usted se le da muy bien eso de las fiestas.

Una vez dentro, el príncipe cerró la puerta y añadió:

—Peggy, querida, tengo que hablar con usted.

—Usted dirá, Piotr.

El príncipe siempre procuraba aparentar más joven, cuidándose el pelo ondulado y mostrándose perfectamente afeitado, pero aquella tarde, los últimos rayos del sol que entraban por la ventana caían sobre su rostro y la luz inmisericorde descubría su edad. Tenía ojeras y arrugas en la piel del cuello y un cutis pálido, casi blanco, como empolvado. Sobre la frente le caía un mechón ondulado y sus cejas, cuidadosamente depiladas, se deprimieron al inclinarse hacia ella. Peggy pensó si no estaría drogado. En El Cairo había drogas por todas partes y los europeos las probaban cada vez más. Bien lo veía en el hospital.

—¿Quién era aquel oficial que la asediaba la otra noche en el vestíbulo? Necesito saberlo.

—¿Oficial? —Sabía a quién se refería, pero quería una tregua para pensar—. ¿Aquí, en el vestíbulo? —añadió, moviendo una bandeja de tapas, decorativamente rematadas con una lonchita de queso y un trocito de anchoa, y haciendo sitio para dejar el vaso.

—Sí, en el vestíbulo. Un oficial al que le enseñaba usted el pasaporte.

—Oh, no tiene importancia. Era un viejo amigo. Quería saber el número de mi pasaporte para apuntar en la lista de la embajada.

—¿Qué lista de la embajada?

—Para invitarme a las fiestas que dan —contestó, inventándoselo.

—¿No me miente usted, Peggy, querida?

—Era el capitán Marker. Bill Marker —añadió, inventándose el nombre de pila—. Le conozco hace siglos.

—Se le notaba de pies a cabeza que es del Cuerpo Especial de Investigaciones. ¿Por qué iba un capitán del ejército a apuntar su nombre para la embajada? —añadió, llevado por una sospecha.

—Se lo tendrá que preguntar usted —replicó Peggy. No quería haber mentido sobre las circunstancias en que había conocido al capitán Marker; pero una cosa llevaría a otra y no deseaba tener que explicarle a Piotr lo de Solomon, el barco y el dinero de Karl. Era un asunto privado y quería que siguiera siéndolo; al menos de momento.

—Capitán William Marker —repitió el príncipe, cual si tratase de no olvidar el nombre—. Ya averiguaré qué se trae entre manos.

—¿Por qué?

—Quieren matarme, Peggy —dijo en un susurro, con tono desesperado, inclinándose sobre el fregadero para mirar por la ventana, como si fuese a haber alguien colgado de ella escuchando.

Absurdo. Aunque lo cierto es que, en El Cairo, no podía descartarse totalmente tal posibilidad.

—¿Matarle? ¡No me diga, Piotr! —le espetó ella.

El príncipe alargó la mano y cogió de un vasar una caja de hojalata, momento en el que ella advirtió claramente que llevaba una ajustada faja; siempre se lo había imaginado, pero ahora, viéndole de puntillas, no le cabía la menor duda. Vio cómo vaciaba la caja en el escurridero: casi todo eran migas de pan duro y harina, pero había astillitas de madera y un trozo de cristal curvado, que parecía de una botella rota. El príncipe rebuscó entre las migas y la harina y apartó otros extraños artefactos, tales una hebra de yute, unos burujos parecidos a cuentas y trozos de cartón.

—Todo esto lo he encontrado en el pan —dijo—. Desde entonces le tengo dicho a mi criado que corte con cuidado las hogazas y guarde en esta caja todo lo que encuentre. Lo conservo como prueba.

—¿En el pan?

—Imagínese que me trago esto —añadió el príncipe, apartando con evidente repulsión, con la punta de los dedos, el trozo de vidrio.

—Piotr, en el pan se encuentran cosas de vez en cuando. Estamos en Egipto. Nadie intenta matarle.

—Peggy, creí que, al ser enfermera, sería usted más perspicaz —replicó él enfurruscado como un niño.

—¿Pero quién iba a querer matarle, Piotr? ¿Por qué?

—Montones de gente —contestó él abstraído, como lamentando la confidencia, guardando las «pruebas» en la caja y volviéndola a dejar en el vasar. Tras lo cual, sin más, abrió la puerta y regresó con sus invitados.

Estaba enojado, y Peggy pensó si no acababa de incluirla en la lista de sospechosos. Aguardó un instante para sobreponerse, dio un sorbo de vino y se dedicó a mirar las flores y plantas del patio. Oía a través de la puerta de la cocina las voces, las risas y la música del tocadiscos. ¿Se estaría volviendo loca, o era la gente la que se volvía loca? Todos parecían obsesionados con espías. No acababa de hallar una respuesta. Cuando hubo acabado el vaso, volvió a la fiesta y no tardó en acercarse a la puerta.

Alice Stanhope estaba sentada en el sofá, flanqueada por dos oficiales y no parecía desear que la rescatasen. Miró el reloj de pared de caja alta y vio que aún era pronto. Pero aprovecharía para lavarse el pelo, acostarse pronto y ponerse a leer.

8

En apariencia, los soldados eran algo propio del paisaje. Su color caqui hacía juego con las calles, los edificios y el desierto que se extendía hasta el horizonte. Eran los árabes los que resultaban incongruentes: mujeres vestidas de negro de la cabeza a los pies y hombres con galabiyas hasta el tobillo.

Sólo el comportamiento de la muchedumbre mostraba claramente quién estaba en su lugar de origen. Los indígenas actuaban con un propósito y se notaba que vivían allí; corrían, saltaban, gritaban, regateaban, discutían, reían y lloraban. Los soldados eran casi todos jóvenes; calzaban las pesadas botas claveteadas y deambulaban despacio y al azar, sin saber adónde ir; recorrían las calles arriba y abajo lánguidamente y rara vez paseaban por zonas más tranquilas alejándose de las calles más frecuentadas. Andaban a tontas y a locas, tropezándose con otros soldados y parándose ante los escaparates para evitar saludar a los oficiales; se juntaban en grupos, como a la defensiva, sentándose en el bordillo de la acera para mirar boquiabiertos la bulliciosa vida que les rodeaba. Muchos se emborrachaban y no pocos vomitaban.

Sí, la vida de El Cairo estaba en la calle. Era una ciudad extravertida: edificios vacíos y calles llenas de gente. Había mendigos de todo tipo: hombres, mujeres, madres con niños de pecho, inválidos, algunos viejos y encorvados y otros caminando trabajosamente; niños que ofrecían bandejas de fruta, cordones de zapatos y palmetas para matar moscas. Había carritos de colores chillones con montones de comida y bebidas también de colores. Y, moviéndose hábilmente entre el gentío, carteristas y guías sonrientes que sugerían en un susurro libros prohibidos, espectáculos sicalípticos y hermanas prostituibles.

Cualquiera que mirase más detenidamente a los uniformados de caqui, vería que no eran idénticos. Algunos vestían falda escocesa y

otros turbantes; los gurkas llevaban siniestros puñales y la policía militar gorras de plato rojas y pistolas; los neozelandeses lucían sombrero de fieltro de ala ancha y los australianos, uno no muy distinto con el ala recogida en un lado, el mismo que sus padres usaban cuando recorrían aquellas mismas calles en la anterior guerra mundial.

—Bueno, ya estamos, señor —dijo el capitán Marker a su nuevo jefe nada más sentarse en una mesa del animado restaurante de Sharia Emad el Dine—. El club
Cleo's.
Aquí vienen de vez en cuando todos los maleantes y estraperlistas de El Cairo.

—Todo el mundo tiene aspecto de pudiente —comentó Jimmy Ross, que había pedido a Marker le llevase a un sitio que fuese punto de reunión de malhechores ricos.

—Naturalmente —contestó Marker, mientras pedían algo de beber y miraban la carta—. Ese que está en el extremo de la barra es el dueño. Le llaman Zooly y es uno de los más ricos de la ciudad. Si desea una virgen jovencita o tiene usted que matar a un enemigo, él se lo arregla… por dinero.

Ross le miró y vio que tenía un aspecto bastante ordinario, pero se fijó bien. Si quería papeles falsos para desaparecer, tendría que recurrir a alguien, a alguien que pudiera encontrar en un lugar como aquél.

—Pollo asado —dijo al camarero.

—Yo también —añadió Marker—. De todos modos, seguramente es comida de nuestro ejército.

—¿Y no puede detenerle? —inquirió Ross, una vez que se hubo alejado el camarero.

—Detener a egipcios imputándoles delitos graves nos resulta muy arriesgado, porque son civiles y Egipto continúa siendo un país neutral.

—¿Y no se camuflan así nuestros desertores?

—¿Fingiéndose árabes, dice usted? No es fácil. Todo ciudadano mayor de catorce años tiene que inscribirse en el Ministerio del Interior y llevar una *rokhsa* o tarjeta de trabajo con su foto y huellas dactilares.

—Parece buena medida —comentó Ross, descartando la idea de

recurrir a un pasaporte egipcio para huir.

—Gracias a eso controlamos los burdeles —dijo Marker—. A la prostituta que da cobijo a un desertor se le retira la tarjeta de trabajo y no puede ejercer. Además, en el
SIB
tenemos fichas con foto y descripción de todas las prostitutas y camareras de *cabaret*. No pensará usted que puede ser uno de los nuestros, ¿verdad?

—¿El espía de Rommel?

—Actualmente, el general no piensa en otra cosa. Ya le aleccionará cuando regrese.

Trajeron la comida y dejaron de hablar. Jimmy Ross observó en una mesa cercana a dos oficiales consumiendo una opípara comida. Uno de ellos le pareció alguien que había visto en el hotel Magnifico, y el otro llevaba en la guerrera caqui los entorchados dorados de la reserva voluntaria de la Marina; la insignia negra triangular de las hombreras estaba, como tantas otras insignias de tela confeccionadas en El Cairo, toscamente cosida y representaba una serpiente enroscada dispuesta al ataque y debajo figuraban las iniciales
IDT
de «Independent Desert Teams»[9], según le explicó Marker, una tropa de la que Ross no tenía ni idea.

El teniente Toby Wallingford era un individuo alto y delgado de aspecto patricio, con pelo ondulado dorado por el sol. Tenía una nariz huesuda y una boca pequeña bien formada, que habría inducido a muchos a considerarle inglés sin siquiera haberle oído hablar.

Frente a él se sentaba el capitán Robin Darymple. El tono oscuro de su uniforme caqui denotaba la categoría de su sastre; quienes conocían las sutilezas de las insignias podían reconocer en él a un oficial de un regimiento de élite.

—Así que tienes mano libre… —dijo Darymple con evidente envidia.

Estaban ya tomando café y coñac como remate a una excelente comida.

—Ni mucho menos —contestó Wallingford, que hacía tiempo que sabía que a los oficiales con mano libre los amigos les atribuían

toda clase de barbaridades—. Tengo que responder ante tres o cuatro jefazos. Eso es lo peor.

—Creí que me habías dicho que eras el comandante.

—Sólo de mi equipo —respondió Wallingford, aplastando la colilla en el cenicero—. Los comandos independientes del desierto son como su propio nombre indica. Nos entrenan e instruyen por separado para máxima seguridad.

—¿Y cuándo vuelves a salir?

—No nos informan mucho, Robbie. Tal como están las cosas, no puedes permitirte el lujo de que los alemanes te estén esperando.

—Debe de ser estupendo, Wally. Daría cualquier cosa por hallarme en tu lugar.

Había comenzado a llamarle Wally como hacía en el colegio, pese a que allí no habían sido amigos, sino más bien adversarios.

—Yo creí que te habían destinado a El Cairo por enfermedad —dijo Toby, y durante un rato estuvieron los dos sin decir nada. Él miraba la cajetilla y el encendedor de oro que había dejado en la mesa. Con gesto reticente cogió los cigarrillos y le ofreció a Darymple, quien rehusó, pero él volvió a encender otro. Era un fumador empedernido, único signo de nerviosismo que dejaba traslucir.

—Así es —dijo Darymple, satisfecho de tener ocasión de explicarse—. Tengo turno con el matasanos la semana que viene y es muy posible que me dé de alta y me envíen a algún sitio.

—¡Estupendo! —exclamó Wally haciendo seña al camarero, quien trajo la botella de coñac para servirles otras dos buenas copas.

—En teoría. Pero con el avance de Rommel, a todos los oficiales sin excepción les destinan a campamentos de tránsito. He intentado mover los hilos, pero no es fácil.

—Entiendo —comentó Wallingford, asintiendo con la cabeza sin mostrar mucho interés.

—En vez de reincorporarme a mi batallón, me enviarán con cualquier grupo de reclutas sin oficial. ¡Dios, Wally, puedo acabar en un puñetero regimiento de palurdos! O me puedo ver en una unidad de carcamales borrachines reservistas o de gamberros.

Lanzó un eructo y esbozó una afectada sonrisa para mostrar su azoramiento. Habían comido mucho y bebido aún más.

—Tú siempre exageras, Robbie —dijo Wally conteniendo la risa, mirándole y asintiendo con la cabeza.

Se lo haría sudar. Aquellas zurras del colegio estaban perdonadas pero no olvidadas, y Robin Darymple tenía otras cosas en el contencioso. Obligaría a arrastrarse a aquel cabronazo. Dio un sorbo de coñac y siguió callado, mirando hacia la calle abrasada por el sol y a los infelices parias que la abarrotaban sin tener dónde ir.

—¿No podrías hacer algo? —inquirió Darymple.

—¿En qué sentido?

—Darme un puesto en tu organización. —Había expresado su gran anhelo y estaba afectado, incapaz de disimular el tono desesperado en su voz—. Te lo dije el otro día y me contestaste que lo pensarías.

—¿En mi equipo? ¿Tú crees que funcionaría?

—Haría cualquier cosa, Wally.

Wallingford se quedó mirándole, con los labios apretados como si se lo estuviera pensando.

—Con un grado menos —añadió Darymple, en un último intento desesperado.

—Sigo pensándolo —contestó Wallingford—. Si hay algún modo de arreglarlo, cuenta con ello, Robin. Sabes que hablo en serio.

Dicho lo cual, miró hacia el bar para llamar la atención del camarero.

—Ya lo sé, Wally.

—Parece que hayan desaparecido los camareros. Es igual, que me lo carguen en cuenta.

—Hemos comido francamente bien, Wally. Deja que ponga mi parte.

—No hace falta; sé que estás sin blanca —replicó Wallingford—. Sí, ha estado bien. Como aquí siempre que vuelvo de una acción, y me conocen.

—¿Es un club? —inquirió Darymple, que había estado observando a las mujeres, casi todas jóvenes y guapas—. No lo conocía. Hay fulanas buenísimas… y algunas parece que libres.

—No son para ti, Robbie. Esas fulanas que ves solas esperan encontrar una pulsera de oro bajo la almohada.

—¿Cómo conociste este lugar?

—Me he curtido entre esos cabrones que se pasan el día en un

sillón en
Shepheard’s
—dijo Wallingford—. Este sitio es para tíos pudientes.

—¿Ah, sí? Pues parece que hay muchos mierderas.

—Hay de todo, pero la mayoría son buena gente; personas que saben hacer las cosas. Y eso es importante en una ciudad como ésta.

—¿Quiénes? —inquirió Darymple, mirando en derredor y comprobando la diversidad de aspecto de la clientela. Pese a que Wallingford dijese que a aquel club venían tropas de choque, había muchos de retaguardia. Y no faltaban indígenas; árabes de aspecto pudiente con trajes caros, acompañados de mujeres espléndidas. En el bar había tres muchachas preciosas con unos bullangueros australianos, que bebían como cosacos de unas botellas que les habían dejado delante, hablando de una partida de cartas que habían jugado por la noche.

—Con la caja mensual del bar podría comprar
Shepheard’s
y
Groppi’s,
Robbie.

—¿Y de dónde sale tanto dinero? ¿Del mercado negro?

—Yo no pregunto mucho, muchacho. Pero voy a decirte una cosa: conozco a un general de brigada que llevaba meses intentando que el furriel le entregase equipos de radioteléfono. Vino aquí y enseguida encontró a uno que le suministró una docena esa misma tarde… nuevos y sin desembalar.

—¿Un paisano?

—Sí, un egipcio.

—¿Y él de dónde los había sacado?

—No preguntes.

—¡Demonio, Wally, no me digas que el general los compró en el mercado negro!

—Si hace falta algo para combatir contra los alemanes se consigue. Así funciona la gente actualmente.

—¿Y tú haces igual?

—Las cosas están cambiando, Robbie, y nosotros también hemos de cambiar. No podemos quedarnos parados mientras esos mariconazos del alto mando siguen jugando a la guerra de los

bóers.

—¿Y cómo pagó tu amigo los radioteléfonos?

—Piensa con la cabeza, Robbie. Siempre se pueden hacer chanchullos en los papeles para que cuadren las cuentas. En realidad, si te unes a nosotros, ésa es la clase de trabajo que quiero que nos hagas.

—¿De ayudante?

—Tú has trabajado bastante con los jefazos de los despachos de El Cairo y tienes que ser ya un experto en chanchullos —añadió, poniéndose en pie, secundado por Darymple.

—Pues… sí, no digo que no —dijo Darymple, dispuesto a no negar una especialización que podía procurarle su anhelado destino.

Siguió a Wallingford al guardarropa. El encargado ya tenía preparada la gorra de marina sin necesidad de mirar el resguardo.

—Por eso es tan buena la comida —dijo Wallingford—, porque procede del mercado negro. Seguramente hemos comido filetes destinados al comandante en jefe y su estado mayor —añadió, cual si la procedencia aumentase su satisfacción, dejando unas monedas en el platillo, mientras el empleado dejaba escapar un murmullo de agradecimiento.

Afuera, en la Sharia Emad el Dine, el portero había visto a Wallingford y hacía señales al chófer para que acercara el coche.

—¿De verdad que no quieres que compartamos gastos? —insistió Darymple.

—Pensaba que estabas sin blanca y necesitabas un préstamo.

—Pues sí —contestó Darymple, contento de que su viejo amigo recordase lo que le había contado en su anterior encuentro.

—¿O es que ha vuelto tu compañero y te ha pagado lo que le habías ganado?

—Ojalá —contestó Darymple.

—Bien, te he arreglado un préstamo, muchacho. Quinientas libras contra un pagaré. ¿De acuerdo?

—¡Estupendo!

—Iremos a mi banco. El director me debe favores.

—Gracias, Wally.

Mientras se acercaba el coche, una larga columna de hombres pasó por la calle. Eran prisioneros de guerra alemanes, escoltados por soldados de infantería ingleses de aspecto cansado con el fusil

en bandolera y algunos de la policía militar con su elegante uniforme caqui con gorra roja. La policía egipcia a caballo en vanguardia y retaguardia cortaba imperiosamente el tráfico para que pasara la columna, que conducían desde la estación al centro de recepción de prisioneros de guerra en la ciudadela. A los ingleses les gustaba trasladar a los prisioneros por la calle para impresionar a los indígenas con su poder militar; pero el enemigo mantenía la actitud de su condición de prisioneros de guerra, y aunque vestían uniformes destrozados, los llevaban bien abrochados y marchaban al paso con la cabeza alta, mirando a las gentes de El Cairo con el aplomo de conquistadores.

El portero abrió la portezuela del coche de Wallingford, una austera versión militar del doce caballos familiar. No era un vehículo excepcional, como los que utilizaban los generales en la ciudad, pero cualquier tipo de coche oficial era un codiciado exponente de categoría social; y, además, Wallingford tenía chófer: un muchacho con el pelo a cepillo y galones naranja sudafricanos en las hombreras.

—Vamos a ver al tío Mahmud —dijo Wallingford, arrellanándose en el asiento.

—A El Muski —dijo el chófer, refiriéndose al gran bazar cairota.

—Estaremos unos minutos, no se te vaya ocurrir desaparecer para verte con una de tus fulanas. —El chófer asintió muy serio, aceptando la broma—. Percy conoce a fulanas en todas las calles de El Cairo —añadió para Darymple—. De todos los tamaños y colores. ¿Verdad, Percy?

—Soy un hombre casado, señor —replicó el muchacho con voz ronca y gutural, sin apartar la vista del tráfico.

—Eres un loco —añadió Wallingford—. No sé cómo te las arreglas. De todos los tamaños y colores. ¡Y algunas despampanantes!

—¿Adónde vamos? —inquirió Darymple, que miraba por dónde iban, convencido de dirigirse a un banco corriente, y pensaba que se dirigirían hacia una avenida del centro a un edificio de mármol, cristales y mostradores de caoba y que aquel Mahmud sería un hombre bien trajeado.

Pero Toby Wallingford le llevaba al bullicioso y maloliente bazar de El Cairo que ocupa una gran zona del barrio medieval de

Gamaliya. Se detuvieron junto al centenario café Feshawi, frecuentado por egipcios de la clase media; se apearon del coche y se abrieron paso entre la multitud, a través de olorosos sacos de especias y de artesanos que trabajaban el oro y la plata, martilleando ajorcas y prendedores. En el sector en que el polvoriento y estrecho pasaje estaba más concurrido y era más ruidoso y maloliente, Wallingford tomó por una estrecha entrada casi oculta por un profuso muestrario de alfombras que cubrían suelos y muros y caían en cascada desde el techo. Un ágil árabe joven surgió de un salto y comenzó a desenrollar algunas más, cruzándolas sobre su camino.

—Vamos a ver a Mahmud en la trastienda —dijo Wallingford sin detenerse. Cruzaron la exposición y entraron por una puertecita que daba a una trastienda con una cortina, que parecía llena de humo —. Mahmud, cabronazo —exclamó Wallingford—, te he traído a un viejo amigo.

Darymple se detuvo en seco mientras Wallingford apartaba la cortina y dejaba ver el interior. El capitán se consideraba veterano en El Cairo, pero nunca había estado en un lugar como aquél. Un humo azulado oloroso subía en espirales hasta el techo y lujosas alfombras cubrían paredes y suelo del reducido cuarto en el que se apiñaban una docena de hombres, cuatro de los cuales lucían lujosísimas galabiyas. Estaban todos sentados charlando y pasándose unos a otros la boquilla del narguilé. Por entre las nubes de perfumado humo discurrían dos criados que preparaban solícitos el café y echaban pastillas de tabaco con miel en la cazoleta del narguilé, llamado *shisheh*. Como si de pronto hubiese advertido el humo del tabaco, un criado lo aventó hacia el techo, marrón de nicotina.

Rápidamente dispusieron una mesita de juego ante Mahmud y dos sillas doradas flanqueándola. Mahmud era un hombre gordo y jovial con gafas oscuras de factura moderna y un bigote blanco que le cruzaba el rostro como una tira de cinta adhesiva.

—*Allah ma'ak*. Alá sea con vosotros —dijo.

—*Allah yittawil omrak*. Que Alá te dé larga vida —contestó Wallingford por puro formulismo.

El anciano hizo una reverencia y les invitó a sentarse en el más puro estilo árabe con ceremoniosa cortesía y parsimoniosos

ademanes.

En una mesita con tapa de latón dispusieron unas diminutas copas y el criado —que no hacía más que preparar y servir café— se acercó con una cafetera alta de cobre reluciente y mango largo, una *kanaka*, la puso sobre los carbones llameantes hasta que hirvió y repitió la operación dos veces, sirviéndolo cuando aún estaba sin reposar en dos tacitas de porcelana. La primera se la tendió a Wallingford para denotar que era el huésped de mayor relevancia. Trajeron dos platitos de porcelana con cuatro pastelillos de miel oscura, *kunafa* y *baklava*, dos de ellos de hojaldre con trocitos de nuez y los otros de pasta deshecha, que el criado roció con agua de rosas.

Robin Darymple conocía el protocolo y sabía que habrían de tomar mucho café y dejar pasar bastante tiempo antes de ponerse a hablar de negocios. Era una de las cosas de los árabes con la que no podía. No le gustaba que le mirasen y observasen, y menos aquellos hombres. Se sentía degradado y en el papel de suplicante. Miró a Wallingford, pero éste hablaba con un hombre delgado que tenía a su lado, en tono animado y jovial, llamándole Tahsin. Era evidente que se conocían bien, cosa que a Darymple no le sorprendía, pues, ya en el colegio, Wallingford era algo indeseable. Recordaba que sus padres habían venido a buscarle unas vacaciones de Pascua y eran una extraña pareja: el padre tenía barba y la madre iba cargada de alhajas. Eran ostentosos. Desde entonces se había preguntado si realmente Wallingford era inglés como decía.

Le ofrecieron la boquilla del *shisheh* y estuvo a punto de rehusar, pero pensó que podían ofenderse; uno de los criados echó una pastilla de tabaco en la cazoleta y avivó las llamas. El humo que se aspiraba pasaba por el agua y estaba frío y dulce con sabor a miel. Fumar de aquel modo exigía profundas inhalaciones, lo que aumentaba el efecto. Tras su reticencia inicial, después de haberlo probado varias veces, se dijo que no estaba mal. Realmente, estaba muy bien.

El inglés de Mahmud era lento pero fluido. Contó un par de sabrosas historias de apuestas perdidas en las carreras de caballos del Gezira Sporting Club, que todos rieron, aunque no todos hablaban inglés: sin duda conocían la gracia de los relatos.

Wallingford no fumó, alegando que no estaba bien de la

garganta y se lo había prohibido el médico. El flaco Tahsin hablaba inglés perfectamente, pues había estudiado en Inglaterra y tenía un hijo en Lancing; sus chistes eran de estilo más británico.

Cuando llevaban allí ya una hora, Darymple se lo estaba pasando bien. Él no se quedaba atrás contando historias, y cuando se puso en pie y entonó una canción sobre un camello viejo de Bengasi, su intervención fue acogida con aplausos.

—Tenemos que irnos —musitó Wallingford, pero Darymple se estaba poniendo a la altura de las circunstancias y había aprendido que, cuando el agua se calentaba, se hacía un gesto con la boquilla para que el criado cambiase el narguilé, cosa que hizo entre aplausos de la concurrencia.

—Vámonos —repitió Wallingford.

—Espera —replicó Darymple—, que aún no les he cantado la del saco terrero.

—Tengo que hacer —insistió Wallingford— y espero visitas.

—No seas tan puñetero empollón —replicó Darymple—. Siempre fue un puñetero empollón —repitió para los demás, que miraron a Wallingford, asintiendo plácidamente con la cabeza.

Wallingford sonrió con indulgencia y preguntó a Mahmud:

—¿Le has preparado las quinientas libras?

—Aquí las tengo. Basta con que firme el pagaré.

—Escucha, Robbie, he conseguido que te las presten en las mismas condiciones que al ejército. Pero léete el documento.

—¿Dónde hay que firmar? —inquirió Darymple, jugueteando con el papel en el aire y haciendo reír a los demás.

—Está en árabe por un lado y en inglés por el otro. Lo ha firmado el cajero de Mahmud, y tú tienes que poner tu nombre, tu dirección y el lugar de trabajo.

—¿El lugar de trabajo? —dijo Darymple riendo y enarbolando una estilográfica de plata—. En el puñetero ejército, ¿no es cierto? ¿Qué pongo, Cuartel General de El Cairo o Pilares Grises? —añadió mirando a los demás, que sonrieron.

—Para los bancos es mejor la dirección de una calle; ponga Edificio Seifeddin, Ciudad Jardín, El Cairo. ¿Cómo lo quiere? ¿En dinero egipcio o en billetes de cinco libras inglesas?

—En billetes de cinco libras, amigo —contestó Darymple, firmando el papel con gesto triunfal.

Tahsin, que trabajaba para Mahmud y había servido también a su padre, examinó la firma y la dirección.

—Una copia para usted y dos copias para el banco —dijo, tendiéndole una copia a Darymple; luego contó los billetes de cinco libras, que el capitán recibió alborozado.

—Ahora voy a cantar lo del saco terrero.

—La próxima vez, Robbie. Déjalos riendo, como se dice en el teatro. Es hora de irnos. ¿Dónde te dejo, en tu hotelito?

—En el Magnifico, ¡magnífico! —contestó Darymple.

—Percy nos espera con el coche —añadió Wallingford para hacerle arrancar.

—Ese Percy es un alemán —dijo Darymple, mientras Wallingford le agarraba del brazo y le sacaba a la calle.

—Percy es un tío estupendo —replicó Wallingford sin alterarse —. Los sudafricanos son buenos soldados. Tengo seis sudafricanos a mis órdenes.

—Un maldito alemán. Yo no me equivoco —insistió Darymple, súbitamente enfadado, sufriendo empujones de los peatones, mendigos y vendedores de cordones de botas y de dos niños que, vara en mano, conducían un rebaño de cabras por el atiborrado pasaje. Estuvo a punto de caer, pero Wallingford le sujetó del brazo.

—Vamos, Robin.

Darymple volvió a calmarse conforme abandonaban el bullicioso bazar. Ya oscurecía y las bombillas eléctricas eran como motas amarillas en las tiendecillas. Se veían escaparates llenos de dulces y especias, cuentas, verduras de vivos colores y elaborados adornos de oro. Finalmente, atisbaron el minarete de la mezquita
Al-Azhar
por encima de las cabezas de la multitud y Wallingford lanzó un suspiro de alivio.

Percy tenía aparcado el coche frente a la mezquita con escuela teológica más importante del mundo musulmán y el vehículo se hallaba rodeado de carros, camellos y cajas con gallinas, por lo que hubo de hacer no pocos esfuerzos acompañados de bocinazos para lograr sacarlo a la calle. Wallingford metió a Darymple en el asiento de atrás.

—Al hotel Magnifico —dijo.

Robin Darymple cayó de lado como dormido.

—¿Se encuentra mal su amigo? —inquirió Percy.

—Ya sabes lo que pasa en la tienda de Mahmud, que no paran de echar hachís en el *shisheh* —respondió Wallingford—. Está colocadísimo. No debe de estar acostumbrado. Ya en el colegio era un poco bobo.

El chófer volvió la cabeza y miró a Darymple, que estaba tumbado en el asiento con los ojos cerrados y la boca abierta.

—Mogg y Powell estarán a punto de regresar —dijo.

—Sí —asintió Wallingford—. Acelera, que tenemos que descargar a Darymple en el Magnifico y volver a toda velocidad. Tenemos mucho que hacer —añadió, advirtiendo que el fajo de billetes de cinco libras asomaba por el bolsillo de Darymple; se las metió bien y le abrochó el bolsillo—. ¿Has visto los prisioneros de guerra que pasaron por delante del club? —inquirió en tono displicente.

—Y todos sin perder el paso —replicó Percy, como si hubiera estado aguardando la pregunta. Wallingford contuvo la risa. A Percy le gustaba decir la última palabra.

La carretera del desierto era estrecha. Cuando el sol ya caía, el conductor encendió las reducidas rajas de luz de los faros, permitidas por el mando. Apenas visible bajo la capa de polvo, el camión amarillo llevaba la insignia de la serpiente blanca enroscada, el mismo dibujo de la insignia de la hombrera de Toby Wallingford: el símbolo de los comandos autónomos del desierto.

Dos hombres ocupaban la cabina del camión.

—Mi chico cumple cinco años el sábado —dijo Samuel Powell.

Era un hombre delgado de mejillas hundidas y ojos grandes tristones. Llevaba la gorra de faena metida en la hombrera y el pelo rojo muy corto en el cogote y en los lados, de forma que las ondas de la parte de arriba parecían un peluquín barato. Su carácter melancólico y su aspecto tristón habían hecho que los demás le llamasen Sandy Powell, en recuerdo de un famoso cómico de la
BBC
. Conducía bien arrellanado en el asiento, sujetando el volante de un Matador
AEC
. Le gustaba conducirlo, pues le confería sensación de poder. El Matador era un camión con toldo, diseñado para arrastrar obuses de

seis pulgadas, y en viajes por el desierto era tranquilizante saber que sus resistentes cubiertas, el gato y la tracción a las cuatro ruedas podían solventar casi cualquier imponderable.

Habían enrollado la lona de arriba para que entrase el aire, pero en la última parada para tomar un té en Halfway House, la habían cerrado lo mejor posible.

A su lado iba Thomas Mogg, con la cara y los brazos cubiertos por una capa de polvo del desierto y al cuello un pañuelo de seda y unas gafas para protegerse de la arena. Se había arrebujado en la manta gris en que había dormido por la noche. Mogg era un valeroso londinense con fama de tragón y bebedor y de sabelotodo; tenía pelo negro y un bigote que le hacía muy bien parecido, hasta que abría la boca y se veía que le faltaba un diente. Mogg había aprobado el ingreso en la Universidad de Londres y presumía de unos supuestos estudios de Geografía, diciendo que se había alistado voluntario en el ejército, abandonándolo todo, para luchar contra Hitler y los nazis. En realidad, se había incorporado al ejército porque el juez le había ofrecido esa alternativa en vez de ir a la cárcel por haber pegado a un policía durante una discusión fuera de una taberna a la hora del cierre.

—¿Cinco años? —dijo Mogg, pensativo, consciente de que era como el otro quería que reaccionase. No dejaba de enseñarle las fotos de la familia—. ¿Cuánto hace que no ves a los tuyos?

—Dos años y tres meses —contestó Powell, sin pensárselo dos veces; llevaba minuciosamente el cálculo del tiempo.

—¿Tu mujer se las arregla bien?

—Según las últimas noticias, seguía en casa de su madre; pero está buscando piso.

—Ten cuidado —dijo Mogg.

—¿Por qué?

—Por tener casa propia puede caer en cualquier cosa —respondió Mogg.

—¿Pero qué dices? —replicó Powell, que tenía un vivo genio galés.

—No quería decir nada —contestó Mogg sin inmutarse. Era grande y fuerte y nada tenía que temer de los demás, y menos de un pequeñajo como Powell, pero no quería provocarle—. Pero ¿y el alquiler, las facturas, etcétera?

—Dice que cuando acabe la guerra va a ser difícil encontrar casa y que ahora es más fácil.

—Sí, claro —comentó Mogg sin gran entusiasmo para mostrar que no le interesaban los problemas familiares de Powell. Se cruzaban con mucho tráfico procedente de El Cairo. Y no disminuía. Muy pronto, cuando hubiese oscurecido, sería invisible para los aparatos de reconocimiento de la Luftwaffe. La noche era el momento de moverse. Se cruzaban con camiones White de dieciocho toneladas cargados y coleando levemente como los tanques a velocidad de crucero; con largos convoyes de transporte de tropas de viejos camiones, lentos y abarrotados de soldados de infantería, que hacían el mismo viaje incontables veces. Ahora se trataba de un convoy médico que parecía recién salido del garaje: media docena de ambulancias nuevas y un quirófano Bedford de tres toneladas con remolque. Incluso una cantina de caridad de la Iglesia nuevecita. Todo iba hacia el oeste, camino del frente.

—Pero de correo, nada, ¿no es cierto? —dijo Powell.

A veces hablaba con fuerte acento galés, como ahora. Se mordió el labio al ver que les daba alcance un motociclista que iba cambiando sin cesar de carril para demostrar lo bien que conducía. Powell pisó un poco el freno. Brazalete azul y blanco del cuerpo de ingenieros. Esos mensajeros eran todos iguales; les gustaba demostrar lo audaces que eran. Los pasó cortando muy justo y acelerando con gran estruendo.

—Mariconazo —exclamó sin énfasis.

—Bueno, te lo podías haber imaginado cuando te incorporaste —dijo Mogg, que ni siquiera se había dado cuenta de cómo les había rozado el imbécil del motorista. Él no había aprendido a conducir y era como todos los que no tienen idea de llevar un vehículo: un simple pasajero como un saco de patatas a quien le tiene sin cuidado las incidencias del tráfico.

—¿Qué harán con él? ¿Adónde irá a parar?

—¿El correo? Supongo que se amontona en las dependencias de correos del ejército.

—Con las cartas de los muertos, los desaparecidos y los prisioneros —añadió Powell pensativo—. Sí, supongo que sí.

—Hace un frío de narices, ¿no? Estoy deseando llegar a El Cairo —dijo Mogg subiéndose el cuello de la guerrera y arropándose más

con la manta. Quería dormir pero la carretera no era buena y tampoco estaba tan cansado.

—Cuidado: la Gestapo —dijo Powell con toda naturalidad, reduciendo la marcha conforme le indicaba el policía militar de gorra roja, con la esperanza de que en el último minuto le hiciera señal de continuar, pero no fue así. Detuvo el camión con un leve chirriar de frenos, seguido de un silbido del aire comprimido al levantar el pie del pedal.

Eran dos
PM
de uniformes muy bien planchados y cinturones perfectamente blancos. Su atuendo era un indicativo para los soldados, recordándoles que a partir de allí tenían que tener aspecto de lo que eran: militares. Uno de ellos se dirigió a la trasera del camión para inspeccionar y el otro examinó la documentación despacio y detenidamente.

—¿Material utilizable del campo de batalla? —inquirió, leyendo —. ¿Eso qué quiere decir?

—Lo firma el jefe de armamento y material —contestó Mogg, alargando el cuello para mirar el manifiesto de carga como si no lo hubiese visto en su vida—. Material que quieren ver los jefazos.

Powell se levantó del asiento y, de pie en el estribo, se puso a examinar la lona de encima de la cabina, aprovechando para observar al otro policía que levantaba el toldo en la parte trasera para mirar al interior.

—¿Qué clase de material? —oyó Mogg que decía el otro policía, que intentaba abrir la parte de atrás. Era delito no tener la mercancía asegurada contra posible robo.

—Cachivaches alemanes —dijo—. Periscopios de tanque y telémetros de artillería. Es para evaluación y almacenaje.

—¿Lleváis armas ligeras? —inquirió el policía, mientras el otro anotaba en su cuaderno el número de matrícula.

—No, creo que no —contestó Mogg—. Va todo en cajas. ¿Quiere echar un vistazo? Y me entrega algún papel debidamente firmado en el que conste que se ha registrado. Firmado por un oficial.

El policía miró a Mogg un instante antes de devolverle la documentación.

—Continúe —dijo—. Y quítese esa monada de pañuelo,

abróchese la guerrera y córtese el pelo, que ahora no está en el desierto, amiguito.

Mogg ahogó su indignación, a punto de estallar, mientras Powell ponía en marcha el motor, pisando un poco de gas antes de arrancar.

—Bonita pareja —dijo Powell cuando se hallaban ya lejos a toda velocidad.

—Malditos soldados de juguete —añadió Mogg—. ¿Tú qué hiciste en la guerra, papá? Hacía partes a los soldados de verdad que no se limpiaban las botas o no se lavaban la cara. ¡Córtese el pelo! Son unos mierdas.

—Cada vez se me hace más larga esta carretera —dijo Powell, mirando a lo lejos a ver si oteaba las pirámides en las afueras de El Cairo.

Iban en aumento los carteles e indicadores, señalando la posición de almacenes, depósitos, batallones, cuarteles de división, hospitales de campaña y centros de registro de defunción de las distintas unidades. No veía ningún nombre de unidad conocido. Se vivían momentos angustiosos; Rommel avanzaba y le oponían todo lo que podían y, por lo que había oído, Powell sabía que la mitad de aquellos indicadores eran falsos para confundir a los espías. Aquel país estaba lleno de espías.

—¿Eso qué quiere decir? —exclamó Mogg de pronto, imitando el tono del policía tan bien que Powell dio un respingo—. Mariconazo.

—Voy a hablar con el jefe de lo de mi correo —dijo Powell—. Necesito saber qué pasa con los míos y quiero mandar dinero a mi mujer.

—El viejo Wally te meterá un puro si se entera que le llamas jefe —dijo Mogg, conteniendo la risa, pensando en la reacción del teniente Wallingford al verse llamado así.

—Lo digo en serio. Pienso hablar con él —insistió Powell. Mogg le miró sin decir nada. Cuando a Sandy Powell se le metía una idea en su cabeza galesa no había forma de quitársela.

—Tengo hambre —dijo, con intención de cambiar de tema—. ¿Qué habrá hoy de cena?

—No aguanto esos huevos de aquí. Estoy seguro de que no son de gallina.

—No, son de águila ratonera —dijo Mogg—. Aquí, los huevos de gallina son como un guisante.

—¡Tío! ¿Lo dices en serio? —exclamó Powell apartando la vista de la carretera para mirarle a la cara.

—Claro. El viejo Alí Babá sale todas las mañanas con la escopeta a la caza. No me digas que no le has visto.

—Gilipollas —añadió Powell, riendo—. He estado a punto de creérmelo.

—Caramba… mira esas jodidas pirámides. Qué espectrales.

Acababan de efectuar el extraño cambio de pasar del desierto al valle del Nilo. Hacía más de cuatro mil años que el lugar era famoso por las pirámides y la esfinge. La luz en declive y el polvo del desierto hacía brillar las pirámides con rojos, malvas y dorados, y el cambio incesante de la incidencia de los rayos del sol convertía sus formas en algo plano e irreal.

—En el almacén hay un sargento que dice que son de otro planeta.

—¿Las pirámides? Qué bobada, Mogg. Sabes que eran tumbas de reyes.

—Ese tío afirma que eran cubos de piedra gigantescos enterrados y que si se excavara se podría comprobar que las pirámides no son más que las esquinas que asoman en la arena.

Powell apartó un instante los ojos de la carretera, tratando de imaginar la enorme cantidad de piedra que tendría que haber enterrada.

—¡La hostia!

—Y hay otra cosa, Sandy. En tiempos de Jesucristo la gente venía a ver las pirámides porque ya tenían dos mil quinientos años de antigüedad.

—¿Y tú de qué sabes todo eso? —inquirió Powell.

El tono de respeto por sus conocimientos azuzó a Mogg a añadir más datos.

—Y la esfinge… con cabeza de mujer, patas de león y alas de pájaro, pregunta adivinanzas y arranca la cabeza a los que no saben contestar.

—Algo así como mi vieja —comentó Powell, echándose a reír para hacer ver que no lo decía en serio.

El cielo era como una herida espantosa. El sol se volvió rojo y fue

ocultándose entre desgarrones abiertos en las nubes tumefactas. No tardó en oscurecer, y pronto sólo se vieron las lucecitas rojas y blancas de los convoyes moviéndose en la oscuridad. Conducir en tales condiciones era fatigoso, pues de la noche surgían de pronto gentes, camellos y carros tirados por caballos. Los sobresaltos aumentaban conforme se aproximaban a El Cairo, en donde los vehículos circulaban sin luces de posición. Powell se veía obligado de vez en cuando a dar un brusco viraje entre maldiciones.

—Sabes que no habrá correo, Sandy —dijo Mogg—. Lo sabías desde el principio. Si empiezas a fastidiar, Wally te cortará los huevos; en serio. Wally tendrá voz de cursi, pero puede ser tremendo. Es de temer. El mes pasado le vi tumbar a Percy de un puñetazo porque se atrevió a contestarle. De un solo golpe —añadió en un tono que no ocultaba su gran admiración—. Le sacudió en la mandíbula y el cabrón de Percy cerró los ojos y se derrumbó. Tenías que haberlo visto.

—Percy es alemán —replicó Powell con voz ronca. Le detestaba.

—Sí, de acuerdo, pero habla idiomas, ¿no? Y es un tío con sangre fría. Yo le he visto arrastrarse con sigilo delante de los mismos alemanes cuando a Wally se le metió en la cabeza hacerse con no sé qué aparato muy valioso. Si Wally tuviese que escoger entre tú y Percy, se inclinaría por ti, muchacho. De eso no te quepa la menor duda.

—Detesto a los alemanes. Ellos fueron los que empezaron esto.

—Sabes que en nuestro equipo todos somos iguales.

—Menos para Wally —replicó Powell.

—Sí, desde luego, menos para Wally. Wally es el jefe, como tú decías antes.

Continuaron en silencio durante un buen rato. Estaban cansados y hartos del desierto.

—Un cubo tiene tres lados —dijo Sandy Powell de pronto.

—¿Cómo?

—Que un cubo tiene tres lados, so bobo.

—¿A qué te refieres, Sandy?

—A que esas pirámides tienen cuatro lados y la esquina de un cubo sólo tiene tres…

—¿Y qué?

—Me refiero a ese tipo que decías del almacén. Que es una

gilipollez eso de que las pirámides son de otro planeta.

—Te lo tomas todo al pie de la letra, Sandy —replicó Mogg, echándose a reír—. Eso es lo malo de ti, compañero. No tienes sentido poético.

Una vez llegados a Doqqi se tranquilizaron. Ya estaban en El Cairo; de momento, habían vuelto a casa. Había un policía regulando el tráfico en el puente Inglés.

—Llegamos a la hora —dijo Powell—. Ahora, despacio. Hay que estar atento a una señal de linterna.

—Ahí está Wally.

Wallingford estaba en el bordillo en el extremo del puente sobre la isla Gezira, moviendo una linterna. Aun en la oscuridad era fácil distinguirle por la camisa blanca de Marina.

—Buenas noches, comandante —dijo Powell.

Wallingford subió al estribo y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Lo traéis todo?

—Todo ha ido bien, señor.

—¿Las ametralladoras?

—Le pagamos con alcohol y se puso más contento que un chiquillo.

—¿Ningún problema en la carretera?

—Le dimos el dinero al sargento de la policía militar que nos dijo y nos puso todos los sellos que hacían falta. En el camino nos pararon en un par de puestos de control, pero los
PM
dieron por buena la documentación.

—¿Lleváis vuestros revólveres?

—Figúrese —dijo Mogg, mientras Powell asentía con la cabeza.

—Cargadlos y ponéroslos al cinto, que yo voy sin nada. No creo que las cosas se compliquen, pero nunca se sabe.

—Exacto.

—Y no perdáis de vista a ese criado egipcio que tiene. Es demasiado educado para ser un criado. —Ninguno de los dos dijo nada; Wallingford se ponía muchas veces nervioso cuando había que hacer un negocio complicado—. Bien —añadió sonriente, después de una pausa—, continúa, Sandy. Ya sabes dónde están las casas-barco. Allí la calle es de tierra, pero está bien apisonada y se rueda perfectamente. Yo iré delante, a pie, para mostraros el

camino. Aparcad bajo los árboles cerca de los embarcaderos. Luego, traéis al barco las tres ametralladoras italianas. ¿Tenéis una palanca, una bayoneta o algo para abrir las cajas?

—Sí —contestó Powell.

—Sí, señor —le corrigió Wallingford—. Quiero montarle un número a este tío. Y si compra las ametralladoras italianas, me encargaré de que os den algo extra.

—Muy bien, señor. Gracias, señor —dijeron ambos.

—Y asearos. Abrochaos bien y adoptad aire de auténticos soldados. Si os invita, no toméis alcohol, ofrezca lo que ofrezca. Tenéis que estar bien alerta —añadió, saltando del estribo y echando a andar.

—¿Por qué está tan nervioso? —inquirió Mogg una vez que Wallingford se había alejado lo bastante.

—Dice que ese tipo es coleccionista de armas, que pertenece a un museo.

—Wally con sus cuentos chinos —replicó Mogg, echándose a reír —. A ver qué otra cosa inventa. ¿Un tío de un museo en un barco de esos? Es el colmo —añadió volviendo a reírse sin muchas ganas.

—¿Y qué hay en la otra caja? —inquirió Solomon, dejándose caer en el sofá con un suspiro de satisfacción.

Le encantaba hacer negocios y nunca tenía prisa por concluirlos. Al teniente Wallingford, oficial de la Marina, con medalla DSO, relajado, sonriente y bien repanchigado en el mejor sillón, también le complacía negociar despacio. Sólo los dos soldados en la cubierta superior estaban deseando que concluyese el trato.

El despacho del *Ciudad de Oro* estaba amueblado en un estilo mixto y rebuscado que a Wallingford se le antojaba como de chalet de corista. Las cortinas estaban corridas y la luz que proyectaban las gruesas pantallas de las lámparas era dorada. Wallingford miraba a Solomon con el desapasionado interés con que se observa a alguien con quien se comparte la salita de espera del dentista. Y, del mismo modo que lo único común a dos pacientes en una sala de espera es la perspectiva del dolor, tampoco aquellos dos hombres se apresuraban por ir al grano.

—¿La otra caja? —repitió Wallingford, abriendo mucho los ojos y enarcando las cejas como si la viera por primera vez—. Ah, ésa.

No habrían debido traerla. A usted no le interesará. Es para mí.

Solomon le miró. Aquel inglés de cara blanca con pelo largo ondulado parecía una chica, pensó Masri. Cómo detestaba a los ingleses. No sabía si la poca importancia que Wallingford daba a la tercera caja formaba parte de sus artes de vendedor y optó por hacer caso omiso.

—No hemos hablado de cantidad —dijo—. ¿Cuántas piezas hay?

—Un almacén entero. Se capturaron el año pasado cuando el gran avance. Los alemanes no se molestaron en retirar el material de los arsenales italianos —dijo, callando de pronto y dando un trago. Casi se le había escapado que la falta de interés de los alemanes se debía a la diferencia de calibre de sus armas ligeras; no quería tener que dar explicaciones sobre las complicaciones y fallos del armamento italiano—. Hay centenares —añadió.

—Muy bien —dijo Solomon—, pues hablemos del modelo treinta y siete. No son nuevas —dijo Solomon, acariciando el cañón del arma, imponente sobre su trípode.

Habían montado en el suelo dos ametralladoras Breda, que parecían enormemente grandes en aquel despacho al lado de la mesita y el sofá.

—Recién salidas de fábrica —replicó Wallingford, insistiendo en un tema que ya habían hablado—. Las verifica todas el ejército antes de embalarlas y enviarlas. Aparte de la prueba de tiro, son totalmente nuevas. Tengo los certificados con el número de cada una —añadió, dando otro trago de *whisky*—. Es una ametralladora muy buena. Motivo por el que los italianos la montan en sus tanques y aviones. Velocidad de disparo: ochocientos cincuenta y tres metros por segundo.

—Sí, mejor que la otra porquería —comentó Solomon, señalando el otro modelo: una Breda 30.

—Depende de lo que quiera —replicó Wallingford sin alterarse —. El modelo treinta hace quinientos disparos por minuto y pesa la mitad.

—Y su alcance es la mitad con proyectiles del seis y medio —añadió Solomon, aunque la cogió para examinarla—. El seis y medio no tiene poder para cortar un avance.

—Pero el que la dispara presenta un blanco muy reducido —alegó Wallingford—. Es la ventaja del apoyo de dos patas, porque el

tirador está tumbado. Además, no pesa mucho; en Abisinia, los italianos disparaban apoyándola en la cadera.

—Y en Abisinia, le entraba un polvo que se mezclaba a la grasa y se desgastaban enseguida —dijo Solomon—. Y presentaban problemas de vibraciones y dispersión de disparo.

Wallingford sonrió.

—Le enseñaré copia del informe oficial italiano que se recibió en Roma en 1936 —añadió Solomon—. ¿Lee usted italiano?

Vaya tipo más serio, pensó Wallingford. No era como un árabe ni como un europeo. Aquellos judíos palestinos eran unos tipos muy despiertos.

—Déjelo —replicó—. Estoy de papeleo hasta aquí —añadió, señalando a la altura de las cejas con la mano plana—. Deme otro trago de ese matarratas. ¿Es egipcio?

Muy a su pesar, Solomon sonrió ante la sangre fría del inglés.

—Sabe usted perfectamente que es el mejor *whisky* escocés que hay aquí —dijo, cogiendo la botella del aparador y dejándola en la mesita al lado de Wallingford. Luego, se sentó, pero esta vez en el extremo del sofá, más cerca de su invitado. Era un gesto que revelaba su impaciencia y Wallingford se apercibió de ello.

Solomon pretendía dárselas de indiferente y no le había pedido que abriese la tercera caja. Era el truco más viejo del mundo sacar a colación una cosa que no se quería vender, y tenía la impresión de que aquel Wallingford era un farolero tan empedernido como él mismo.

—Ninguna de esas ametralladoras me valen para lo que yo quiero —dijo al cabo de un largo silencio.

—No sé para qué las querrá —replicó Wallingford, encogiéndose de hombros, sirviéndose un vaso de *whisky*—. ¿Tiene hielo?

—¡Yusef, hielo! —vociferó el judío—. Y cerveza fría.

El criado trajo hielo en un cubo de cristal y cerveza ligera en un fino vaso de cristal tallado. Su actitud era imperturbable, pero le sorprendía que Solomon hubiese sucumbido, pues rara vez bebía alcohol y era la primera vez que recurría a él durante una negociación.

—Bien, veamos la otra —dijo al fin.

—No es para…

—¡Enséñemela!

Wallingford se puso en pie, cruzó el despacho y se agachó para abrir la tercera caja. No cabía sino admirar las preciosas cajas en las que los italianos enviaban las ametralladoras. Abrió la tapa, removió la viruta y con gesto triunfal sacó una ametralladora más pequeña de culata de madera y agujeros de refrigeración en el cañón.

—¡Una Beretta del treinta y ocho! —exclamó Solomon—. Lo sabía —añadió, conteniendo su entusiasmo sin apartar la vista del arma y abriendo los brazos para que se la pasase.

Pero Wallingford no se la entregaba. Permaneció con ella en las manos, mirándola. Mogg y Powell eran buenos chicos y habían hecho exactamente como les había dicho: estaba más nueva y limpia que las otras y brillaba como una joya. Era una ametralladora preciosa.

—Échele un vistazo —dijo, tendiéndosela.

La Beretta era muy distinta a las otras dos, que había que disparar cuerpo a tierra o sentado. Aquella Beretta era una metralleta de las que se accionan de pie. Solomon era un entendido en armas y la cogió con cariño, como si fuese un niño de pecho, sin ocultar ya su entusiasmo.

—Es un diseño de Tulio Marengoni —dijo.

Wallingford asintió con la cabeza, aunque era la primera vez que oía nombrar al tal Tulio Marengoni.

—Es un arma de artesanía. Mire qué factura, qué culata de madera. Es preciosa. Preciosa.

—Nueve milímetros —añadió Wallingford—. Y se las envío donde me diga.

—¿A Palestina?

—Donde quiera.

—¿Puede entregarme quinientas?

—Claro que sí. Y más.

—*Hallet el-baraka. Hallet el-baraka*. Dios nos bendiga —dijo Solomon, sonriente.

Las actividades cosmopolitas de Wallingford le conferían capacidad para responder a aquellas finuras árabes.

—*Mabrouk aleik*. Que a usted le bendiga —dijo.

9

—Me gustan. Creo que son los mejores residentes del Magnifico —dijo Alice Stanhope—. Espero que no tarden —añadió, mirando el reloj.

Luego, miró al hombre a quien conocía por Bert Cutler y le sonrió. Era una sonrisa esplendorosa; la sonrisa tímida y soñadora que dirige una mujer enamorada a quien ama. ¿Sería posible que se hubiese enamorado de un hombre al que acababa de conocer? Pues sí.

Una sonrisa que a Ross le pasó inadvertida porque estaba atento a servir las dos tazas de té en el colador. Había aprovechado la racha de buen tiempo para seguir sin guerrera, luciendo su camisa caqui con galones de cabo. Se hallaban sentados en la terraza interior del Ashraf's Garden, un salón de té de Sharia Ibrahim Pachá, enfrente del parque Ezbekiya. El lugar estaba lleno, como sucedía aquella hora. La docena de edificios oficiales que utilizaba el ejército inglés se cerraban durante la canícula de la tarde y todos se iban a echar la siesta hasta la hora del té, momento en que buscaban un lugar fresco para tomar el caliente líquido con leche y pastas. Las personas que Alice decía que le gustaban tanto eran Sayed y Zeinab el-Shazli, la pareja de jóvenes egipcios.

—Es natural —contestó Ross, sardónico—. Son ricos, jóvenes y guapos.

—Aunque sea mi superior —dijo Alice con cierta timidez—, le diré que ignora usted muchas cosas de Egipto… la manera en que son las cosas.

—Pues explíquemelas —dijo él, sirviéndole la leche antes de

pasarle la taza. No había caído en el formulismo de preguntarle si quería leche. Él prescindía de esas cosas.

Alice habría preferido tornarlo solo con limón, pero lo cogió encantada.

—Los Shazli son clase media. La mayoría de los egipcios son *felayins* sin un céntimo que trabajan como esclavos en el campo medio muertos de hambre. Un egipcio rico posee unos cien *feddans* de tierra fértil…

—¿Qué es un *feddan*?

—Casi media hectárea. Un egipcio con cien *feddans* posee coches de lujo, docenas de criados y pasa las vacaciones en la Costa Azul. Sus hijos tienen niñeras inglesas e institutrices francesas para que aprendan perfectamente inglés y francés. Y hay quienes poseen mil *feddans* de tierras fértiles y son riquísimos. Pero los Shazli no son de ésos. Él era un simple oficial del ejército, lo que socialmente es poca cosa. Seguramente son hijos de un comerciante de clase media que se ha abierto camino en la vida. No son campesinos; que hablen inglés y francés es prueba de su esfuerzo, no de que hayan tenido niñeras. Pero la gente como ellos no tienen la más mínima posibilidad de acceso a las casas de los ricos. ¡Ni mucho menos!

—Entiendo —dijo Ross.

Si pudiese llevarla consigo… Ninguna de las mujeres que había conocido tenía punto de comparación con ella. Era hermosa pero tímida; siempre se mostraba muy reservada, y eso que sabía tantísimo. Qué mala pasada del destino haberla conocido en aquellas circunstancias.

—Su vida es difícil —añadió Alice— porque la guerra les ha dejado aislados.

—¿Cómo aislados?

—Antes de la guerra, esta clase de egipcios se trataba estrechamente con los ingleses, pero ahora ven que los intereses de Gran Bretaña no coinciden exactamente con los de Egipto. A los ricos les tiene sin cuidado porque pueden seguir saliendo al extranjero y hacer lo que quieran; pero la gente como los Shazli están preocupados y aturdidos.

—¿Por qué?

—Es una guerra que no entienden. Les abruma la propaganda de guerra y las pretensiones inglesas por una parte y las protestas y

delirios de los distintos nacionalismos egipcios.

—¿Ve mucho a los Shazli?

—Me gusta hablar con ellos. Estoy perfeccionando el árabe y ellos tienen mucha paciencia.

—Pues, sobresaliente, Alice. Ha acertado respecto a las inquietudes de esos jóvenes, a juzgar por lo que Marker cotejó en los archivos. Su padre es un conocido agitador antinglés.

—Me cuesta creerlo. Los dos son muy corteses y amables.

—Quizás no sea agitador la palabra, pero es una persona que escribe en periódicos y revistas soflamas independentistas.

—Oh, eso lo hacen todos —replicó Alice, sonriéndole—. Probablemente yo también lo haría si fuese egipcia.

—Estoy seguro —dijo él convencido, pues había comprobado su firmeza de convicciones, como en el tema de sus diatribas contra la monarquía inglesa. Por el rey Faruk no sentía más que desprecio; era por los egipcios por quienes sentía una particular simpatía, y no le costaba mucho imaginársela reencarnada en nacionalista egipcia —. ¿Son musulmanes practicantes?

—Cristianos no son, desde luego, pero están en el término medio de todos los musulmanes de su edad y clase social.

—¿Como por ejemplo?

—Imagino que rezarán por la mañana y por la noche. Ella no se quita la pañoleta en clase, y él seguramente irá a la mezquita los viernes y no come salchichas en la cantina —dijo sonriendo otra vez. Todos los extranjeros consideraban suicida comer salchichas egipcias.

—Alice, a veces es usted bien cínica.

—No lo pretendía —replicó ella, francamente arrepentida—. Yo no sé cómo actuaría en su caso, porque es bien difícil ser egipcio de clase media y musulmán devoto.

—¿Y él juega al *bridge* con ese falso príncipe ruso todas las semanas? ¿Es buen jugador? ¿Juegan dinero?

—No mucho; mediano. Pero no hace falta jugar muy bien para ganar al príncipe. Juegan poca cosa: cinco piastras.

—Cinco piastras es el salario de los peones locales del ejército.

—¿Es un falso príncipe? —inquirió Alice, haciendo caso omiso del comentario—. ¿O falso ruso? Hasta la revolución había dos millones de aristócratas con título. A mí me parece auténtico y se

codea con la gente bien. Ya le preguntaré a mamá. Ella me ha contado que es de una antigua familia zarista y que lleva viviendo mucho tiempo aquí.

—¿Su madre? Espero que no…

—Pierda cuidado, Bert; yo nunca hablo con mi madre de nada que pueda causarle a usted problemas.

La miró y pensó que le gustaría conocer a la madre. Decían que era miembro de la sociedad de alcurnia inglesa que vivía en Egipto y que su casa del paseo marítimo de Alejandría estaba llena de valiosas antigüedades y objetos orientales que los oficiales como su marido tan fácilmente obtenían en los buenos tiempos. Allí mantenía contacto con sus amistades, chismorreando, moviendo influencias y dando consejo sin que nadie se lo pidiera. No podía imaginarse a Alice siguiendo el mismo camino.

—¿Son hermanos realmente? —preguntó.

—Qué suspicaz es usted, Bert —contestó echándose a reír, pensando en si realmente aquel hombre se percataría de que estaba locamente enamorada de él. Todos los que la habían visto en los últimos días con él se lo imaginaban, y por mucho que lo intentara era incapaz de ocultar su secreto, menos a él. Aquel hombre no daba muestras de advertir su presencia cuando estaba a su lado ni de echarla de menos cuando no estaba. ¿La traicionaría la voz? Además, la reciente insistencia de su madre para que fuese a vivir con ella en Alejandría también podía ser indicio de que se lo imaginaba—. Sí, son hermanos de verdad. ¿Es por eso por lo que quiere conocerlos mejor?

—Me intriga él… bueno, sinceramente, los dos. En la universidad americana hay estudiantes muy raros.

—Hay de todo —añadió Alice—. Como tiene que ser la universidad, ¿no?

—¿Dijo usted que el capitán Darymple trabaja en los Pilares Grises? —inquirió, dando un sorbo de té.

Así se llamaba popularmente al Cuartel General del Ejército en el Oriente Medio.

—Ya le queda poco. Va diciendo a todo el mundo que le han destinado a uno de esos comandos secretos. Se marchará pronto.

—Pensé que le habían declarado inútil para el servicio.

Ella le miró, pensando en si sería de los que pensaban que

debían estar combatiendo en lugar de en un despacho en El Cairo, pero nada en su expresión lo dejaba entrever.

—Es que el año pasado, durante el avance, Darymple y otros dos bebieron agua de un pozo contaminado. Uno de ellos estuvo a punto de morir, y Darymple contrajo disentería crónica; pero ahora ya está casi curado y espera que le repongan en activo.

—Se ve que los venenos alemanes no hacen del todo efecto —dijo Ross.

—No diga cosas horrendas, Bert —replicó ella, sonriendo, no obstante—. Utilizar veneno va en contra del tratado de Ginebra o algo por el estilo. Simplemente contaminaron el agua para que no fuese potable.

—Pero Darymple ha sobrevivido. Me alegro por él —añadió sin entusiasmo, mirándola y tratando de discernir si mostraba alegría o no. Era una mujer complicada—. ¡Calle! ¿Qué es eso?

Por encima del bullicio del salón de té se oía el cántico de una multitud, una numerosa multitud. No era el ruido de estudiantes universitarios que alborotan; era algo distinto. Un sonido sordo y casi musical, como el vibrar de una gigantesca máquina de vapor.

—Cada vez hay más protestas —dijo Alice—. ¿No oye lo que gritan?

—Será lo mismo que ayer: «¡Viva Rommel! ¡Somos soldados de Rommel! ¡Fuera los ingleses!».

—Es como si vinieran por Sharia Ibrahim Pachá —dijo ella, ladeando la cabeza para prestar oído. En la terraza, la gente, en su mayoría ingleses, guardaba silencio. Ross había elegido una mesa que estaba en el interior pero daba a la terraza, en un sitio oscuro y fresco, pero desde el que se veía todo: las sombrillas proyectando círculos de sombra y las siluetas de los clientes sobre el jardín bañado por el sol y la verde vegetación—. Por el ruido, parece una manifestación numerosa.

Los gritos se oían cada vez más fuertes y más intencionados que en esa clase de manifestación. Lo que en 1941 habían sido protestas sin rencor, había evolucionado desde que Rommel había llegado con sus Panzers a África, yendo de victoria en victoria. Al subir el precio del algodón, muchos terratenientes comenzaron a plantar, con el consiguiente aumento constante del precio del pan; y ello había conferido nueva dimensión al descontento. El gobierno del

rey Faruk era abiertamente germanófilo y ahora que Rommel se iba acercando, las protestas egipcias eran organizadas, enconadas y agresivas.

Ya se oía cerca la airada muchedumbre.

Ashraf’s era un lugar de reunión típico para los ingleses y la chusma lo sabía. Aunque la tapia del jardín tapaba la calle, los manifestantes gritaban para que se les oyera bien.

—No se preocupe, Alice, que conmigo no corre peligro —dijo en voz baja.

Ella le miró. ¿Había un algo de afecto en sus palabras?

En el momento en que lo decía se produjo un alboroto en la entrada del jardín del salón de té. Vocerío de insultos y enseguida un forcejeo que degeneró en puñetazos, al desbordar los manifestantes al portero. Entre los que tomaban el té se organizó una refriega y los gritos en la puerta subieron de tono hasta alcanzar un clamor. Tras forcejear con el portero y los camareros, dos tipos muy violentos llegaron hasta el pozo de adorno que había en medio del jardín y se subieron a él. Vieron un camarero recostado en la tapia, agarrándose el estómago; otras dos figuras de adolescentes flacos cruzaron la entrada y se empinaron, mirando el panorama. Eran unos jovenzuelos de ojos grandes, sudorosos y vestidos con viejas camisas de manga corta y pantalones caqui arrugados. Por un instante, permanecieron allí, sorprendidos de lo fácilmente que habían irrumpido en aquel santuario exclusivamente inglés, y no hicieron nada más que mirar. Luego, se pusieron a vocear consignas en árabe, que pocos ingleses entendían, pero el *Bissama Allah, fialard Hitler* hizo que algunas cabezas asintieran. Alá en el cielo y Hitler en la tierra era la consigna que habían adoptado los militantes nacionalistas y revolucionarios. Los intrusos no esperaron a que los echaran y, lanzando rápidamente al aire puñados de octavillas, echaron a correr entre gritos de triunfo. Quizás habrían irrumpido otros grupos más de no haberse oído en aquel momento ruido de caballos, al tiempo que aparecía la policía montada para despejar la calle. Se oyó un ruido sordo de la multitud atemorizada y chillidos de la gente corriendo y dispersándose, mientras seguían oyéndose cascos de caballos y, a lo lejos, los gritos de la manifestación por la avenida que llevaba al

palacio.

Nadie hablaba. Los ingleses estaban paralizados por el incidente; estupefactos por la rapidez con que había sucedido. El motivo de ir allí a tomar el té era olvidarse por unos minutos de que vivían rodeados por millones de egipcios sucios y enfermos, y ahora se sentían amenazados; peor aún: vulnerables.

Fueron los camareros egipcios quienes tomaron la iniciativa para que se olvidase el incidente; uno de ellos recogió enseguida las octavillas anglófobas y otros llegaron de la cocina con teteras llenas de té recién hecho. Sus sonrisas y animosa solicitud tranquilizó a la clientela y no tardó en recuperarse casi por completo la normalidad del ambiente. Alice miró a Ross y le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa.

—¡Ajá! ¡Mira por dónde, dos conspiradores en la oscuridad! ¡Qué sorpresa! —exclamó una voz femenina a sus espaldas—. ¿Esta noche de qué se trata? ¿De tráfico de armas o de hachís?

Alzaron los dos la vista con los ojos muy abiertos, preguntándose hasta qué extremo habrían oído la conversación que habían sostenido. Era Peggy West.

—Hola, Peggy —dijo Alice, mientras Jimmy Ross se ponía en pie.

Peggy llegaba con un aspecto lamentable: su sombrero de paja estaba aplastado y tenía el rostro acalorado.

—No quiero interrumpir su conversación íntima —dijo casi sin aliento, y, a pesar de sus palabras, mostrándose algo enojada y rezagándose hasta que Ross la invitó a sentarse.

Se sentó y abrió la carta con manos temblorosas y la dejó a un lado sin leerla. Como todos los clientes de
Ashraf’s,
se la sabía de memoria.

—Por Ibrahim Pachá vienen miles de ellos —dijo—. Supongo que volverán a manifestarse en la plaza Abdin. Cortarán el tráfico del tranvía diecisiete y no hay ningún otro que vaya a Gezira y Ciudad Jardín —añadió sonriendo, porque eran los dos puntos de destino de los ingleses; era siempre el primer servicio que se interrumpía y había quien decía que era simplemente en represalia a los ingleses.

—¿Se encuentra bien, Peggy? —inquirió Alice, dudando en si

comentar su evidente nerviosismo. Conociendo a Peggy en su puesto de inequívoca autoridad en el hospital, Alice la veía como una protectora o una hermana mayor que ella no tenía, y no se imaginaba que pudiese mostrarse tan afectada. ¿Quién iba a haber pensado que la impresionase tanto una manifestación?

—Estoy, simplemente, un poco cansada y me duelen los pies —contestó Peggy sonriente.

Acababa de sufrir empellones entre los manifestantes y, pese a su pretendida entereza de ánimo, se hallaba muy nerviosa. Por primera vez en su vida había sentido miedo entre una muchedumbre cairota; uno la había escupido y era un rostro que no podía olvidar: senil, arrugado, curtido por el sol y lleno de odio. Sólo la intervención de un policía egipcio a caballo, que la había visto en apuros y había irrumpido al galope en medio de la multitud esgrimiendo la porra, había impedido que saliera malparada. Ahora entendía el horror de algunas anécdotas que había oído sobre las manifestaciones del pasado; necesitaba estar con sus compatriotas para tranquilizarse. Y necesitaba una taza de té. Pero no lo expresó y se esforzó en sonreír.

—No podía con mi alma y ya no soy tan joven para coger el tranvía al asalto a última hora —dijo.

—Tómese un helado —dijo Alice, para hacer más evidente que estaba entre amigos—. Los de café son deliciosos.

—No, no, me tomaré un té —replicó ella, meneando la cabeza, al tiempo que Ross hacía seña al camarero, que ya lo había captado —. ¿Qué hará el rey, cabo Cutler? Está entre la espada y la pared, ¿no es cierto?

—No podemos consentir que un germanófilo esté al frente del gobierno —contestó Ross, que no estaba dispuesto a hablar de ello pormenorizadamente.

—Estamos esperando a Sayed y Zeinab —dijo Alice—. También es día de fiesta en la universidad americana y nos dijeron que tomarían el té con nosotros; pero llegan tarde. A lo mejor es por la manifestación. Bert tiene que irse pronto porque en su oficina tienen una siesta muy breve.

—Lástima —comentó Peggy.

—Si no, el sargento le dará un capón —añadió Alice, sonriendo, mientras Ross esbozaba una tímida sonrisa y pedía pastas al

camarero. Mejor pedirlas ahora antes de que llegasen sus invitados, porque las mejores pastas se agotaban debido a la escasez de harina.

—Son tremendos estos Shazli. Por hacerse esperar, quiero decir —comentó Peggy—. Los egipcios no tienen sentido del tiempo. Mi marido decía que tienen relojes de goma —añadió, riendo entristecida.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en el Magnifico? —inquirió Ross.

—Podría contarle jugosas historias de ese hotel —dijo Peggy, pero pareció cambiar de idea al echar un vistazo en derredor—. Hace una barbaridad de semanas que vivo allí. El año pasado, cuando cayó Grecia, se convirtió en punto de reunión de los griegos de alcurnia. Un día vi a la querida del rey Jorge; la pobre tenía un aspecto horrible. No sé si saben que es inglesa… Estuve a punto de acercarme a hablarle, pero al final no me atreví. Y en otra mesa, ignorando expresamente a la pobre mujer, estaba medio gobierno griego, un grupo ruidoso y grosero. De verdad les digo que me causaron muy mala impresión. Bien, pues antes de eso, en el Magnifico se reunían los polacos. No sé qué etnia será la próxima.

Al darse cuenta de que podía interpretarse que pensaba que iba a convertirse en un lugar de cita para los alemanes triunfantes de Rommel, sonrió nerviosa y miró al jardín fijándose en las flores y las enredaderas que cubrían la tapia.

Se sentía mejor ahora que estaba entre conocidos. El mutuo conocimiento la tranquilizaba. Toqueteó las vinagreras y volvió a mirar la carta, digna de mención por sus faltas sintácticas y de ortografía, y el jarrón de cobre con flores ya marchitas por el calor. Claro, era por la tarde; conforme acabase la siesta y el calor cediese, la gente volvería al trabajo, y otros a cafés y salones de té.

Ashraf’s

era una especie de club privado para los pocos ingleses residentes no militares de toda la vida; la entrada era pequeña y triste, con un letrero en árabe poco atractivo para la mayoría de los que pasaban por delante yendo y viniendo al club Tiperary unos pasos más allá.

—No le he dado las gracias formalmente —dijo Alice—. Por la habitación y el empleo en el hospital.

—Conseguir la habitación no fue tan fácil; pero en el hospital,

sabía que «el Hoch» no dejaría pasar la ocasión. Mucho antes de que empezase la guerra estaba ya en edad de jubilación, pero es el mejor cirujano que tenemos y, aunque debe de tener más de setenta años, el ejército hizo la vista gorda.

—Son todos muy amables —dijo Alice.

Peggy sonrió, pensando en si sabría lo resentidas que estaban con ella Blanche y Jeannie MacGregor.

—Cuando repatriaron a las esposas de los militares perdimos dos mecanógrafas buenísimas. Ellas no querían irse, claro; una de ellas envió un airado telegrama al comandante en jefe, pero de poco le sirvió, a pesar de que sólo llevaba casada seis meses. Por supuesto que el comandante en jefe no repatrió a su esposa, cosa que todos vieron muy mal.

Trajeron el té con una bandeja de pastas y pasteles preferidas por los ingleses: frutas escarchadas, garrapiñadas y mazapán, sin duda restos de Navidad, tortas de semillas aromáticas, suizos, tarta de limón y «damas de honor». Peggy cogió la tetera y sirvió, comentando el buen olor que tenía. Era una mujer bonita, si no hermosa, y agradecida y entusiasta con todo lo que le complacía. Y le gustaba servir el té con ceremonia.

—¿Cuántos terrones de azúcar?

Alice aprovechó para mirar a las mujeres que había en la terraza. A primera vista eran como las damas bien vestidas que se veían antes de la guerra en los salones de té elegantes de París, Viena y Londres. Pero examinándolas con detenimiento se advertía que eran de muy diverso origen: egipcias, palestinas, coptas, italianas y griegas, y todas muy atractivas, muy limpias, bien peinadas y perfectamente maquilladas. Los oficiales de estado mayor y los hombres de negocios que formaban la clientela las contemplaban con ojos rapaces. En El Cairo sobraban hombres y faltaban mujeres. Peggy siempre hablaba de su marido como algo del pasado. ¿Por qué no abría los ojos? Una europea atractiva que no encontrase marido en aquel momento en la ciudad era un absurdo. Y Peggy West era muy atractiva, además de inteligente.

Alice volvió a prestar atención por si llegaban los hermanos Shazli. Los espejos de las paredes del interior oscuro y vacío reflejaban la animada actividad de la soleada terraza como una pantalla de cine.

—Es bueno el té aquí —dijo Jimmy Ross, cual si juzgara necesario explicar su presencia acompañado de Alice—. Y cuecen la leche.

Apenas acababa de comentarlo, cuando cruzaron la entrada Sayed y Zeinab
el-Shazli,
buscándoles en las mesas del jardín. De pronto cesaron todas las conversaciones. Eran como una pareja de estrellas de cine: Zeinab, con poco más de veinte años, cutis fino y claro, ojos castaños inmensos, tenía una figura perfecta que su vestido de seda color crema resaltaba perfectamente, y su hermano Sayed no era menos atractivo; ancho de espaldas y con un pelo negro brillante peinado hacia atrás, su piel era algo más oscura que la de su hermana y lucía un bigote sobre la impecable dentadura que le iluminaba el rostro cuando sonreía. La única falta en su rostro perfecto era un oscurecimiento del cutis bajo los ojos, que, por otra parte, constituía un factor más de su exótico encanto. Vestía camisa blanca con corbata negra y pantalones oscuros y llevaba un reloj de pulsera con correa de cuero —inapropiado para el calor pero muy inglés— y zapatos caros de dos colores, perfectamente lustrados y con los cordones muy bien anudados.

Sayed, adelantándose, ofreció una silla a su hermana cual si fuera algún personaje real. Luego, se tiró de las perneras de los pantalones al sentarse, sin dar ninguna excusa ni explicación por llegar tarde, del mismo modo que ninguno de los dos expresó sorpresa alguna por ver a Peggy allí. Pidieron té con menta a un camarero que se había apresurado a acercarse y que esperaba pacientemente y dedicaron los primeros momentos a sonreír y saludar con la mano a gente conocida.

—Veo que hay aquí muchos amigos suyos —dijo Jimmy Ross.

—Conocidos —contestó Sayed—. Algunos hacen negocios con mi padre.

—¿Qué clase de negocios? —inquirió Ross como quien no quiere la cosa.

—Periodismo —contestó Sayed— entre otras cosas. ¿No se trabaja hoy? —añadió, mirando a Peggy y a Alice.

—Tengo el último turno —respondió Peggy.

—Dígalo usted en árabe, señorita Stanhope —dijo él,

dirigiéndose a Alice.

Alice sonrió. Había dado dos lecciones con los Shazli, que eran muy pacientes con su defectuosa pronunciación.

—Está aprendiendo mucho —comentó él—, pero tiene que practicar.

Llegó el té en unos vasitos con asa plateada y una buena cantidad de hojas de menta. Sayed echó mucho azúcar en el suyo y lo removió enérgicamente haciendo bailar las hojas y mirándolas con evidente placer.

—¿Le va gustando El Cairo, señorita Stanhope? —inquirió muy cortés, ofreciendo pastas a las señoras y luego a Ross, quien cogió un pastelillo de crema.

Peggy pensó por qué mostraría tanto interés por ir a un establecimiento en el que cocían la leche y, sin embargo, comía un pastelillo de crema, pero no dijo nada.

—El Cairo es una maravilla —contestó Alice—. Comparado con Alejandría, yo estaría encantada en cualquier sitio.

—¿Qué tiene de malo Alex? —inquirió Sayed, abreviando el nombre como hacían los ingleses. Eso y su tono desafiante revelaban su juvenil tendencia a la polémica.

—Nada, pero es aburrida y gris —respondió Alice—. Los edificios, las calles y el mar… no tienen vida.

—Yo no he vivido allí —terció Peggy, pensando en sí la opinión de Alice Stanhope era consecuencia de haber vivido con su madre —, pero cuando voy a visitar a amigos, siempre me da la impresión de que es un lugar de veraneo en temporada baja. ¿No tiene miedo a los bombardeos su madre?

—Mamá no tiene miedo a nada —contestó Alice.

—Alex resulta mucho más bonita cuando en El Cairo empieza a apretar el calor —dijo Sayed—. ¿Ha pasado algún verano en El Cairo?

—No, aún no —contestó Alice.

—Para los ingleses resulta muy caluroso —dijo él—, pero nosotros estamos acostumbrados —añadió, dando un sorbo de té y limpiándose cuidadosamente los labios—. ¿Dónde están esas avanzadillas de Rommel? —inquirió cortésmente a Ross.

Todos en la mesa clavaron los ojos en Jimmy Ross, quien contestó sin concretar:

—Le detendremos. No es ningún superhombre.

—Me alegro que sea de esa opinión —dijo Sayed, sacando una hoja de papel gris basto del más barato, una de las octavillas lanzadas por los manifestantes—. Me gustaría saber qué piensa de esto, cabo Cutler.

Era un rudimentario mapa de los frentes. Una ancha flecha roja mostraba el curso del Afrika Korps de Rommel hasta más allá del canal de Suez, y otra mostraba el avance del ejército alemán en el sur de Rusia a través del Cáucaso. Las puntas de las dos flechas convergían en la rica región petrolífera por encima del golfo Pérsico. El dibujante había situado en la zona de confluencia una explosión, rodeada de docenas de burdos muñecos que representaban soldados ingleses muertos y espatarrados.

Sayed le tendió la octavilla para que la viera.

—Está un poco anticuada —dijo Ross—. Los ejércitos alemanes en Rusia están paralizados por el hielo, y en el mapa de la semana que viene aparecerá Rommel retrocediendo hacia Túnez.

Sayed sonrió, como dando a entender que si la situación hubiese sido la contraria, su reacción habría sido la misma.

—Pero, como militar, cabo Cutler, ¿no diría usted que si ese fuese el objetivo estratégico —replicó, poniendo la mano abierta sobre el mapa y mostrando sus uñas bien cortadas—, atraer a los ejércitos aliados cada vez más hacia el desierto, no significaría disponer de menos tropas en Iraq y Persia capaces de repeler un ataque alemán desde el Cáucaso?

Ross volvió a mirar el mapa, y como tardaba en contestar, Sayed añadió:

—Los alemanes siempre han sido expertos en estrategia. *Geopolitik* es una palabra alemana. ¿No es cierto?

—No conozco bien esa palabra —replicó Ross—. ¿Puedo quedarme con el mapa?

—Mejor es romperlo —contestó Sayed, recogiéndolo y arrugándolo antes de guardárselo en el bolsillo—, no vaya a tener complicaciones por llevar literatura subversiva —añadió dando otro sorbo de té y atacando con el tenedor la tarta de limón, pero sin acabarla. Por eso debía de estar tan delgado, pensó Peggy.

—Complicaciones, ninguna —replicó Ross—. Hacemos esta guerra en defensa de la libertad por decir lo que pensamos y hacer

lo que queremos.

—¿Ah, sí? Me sorprende, cabo. ¿Qué libertad tenemos los egipcios bajo su dominio? Los soldados ingleses entonan canciones injuriosas contra nuestros reyes, destrozan los hoteles y los restaurantes y no se les paga compensación a los dueños. Utilizan nuestro país para organizar sus batallas, a pesar de que Egipto es un país neutral que no está en guerra con nadie. Hasta los periódicos en inglés están tan censurados que nunca dicen nada importante.

—¿Y la libertad de la persona? —replicó Ross, rebulléndose incómodo.

—Eso digo yo. Pongamos de ejemplo su caso, cabo. Sólo los oficiales tienen derecho a ir a los mejores hoteles como Shepheard's o el Continental; a usted, al no ser oficial, le están vedados lugares como el Turf Club, el Trocadero y el Gezira, por no citar más que tres. ¿Qué clase de libertad individual es esa para quienes están combatiendo en una guerra por la libertad?

—Eso a usted no tiene por qué preocuparle.

—Y me tiene sin cuidado —replicó Sayed—. Pero sí que me importa que su gobierno nos mande un patán de escuela elemental a insultar al rey y alardear de que le llama «muchacho».

—¿Se refiere al embajador Lampson?

—Bien sabe a quién me refiero —replicó Sayed.

—Basta, Sayed —terció Zeinab, sonriendo y golpeándole en broma en el brazo—. No deberíamos hablar de política —añadió, mirando a los demás—, pues mi hermano se apasiona demasiado y altera a la gente.

Esto último lo dijo mirando a Jimmy Ross.

—No era mi intención ofender a nadie —alegó Sayed—. Si el cabo Cutler fuese el responsable de lo que se hace, estoy seguro de que las cosas irían mucho mejor.

—Sí, desde luego que los cabos podrían ir a Shepheard's —dijo Jimmy Ross muy serio.

—¿Y los oficiales no? —inquirió Sayed.

—Por supuesto que no —respondió Ross muy serio.

Todos se echaron a reír y Peggy advirtió la manera como Alice tocaba la mano del cabo. Era un hombre joven bastante guapo, pero

era incomprensible que aquella muchacha de clase alta sintiera afecto por un militar de tan baja graduación; le habría bastado alzar una ceja para tener a sus pies a coroneles y generales. Bien, se dijo, todas las mujeres encuentran algo distinto en el hombre que les gusta. Quizás Cutler fuese un atleta en el amor, un rico heredero o amante de los animales perdidos.

—¿Qué hacía usted en la vida civil, cabo Cutler? —inquirió Sayed.

—Era empleado administrativo —contestó Ross, distraído.

—¿Y ahora?

—Soy soldado de infantería con destino administrativo.

—Seguramente es usted demasiado valioso —dijo diplomáticamente Peggy—. Muchos de los que están en el frente darían cualquier cosa por estar en el cuartel de Bab-el-Hadid, aquí en El Cairo.

—Es cierto —dijo Alice.

—¿Está usted destinado ahí, Bert? —inquirió Sayed—. A dos pasos de aquí, ¿no? Es un tío con suerte. —Sayed había oído usar a tantos soldados australianos la palabra «tío», que probaba a soltarla de vez en cuando—. ¿No es el cuartel general de la policía militar? ¿Qué hace allí?

—Soy un simple administrativo en el despacho del capitán jefe. Archivo, mecanografiar cartas y contestar el teléfono.

—El capitán jefe —repitió Sayed—. Un empleo importante, Bert. ¿No es él quien manda en Egipto?

—Sólo en la policía militar —contestó Ross, dando un sorbo de té como ganando tiempo para pensar lo que tenía que decir.

—Y en el departamento especial de investigaciones y en parte de los servicios de inteligencia —añadió Sayed—. Cuéntenos los entresijos. ¿Qué sucede en el espionaje?

—He jurado guardar secreto —contestó Ross. Así que Sayed sabía que trabajaba en el cuartel; algo que no sabía cualquiera.

—Pero lo del hachís sí que puede contarlo, ¿no es cierto? —terció Alice—. Los han encarcelado a todos. —Ross se la quedó mirando; era lista. Desempeñaba su papel como una verdadera actriz. Y no había inconveniente en contar aquella historia, porque saldría en la prensa la semana siguiente.

—No hay mucho que contar —dijo—. Es un informe que acabo

de pasar a máquina. Se trata de unos marineros sirios que escondían tabletas de hachís en cadáveres de cordero y los arrojaban al agua desde barcos alejados de la costa. Por la noche, llegaban en barca y los recogían.

—¿Y cómo se descubrió? —inquirió Sayed.

—Tenemos delatores —contestó Ross—. En esas bandas siempre hay alguien dispuesto a venderse. Lo malo es que hay muchas.

—Debe de ser un trabajo apasionante —dijo Zeinab, mirándole con mayor interés.

—Yo no hago más que pasar a máquina los informes para que me los firmen y archivarlos —replicó él—. Un aburrimiento.

—¿Saben que en el mercado negro se pagan las ruedas de camión a cien libras? ¡Cien libras! —dijo Alice, tratando de que no decayera el interés.

—Tengo que marcharme. Estoy solo en la oficina esta tarde y tiene que haber alguien por si al general se le ocurre telefonear —dijo Ross, poniéndose en pie y cogiendo la nota.

—Pago yo —dijo Sayed, arrebatándole el papel—. Ayer tuve suerte en las carreras de caballos.

—Gracias —dijo Ross.

—Espero no haberle ofendido, Bert. ¿Puedo llamarle así?

—No me he ofendido.

—Me refiero a la octavilla. No era nada personal —añadió el egipcio.

Ross puso la mano en el hombro de Alice.

—Quédese con nuestros amigos y evite encuentros con los manifestantes. ¿La veré esta noche?

—Claro —contestó Alice.

—Pierda cuidado; con nosotros estará segura —dijo Sayed—. Yo me ocupo de las señoras.

—Gracias, Sayed.

Una vez que Jimmy Ross se hubo marchado, Sayed pidió más té, y estaba hablando con el camarero, cuando Zeinab se inclinó sobre Alice para decirle:

—¡Su novio es estupendo!

Lo había dicho con tal entusiasmo que Alice no salía de su asombro. Y debió notarse su sorpresa, porque Zeinab añadió:

—¿No ha notado cómo se le encendían los ojos de indignación?

Me gustan los hombres así.

No sabía si Sayed había oído lo que decía su hermana; quizás fuese que conocía la clase de comentarios que hacía, porque él preguntó:

—¿Le traerá esta noche?

—¿A dónde?

—Al apartamento del príncipe Piotr. ¿Sabe jugar al *bridge*?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, no importa porque es una fiesta. Al *bridge* no nos pondremos a jugar hasta muy tarde.

—¿Es que hay fiesta todos los viernes? —inquirió Alice.

—A Piotr le encantará discutir con el cabo Cutler, pues, con todos nosotros, ya está aburrido de discutir, y el capitán Darymple es muy tonto.

—Oh, no diga eso —terció Peggy West. Era un reproche suave, cual si estuviese corrigiéndole una falta de sintaxis.

—¿Por qué no habría de decirlo? —replicó el egipcio, muy aplicado—. ¿Es que es secreto militar?

—Va a marchar al frente y a lo mejor cae —alegó Peggy.

—No sé cómo ustedes los ingleses pueden ser tan consumados hipócritas —replicó Sayed, haciendo énfasis en «consumados» y pronunciándolo de un modo gutural como si fuese una palabra árabe.

—¿Y por qué el cabo Cutler… Bert, no pide destino? —dijo Peggy, sirviendo el té.

—Es que le mandarían a hacer instrucción —contestó Alice, improvisando a toda prisa—. Y podrían destinarle al África oriental o al Pacífico a luchar contra los japoneses.

—Sí, claro. Aquí está mejor —dijo Peggy, comprendiendo los recelos de Alice.

—Le tiene aquí, y eso es lo que cuenta —añadió Zeinab, con una sonrisita como si hubiese dicho algo perverso.

—¿Le traerá? —insistió Sayed.

Alice miró inquisitiva a Peggy.

—Al príncipe no le importará —dijo Peggy—. Cuanta más gente, más divertido; es el lema de Piotr.

Sayed la miró y preguntó, modulando bien sus palabras:

—¿De dónde saca el príncipe el dinero?

Peggy estaba considerada como una autoridad en todo lo relacionado con el Magnifico y sus residentes.

—Su familia tenía acciones del canal de Suez. Por eso le dieron visado de residente; pero desde que comenzó la guerra las rentas sólo las cobra en libras egipcias. No le dejan cambiar el dinero y está atrapado.

Sayed asintió con la cabeza.

—Bueno, eso es lo que me han dicho —añadió Peggy, consciente de que tal vez había hablado demasiado.

—Zeinab cree que es espía… espía de los rusos.

—Sayed se ríe de mí —añadió Zeinab al ver que Peggy la miraba —, pero esa radio tan potente de onda corta que tiene… aparte de tanto dinero sin un trabajo…

—¿De los rusos? No creo yo que se sienta muy agradecido con Stalin —replicó Peggy.

—Tiene unos ojos muy extraños —dijo Zeinab, cual si eso fuese prueba irrefutable de su culpabilidad.

—Para mí que debe de tener una querida oculta en algún sitio — añadió Sayed, mirando a Alice para ver cómo reaccionaba. Alice no pudo por menos de sonreír, pues desde el primer día que había conocido al ruso se había dado cuenta de que las mujeres no desempeñaban papel alguno en sus anhelos sensuales.

—A mí me cae muy bien —dijo Peggy—. Piotr es generoso, comprensivo y divertido. La prueba es que todos sabemos que aceptará encantado a Bert, que para él es un desconocido. ¿Cuánta gente hay como él? Si Lucia le echa nos jugará una mala pasada.

Envalentonada por el elogio a la hospitalidad del príncipe ruso que hacía Peggy, Alice Stanhope inquirió:

—¿Creen que podría traer a otra persona más?

Lo había dicho en voz muy baja, de tal manera que Sayed tuvo que inclinarse sobre la mesa para entendería.

—Claro que sí —dijo—. ¿Vive en El Cairo?

—Sí; es un periodista americano amigo de mis padres. Mi madre me ha comentado que quiere conocer «gente auténtica». No sé lo que querrá decir. Me lo ha encomendado para que le acompañe un par de días. ¿Y adónde voy a llevarle? Es difícil ir a ningún sitio si no se es militar.

—Tráigale —dijo Sayed—. Mi hermana coqueteará con él

descaradamente.

Zeinab volvió la cabeza para ocultar su embarazo.

—No digas eso, Sayed —musitó.

—Estamos entre amigos —replicó Sayed—. Peggy y Alice saben que lo digo en broma. Tráigale —añadió, dirigiéndose a Alice—. Cuantos más seamos, más divertido. Tengo que acordarme de ese dicho inglés: cuantos más, más divertido.

Tan sólo un par de horas más tarde, conducían a Jimmy Ross por uno de los callejones más miserables de El Birkeh. El sol se había ocultado y de pronto hacía frío. Se había puesto su viejo uniforme de faena con insignias de comandante; una decisión bastante prudente en aquel entorno.

—Esto es una pocilga —dijo al sargento de la
PM
que le franqueaba la entrada de una puertecilla vigilada por dos policías militares y dos agentes uniformados cairotas. Ascendió por una escalera de piedra alumbrada por la linterna de otro policía; afuera aún era de día, pero la escalera no tenía ventanas, ni apliques de luz para evitar que los robasen. Hasta las escaleras de madera eran tentadoras para los ladrones, capaces de hacerse con cualquier cosa susceptible de venderse por un par de piastras.

—Espere a verle y sabrá lo que es porquería —dijo el sargento que subía delante de él.

El cuarto era tan pequeño que casi no cabían los dos de pie: una celda sin ventanas, iluminada por una bombilla desnuda que colgaba del techo. El sargento permaneció en la puerta, deleitándose con el leve soplo de aire que corría en el descansillo. Habían dicho que el cadáver del sargento mayor estaba tal como lo había encontrado la patrulla de la policía militar, pero había pasado mucha gente por allí para dar pleno crédito a tal cosa. Jimmy Ross advirtió enseguida la manera en que lo miraban. Le tomaban por Bert Cutler, el detective experto en la materia. Miró al cadáver y al
PM
que se tapaba nariz y boca con un pañuelo, e hizo un esfuerzo por recordar lo que decían en las películas.

—¿Ha venido ya el fotógrafo?

—Sí, señor —contestó el sargento, mirándole—. Ya ha acabado.

Sí, debía haber pensado que era una pregunta tonta.

Sentía ganas de vomitar, pero fingió impasibilidad ante la vista del cadáver en descomposición.

—¿Le han registrado?

—No, señor.

—¿Y fue usted quien le encontró? —preguntó al sargento, que había venido hablando por el camino con él, diciéndole que tenía veintidós años y era ayudante administrativo antes de entrar en el ejército al estallar la guerra y convertirse en sargento de la policía militar. Era un joven inteligente, pero demasiado joven para andar por las calles de El Cairo—. Cuénteme otra vez cómo fue.

—Se nos acercó un niño árabe por la calle y nos lo dijo… nos avisó que había un soldado que estaba enfermo, y nos encontramos con esto. Nadie sabe nada. Y yo, desde luego, no he tocado nada.

—¿Y los fotógrafos ya han concluido?

—Eso han dicho. Estaban deseando marcharse; igual que el forense. No pudo determinar la hora de la muerte, dijo que hacía mucho.

—Sí, eso me dijo por teléfono —comentó Ross—. Es difícil establecerlo cuando se trata de cadáveres en descomposición en climas cálidos —añadió, consciente de que debía mostrar pericia—. Y muchos forenses militares ignoran los métodos de actuación policial.

—Sí, señor —dijo el sargento en tono respetuoso.

Ross se sobrepuso y miró desde más cerca el catre metálico en que estaba espatarrado el muerto, con la cabeza y un brazo en el suelo. Tenía el rostro amoratado y abría la boca en una mueca; las manos estaban hinchadas, con los dedos abiertos como gruesas salchichas. La única decoración del cuarto era una litografía sin marco del rey Faruk, que resultaba grotesca en aquel repugnante decorado.

—¿Y dice que es un burdel?

—Sí, señor, un burdel —contestó el joven sargento.

Ross se inclinó hasta muy cerca del cadáver. Las insignias eran de sargento mayor en un uniforme caqui grueso, necesario a veces en el invierno cairota. Haciendo de tripas corazón, se puso a vaciar los bolsillos del muerto, esperando que el sargento saliera del cuarto, pero el muchacho, al contrario, no dejaba de mirarle fascinado, Ross procuraba mostrarse impasible en su macabra tarea.

Desde que le habían asignado vivienda en la ciudadela, había buscado en la biblioteca novelas policíacas y se había leído dos veces *Secretos de Scotland Yard*.

—Fíjese —dijo. Estaba extrayendo de los bolsillos numerosas pruebas: dos libretas de pago con distinto nombre, dos manifiestos de carga en blanco con excepción de las firmas y los sellos estampados de antemano. Luego, abrió la guerrera, alzó la repugnante camiseta y examinó la herida del pecho.

—Humm —musitó, poniéndose en pie, a pesar de que había sentido ganas de dar un grito—. Sargento, puede retirarlo —dijo, mientras respiraba hondo y trataba de pensar a toda velocidad. ¿Qué habría hecho Cutler en un caso así? Y le vino una idea—. Creo que se trata de un militar… puede que un comando o alguien con entrenamiento especial.

—¿Un militar?

—Mire la herida. ¿No ha recibido instrucción sobre combate sin armas automáticas? Un puñal clavado perfectamente en el corazón. El ejército entrena a muchos para matar rápido y sin ruido, sargento. No es de sorprenderse que luego actúen por cuenta propia.

—Los árabes son muy amigos del cuchillo —dijo el sargento.

—Humm. Pero no así. De todos modos, aquí no le mataron.

—¿Cómo lo sabe?

—No hay sangre. Una herida semejante salpica sangre. Me apostaría algo a que cuando le apuñalaron salpicó sangre hasta el techo —dijo Ross, mirando de nuevo al cadáver—. No, le mataron en otro sitio y los asesinos trajeron aquí el cadáver.

—¿Para qué? ¿A ellos qué más les daba?

Ross se mordió el labio, pensando.

—Querían deshacerse de él. Probablemente querrían limpiar el escenario del crimen; tal vez lo matasen en otro burdel. ¿No me ha comentado que esa casa de putas de lujo… lady Fitz, está cerca de aquí?

—Sí, cruzando el callejón.

—Exacto. Dígame, ¿cuántos soldados ingleses vienen a burdeles árabes?

El sargento se le quedó mirando sin contestar. Le tenía un poco de respeto. La llegada de Ross a El Cairo había estado precedida de

exageradas historias sobre la habilidad de Albert Cutler, y en los pocos días que llevaba allí, Ross, con su uniforme de cabo y su escasa consideración por el ejército y sus hábitos, se había ganado ya fama de excéntrico entre la tropa del cuartel de Bab-el-Hadid. El joven sargento se pensó bien lo que le contestaba.

—Ya veo a dónde quiere ir a parar, señor… pero algunos compañeros que están sin blanca, van a cualquier sitio. Y, además, hay algunos de gustos raros respecto a mujeres y burdeles.

—Cierto, sargento; pero no este individuo.

Ross, que había decidido hacer algo espectacular, se agachó, agarró al cadáver de la guerrera y los pantalones y, echándolo sobre el catre, le dio la vuelta. El joven sargento retrocedió vacilante, espantado por el olor. Ross sonrió, como si él hubiese olido cadáveres mucho más descompuestos, miró en los bolsillos traseros del pantalón del muerto y sacó un manojo de llaves. Algunas eran con toda evidencia de taquillas militares.

—Que venga el encargado.

El sargento salió al rellano y llamó a su compañero para que hiciese bajar al hombre.

—No es realmente el encargado, sino su cuñado.

—¿Ah, sí? —replicó Ross, riendo sarcástico como Humphrey Bogart.

El hombre que hicieron pasar era un árabe joven de unos veinte años vestido de europeo: unos pantalones viejos desharrapados y una camisa que había sido roja.

Ross le miró unos instantes.

—¿Quién trajo aquí este cadáver?

—*Effendi*…

Ross le agarró de la camisa y le zarandeó antes de arrojarle contra la pared; el muchacho, después del golpazo, se le quedó mirando aterrado con los ojos muy abiertos. Ross se le acercó y le abofeteó con tal fuerza que le hizo llorar.

—¿Quién… trajo —inquirió, golpeándole otra vez con menos fuerza— aquí el cadáver?

—Yo no hablo…

Ross le golpeó en el estómago con fuerza.

—Un momento —dijo el

PM

, estupefacto, tratando de intervenir.

—¡Usted se calla! —vociferó Ross con tal indignación, que el joven se amedrentó.

Volvió a agarrar al árabe de la camisa y tiró de ella con tal fuerza que la prenda se rasgó desde el cuello a la cintura.

—*Okay! Okay!* —chilló el muchacho—. Unos hombres.

—¿Quiénes?

El muchacho dudaba, pero Ross volvió a amenazarle con el puño.

—Dos hombres que trabajan para el banquero Mahmud.

—Así está mejor —dijo Ross—. Que venga alguien a llevarse a este imbécil al cuartel y lo metan en el calabozo —añadió, dirigiéndose al sargento—. En celda de aislamiento. Y luego que recojan el cadáver.

—Tenía usted razón —dijo el

PM

con evidente respeto—. Estaba convencido de que no hablaba inglés, y mis compañeros también. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Son cosas de las que un detective de Glasgow se da cuenta enseguida —contestó Ross.

10

—¿Habían oído decir que llueve en el desierto? —preguntó el príncipe Piotr Nikoleiovich Tikhmeibrazoff a un grupo de invitados.

Era una de las reuniones que celebraba todas las semanas y estaba hecho un brazo de mar: chaqueta de esmoquin de terciopelo color burdeos y camisa de seda crema con corbata a juego. También los invitados vestían con elegancia y estaban los de siempre más un par de forasteros: el joven amigo de Alice y un tal Toby Wallingford, oficial de reserva voluntaria de la marina con medalla por méritos en combate, que, para la ocasión, lucía el uniforme con galones dorados.

El americano que había traído Alice constituía la sorpresa de la velada. Era un joven dinámico llamado Harry Wechsler, muestra de hasta dónde llegaban las influencias de la madre de la joven. Los artículos de Wechsler aparecían en lugares destacados de la cadena de prensa Hearst y en otros muchos periódicos norteamericanos. El joven acababa de regresar de una breve incursión al desierto, tenía manos rojizas y como en carne viva con arena incrustada y su rostro bronceado dejaba ver las marcas claras en torno a los ojos causadas por las gafas protectoras. Tendría unos treinta y tantos años y era un hombre de modales juveniles y rostro aniñado pero casi calvo; lucía el atuendo informal adoptado por el ejército inglés: camisa de safari, sucia y desgastada pero recién lavada y planchada, pantalones de pana y botas de ante. Añadía a ello un pañuelo de seda roja al cuello y estilográficas, lápices y una pipa en el bolsillo superior de la guerrera.

—Qué poco tacto —dijo Darymple nada más entrar Wechsler con aquel atuendo—. Si se descuida, se trae la metralleta.

—Muchacho, ése combate con la boca, para no quedarse sin munición —había replicado Wallingford.

A Peggy West le hacía gracia Harry Wechsler. Se

autoproclamaba «escritor inveterado», decía que se hallaba en El Cairo para someterse a tratamiento médico, pero se negaba a dejar de seguir trabajando. Llevaba varias semanas acompañando al agregado militar americano de gira por las instalaciones militares de los ingleses en el desierto, y, a juzgar por cómo lo contaba, el agregado debía de ser muy amigo suyo. Wechsler opinaba de todo. «Sí, claro que los cursos universitarios ahogan a los escritores; pero no tanto», decía con una carcajada y una encantadora seguridad que procedía de su independencia económica. A ello se añadía la confianza de ser periodista sindicado con millones de lectores.

Peggy había ido de grupo en grupo hablando con la mayor cantidad de gente posible. Había estado por la tarde en la peluquería por primera vez desde hacía meses y se había vestido y maquillado con toda minuciosidad. Estaba encantadora. Seguía siendo fiel a Karl, pero las ofensivas palabras de la enfermera Borrows le habían hecho mella. «Ya se sabe que no le interesan los hombres». ¿Pensarían eso las otras enfermeras? ¿Y no tendrían razón, si lo pensaban? Cuántos hombres interesantes había en El Cairo. Allí en la fiesta estaban el afable y caballeroso Darymple, tan preciso y cortés, con uniforme confeccionado por un sastre de Londres y el pañuelo metido en la manga; su amigo Wallingford, sentado en el sofá, relajado y seguro de sí mismo, como los poetas de la primera guerra mundial que ella conocía por fotos antiguas. Estaba el cabo de Alice, un tipo cauto, duro, de rostro huesudo y atlético; y Sayed, guapo como aquel Rodolfo Valentino que hacía desmayarse a las damas en las películas mudas. Hasta el príncipe Piotr se había puesto a la altura de las circunstancias ataviándose con prendas de su elegante guardarropía de antes de la guerra.

Fue Alice Stanhope quien contestó a la pregunta del príncipe.

—¿Lluvia en el desierto? Sí, mamá también lo ha oído decir. Pero ¿dónde?

Alice lucía un elegante vestido sin escote, de la clase que las madres excesivamente celosas eligen para las hijas jóvenes y guapas, y, a pesar de su austero corte, estaba deslumbrante y atractiva, como siempre que Jimmy Ross la acompañaba. Lo había comentado Peggy, y Alice estaba decidida a no dejar traslucir demasiado lo que sentía por él.

—Un auténtico diluvio. Con ahogados y todo —añadió el

príncipe, mientras su criado aguardaba hierático a que cogiera un vaso de vino de la bandeja de cobre.

—Pero ¿dónde? Nunca se dice dónde —replicó Alice, sin dirigirse a nadie en concreto.

Harry Wechsler sonrió. Él sí lo sabía.

—Ha llovido a lo largo de la vía Balbia, desde Tubruq al paso de Halfaya; a mediados de noviembre, antes de que yo llegara. La peor parte la llevó un pueblecito llamado Gambut, en el que el agua arrastró camiones y hombres. Empezó a llover por la noche, obligando a los alemanes a detener su ofensiva. Tengo escrito un artículo.

—He oído comentar que hace sesenta años que no llovía —dijo Toby Wallingford desde el sofá.

—Intervención divina —añadió el príncipe con solemnidad, dando un sorbo de vino. La presencia de Wallingford le desconcertaba; no le conocía, pero aquel hermoso rostro y el largo pelo rubio ondulado le recordaba a un muchacho del que se había enamorado en la universidad. Su deseo perduraba como un rescoldo —. Sí —repitió pensativo, dirigiendo una mirada al marino—, la lluvia desbarató el plan de los alemanes.

—Me han dicho que el rey de Italia transmite a los ingleses los planes militares del Eje —dijo Alice con timidez, improvisando para que Piotr hiciera comentarios, pues sabía que le gustaba dar la impresión de que por haber nacido en un medio aristocrático tenía acceso a los asuntos de la realeza mundial.

Pero fue Wechsler quien replicó:

—Yo estuve en Roma hasta tres semanas antes de Pearl Harbor. Y les puedo asegurar que el rey de Italia detesta a Mussolini y daría cualquier cosa para que vencieran los ingleses.

—Exacto —añadió Piotr con gran satisfacción.

Le encantaba aquel rumor porque, precisamente, al mencionárselo él la víspera a la dueña del Magnifico, ésta se había quedado muda de rabia. Lucia despreciaba a la monarquía italiana, y, dadas las victorias de Rommel, había manifestado que esperaba que Mussolini no tardase en entrar en El Cairo al frente de un ejército vencedor.

—Y nosotros aquí, en El Cairo —dijo Robín Darymple con malicia—, con un rey que desea que venza el Eje. Qué locura de

mundo, ¿no?

Sayed no dejó pasar por alto el comentario.

—No debe decir esas cosas, capitán Darymple.

—No se ofenda, muchacho, pero pensé que todos sabían que el gordo Faruk y sus amigos italianos del palacio de Abdin envían mensajes todas las noches a nuestros enemigos en Roma —añadió Darymple, mirando en derredor en espera de reacciones.

—Yo, eso no lo creo —replicó Sayed.

Harry Wechsler, que escuchaba el diálogo dijo:

—Bueno, que el rey Faruk deteste a los ingleses no tiene por qué sorprender, digo yo. Vamos, que no es nada nuevo, porque ustedes los ingleses le tratan con palmario desprecio, incluso en público.

—Alto ahí —replicó Darymple sin alterarse—. Los egipcios, en su vida han tenido tanto dinero como ahora, y aquí todo el mundo roba. No me dirá que el rey y todos sus reales bastardos no roban todo lo que pueden.

—Es repugnante hablar de esa manera de nuestro rey —dijo Sayed.

—Cálmese, Sayed —replicó Darymple con una breve carcajada —. Todo el mundo mete mano en la bolsa del ejército inglés. Y eso es lo que mantiene la vida en El Cairo, ¿no es cierto?

Sayed, que se había puesto de pie, ofendido, decidió no abandonar la fiesta irritado.

—Dice esas cosas por enfadarme —replicó, arreglando los cojines como si hubiese sido ese el motivo de levantarse y volviendo a sentarse.

Darymple dirigió a Wechsler una breve sonrisa.

—Digo esas cosas porque son ciertas, Sayed, muchacho. Cálmese y tómese otra copa —dijo, alzando su vaso hacia el príncipe—. Esta noche sí que es auténtico, Piotr. Muy distinto al habitual ácido de batería.

—Me alegra que le complazca, capitán Darymple. Me resisto a ofrecerle mi mejor *whisky* por temor a que piense que procede de la intendencia militar.

—Tocado —dijo Darymple, sin dejar de mirar a Sayed, que continuaba nervioso y tiraba de la borla de uno de los cojines, vigilado por su hermana, que intentaba inútilmente que la mirase para indicarle que se tranquilizase.

Para calmarle, Darymple añadió:

—No es el ejército inglés el que detesta a su rey, sino todos esos escribas imbéciles de la embajada inglesa. El ejército no quiere líos. Puedo decírselo sin temor a equivocarme. Nadie, desde el comandante en jefe hasta el último sorche, quiere complicaciones populares en El Cairo. Reflexione y verá que es lógico. Nosotros no queremos que haya disturbios. Bastantes problemas tenemos con Rommel y sus amigos en el desierto.

—Ya lo creo —terció Wechsler.

Sayed miró a Darymple y por un instante pareció que iba a responderle, pero se contentó con asentir con la cabeza.

—Y permítame que le diga que igual sucede con la policía de El Cairo —continuó Darymple—. Estamos más que hartos de esos tipos de la embajada que fastidian al rey. ¿No podrían estarse quietecitos esos puñeteros de Exteriores para dejarnos seguir como es debido con la guerra?

—No es más que cuestión de política —terció Toby Wallingford —. En la embajada les preocupa lo que sucedería si permiten que esos oficiales egipcios anglófobos sigan dando guerra. Habríamos debido derrocar al gobierno al comenzar la guerra y gobernar Egipto a nuestra manera.

—Quizás, pero no hay necesidad de darle en las orejas al pobre Gordo, ¿no crees? —replicó Darymple, volviéndose hacia su amigo, que ocupaba él solo un sofá con la cabeza apoyada en una mano y el pie sin zapato metido entre los cojines—. Quiero decir que Lampson o alguno de sus subordinados debería decirle cuatro palabras al oído al rey, ¿no te parece?

—Robbie, ¿es la opinión oficial del Estado Mayor o un brillante análisis personal? —contestó Wallingford con sorna.

Darymple se puso rojo. Estaba convencido de que Wallingford le quería dejar por tonto delante de todos.

—Así que ha estado en el desierto, señor Wechsler… —continuó Wallingford con gran arrogancia—. ¿No le resultó un poco ruidoso? —añadió, como insinuando que el americano había huido de la ofensiva de Rommel.

—No era cuestión de quedarse para escribir artículos y que ustedes los ingleses me los censuren dejándolos como unos zorros, comandante.

—¿Qué escribió que les molestara? —inquirió Darymple.

—La verdad, y no que hay que mantener el fuego del hogar, lanzando hurras. Eso es lo que les molesta.

—¿Y cuál es la verdad? —inquirió Darymple algo apocado—. Me gustaría tener algún indicio después de toda una jornada de trabajo en el cuartel general.

—Capitán, la verdad es que Rommel está mareando a una serie de generales ingleses incompetentes que no saben nada. La verdad es que las cosas seguirán así mientras los mandos continúen sentados en sus refugios a noventa kilómetros del frente, cantando *Rule Britannia* y diciendo que al final todo saldrá bien, mientras envían la ropa sucia a las lavanderías de El Cairo. Y la verdad es que los soldados rasos están hartos de la situación y lo ven todo con escepticismo.

—Tal vez sea porque usted no hace más que repetirlo —alegó Darymple.

—Quizás. Yo vengo de un país en el que los ciudadanos tienen derecho a leer la verdad, aunque vistan de caqui y sin galones.

—Creí que éramos aliados —replicó Darymple.

—Mire, amigo, el tío Sam lucha en esta guerra para que el imperio británico no se vaya a pique. En el Pacífico, los yanquis estamos pagando el precio de su despotismo colonial. Ya es hora de que empiecen a hacer la guerra ustedes mismos. Y aquí, en el desierto, las mayores bajas las sufren australianos, neozelandeses y sudafricanos, mientras que los ingleses siguen adormilados en retaguardia y sentados en el cuartel general preocupándose por cuándo les van a ascender. Ésa es la verdad y no se puede ocultar, con censura o sin censura.

Darymple consideró la mención del cuartel general como un ataque personal, y hasta el displicente Wallingford se sintió llamado a reaccionar a las irónicas imputaciones del americano.

—No toda la verdad —dijo—. El imperio siempre ha reclutado regimientos para las guerras. Los ingleses aportan los almacenes de pertrechos y abastecen frentes y servicios, y es inevitable que los regimientos de australianos y de los dominios sufran mayor proporción de bajas.

—Pues que parte de esos ingleses de los «almacenes de pertrechos y de abastecimiento de frentes y servicios» se mueva,

amigo —replicó Wechsler, sarcástico—. Limpien los despachos de El Cairo de holgazanes uniformados; den un arma a esos farsantes y que vayan al frente. Así, a lo mejor detienen a Rommel… incluso podrían comenzar a ganar la guerra.

Darymple estaba conmocionado por las duras palabras de Wechsler y se levantó, pero se dio cuenta de que había sido él quien había dado pie con sus indiscreciones. Siempre era un inconveniente enzarzarse en una discusión política; además, sería una lástima tener una diatriba con el americano y quizás podría molestar a Piotr, que ofrecía tan buen *whisky*. Y lo que era más importante, no quería mostrarse enfurecido delante del joven Wallingford, que iba a incluirle en sus comandos del desierto.

Fue Piotr quien echó aceite en las agitadas aguas, y ofreciendo habanos de una caja que atesoraba dijo:

—¿Y qué artículo está preparando en este momento?

—He contraído no sé qué microbio y tengo que pasar examen médico de vez en cuando; así que he decidido escribir algo sobre la embajada americana. Pero, con los bolsillos llenos de pastillas y medicamentos, estoy acompañando a nuestro agregado militar en sus visitas oficiales. Desde luego, ustedes los ingleses tratan con todos los honores a los yanquis. En estos tres días, he visto con él más cosas que en todo un mes. Vamos en avión a todas partes, en plan guerra moderna, y hasta los jefazos ingleses pierden el culo cuando le ven llegar. Me imagino que en las altas esferas les han avisado de que el tío Sam paga los gastos.

—¿Que paga los gastos?

—¿No han oído hablar de la ley de empréstitos? Ustedes se quedaron sin dinero el año pasado. Todos los fusiles, tanques, bombas y balas que gastan son regalo del tío Sam.

Miró en derredor para ver la reacción que causaban sus palabras, pero Darymple y Wallingford hablaban en aquel momento y sólo el cabo escuchaba atento. El príncipe, muy tranquilo, dio un sorbo de vino y dijo:

—¿Y cuál es su próximo artículo?

—Ya he acabado todas las pastillas, así que me parece que voy a tener que irme al desierto a ver si puedo localizarles a ese Rommel.

—¿No va a escribir más sobre El Cairo?

—Yo no me quedo en la cama tomando aspirinas, prefiero ir por

ahí. Acabo de concluir un buen artículo, pero los censores me están dando la lata.

—A nosotros nos lo puede contar —dijo el príncipe.

—¿Por qué no? —replicó el americano, a quien le gustaba hacerse oír—. Escuchen —dijo, dando un golpecito a Darymple en el brazo y atrayendo la atención de Wallingford—. Es un relato que figurará en los libros de historia cuando pase el tiempo y se hayan olvidado los nombres de Rommel y Auchinleck.

—Cuente, cuente —dijo el príncipe, intrigado.

—La creación del Estado de Israel —dijo Wechsler, al tiempo que muchos volvían la cabeza y se interrumpían conversaciones—. Los judíos de Palestina se están entrenando y armando para crear un ejército y tener un lugar en el mundo. Muchos de ellos son fugitivos europeos del régimen nazi y luchan por una patria. Ése es el artículo.

—¿Es alguna fantasía para exponer historias sobre el contrabando de armas? —terció Wallingford con sorna y voz pastosa.

—Sí, forma parte de ella —replicó Wechsler, sonriente—. Un ejército necesita armas y ahora mismo, por el desierto, hay armas para quien sepa apoderarse de ellas.

—Ahora comprendo que tenga problemas con los censores —dijo Piotr.

—Nunca he escrito un artículo que revele secretos militares —contestó el americano.

Darymple decidió abandonar la conversación. Eran aspectos inquietantes en los que no quería pensar y menos hablar de ellos. Cuando cruzaba la habitación oyó a Wallingford soltar una carcajada a un comentario que había hecho Piotr y que él no había oído. Se preguntó si su súbita partida habría sido objeto de chanza, pero no volvió la cabeza a ver si le miraban.

A Wally le daba igual, pensó; él no trabajaba en el cuartel general con los jefazos y poco le importarían las atrocidades que Wechsler pudiera decir. También Wally decía a veces sobre los generales del alto mando cosas que le disgustaban y le ofendían. Aquella noche, Wallingford derrochaba encanto, y debía de estar decidido a valerse del príncipe ruso para algún fin. En el colegio siempre había sido así: se buscaba el amparo de alguien por encima

de él; era un asqueroso zalamero. Algún día le diría cuatro cosas.

Fue al baño y se lavó las manos. Era su modo de eludir la conversación, y esperaba que al regresar ya hubiesen cambiado de tema.

Estuvo un buen rato lavándose y secándose las manos y aun se demoró en regresar con los demás, entreteniéndose en admirar el apabullante cuarto de baño del príncipe. Disponía de una enorme bañera de mármol con grifos de plata, un par de preciosos espejos barrocos con marco auténticos, las paredes estaban forradas de damasco rosa y el suelo cubierto con alfombras de seda; en una mesita había un juego de cepillos para el pelo forrados de plata y una plétora de aceites y lociones. Era el cuarto de baño de un viejo pervertido, se dijo Darymple, que no era la primera vez que lo pensaba.

Al regresar al salón, se encontró con el cabo tocando una melodía de Gershwin en el viejo piano Bechstein del príncipe; el joven se había acercado al piano para evadirse de la conversación que tanto había soliviantado a Darymple. Tecleó unas cuantas notas que se convirtieron en *Willow Weep for Me*. No había más remedio que admitir que aquel cabo sabía tocar el piano; bien, si había que aceptar su presencia, al menos al teclado era menos molesta. De pronto, Jimmy Ross alzó la vista hacia él y le hizo un guiño. Darymple se quedó de piedra, atinó a esbozar una escueta sonrisa y se alejó a toda prisa. Era precisamente la clase de confianza embarazosa que se produce cuando se permite asistir a la tropa a reuniones sociales.

Alice había descubierto que Peggy West había sido una buena soprano aficionada y ahora que disponían de un magnífico piano, estaba decidida a hacerla cantar. Peggy se resistía, pero Alice Stanhope era terca y sabía que Peggy necesitaba animarse.

—Es una canción preciosa, pero muy difícil para mí —alegaba Peggy en tono monótono como si estuviera pensando en otra cosa.

Peggy West no había vuelto a ser la misma desde que por la tarde se había visto envuelta en la manifestación. Nunca le había sucedido una cosa así; ella que hacía tantos años vivía en Egipto, llevándose divinamente con sus muchas amistades masculinas y femeninas. Pero aquel día todo había cambiado: se había visto acorralada por la multitud y había sido un espanto, sofocante y

claustrofóbico. La habían chillado a voz en grito, de un modo ensordecedor, y mientras veía el sudor en aquellos rostros y sentía el olor de los cuerpos. E incluso la habían zarandeado, entre risas y escupitajos, y vociferando todo el rato aquellas consignas anglófobas.

Una vez en casa, se había metido en el baño y allí había permanecido un buen rato. Ahora estaba rutilante. Lo había previsto como parte del plan para reanimarse, pero no acaba de lograrlo del todo, porque lo irreparable era el daño causado a su ego, o a su espíritu. Hasta aquella tarde, había sabido comportarse como una liberal educada que consideraba iguales a todos los habitantes de la Tierra, y estaba orgullosa de las relaciones que había sabido entablar con los amigos egipcios en el trabajo y fuera de él. Todos decían que Peggy West entendía a los egipcios y los estimaba; pero ahora se daba cuenta de que no era cierto. Abominaba de aquellos manifestantes con todo su corazón. En aquel momento en que la muchedumbre había estado a punto de aplastarla, habría dado cualquier cosa por hallarse en Inglaterra, y esa sensación perduraba en ella. Estaba en tierra extranjera y no quería morir allí.

Junto al piano, mirando las manos que recorrían el teclado, no cesaba de repetirse que los manifestantes egipcios habían sido relativamente benignos; no le habían dado empellones violentos ni causado lesiones graves, y se repetía que sus rostros contraídos no mostraban sincera brutalidad, sino que eran simplemente caras de gente que grita. Pero ella quería volver a Inglaterra.

Jimmy Ross cambió de melodía y dijo:

—Le buscaremos una canción que le venga bien.

Y inició los compases de *A Nightingale Sang in Berkeley Square*.

Vio que la gente la miraba.

—Vamos, Peggy, cante —dijo Alice—. Nos deleitará —añadió, entre rumores de aserto de los invitados.

—He prometido a Piotr hacer café, que su criado no sabe hacerlo al estilo europeo.

—Ya lo haré yo, Peggy. Usted cante.

No acababa de decidirse.

—Hágalo en el jarro azul. Tres medidas de café y medio litro de

agua hirviendo.

—No se preocupe: cante.

Peggy se puso a entonar mentalmente. Había cantado la canción en un concierto benéfico de Navidad del Empire Services Club, y tan bien que la habían obligado a bisar.

—¿Puede tocarla en mi bemol? —inquirió.

Ross la entonó como le pedía, tocando unos compases de espera y ella le sonrió para indicarle que estaba preparada.

—*I may be right; I might be wrong* [10] —comenzó con voz clara y segura y algo más animada.

Alice oía la música mientras esperaba que hirviera el agua. Harry Wechsler la había seguido a la cocina; embalado por la discusión entablada, se había llegado allí al comenzar la música para seguir con su discurso y no paraba de darle a la lengua.

—Cuando estalló la guerra europea en el treinta y nueve, yo estaba cubriendo la información sobre el ejército japonés en lo que se decía sería el ataque final a lo largo del Yang Tse, pero mi agencia me envió a Berlín. ¿Qué sucedía? Que la batalla de Inglaterra le daba al corresponsal de Londres las primeras páginas. Yo me dije que la gran noticia era Rommel, pero el ministerio alemán de Propaganda tardó semanas en darme la acreditación para acceder al cuartel general de Rommel. Cuando me largo, Hitler invade Rusia y yo ya andaba camino de Roma. Cuando estaba en Roma esperando un avión para Trípoli, ¿qué sucede? Los japoneses bombardean Pearl. ¿Se imagina? Más me habría valido quedarme con los japoneses en el Yang Tse. Ésa es la historia de mi vida.

Alice pasó por delante de él para llegarse al fogón, y él dio un trago de vino.

—Y, luego, cuando por fin los jefazos de El Cairo le autorizan a ir al frente a ver la situación, contrae un virus y tiene que regresar —añadió Alice, sardónica, por encima del hombro.

—Exacto —dijo él, pasándole un brazo por la cintura—. ¿Qué es lo que hago mal?

—Se lo toma demasiado a pecho, señor Wechsler —replicó ella, zafándose del abrazo para ponerse a calentar el jarro.

—¡Harry, Harry! —añadió él, encajando con deportividad el rechazo—. Tal vez tenga razón. De lo único que estoy seguro es de que estando los japoneses en guerra con los americanos, en mi país

a nadie le va a importar mucho que los ingleses dejen que los teutones les arrebaten unos cuantos pueblos en la lejana África.

—¿Insinúa que va a intentar regresar al Pacífico?

—No —contestó Wechsler, inclinándose a oler las flores—. Como le digo, aquí hay un buen tema: el nacionalismo árabe, el colonialismo británico, la patria judía y el expansionismo alemán. Todos luchan contra todos. Yo creo que es un tema inagotable.

—Espero que no, señor Wechsler.

—Fundamentalmente es cuestión de dar con la perspectiva adecuada. Oiga, estas flores no huelen.

—Lo sé.

—Y todas tienen espinas.

—No se queje de que el rosal tenga espinas; alégrese de que en las espinas haya rosas.

—Eso está bien. ¿Acaba de ocurrírsele?

—Lo dice el Corán —respondió Alice.

—¿Ah, sí? Me gusta. Procuraré desarrollarlo en el próximo artículo.

Era poco probable que pudiera hacerlo, pero había comprobado que a la gente le complacía que dijese cosas así.

Mientras Alice estaba en la cocina con Wechsler, el criado del príncipe abrió la puerta a un soldado que traía un recado para el «cabo Cutler»: le esperaban en el vestíbulo del hotel con toda urgencia.

—¡Dios mío! —exclamó Piotr.

Al terminar la canción todos aplaudieron cortésmente y el príncipe le dio el recado.

—Le llama el deber, cabo. Ha venido un sargento a arrebatárnoslo. Espero que vuelva con nosotros la semana que viene. Y perdone por el piano; en estos tiempos resulta muy difícil que te lo afinen.

—Gracias —dijo Jimmy Ross, inquieto porque le llamaran con urgencia, pero sin hacerlo ver—. Me ha encantado volver a tocar en un piano tan bueno.

—¿Para qué le querrán? —inquirió Peggy angustiada, sabiendo perfectamente que nada muy agradable debía de aguardarle si estaban convocando a los cabos en los cuarteles.

—Diga a Alice que no se preocupe. No será nada —dijo Ross,

pensando en que no debía de ser nada grave, pues, de otro modo, habrían subido a arrestarle. Aunque, por otra parte, podían esperar tranquilamente abajo sabiendo que no había escape.

—¿Se ha dejado la máquina de escribir sin tapar, cabo? —dijo Darymple, burlón—. No se preocupe, yo me encargaré de Alice.

Ross sonrió, miró en derredor y no vio a Alice, pero como todos estaban pendientes de él, se despidió con un gesto de la mano y salió.

Había bajado dos tramos de la escalera cuando Peggy advirtió que se había dejado el lapicero de plata encima del piano. Salió apresuradamente a dárselo y oyó los pasos de las botas claveteadas bajando los escalones. Pero Ross descendía deprisa y cuando ella llegó al último descansillo, ya estaba saludando a un sargento de la policía militar. El sargento tenía en el brazo una guerrera de combate de oficial.

—¿Qué hay, sargento?

—Nada bueno, señor —contestó éste—. El capitán espera afuera en el coche. Él se lo explicará.

Y, prosiguiendo el diálogo, cruzaron la puerta de salida.

—¡Bert! —exclamó Peggy, pero cuando bajó el último tramo de escalera y salió a la calle, él estaba ya a cien metros y vio que subía a toda prisa al asiento delantero de una camioneta Austin. El sargento montó atrás, sin soltar la guerrera, y el coche arrancó, mezclándose en el tráfico.

Peggy permaneció un instante en la calle ya oscura. Pobre Bert Cutler, pensó, ¿qué irían a hacerle? El chófer se parecía a aquel capitán Marker que había registrado la casa-barco de Solomon y la había acompañado al hotel para verificar su pasaporte. Pero ya casi era de noche y a lo mejor se había confundido.

11

—El globo se ha elevado —dijo Lionel Marker, pisando el acelerador de la furgoneta Austin y se internó en el tráfico. A Marker le divertía conducir por aquellas calles atestadas; se había convertido en un juego.

Jimmy Ross lanzó un gruñido y se agarró con fuerza al asiento. Ya le habían advertido sobre el modo de conducir de Marker.

—No ha llegado aún nada por el télex, señor. Parece ser que le aconsejaron al rey cambiar de gobierno, se enfadó y le han derrocado. El general ha regresado en avión y dice que en el cuartel general hay un lío tremendo. Le espera fuera de palacio y quiere hablarle.

—Le he traído la guerrera, señor —dijo el sargento en el asiento de atrás—. La envió el sastre esta tarde —añadió, pasándole la guerrera de combate con galones de comandante en la trabilla de las hombreras.

—Sí, mejor será que me la ponga —dijo Ross con un suspiro de alivio. Así que va a conocer al general. Mejor no hacerlo en uniforme de cabo y tener que explicarle que era necesario para una investigación inexistente. Se volvió con dificultad para coger la guerrera, metió los brazos por las mangas contorsionándose y se la abrochó. El sargento le pasó el cinturón con revólver en la funda.

—Hay que ir en perfecto estado de revista —dijo el sargento—. Supongo que habrá oficiales con pistola.

El sargento Ponsonby era ayudante y administrativo del comandante; tenía aspecto de veterano artero pero era muy eficiente.

—Gracias, sargento.

—Sabía que sucedería esto —añadió Marker—. Lo sabía, Lampson está decidido a dar el poder al partido Wafd. —Las calles estaban llenas de gente, de un callejón surgió un burro que el

capitán estuvo a punto de atropellar; el animal rebuznó asustado—. Lo había vaticinado.

Ross contuvo la respiración. Tres viejos asieron al asno, lanzando imprecaciones que se perdieron en el humo del tubo de escape.

—¿Ah, sí? —inquirió con medida calma—. Pues espero que me lo explique con palabras sencillas.

—Bien, la culpa la tiene el imbécil de Lampson. Los de Exteriores en Londres nunca han entendido lo que sucede aquí. Viven todavía en la época de las cañoneras y no hacen caso del comandante en jefe ni se les mete en la cabeza que el ejército tiene ya bastante con intentar parar a Rommel sin apechar con las consecuencias de sus fallos diplomáticos crónicos. No podemos contener a unos millones de egipcios excitados con la reducida guarnición y al mismo tiempo hacer la guerra.

Eso era lo que indignaba a Marker. Sí, era eso; la muerte del comandante Cutler no la habían descubierto. Marker expresaba simplemente su indignación ante las extremas actividades del personal de la embajada. Un asunto perfectamente comprensible para Ross y que podría secundar, en caso necesario.

—¿Lleva cigarrillos, señor?

Ross sacó la cajetilla y le ofreció uno. Se había dedicado a leer cosas sobre Egipto en los últimos días y las había ampliado con explicaciones de Alice.

—Pero ¿cuál es el problema? Lampson quiere que el partido Wafd vuelva al poder; ese partido es popular, nacionalista, el partido mayoritario…

—Bueno, el Wafd no será tan popular si recupera el poder gracias a las bayonetas inglesas —replicó Marker, sacándose el encendedor del bolsillo.

—No lo entiendo —dijo Ross. En respuesta a preguntas embarazosas, había decidido que lo mejor era alegar que, habiendo sido policía en Escocia, su trabajo le mantenía al margen de la política; pero, como le había dicho Alice, en Egipto, la política se entremezclaba a todas las actividades del departamento y no había forma de evitarlo. Según ella, Marker conocía muy bien los entresijos de la política y siempre estaba al día de la evolución de los acontecimientos; le había comentado que hasta el general, que

se codeaba con todos los especialistas del cuartel general, a veces valoraba las interpretaciones que Marker hacía de los acontecimientos. Marker encendió raudo el cigarrillo con una sola mano.

—La política oficial inglesa en Egipto ha consistido siempre en hacer de cuña entre el rey y cualquier movimiento político importante. Ésta es la teoría del dominio británico.

—¿Y qué hará ahora el rey?

—Lampson es un cabrón loco y vengativo. El dar órdenes a un rey le ha trastornado. Como ha destronado a Faruk ahora se dedicará a jugar a emperador. Creo que debemos esperarnos lo peor.

—¿Disturbios?

—Espero que alguien esté atento a lo que hace el ejército egipcio, que tiene armas pesadas.

—¡Dios! ¿Se llegaría a eso?

—¿Por qué no? Independientemente de lo que los militares piensen en privado del rey, el ejército considerará como un atentado a su honor que le hayamos dado la patada. Ya sabe cómo son esos exaltados: Viva Rommel, y toda esa porquería.

—Y el rey ha concedido una buena subida de sueldo al ejército. Muy listo.

Marker le dirigió una mirada de admiración. El comandante estaba enterado.

—El rey Faruk no es tonto —replicó—. Ese gordo es más artero que un vagón de monos. Ésa es la negligencia constante de Lampson.

Iban a desembocar en Midan Abdin, la gran plaza ante el palacio real. Había militares y policías hablando en grupos, pero, aparte de tres carros blindados ingleses, aparcados discretamente lejos del edificio y con las luces apagadas, todo parecía tranquilo. Lo único fuera de lo habitual era que en el palacio estaban encendidas todas las luces. Por una ventana se veía a unos criados trasladando muebles.

La policía debía de haber cerrado los accesos a la plaza, pero aun así había un par de vendedores de baratijas. Aquellos árabes se metían por todas partes, incluso en el cuartel general vigilado por policía militar en las puertas. Era una ingrata tarea para el oficial de

seguridad.

Los tres buscaron con la mirada al general, pero no se le veía. Se llegaron con el Austin a la esquina de Sharia el Bustan en donde había dos transportes color caqui, con las iniciales de las tropas inglesas en Egipto y un camión Bedford con soldados de infantería, sentados en su interior oscuro y extrañamente callados. El camión estaba aparcado sobre la curva de los raíles del tranvía.

En la plaza, junto a las altas barandas, media docena de oficiales ingleses hablaban por parejas. Todos llevaban revólver. En la puerta de palacio, junto a los centinelas militares egipcios, había algunos agentes de policía con uniforme de lana negra de invierno.

—Mire —dijo Marker—, ese teniente larguirucho se llama Spaulding y es ayudante del general en el cuartel general. Me han contado que era catedrático de universidad o algo así, y que es muy listo. Hay que tener cuidado con él, porque es un arribista servil y para el general cuanto sale de su boca es como oro en paño.

El que describía Marker estaba junto a un coche oficial con las insignias del general. Se acercaron con el coche hasta él.

Ross se apeó y dijo con la mayor naturalidad posible:

—Qué magnífico atardecer. ¿Qué es lo que ocurre, señor Spaulding?

El teniente llevaba casco y pistola enfundada a la cintura, y toda su persona irradiaba un aire de buena predisposición. Había personas que se integraban como si tal cosa en la vida militar, pensó Ross. Quizás no fuese muy distinta al ambiente monástico de la universidad.

El teniente Spaulding saludó con toda la energía y pulcritud de un sargento de guardia y contestó:

—Sí, señor, una tarde verdaderamente memorable, señor. ¿Está al corriente de la situación en palacio, señor?

Sin duda se refería a si el comandante conocía como él y el resto del cuartel general lo que estaba sucediendo en palacio.

—No, maldita sea —replicó Ross; hablaba como siempre lo había hecho cuando era cabo, con la diferencia de que ahora todos le tomaban en serio.

Quizás el teniente sintiera de pronto el efecto de la hermosura de la noche —aquel vientecillo frío y suave, el cielo violáceo punteado de infinitas estrellas— pues sonrió y, con voz más normal,

añadió:

—El embajador Lampson ha dado al rey un ultimátum que ha expirado a las dieciocho. Y, ahora, Faruk está reunido con un rebaño de políticos, decidido a abdicar; pero nadie sabe quién va a asumir el poder.

—¿Qué clase de ultimátum? —inquirió Ross mirando a Spaulding; el uniforme del teniente era impecable, de buena calidad y perfectamente hecho a la medida, pero, pese a sus evidentes esfuerzos, aquel hombre nunca tendría aspecto de militar.

—Se le ha dicho que ofrezca al Wafd la formación de gobierno. Londres está más que harto del actual.

—¿Y si el rey se niega?

Spaulding esbozó una sonrisa seca y pedante.

—Es lo que le estoy diciendo: se ha negado. Y el ultimátum ha expirado a las seis.

—¿Y ahora, qué?

—Lampson ha solicitado audiencia y tiene que venir de un momento a otro. Por lo que tengo entendido, ha de venir acompañado del general Stone u otro de nuestras tropas en Egipto para obligarle a firmar la abdicación.

—¿Y luego, qué?

—El ejército le dará inmediata escolta hasta el aeropuerto. La RAF ha dispuesto un avión que está a la espera. No sé adónde volará. Quizás a algún punto de Sudán.

—Vaya lío —dijo Ross—. ¿Es personal nuestro? —inquirió, señalando con la cabeza hacia el Bedford cargado de tropas.

—No. Los únicos del departamento somos nosotros. El general ha dicho que debemos mantenernos al margen para no hacemos ver. Me hice con una patrulla de policías militares en el cuartel para hacer el trabajo sucio. Motoristas con lo necesario, y no habrá problema. Los tengo ocultos en Sharia el Bustan hasta que llegue el momento —dijo, quitándose el casco y enjugándose la frente con un pañuelo. Había pensado en no ponerse el casco, pero, como ahora no tenía donde dejarlo, no le quedaba más remedio que aguantarlo puesto.

—Estupendo —dijo Ross sin entusiasmo—. Me parece que va a ser una larga noche.

—Y que lo diga, comandante Cutler —terció una voz suave y pastosa. Era el general del departamento de inteligencia del cuartel general, que venía de inspeccionar el destacamento de policía militar que Spaulding tenía oculto en una calle próxima. Era la persona de quien había oído hablar: un hombre de aspecto paternalista, grandote como un oso, y a quien sus años de servicio en el trópico parecían haber estropeado físicamente. Pese a la buena noche que hacía, llevaba la guerrera bien abrochada sobre un pañuelo de lana. Devolvió el saludo a los dos oficiales con un ademán de su bastón de mando—. Por fin nos conocemos, comandante Cutler. Bien, ya ven ustedes en qué situaciones nos ponen los puñeteros civiles. No lo olviden —añadió, mirando su reloj de pulsera.

—No, señor.

—Y ese maldito Lampson ni siquiera habla árabe. Yo no sé cómo Winston le mantiene en este puesto —dijo, mirando de nuevo el reloj—. ¿A qué hora tiene que salir Lampson? —inquirió, dirigiéndose a Spaulding.

—A las veintiuna, señor.

—Pues ya son casi —replicó el general, malhumorado—. En el cuartel general están hoy todos nerviosísimos. En la sala de mapas no dan abasto los alfileres —añadió con un esbozo de sonrisa para dar a entender que era una gracia—. Si no paran pronto a Rommel, no tardaremos en verle en la terraza del hotel Shepheard's acabando nuestras cervezas.

Casi todo el mundo en El Cairo comentaba la misma broma, y Ross no sabía con certeza si reaccionar a lo que decía el general secundándole en una postura a ultranza contra todos y decir que ni mucho menos. Y optó por asentir con la cabeza con un carraspeo.

—Parece que van a echar a Ritchie —dijo el general, como para presumir ante sus subordinados de las conversaciones de alto nivel en que participaba.

—¿Podremos contenerlos? —inquirió Ross.

—¿En Gazala? Espero. Aunque, desde luego, a Ritchie hay que echarle, porque todos hemos perdido la confianza en él.

Ross miró a Spaulding, pero éste se le había anticipado y le miraba a él inquisitivo como esperando que contestase.

—¿Va a mejorar la moral la destitución del comandante del ejército?

El general le miró sonriente. Aquel nuevo comandante era listo; sí había civiles que no eran tontos.

—Eso es exactamente lo que pensará el viejo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ahí los tenemos. Al menos el puñetero llega a la hora.

En la plaza desembocaba el coche de Lampson seguido de otro con personal de la embajada, y tras ellos cuatro blindados y tres camiones cargados de tropa de infantería en uniforme de combate y armados.

Las puertas de palacio estaban cerradas a cal y canto y el cortejo se detuvo ante ellas. Los centinelas egipcios se hallaban bien alejados de la verja. Un oficial inglés se acercó a la puerta, la sacudió con fuerza y vio que no se abría; volvió al coche a que le dieran órdenes, y así debió de ser porque volvió a acercarse a la verja, sacó el revólver Webley y disparó contra la cerradura; con un chirriar metálico la abrió de par en par y el primero que la franqueó fue un blindado, pero el conductor efectuó un giro muy cerrado y el vehículo arrancó con un crujido un trozo de metal de la entrada.

Le siguió el coche de Lampson, que se detuvo para que se apearan sus ocupantes. Dejaron atrás al blindado y, encabezados por Lampson, se dirigieron a la puerta principal del palacio, que se abrió para darles paso. Los blindados y los camiones permanecieron junto a la verja sin que nadie se apease.

El general contempló la escena en silencio hasta que Lampson hubo desaparecido tras la puerta.

—Esta noche se hace historia, caballeros —y tras una larga pausa para que su solemne afirmación causara efecto, se alejó para hablar con uno de los que tripulaban los blindados.

—Lo más curioso es que está en El Cairo sir Walter Monckton —dijo el teniente Spaulding—, el que redactó la abdicación del duque de Windsor[11], y ahora le encargan redactar la abdicación de Faruk.

—¿Y por qué está aquí? —inquirió Ross.

—Pura coincidencia. Ocupa una poltrona en uno de esos despachos en que realmente se hace la guerra. Creo que su cargo es director general de Propaganda y Servicios Informativos.

—Me parece notar un tono de cinismo en sus palabras, señor Spaulding.

—En absoluto, señor. Hasta los más humildes tienen su cometido.

Ross sonrió; siendo comandante se oían cosas más chistosas, además de tener mejor comida y alojamiento.

Regresó el general con buenas noticias.

—Parece que Lampson lo ha conseguido. No hay abdicación. El rey accede a que el Wafd vuelva al poder. Así que podremos marcharnos a dormir. Menos la policía militar, por supuesto. Que las tropas queden acuarteladas y se supriman todos los pases y permisos. Doblen las patrullas en las calles y que hagan la ronda habitual de los burdeles. Con un poco de suerte, tendremos la noche en paz. Mañana, ya veremos.

Alargó el bastón de mando para dar un golpecito a Ross en el hombro y lo agitó en el aire, indicándole que le siguiera. Marker había dicho que era un hombre muy dado a hacer señales; corría el rumor de que había iniciado su carrera militar como subalterno de una patrulla de señales en la época de los reflectores.

—Quiero decirle algo a solas, comandante Cutler.

—Diga, señor.

—Sé que tiene usted su propio método. En plan agente secreto… con barba falsa y escalando minaretes.

—Sólo cuando es estrictamente necesario —replicó Ross.

—¡Ya! Igual que ese Lawrence de Arabia hizo en la guerra anterior. ¡Magnífico! Me han dicho que le han enterrado en la abadía de Westminster, en San Pablo o en no sé dónde. Pero hay una o dos cosas de su trabajo actual que me gustaría tuviese muy en cuenta.

—Usted dirá, señor.

—Londres. A veces, últimamente, hasta el propio Winston le da algún que otro quebradero de cabeza al viejo. Winston está bastante harto de verse obligado a hacer tantos discursos derrotistas que tan bien se le dan a él. Tiene ganas de encontrar un tema un poco más animoso: unas cuantas victorias por tierra y por mar. Algo más adecuado a su prosa sobreexcitada —dijo el general, echándose a reír para dar a entender que su crítica del primer ministro se limitaba a los esfuerzos literarios del gran hombre.

Ross no dijo nada, tratando de imaginarse qué iría a decirle, pues el general no había dejado de sorprenderle constantemente.

—Bien, Cutler, muchacho, lo cierto es que tengo mucha prisa en esto. Usted podrá hacer milagros, pero —bajó la voz para dar énfasis a la confidencia— en Londres tienen una oreja mágica y saben con exactitud los mensajes cifrados que recibe de Berlín nuestro amigo Rommel. ¡Palabra por palabra!

El general hizo una larga pausa para que Ross le mirase a la expectativa de lo que siguiera, y continuó hablando una vez que estuvo seguro de que le prestaba la máxima atención.

—Lamento no haber podido verle antes, pero sé que habrá examinado los archivos confidenciales de su antecesor y habrá visto que a Rommel le llegan cuantas disposiciones adopta el viejo antes de que las firme. Los escuadrones de tanques, los batallones de infantería, el más mínimo detalle hasta de las letrinas móviles —volvió a hacer una pausa, asintiendo con la cabeza.

Ross no hizo comentarios; Marker le había aconsejado que no interrumpiese los discursos del general, al que le gustaba repetir las cosas dos y tres veces. Era la costumbre del ejército.

—Sí —añadió el general—, a Rommel le comunican todos los detalles de nuestra cadena de mando y organización. Y el que se lo comunica está bien informado; y debe de llegarle de El Cairo, porque hay cosas que a Londres no le constan. Si no arreglamos esto pronto, me voy a ver en aprietos. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

Lo que decía el general correspondía exactamente al resumen que había leído en los archivos y exactamente lo que Marker le había anticipado que le diría.

—Alguien importante del ejército indígena, ¿no?

—Perdone, señor.

—Del ejército egipcio. Por ahí le llega la información. Yo creo que es evidente.

—No estoy aún seguro de ello, señor.

—Usted es el detective, Cutler. Yo soy un simple militar. Pero no se le escapará que debe de ser alguien que tiene acceso a la documentación del ejército inglés. No es uno de los nuestros. En el cuartel general hemos cribado a todos los que tienen acceso a esta clase de información y no hemos sacado nada en claro. Tiene que

ser alguien de fuera. Hay demasiada información para que la recoja un solo espía; debe de ser una red. ¿Y quién si no esos militares egipcios? Sabemos que desean la victoria de Rommel; no es la primera vez que se lo oímos decir.

—Seguiré investigando, señor.

—Tengo entendido que tiene echado el ojo a uno de esos partidarios exaltados del ejército egipcio.

Se refería sin duda a Sayed. Ross pensó qué más le habrían contado de sus iniciativas.

—Sí, señor. Pero si nos precipitamos se nos escapará y estaremos como al principio.

El general sacudió el aire con su bastón.

—No es necesario que tenga hasta el más mínimo indicio de prueba, comandante. No se verá ante el tribunal, interrogado por un severo fiscal. Si tiene ya identificado a ese maricón, pues lo elimina y se acabó.

—Lo sé, señor.

—Aquí hacemos así las cosas.

—Sí, señor.

El general no quería dejar las cosas así; tenía la impresión de que su subordinado no había entendido cómo se hacían allí las cosas.

—El rey Faruk ha optado por lo que más le conviene. Mañana dimitirá todo el gobierno y se hará cargo el Wafd, y los nuevos perseguirán a los de antes con una crueldad inimaginable. Muchos se verán en la trena y algunos acabarán de comida para los peces en el canal de agua potable. A finales de la semana que viene, los sobornos se ingresarán en nuevas cuentas corrientes y Egipto tendrá un gobierno estable mientras nosotros proseguimos la guerra —dijo, dando otro bastonazo al aire—. De todos modos, estos cambios repentinos pueden servirle para acabar con los que buscamos. Si tenemos que pagar un buen soborno a alguien para hacer lo necesario, no se ande con reparos.

—Sí, señor.

—¿Me comprende?

Ross se imaginaba que el general le instaba a pagar testigos falsos pero no estaba seguro.

—La corrupción es una de las cosas que más entorpece mi

trabajo aquí.

—Tonterías, Cutler. No debe enfocarlo así. Es un error considerar la corrupción egipcia con ojos de inglés, del mismo modo que lo es ver la embriaguez inglesa con ojos de musulmán egipcio.

—Lo tendré en cuenta, señor —dijo Ross, optando por no decirle que era escocés y no inglés. Esas puntualizaciones, por muy correctamente que se hiciesen, siempre molestaban a los ingleses.

—No cree que sean los egipcios, ¿verdad? —añadió el general con un resoplido, dándole un leve empellón para que caminase.

—No descarto nada, señor.

—Tiene que ser una red; no diga que no.

Ross se había pasado horas revisando todos los expedientes.

—Pero no por eso nos ceñiríamos al ejército egipcio, señor. Hay muchas redes de espionaje en El Cairo: italianos, franceses de Vichy, griegos y judíos palestinos cuentan con comunidades propias muy unidas, tanto aquí como en Alejandría. Las hay grandes y las hay pequeñas, oficiales y oficiosas. Todos ellos recogen información y la coordinan. Puede decirse que todos ellos poseen una red.

El general estaba convencido de que la tesis sobre el ejército egipcio era irrebatible, pero estos posibles sospechosos le hacían dudar. Parpadeó, cual si se hubiese recuperado súbitamente de un desmayo y dijo:

—¿Y está investigando a todos esos sujetos?

—Así es, señor.

—Pues ánimo, Cutler. Sepa que en mí puede contar con un jefe de lo más comprensivo y poco convencional.

—Por supuesto, señor —se apresuró a decir Ross. Así era, pues, como el jefe pensaba de sí mismo.

—¡Ah, fíjese! Lampson y sus alegres compadres ya salen de palacio. ¡Qué cosa, tratarse con reyes y conservar esa actitud tan normal!

12

El cuartel de Bab-el-Hadid era una curiosa edificación de tres plantas, con aspecto de castillo de cruzados con almenas y una torrecilla cuadrada. Situado enfrente del parque y de la explanada de la estación central de El Cairo, era un hito que no pasaba inadvertido para los centenares de viajeros que llegaban y partían a diario. Pese a ello, pocas personas, salvo quienes pertenecían al departamento de Investigaciones Especiales del ejército, al mando de Seguridad Militar, policía militar —presos aparte—, entraban en aquel singular edificio de Sharia Malika Nazli.

La oficina en la que ahora mandaba Jimmy Ross era una dependencia de techos altos con ventilador eléctrico y dos hermosas ventanas. Una de ellas daba a la plaza de la estación y desde la otra se veían los tejados del Bulaq, un barrio mísero en el que pocos europeos se aventuraban. Al pie de las mismas había un campo de instrucción con sacos terreros delante de la garita de guardia, y, a nivel del suelo, una hilera de calabozos con puertas recién reforzadas, dado que el año anterior, en junio, cinco presos australianos las habían desmontado ingeniosamente quitando los tomillos, fugándose en un camión de la basura. En aquel momento, no se veía en el patio más que un coche Humber de gruesas ruedas y dos furgonetas Austin Tilly con techo de lona. Una de ellas estaba asignada al servicio del comandante Cutler, lujo que complacía lo indecible a Jimmy Ross.

No cesaba de repetirse que tenía que huir, pero lo estaba pasando tan bien que no se decidía a hacerlo. Era una delicia cada minuto que pasaba con Alice; le había hecho descubrir sobre sí mismo cosas inimaginables. ¿Sería un síntoma de que se estaba enamorando? Pero no era sólo su encaprichamiento con Alice Stanhope lo que le hacía volver allí todos los días en lugar de escapar. Al principio había tratado de convencerse de que no era

por eso; quizás fuese por su profesión de actor, o por el pueril placer que le producía engañar a todos. O por el placer que encontraba en ser jefe después de toda una vida siendo un don nadie. Fuese cual fuese el motivo, continuaba con aquel fraude, perfeccionando cada vez más su papel. Únicamente un actor podía comprender el reto que representaba. El éxito no estribaba en aparentar la auténtica personalidad de Albert Cutler, sino en crear el personaje que todos esperaban fuese el escocés.

Se arrellanó en la poltrona y frunció un poco el ceño mientras el capitán Marker le presentaba el informe diario. Era una suerte que su inmediato superior, el general, tuviese el despacho en el monolítico edificio «Muddle East»[12] del Cuartel General en Garden City, al otro extremo de la ciudad. Así él podía llevar las cosas a su manera. Le hacía gracia pensar qué sucedería si, haciendo lo imposible, descubría al espía de Rommel. A veces, ganado por la personalidad que usurpaba, tenía la impresión de que iba a lograrlo.

—¿Y qué conclusiones saca usted, capitán Marker? —inquirió cuando el capitán hubo acabado su exposición.

La tarea de Marker era leer la prensa y recoger la información de fuentes tan diversas como la embajada y el más ínfimo de los confidentes árabes. Marker había tenido una mañana muy ocupada. Desde que el ejército había enviado los blindados a palacio para intimidar al rey, el ambiente en El Cairo había sido tenso y por toda la ciudad circulaban rumores e historias. Los delatores de la policía gubernamental no cesaban de comunicar interminables versiones de un complot para expulsar a las tropas inglesas de ocupación.

Marker añadió algunos detalles suplementarios.

—Ha habido manifestaciones, deslavazadas y espontáneas. La mezquita de Amr ha aparecido con pintadas y pancartas antinglesas. Aún hay por ahí grupos multitudinarios dando que hacer. Todas las unidades del ejército están alerta y hemos recomendado a los europeos que se abstengan de salir a la calle si no es por algo imperativo.

—Spaulding ha telefoneado diciendo que han cerrado el Automobile Club —añadió Ross—. Supongo que habría ido a almorzar.

—Y han detenido a su presidente, el príncipe Omar Faruk. El

nuevo gobierno afirma que el club se había convertido en guarida de grupos políticos peligrosos.

—Spaulding dice que al rey le gustaba.

—Sí, se pondrá furioso cuando sepa que lo han cerrado —dijo Marker, sonándose.

—Se ha resfriado.

—Es el polvo.

—Si la mayoría de los disturbios callejeros son en apoyo de Faruk, no es tan grave —dijo Jimmy Ross, tratando de dárselas de entendido.

—El apoyo al rey es muchas veces una excusa para decir que se vayan los ingleses —añadió Marker.

—Supongo que es preferible dejar que se desahoguen y ver lo que hacen, pero ¿no podríamos impedir que el nuevo gobierno detenga a políticos y sindicalistas? Eso sí que puede desencadenar graves disturbios —replicó Ross—. ¿A quiénes están dando los cargos?

—A parientes y amigos. A hermanos, hijos, amigos íntimos y gente que comparta la tarta. Quieren recaudar rápidamente dinero. El Wafd tiene que resarcirse de cinco años en la oposición.

—Bueno, supongo que eso forma parte del juego.

—Pero esa gente juega fuerte —añadió Marker—. Ya se han producido muchos accidentes mortales.

—¿Y qué decían hoy en la embajada? —inquirió Ross.

—Lo de siempre: «El partido Wafd ha sido el aliado inglés de más confianza desde 1936…».

—¿Y les dejamos hacer lo que quieran? —inquirió Ross.

—Están en su país.

—No lo diga con tanta displicencia, capitán Marker. ¿Por qué, si no, esa alerta prioritaria a causa de ese cabrón de
Abdel-Hamid
Sharif?

—Los del Wafd quieren echar al jefe de estado mayor del ejército para politizar a la tropa. Eso sí que podría ser para nosotros un quebradero de cabeza. Lampson y los de la embajada no saben cómo enfrentarse a ello.

—Hummm —dijo Ross, recordando un informe que acababa de leer—. Y me imagino que el Wafd tratará de hacer igual con los

nombramientos de
al-Azhar.
Tratarán de politizarlo todo, pero los estudiantes se opondrán. —Marker enarcó las cejas y Ross se dijo que no lo estaba haciendo mal—. Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué hay de
Abdel-Hamid
Sharif?

—Quiere oponerse a nuestros planes. Está moviendo una reivindicación política para denunciar la injerencia fascista de los ingleses en la democracia egipcia y amenaza con enviar copia del alegato a todas la embajadas neutrales de El Cairo.

—Es una maniobra inteligente. Mejor será que averigüe más cosas, porque es muy posible que el general me pregunte al respecto.

—Gracias, comandante.

—Lo siento, Lionel, pero alguien tiene que hacerlo, y a mí el general no hace más que acosarme con ese asunto del espía de Rommel. Apúntese eso de
Abdel-Hamid
Sharif en su lista y téngame al corriente. ¿Qué cree usted que va a suceder ahora?

—Todo lo que Lampson dice que quiere evitar —contestó Marker con un suspiro—. El partido Wafd perderá el apoyo de los *effendiyya*, los estudiantes y los oficiales jóvenes del ejército. Y la burguesía se hará aún más anti Wafd. Por el contrario, Faruk comienza a tener una popularidad como jamás habría soñado.

—¿Algo más?

—Me temo que se ha perdido la Noche de Burns [13] —contestó Marker, tendiéndole una hoja—. Los hombres de origen escocés —se apresuró a añadir al ver su perplejidad—. Pidió usted una lista de los nacidos al norte de la frontera.

—Ah, sí —dijo Ross, que, temiendo tropezarse con algún viejo colega de Cutler, había ordenado que le hicieran una lista extraída de los archivos del departamento. Así que Marker lo sabía; era difícil ocultarle algo. Miró los nombres con temor; pero no había más que dos de Glasgow y ninguno había pertenecido a la policía—. Lástima —añadió, apartando la lista con decepción—. No importa; volveremos a intentarlo cuando se acerque el día de San Andrés.

Bien, no le entretengo, señor Marker; sé que estará deseando localizar a ese
Abdel-Hamid
Sharif.

Acompañó la última frase con una sonrisita. Le caía bien aquel Marker.

—Exacto —dijo el capitán.

La simpatía era mutua. Marker no había disfrutado de una estrecha relación con su jefe anterior. Le caía bien aquel nuevo comandante y sus métodos heterodoxos. Aún no había salido de su asombro cuando le habían contado que Cutler había zurrado al árabe del burdel; era sorprendente viniendo de él. De todos modos, por su experiencia en la abogacía en Inglaterra, Marker sabía muy bien que no había que fiarse de las apariencias. Tenía la impresión de que el comandante Albert Cutler era un individuo complejo. Le observaba y notaba en él cierta indecisión… reticencia… casi recelo. Pero ¿qué podía preocuparle a un tipo duro como él?

—Hasta luego, comandante —dijo, recogiendo sus notas—. Por cierto, durante estos días iré armado.

Ross le sonrió.

En cuanto se hubo marchado el capitán, el sargento ayudante le trajo una taza de té y le dijo:

—Señor, el general le telefoneará a las once y media.

El sargento Ponsonby era un cuarentón de Yorkshire, delgado e inescrutable, que exhibía en sus brazos, descubiertos por la camisa de manga corta, tatuajes hasta la muñeca.

—¿Cuánto tiempo lleva en Oriente Medio, sargento Ponsonby?

—Desde abril de 1936, señor.

—¡Cielos! ¿Y no ha vuelto a Inglaterra?

—No, señor. No tengo familia ni nadie a quien visitar.

—¿En qué regimiento?

—Ah, en infantería todos acaban por ir de permiso, pero a mí me tocó Ingenieros y en zapadores no dejan a ir a casa como en los otros batallones.

—Sargento, ¿sabe qué es lo que quiere el general?

—No, señor. Es urgente e importante, dijeron de su despacho, porque, a continuación, el general va a estar dos o tres días fuera.

Dos o tres días solía significar que el general se iba a cazar

patos. La embajada y el alto mando organizaban semanalmente cacerías de patos. En cierta ocasión uno de Seguridad Militar había metido la nariz en la valija diplomática de Londres y había descubierto diez mil cartuchos.

—Esta puñetera guerra es muy rara, sargento.

El sargento Ponsonby le miró y asintió con la cabeza. El hombre había tenido su parte en los combates y se había ganado los galones limpiando campos de minas bajo el fuego enemigo; había combatido contra los italianos en Etiopía y contra los alemanes en Grecia, y el
SIB
le había incorporado a su plantilla porque conocía bastante árabe, aparte de hindi y otras lenguas de la India.

—Hay que tomárselo con filosofía, señor —dijo el sargento—. En El Cairo siempre se está bien.

—Sí. Gracias, sargento. ¿Ha leído esto? —añadió, dando unos golpecitos con los dedos en un informe sobre la muerte de un sargento mayor de treinta y tres años del cuerpo de Armamento y Material.

—Sí, señor.

Ross trataba al sargento con una cautela distinta a la que empleaba en el trato con los demás. Ponsonby tenía la astucia e instinto del viejo soldado y si daba un paso en falso, sería Ponsonby el primero en notarlo.

—Una delicia, ¿no? El burdel más miserable de El Birkeh y está a pocos pasos del hotel
Shepheard's.

El sargento se le quedó mirando. En la oficina no se hablaba de otra cosa que de la notable acción enérgica del comandante interrogando al encargado del burdel.

—Muerto a puñaladas —dijo Ponsonby, que estaba deseando ver el expediente cerrado y archivado—. Pobre hombre.

—Sargento, usted y yo tenemos que conformarnos con una libreta de pagos, y ese sargento mayor tenía dos, además de muchos documentos militares de importancia —dijo, abriendo el expediente para refrescar su memoria. Era sargento mayor, jefe administrativo, encargado de la salida de lo que se denominaba «depósitos de guerra» en el almacén de maestranza y los talleres del cuerpo de

Armamento y Material en Abbasiya. Un almacén que últimamente había sufrido muchos robos, y no sólo de botas y neumáticos, sino de ametralladoras, equipo de transmisión y explosivos, la clase de material de que era responsable el muerto—. ¿Y las libretas de pago que había dejado en el cajón, sargento?

—No están, señor.

—Ya lo sé. Es evidente. ¿Dónde están?

Ross había pensado quedarse con las libretas de pago en blanco, pues le podrían servir cuando cambiase de identidad Recordaba una novela de
E.
Phillips Oppenheim en la que el espía cambiaba tres veces seguidas de identidad; los que le perseguían habían descubierto los dos primeros cambios, pero se había escabullido gracias al tercer cambio. Era un buen sistema.

—Con las pruebas para la investigación, señor, dijo que se les enviase todo.

—Ah, ya.

Aquellas libretas de pago del ejército en blanco valdrían seguramente una fortuna en el mercado negro. Sospechaba que Ponsonby se las había quedado, pero sería peligroso manifestarlo. Lo más desconcertante era que las había dejado en una carpeta bajo un montón de papeles en aquel cajón; lo que quería decir que el sargento lo había registrado todo concienzudamente y no temía que él se enterase. De pronto, Jimmy Ross comenzó a albergar dudas respecto a los ordenanzas militares —y los limpiadores árabes— que entraban en su cuarto en la ciudadela. ¿Le habrían registrado el equipaje? ¿Qué sabrían de él?

Miró al sargento. ¿Así que Ponsonby se lo tomaba con filosofía? Había muchos veteranos como él, que se tomaban las cosas con tranquilidad y no veían mal las comodidades de que disfrutaban los suboficiales, mientras que los que estaban en el frente arriesgaban su vida llenos de incomodidades. Quizás fuese la manera de hacer frente a todos los problemas en la vida: tomarse las cosas tal como eran. Miró al reloj de pared. El general llamaría a las once y media. Todos los jefazos hacían lo mismo: avisar la hora para que uno no se ausentase. Detestaba esa dependencia de otra persona.

—Señor, ¿ha leído las contestaciones a sus preguntas

suplementarias y mi informe? —inquirió Ponsonby, inclinándose y tocando las hojas mecanografiadas enviadas por el forense militar que había practicado la autopsia.

—Sí, lo he visto —contestó Ross—. Restos de cordero en la boca, pero nada en el estómago. Y lo que es más importante: ningún resto de semen en el cuerpo, la ropa interior ni en el uniforme. ¿A qué fue al burdel?

—Nunca se sabe por qué un hombre va a una casa de putas —replicó Ponsonby.

Ross le miró. Así que el sargento estaba en plan filosófico aquel día.

—¿No sería un burdel un lugar muy conveniente para verse en secreto con alguien? —inquirió Ross, como un maestro que intenta que un niño responda a algo—. En un sitio así se pasa bastante desapercibido.

Ponsonby ya había admitido que Ross tenía razón en aquel punto, pero si el jefe quería confirmación, no se la iba a negar.

—Y la policía militar, que está compuesta en su mayor parte por soldados de primera, no suele entrometerse con un sargento mayor que sabe por dónde se anda —dijo Ponsonby, pensativo—. Yo conozco bastante el lugar en que fue encontrado el cadáver —añadió, de pronto, como sí hubiese decidido revelar un secreto.

—Continúe —dijo Ross, alzando la vista.

Ponsonby había hablado de manera que su superior se percatase de que había estado en El Birkeh solamente en acto de servicio, pero ahora volvía a utilizar su sintaxis habitual.

—Es un tugurio árabe, y muy pocos soldados se aventuraran en una cueva llena de piojos como ésa, a menos que… —añadió, vacilante— tengan una cita.

—Escuche, sargento. Sé perfectamente dónde se encontró el cadáver. Lo examiné antes de que se lo llevaran. ¿Dónde cree que me hice con las libretas de pago? Y tenemos un testigo que ha informado que los dos que lo llevaron allí eran clientes habituales de lady Fitz. Así que déjese de sandeces, ¿quiere?

Parecía que todo el puñetero ejército sentía debilidad por el burdel de lady Fitz; se había convertido en una especie de leyenda entre los militares, como *Lili Marlene* y Rommel. Hasta los que en su vida habrían pensado en ir a un burdel hablaban de ella en tono

encomiástico.

—Pero no tenemos un testigo que los viera en la noche que creemos se cometió el crimen.

—Sí, es cierto, sargento. —No necesitaba que se lo recordase—. Ayer fui a ver a lady Fitz, tal como se hace llamar ahora. Y no se molestó gran cosa en convencerme de que no lo mataron allí. Se limitó a escucharme sentada con una ginebra con tónica en la mano, mirándome de hito en hito, contestándome que no sabe lo que sus clientes hacen en las habitaciones de arriba. Y añadió que en los mejores hoteles de París y Londres se han cometido asesinatos —dijo Ross, enfurecido, recordando su altanera actitud.

—¿Y es cierto? —inquirió Ponsonby.

—Claro que es cierto. ¡Qué vejestorio! Me dieron ganas de meterla una semana en un calabozo para árabes y cerrar definitivamente la casa de putas, pero el señor Marker me ha dicho que tiene muy buenas relaciones en las altas esferas.

—Sí, señor, ya lo creo —dijo Ponsonby con un énfasis calculado para disuadir a su superior de pasar a los hechos.

—¿Ha sacado algo más del número veintitrés? —inquirió Ross, pasando página tras página del informe del sargento, horriblemente mecanografiado. A los delatores de El Cairo se les daba un número; había comenzado a hacerlo como un modo de superar las dificultades de los nombres árabes y, conforme la ciudad se había vuelto más peligrosa, era un método que se había institucionalizado para proteger a los confidentes; el número veintitrés era un informador habitual, pues se trataba de una prostituta a la que no tenían que citar a escondidas, ya que la mujer acudía al cuartel de la policía igual que otra cualquiera. Era una muchacha turca que se hacía pasar perfectamente por francesa, excepto con clientes franceses.

Ponsonby asintió con la cabeza.

—El número veintitrés dice que lady Fitz decidió de pronto pintar una habitación que no necesitaba pintura. Seguramente estaría manchada de sangre, como usted intuyó. El número veintitrés dice que el sargento mayor iba siempre a esa habitación con otro militar. Está todo por escrito —añadió el sargento, señalando ufano su lamentable mecanografía.

—Lo sé. Lo he leído. Dice que estuvo allí con un alemán —

añadió Ross, haciendo una pausa—. Usted cita a un sudafricano. ¿Lo ha aclarado con ella?

—Las insignias eran sudafricanas. Ella describió el uniforme.

—Las insignias me importan un bledo —replicó Ross, enfurecido—. ¿Por qué dice el número veintitrés que era alemán?

—Porque a veces hablaba alemán con lady Fitz —contestó Ponsonby sin inmutarse por la súbita explosión de su superior.

—¡Maldita vieja!

—¿Tiene alguna importancia que hablase alemán? ¿O dónde lo matase? No creo que vuelva por el lugar del crimen, ¿no cree?

—Quiero que me indiquen las dimensiones exactas de la puñalada —dijo Ross, cerrando el expediente—, e intente averiguar si alguien puede saber cómo era el arma. Por la forma y el tamaño no es de bayoneta ni de una navaja plegable de las que se usan en el ejército —añadió, entregando el expediente a Ponsonby para que lo archivase—. Quiero saber si es la clase de arma blanca que llevan los campesinos árabes. Tengo la impresión de que hay algo gordo detrás de esto, Ponsonby. Un asesino que habla alemán… Si examina el expediente del número veintitrés, verá que su segundo marido era alemán, y esa mujer sabe muy bien quién es alemán y quién no. Y ese tipo, sea quien sea, tiene suficiente influencia para que el banquero Mahmud le envíe hombres suyos para trasladar el cadáver. Es una trama de gente importante.

—Ordenaré que lo averigüen, señor —dijo Ponsonby, que había recogido el expediente y mantenía delante de él—. Pero mientras tanto los talleres aguardan nuestra respuesta.

—¿A qué tanta prisa? —replicó Ross.

—Quieren saber qué va a decirse en el informe del incidente. Puedo telefonearles si quiere. En su unidad quieren despachar el papeleo. Familiar más allegado, etcétera.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Quieren saber qué es lo que vamos a decir.

—Sargento, ¿acaso estoy un poco espeso esta mañana?

—En su unidad quieren decir que murió en acto de servicio. Les gustaría decir a sus familiares que era un valiente que dio su vida por la patria, que todos le estimaban… ya sabe usted lo que escriben, señor.

Así que Ponsonby era un cínico redomado.

—¿Y bien?

—Si dicen eso y luego, más tarde, informamos que fue apuñalado en una casa de putas…

—Ya; entiendo —dijo Ross con un suspiro. Jamás se acostumbraría a la manera de hacer del ejército. Menos mal que el sargento le guiaba por el sendero no muy recto pero bien angosto de los procedimientos castrenses—. Me lo pensaré.

—¿Hoy, señor?

—Puede. ¿Por qué?

—Lo tenemos abajo, en el depósito, señor. Y la cámara está dando la lata. Están intentando arreglarla, pero es muy vieja y está hecha un cascajo.

—¡Santo cielo! Den salida al cadáver y que lo incineren. Por mí, pueden decir que murió en combate.

—Muy bien, señor. Muerto en combate. Les diré que pongan eso.

—Y no se sonría, Ponsonby.

—A la orden, señor. ¿Suelto también al preso?

—¿Al encargado del burdel? Pues sí. ¿Ha estado aislado todo el tiempo ese desgraciado?

—Sí, señor.

—Dele una patada en el culo y que se vaya a su casa. Ah, Ponsonby, ¿qué hay de ese que murió en el tren?

—¿No lo ha visto, señor? Se lo he dejado en la mesa.

—¿El qué? —replicó Ross, con tal angustia que se sintió mal.

—Miento; se lo entregué al señor Marker. Lo siento de verdad, señor. Me dijeron que se lo dijese inmediatamente. Es culpa mía.

—¡Ponsonby! ¿Pero qué me dice?

El sargento creyó que la ansiedad de Ross era cólera.

—Bueno, lo recuerdo bastante bien: causas naturales. El preso murió por causas naturales, y se cierra la investigación. No sé qué hice con los papeles, pero los encontraré —y salió entre lamentaciones.

Apenas había abandonado el despacho, cuando inmediatamente reapareció.

—Una llamada por la línea exterior, señor —anunció, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Quién es?

—La señorita Stanhope, señor.

—Diga —dijo Ross, cogiendo el aparato, y tratando de hablar con naturalidad, pese a que el corazón le latía impetuosamente.

—¿Bert?

—Sí.

—Soy Alice Stanhope.

—Diga, diga.

—Sucede algo muy raro esta mañana en el Magnifico. Bueno… tenemos que hablar. ¿Podemos vernos en algún sitio?

—¿Se encuentra ahora allí? —inquirió, mirando otra vez el reloj. Faltaba poco para la hora, y el general, pese a su buena disposición, no era de los que admitiesen que pudiera haber otra cosa más importante que hacer en lugar de esperar su llamada telefónica.

—Le llamo desde la perfumería del puente del Bulaq. —No podía decir que era la tienda de un confidente que informaba periódicamente al

SIB

de lo que acontecía en el Bulaq, uno de los barrios cairotas con más maleantes—. No he ido al hospital y estoy sin coche.

—Espéreme ahí mismo y dígale a nuestro amigo que quiero dejar mi furgoneta en su garaje.

Se lo había dicho porque un coche en plena calle en el Bulaq era dejarlo a merced de los ladrones más mañosos del mundo.

La perfumería tenía una fachada estrecha. La puerta daba a un pequeño local con un gran sofá y un espejo en la pared, lleno de cagadas de moscas. Las paredes estaban cubiertas de estanterías también de espejo, en las que se alineaban botellas de las más diversas formas: esferas, cilindros, pianos, guitarras, coches, yates, nudos y flores. Los espejos multiplicaban al infinito aquella profusión, y los perfumes —líquidos de vivos colores, verde ácido, amarillo azufre y rosa carnoso— relucían en botellones rectos en una vitrina cerrada con llave.

—¿Aún no ha elegido el perfume? —dijo Jimmy Ross, entrando y acomodándose en el sofá de terciopelo verde.

Ella le sonrió la torpe gracia, pero antes de que pudiera contestar apareció el dueño con dos tazas de café en una bandeja. Era un árabe gordo con marcas de viruela en el rostro y gafas caras de montura de concha. Vestía pantalones de lino verde y una camisa de cuello alto toda abrochada. El hombre se puso a servirles

el fuerte café de una cafetera de cobre de mango largo.

—Les traeré pastelillos de miel.

—No, gracias, Vittorio.

—Los hace mi mujer, *khawagga* Bert —insistió el hombre, al tiempo que sacaba como por arte de magia una bandeja de pastelillos y la dejaba en la mesa con un elaborado ademán de sus manazas. Vittorio había adoptado muchos gestos italianos por haber vivido unos años en Bengasi. Ahora era confidente de la policía para demostrar que no era informador de los italianos enemigos—. Les dejo a solas.

—Bien —dijo Ross, levantándose y llegándose a la puerta para comprobar que estaba cerrada—. No me gusta que me llame *khawagga* Bert. Por cierto, ¿qué quiere decir?

—Bert con sombrero occidental —contestó Alice—. Es decir, un respetable extranjero.

Ross sonrió muy a su pesar.

—¿Cómo diablos sabe mi nombre de pila?

—Es una cortesía; igual que *effendi* —respondió ella, para evitarle molestias al pobre Vittorio.

—¿Se ha enterado de lo que ha sucedido?

—¿Han tomado Singapur los japoneses?

—No. Me refiero a lo de Lampson y el rey.

—Ah, eso. Todo nos sale mal, ¿verdad?

—Alice, decía que quería verme. ¿Qué sucede?

Ella notaba que no estaba de muy buen humor, y pensó si no le estaría fastidiando el general. Su madre decía que el general era imprevisible, y siempre le estaba preguntando qué clase de tareas hacía para él.

—Se trata de Sayed… —comenzó a decir Alice—. Sayed el-Shazli.
Estoy segura de que se trae algo entre manos. Esta mañana no ha ido a la universidad; salió su hermana sola y él se ha vestido de uniforme.

—¿De uniforme?

—Pantalón y camisa caqui.

—Bueno, eso no es un uniforme.

—Estoy segura de que sí, Bert. Cuando vea cómo lo viste, comprenderá que es un uniforme militar. En la trabilla de la

hombrera lleva un gorro de combate. Además, detrás del hotel, hay un camión Bedford con rótulos del ejército egipcio, que debe de estar esperándole a él.

—¿Rótulos del ejército? ¿De qué unidad?

—De transmisiones —contestó ella sin dudarlo.

Ross tamborileó con los dedos en la mesa y miró al frente, para, finalmente, decir:

—Probablemente tiene usted razón. ¿Dónde está ahora?

—En el Magnifico. Primero tiene que ir a la mezquita. Hoy estoy sin coche. ¿Puedo coger el suyo?

Si Sayed el-Shazli disponía de un camión Bedford, ella necesitaba algún vehículo para seguirle.

—De acuerdo.

—Gracias, Bert.

Alice esperaba que la felicitase y le dijese lo complacido que estaba, pero él estaba demasiado preocupado para parar mientes en semejantes cosas. Finalmente, le instó a hablar.

—Usted dijo que pertenecía a la asociación de oficiales libres y que cuando llegase el momento, los conspiradores le llamarían para que, debido a su nivel universitario, él fuese su portavoz en las negociaciones con los alemanes.

Ross la miró. Era una mujer cautivadora, y cuando estaba a su lado le costaba trabajo apartar los ojos de ella. Sí, había comentado todo aquello que Marker le había contado, pero no esperaba que ella lo recordase con tanto detalle; y se preguntó qué otras cosas habría dicho que ella pudiese sacar a colación inoportunamente en el futuro.

—Pero ¿habrá llegado ya ese momento? —inquirió, mirando el reloj, inquieto por regresar a tiempo a la oficina para recibir la llamada telefónica del general.

—Bert, el enfrentamiento de Lampson con el rey ha enfurecido a los egipcios —añadió ella—. Hasta los que deseaban verle colgado están ofendidos por cómo se le ha tratado.

—Es usted maravillosa, Alice —dijo él, alargando la mano para tocarle el brazo. Si él tuviese plena libertad… Pero no la tenía y el general estaba a punto de llamar.

—Pruebe el café, es delicioso.

—No me apetece —replicó él.

Alice notaba su inquietud y se preguntó si no habría hecho ella algo que le hubiese enojado. No cesaba de mirar el reloj, cual si estuviera harto de estar con ella.

—Tenga, la palanca de cambios de la furgoneta. No se le olvide quitarla cada vez que la deje, pues causa mala impresión que nos roben vehículos.

—Sí, Bert.

Por un instante creyó que iba a besarla, pero el impulso se desvaneció y se limitó a sonreír, diciendo:

—Y tenga cuidado. Los árabes están muy susceptibles estos días por ese asunto del rey y el avance de Rommel. Marker opina que la situación seguirá así unos días.

Privado de la furgoneta Austin, Ross regresó a pie al cuartel de Bab-el-Hadid. El centro de la ciudad lo constituía el trazado geométrico de los amplios bulevares que formaban una intersección en estrella como en París, pero inmediatamente después de aquella red uniforme, El Cairo se convertía en una maraña zigzagueante de callejas medievales, el casco urbano más antiguo del mundo.

El Bulaq era una zona de igual naturaleza y fue ese barrio el que Ross cruzó para llegar directamente al cuartel. Nada más salir de la perfumería junto al puente, tomó por bocacalles y callejones; el hedor era agobiante, pero siguió adelante. Tal vez fuese que nunca había estado en los barrios más miserables de la ciudad, que no fuera el mejor momento del día o que no estuviese de muy buen humor; lo cierto es que aquella travesía le impresionó.

Una impresión que no se borró de su espíritu durante varios días; recordaba los tullidos y mendigos, los niños enfermos y las mujeres famélicas con la piel pegada a los huesos. Por aquellas callejas no se aventuraban extranjeros, y vio niños sentados entre excrementos animales y humanos, con el cuerpo lleno de pústulas cubiertas de moscas.

Atisbo en las puertas de las miserables casas y vio rostros de ojos enormes minados por la desesperación. Hasta los gatos y perros que pasaban junto a él eran distintos a los que él conocía. Había casas sin puertas, ventanas sin vidrios y suelos de tierra. Las escaleras que conducían a las azoteas de aquellas chozas de adobe eran de piedra y barro, porque la madera de las construcciones desaparecía robada. En los montones de basura, llenos de ratas muertas, no había un

solo objeto recuperable.

Fue un alivio llegar a la calle Bulaquiya. Incluso el siniestro bloque del cuartel le resultó algo alegre después de aquellas callejas por las que acababa de pasar. Miró el reloj y vio que eran las once y veinticinco. El centinela de guardia le saludó.

Subió las escaleras, fue a su despacho, se sentó, cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. Abrió los ojos. Una taza de té, con una cucharada de leche condensada para rebajarlo y endulzarlo, apareció ante él como por arte de magia. Por lo visto, de nada servía que hubiese dicho a Ponsonby y a los demás de la oficina que no le gustaba aquella mezcla repugnante. Debían pensar que tenía que acostumbrarse.

La llamada se produjo a las once cuarenta y cinco.

—¿Comandante Cutler?

—Diga, señor.

—Bueno, no creo necesario tener que decirle lo importante que es que el personal de su departamento no corra peligro de ningún tipo.

—No, señor; claro que no —respondió, pensando en qué diablos pretendería decirle el general, que no solía andarse con rodeos.

—Sobre todo los civiles.

—Sí, señor.

—Al personal del ejército se le paga por el riesgo que corre; los militares se ganan la vida así.

—Naturalmente.

—¿Me ha comprendido, comandante Cutler?

—Pues no sé qué decirle, señor.

—Yo conozco a la madre, y es una mujer estupenda: culta, educada, elegante, encantadora y muy inteligente.

—¿Quién, señor?

—Estudió derecho y luego… ¿Cómo ha dicho? ¿Que quién? La señora Angela Stanhope. Despierte, Cutler, que es casi mediodía.

—¿La señora Angela Stanhope?

—No le extrañe que muestre cierta inquietud por su hija. Y esta semana me ha llamado por teléfono seis veces porque piensa que a su hija se le ha encomendado cierta misión secreta. Yo la he tranquilizado.

Jimmy Ross no dijo nada. ¿Es que no tenía ya bastantes

problemas para que el general le añadiera otro? Desde luego, el ejército era un asco, se dijo, abundando en una opinión ya formada.

—Le he dicho que no iba usted, ni mucho menos, a emplear a su hija en un trabajo que pudiera resultar peligroso, y quería estar seguro de que supiera usted que le he dado mi más solemne promesa.

—Sí, señor.

—Así que no olvide cuidar bien a esa joven.

—Sí, señor.

—Porque si algo le sucediera, aunque fuese un simple susto, la madre organizaría un jaleo de órdago.

—Sí, señor.

—A juzgar por como dice «sí, señor» veo que no tiene idea de la clase de jaleo que es capaz de organizar Angela Stanhope, si se lo propone. Maldita sea, Cutler, los Stanhope tratan por su nombre de pila a la mitad de los ministros y la otra mitad son parientes suyos. Y si algo le sucediese a su hija, no me sorprendería que Angela hablase directamente por teléfono con Winston, y a usted y a mí nos caería una buena.

Jimmy Ross tragó saliva. Miró el reloj y pensó si Alice Stanhope estaría bien. El general estaba muy afectado; trató de recordar alguna película u obra de teatro en que inspirarse para replicar, pero no le venía ninguna a la cabeza. Lo único que memorizaba eran escenas de discusiones con actores que reivindicaban su nombre en letra más grande en los carteles, y se dijo que lo mejor, dadas la circunstancias, era mentir tajantemente.

—Puede usted asegurarle a la señora Stanhope que a su hija únicamente se le encomiendan trabajos de secretaría en los que no se da ni se dará ninguna situación de peligro.

Sus palabras no lograron calmar así como así al general.

—Ya le horrorizó enterarse de que su hija había trabajado en el cuartel de Bab-el-Hadid, porque ella jamás había oído hablar de ese lugar hasta que su hija se lo comentó. Y el otro día vino a El Cairo para ver el edificio. Pasó de largo en el coche… horrorizada. Horrorizada, Cutler.

—Sí, señor.

—¿Y sabe por qué?

—Creo que sí, señor.

—Hay que confesar que es un lugar siniestro.

—Qué duda cabe, señor.

—Y se enteró de que en él tenemos presos a delincuentes militares. Y dijo que no quiere que su hija trabaje en una cárcel.

—Sí, señor.

—Son una familia de abolengo, Cutler —añadió el general, ya más apaciguado.

—No lo dudo, señor.

—Bien… Bien, me alegro de saber que lo tiene todo bien controlado en ese sentido. ¿Y cómo va el otro asunto?

—Tenemos un par de pistas, señor.

—Ah, muy bien. Bueno, me voy fuera un par de días. Tengo que ver a unos de la embajada y la caza del pato es la única oportunidad que tengo para hacerlos sentarse y que escuchen nuestro punto de vista.

—Buena suerte, señor.

—¿Cómo? Ah, ya. Gracias, comandante Cutler. Muy amable. Adiós.

—Adiós, señor.

Ross colgó y puso las dos manos sobre el aparato como para impedir que el general volviese a llamar. Luego, lanzó un prolongado suspiro.

—¡Ponsonby!

—Diga, comandante.

—Tráigame otra taza de ese repugnante té que hacen aquí.

—Lo había previsto, señor. Aquí tiene. Recién hecho y listo para servir.

Ponsonby tenía razón: había momentos en que una buena taza de té caliente y dulce, con gusto a leche condensada, era el único remedio para no tirarse por el balcón.

13

Alice Stanhope había aprendido a conducir en el Brough Superior de cuatro litros de su padre cuando tenía quince años y le costaba llevar la furgoneta Austin por aquella carretera del desierto. La dificultad estribaba en mantener a la vista al camión Bedford sin que Sayed ni el chófer árabe se dieran cuenta de que les seguía. Estaba casi segura de que la descubriría ahora que iban detrás de un largo convoy de camiones del ejército que avanzaba parsimoniosamente por un trecho de carretera totalmente plano.

—Cuánto me alegro de que venga conmigo, Peggy —dijo, por tercera o cuarta vez.

Había sido Peggy quien primero había comentado que Sayed estaba actuando de una forma extraña y que convenía vigilarle. Habría debido comentarle a Bert la implicación de Peggy, pero le había visto tan nervioso que no se había atrevido. De todos modos, no se arrepentía de haber contado con Peggy para el viaje. Peggy era tan inglesa como el que más.

—No la habría dejado venir sola de ninguna manera —replicó Peggy West—. Es peligroso para una mujer. Hasta para nosotras dos…

—Peggy, no se creerá todas esas tonterías de trata de blancas… Son invenciones para que las mujeres nos quedemos bien calladitas en casa.

—Ojalá tenga razón.

—La tengo.

Peggy West miró a su compañera. Alice Stanhope no era un ser sojuzgado como pretendía. Zafarse de la madre había requerido ánimo y decisión, pero desde que había abandonado el hogar había probado la libertad y disfrutaba de ella.

—¿A dónde cree que se dirigirá? —inquirió Alice.

Ninguna de las dos habían pensado que Sayed fuese a salir de El

Cairo, convencidas como estaban de que tendría que acudir a alguna reunión clandestina en la ciudad y, ahora que pasaba el tiempo y continuaba por aquella carretera del desierto, se hallaban desconcertadas.

—No conozco esta carretera —contestó Peggy, en el momento en que pasaban ante un letrero que decía: peligro: ARCENES BLANDOS:

—Tendremos que estar atentas al indicador de gasolina, no sea que el ejército no nos deje repostar. Me alegra que haya venido conmigo —volvió a decir Alice.

No quería que Peggy pensase que su desdén por el peligro significaba que no necesitaba que la acompañasen.

—Estoy segura de que Sayed trama algo —dijo Peggy, inquieta. Si Sayed iba a reunirse con sus amigos árabes, no se andarían con contemplaciones con aquellas dos inglesas que le habían seguido.

Alice no dijo nada. Dio unos golpecitos al indicador de la gasolina como instándole a que marcase el pleno; pero nada. Lanzó un suspiro.

Habían reducido la velocidad a la del convoy militar y avanzaban muy despacio.

—En esta época del año está todo precioso —dijo Peggy—. A los que no lo conocen no se les puede explicar. Mis amigos de Inglaterra están convencidos de que en Egipto no hay más que monótonas dunas de arena. ¿Cómo se les puede explicar un paisaje como éste? Fíjese en los colores de las rocas, las flores silvestres y esa misteriosa luz polvorienta.

—No se exalte, que no vamos de excursión, Peggy —replicó Alice.

Los soldados del último camión habían advertido que detrás de ellos iba un coche con mujeres y se asomaban por la trasera del vehículo, gesticulando y riendo. Alice y Peggy vestían la falda caqui y la blusa marrón del uniforme del hospital y, aunque no tenían aspecto de pertenecer al ejército, al menos no llamaban tanto la atención como unas mujeres con atuendo genuino.

—Probablemente se trata de los Oficiales Libres, ese partido revolucionario al que están afiliados algunos militares egipcios —dijo Peggy—. Pero no creo que Sayed sea capaz de hacernos daño, ¿no le parece?

—Peggy, está actuando de un modo muy sospechoso. ¿A qué viene eso de ponerse de pronto ese uniforme, montar en un camión del ejército y tomar por esta carretera?

—Estaremos eternamente detrás de este convoy —dijo Peggy—. Más tarde o más temprano nos descubrirá.

La carretera era muy estrecha; la pista, ancha para camellos y caballos, era insuficiente para el tráfico rodado en dos direcciones y los vehículos que les precedían iban muy despacio pues los conductores avanzaban con cuidado por los arcenes blandos para no quedarse hundidos. La policía militar en motocicletas recorría aquel trecho gesticulando y gritando advertencias a los conductores. Finalmente, tras varias detenciones y arranques, el convoy se detuvo completamente. Uno de los motoristas con casco se bajó de la moto y comenzó a hacer señas, ante la cuales, el camión de Sayed salió de la carretera y continuó. El

PM

volvió a hacer señas a Alice para que continuase, con el talante imperioso de los agentes de tráfico.

Alice salió de la carretera. Ahora no se interponían vehículos entre la furgoneta y el camión de Sayed, y, mientras avanzaban adelantando a la larga fila de vehículos militares, Alice dejaba la mayor distancia posible, rezando porque Sayed no las viese por el retrovisor.

—¡Maldita sea! —musitó—. Ahora, seguro que nos ve.

Pero no había indicios de que los del Bedford hubiesen advertido nada extraño. Como Alice avanzaba muy despacio, el policía militar que regulaba el tráfico se impacientó y la obligó a reintegrarse a la fila de vehículos parados para dar paso a tres camiones que llegaban en dirección contraria. Alice lanzó un suspiro: por esforzarse en no acercarse demasiado al camión de Sayed, ahora temía perderle de vista. Una vez que hubieron pasado los tres camiones, pudo continuar.

Más adelante, vieron la causa del atasco. Había otro convoy militar que venía en dirección opuesta; los hombres estaban sentados en la carretera, haciendo té en botes llenos de arena encendida con petróleo.

Fue un alivio dejar atrás el convoy y volver a entrar en la carretera. Seguramente, Sayed pensaría igual. Libres ya del atasco,

Alice no veía el camión por ninguna parte; por la carretera no avanzaba más que una fila de camellos cargados de bloques de piedra, guiados por unos niños con varas.

—¿Se habrá desviado? —inquirió Peggy.

—No creo. Esas caminos de ambos lados sólo conducen a aldeas y a pozos.

—¡Ahí van! —exclamó Peggy, oteando el Bedford a lo lejos, que aminoraba la marcha para tomar por un desvío.

—¡Y salen de la carretera! Nos verán si les seguimos. ¿Qué hago, Peggy?

Una acequia flanqueada por carrizos discurría paralela a la carretera, y al otro lado había un sendero, matorrales polvorientos y algunos árboles. Veían el Bedford dando tumbos por un estrecho desvío que discurría paralelo a otra acequia, camino de una arboleda y unas chozas de adobe. Más allá el terreno descendía suavemente hacia unos distantes montículos. Por la visibilidad que procuraba el terreno habría sido imposible seguir al Bedford sin que las vieran.

—¿Qué hago? —repitió Alice conforme se acercaban al desvío —. Voy a aparcar en la arboleda —añadió al ver que Peggy no contestaba—. Usted se queda en el coche y yo iré andando por la pista a ver adónde conduce.

—No puede ir sola.

—No diga tonterías; claro que puedo ir —replicó Alice, aminorando la marcha.

El desvío era una pista de camellos sin indicadores hecha de grava y piedras. Alice entró en ella y se dirigió hacia un grupo de palmeras enanas en donde detuvo el coche en una pequeña extensión de arena.

—La acompaño —dijo Peggy, haciendo acopio de valor. No le gustaba nada entrar en una aldea árabe, y Alice se lo notó en la voz.

—Será mejor que se quede en la furgoneta —replicó—. Bien sabe que los árabes aparecen como por encanto, y si la dejamos sola se llevarán las ruedas y todo lo que puedan.

—Bueno, creo que tiene razón. Pero tenga cuidado. ¿Lleva pistola?

—¿Pistola? —replicó Alice, riendo—. ¿Y qué hago con una pistola?

—¿Y qué hace siguiendo a Sayed en un vehículo militar inglés que no es suyo? —replicó Peggy.

Alice se la quedó mirando, preguntándose hasta qué punto sabría lo de ella, pero no era el momento de averiguarlo. Sonrió y volvió a mirar la pista por la que se había internado Sayed. Sí, había una aldea; pero no veía el Bedford.

Se apeó. En el sitio en que tenía aparcado el coche debía haber habido algún tipo de estructura militar, pues quedaban un letrero en árabe y unos bidones. El indicador militar no eran más que unos restos: un palo roto embutido en un bidón relleno con cemento.

—Si alguien le pregunta qué hace aquí, diga que tiene una avería y que estamos esperando a que venga el mecánico.

—No tarde, Alice. No me gusta quedarme aquí sola.

—Nadie va a hacerle nada, Peggy. Debajo del asiento hay una gruesa llave. Si alguien mete la nariz, le parte la cabeza.

Peggy sonrió entristecida. No había previsto que aquel viaje por el desierto derivase en semejante aventura. Hacía más de una semana que el trabajo en los quirófanos había sido constante; necesitaba un descanso, no aventuras.

—No me pasará nada —dijo.

—Claro que no.

Alice sacó de la enorme bolsa que llevaba un gorro de cuartel, se lo caló cuidadosamente y se lo sujetó con horquillas; se miró en el retrovisor y se volvió sonriente a Peggy.

—Suerte que he venido con zapato plano. No tardaré.

—Alice, vaya con cuidado.

Peggy no veía que protección podía conferir ponerse un gorro militar, pero era evidente que a Alice sí se lo parecía. Le devolvió la sonrisa y miró en derredor angustiada. De ese modo milagroso con que la gente aparecía de pronto, había un grupo de árabes en cuclillas en el lugar en que la acequia se unía a una atarjea de reparto, mirando a la furgoneta y a las dos mujeres. Sus rostros dejaban ver ese gesto inexpresivo que suelen adoptar los árabes ante los ejércitos de ocupación.

Alice cerró de golpe la portezuela sin mirarlos, se pasó la correa de la bolsa por el hombro y pasó ante ellos con paso decidido por la pista pedregosa que conducía a la aldea y por la que se había alejado el Bedford. Hacía el mayor ruido posible, pisando fuerte; en

los bordes de aquellas acequias solía haber serpientes y sus zapatos planos le garantizaban poca protección. Se detuvo un momento a recuperar aliento y vio que aún faltaba un buen trecho. Oyó ruido entre los juncos, pero se convenció mentalmente de que no sería una serpiente; quizás una rana o un sapo. Y siguió andando.

La aldehuela estaba más lejos de la carretera de lo que le había parecido, y el sol ya estaba bien alto. Miró hacia atrás, pero la furgoneta quedaba oculta por las palmeras. En la carretera no se veía movimiento; los convoyes se habían detenido como era costumbre a mediodía. Se enjugó el sudor con el pañuelo. De los campos de labranza de ambos lados le llegaba el olor a estiércol y las moscas zumbaban a su alrededor con increíble persistencia. Movía la mano para espantarlas y chocaban contra su palma. Miró en derredor y vio alguna gente aquí y allá. Estaban inclinados, cosechando algo de unas plantas enanas con hojas marrones polvorientas casi indiferenciables de la tierra arenosa en que crecían.

Prosiguió el camino decidida, ahora más despacio, y cuando llegó a las chozas de adobe iba sin aliento. Tenía la boca seca, el corazón le latía con fuerza y llevaba la blusa bañada en sudor. Entró por una estrecha calleja para llegar a la plazuela que solía ser el centro de casi todas las poblaciones de aquel tipo, y en la esquina, antes de meterse en la solana, hizo un alto para mirar a un lado y a otro. Las casas de adobe rodeaban un espacio abierto en el que unos hombres cargaban grandes sacos en un carro de bueyes, mientras otros, en cuclillas, les miraban; dos mujeres sentadas en el suelo limpiaban un montón de habichuelas. No había ni rastro del Bedford.

Comenzaba a lamentar no haber dejado que Peggy la acompañase, a pesar de lo que hubiese podido pasar con la furgoneta. La gente la había visto, pero no la miraban directamente, sino que la observaban de reojo con gesto poco acogedor. Haciendo acopio de valor, entró en la plaza. El sol pegaba fuerte y más fuerte aún era el calor que desprendía el suelo polvoriento.

—*Assalamu aleikum* —dijo, saludando a los que cargaban los sacos.

Los hombres fingieron no oírla y continuaron acarreando sacos de una de las casas sin mirarla. Era como si no existiese.

Se alejó pegada a la alta tapia de adobe que bordeaba las casuchas; al final de la misma había unas palmeras, algunos animales y un grupo de mujeres con cubos de agua. Era el sitio del pozo, el verdadero centro de la aldea y el motivo de su existencia. Allí estaba también la *mastabah* o banco bajo en que se sentaban los ancianos.

A menos que el camión se hubiese esfumado, tenía que estar detrás de la tapia. Se dirigió al pozo para ver hasta dónde llegaba la tapia, y las mujeres dejaron de hablar al verla acercarse. Dio la vuelta a la esquina y vio que la tapia se prolongaba aún unos cien metros.

No la sorprendía. Llevaba viviendo en aquel país lo bastante y sabía que en aldehuelas como aquella había muchas veces grandes propiedades. En aquel lado de la tapia había unas enormes puertas de madera ante las que hacían guardia dos árabes somnolientos, que se apresuraron a ponerse en pie nada más verla. Alice se detuvo.

—Haga el favor de seguir andando, señora —dijo una voz a sus espaldas.

Giró sobre sus talones y se encontró con un hombre de piel clara, de bigote ancho recortado y pelo rizado negro, canoso en las sienes. Vestía al estilo europeo; en realidad, era la misma combinación anodina de pantalones y camisa caqui que llevaba ella. Enseguida reconoció al que conducía el camión de Sayed.

—¿Busca a mi amo? —inquirió sonriente, con gesto afable pero voz fría—. Tenga la bondad —añadió, estirando el brazo para señalar las puertas.

Los vigilantes abrieron con gran estruendo las enormes puertas de madera y Alice vio un gran patio y al fondo una casona con las ventanas cerradas y una majestuosa entrada. No era un patio vacío: había por todas partes enormes macetas pintadas con rosas y claveles. Cubrían la fachada de la casa seis grandes palmeras y en el centro del patio había un pozo antiguo con azulejos de colores, y en él, varios vehículos: el Bedford, un Lancia y un gran Buick Canadian.

—No tema —dijo el hombre de caqui—. Mi amo la espera.

—¿Ah, sí?

De pronto, en la puerta de la casa aparecieron dos figuras como

si fuesen a recibirla. Subió la escalinata. Uno era una especie de mayordomo, quien le hizo una reverencia, diciendo: «*Allah yaateeki Meet ahlan wa sahlan*
el-sihha.
». Que Alá os dé salud. Cien veces bienvenida.

—*Moutta shakkera. Allah yebarek feek*. Gracias. Que Alá os bendiga —contestó Alice, balbuciente.

Desde la sombra, Sayed observaba la escena complacido, sonriendo al oírla pronunciar cuidadosamente las palabras en árabe, igual que un maestro de música encantado de oír a su mejor alumno tocar el piano.

—Señorita Stanhope —dijo, cruzando el umbral y haciéndole una reverencia—, sea bienvenida.

El vestíbulo estaba en penumbra, pero unos rayos de sol caían sobre el dibujo de las polícromas alfombras que cubrían el suelo. Aguardó pacientemente y enseguida reparó en un hombre gordo y bajo con barba; vestía traje europeo blanco y se tocaba con un fez rojo. Tenía una gruesa nariz, en la que reposaban unas gafas de montura de oro, en sus manos brillaban anillos de oro con gruesos brillantes y de su cuello pendía una gruesa cadena de oro.

Alice pensaba en alguna excusa para justificar su presencia allí, pero Sayed no la acusó de seguirle. Era su huésped y la cultura árabe impide criticar a un huésped. Quizás lo hiciera más tarde.

—Ahmed Pachá, nuestro anfitrión, la invita a tomar té —dijo el joven.

El llamado Ahmed aceptó el título de pachá, que significa hombre rico e importante; hizo un lánguido gesto con la mano para señalarle un banco tallado con relieves de hojas y rosas, casi oculto bajo ricos almohadones bordados y con trozos de metal pulido que reflejaban la luz que entraba por la puerta.

—Gracias —dijo Alice. Rehusar una invitación gastronómica en Oriente habría sido una ofensa, y se alegró de aquel formalismo y por la posibilidad de no tener que dar explicaciones.

Se sentaron los tres. Por la abertura de la cortina que tapaba la entrada veía el sol implacable que bañaba el patio polvoriento, las sucias palmeras y los limpísimos automóviles. Sobre sus cabezas, un trozo de tela, movido constantemente por una mano invisible, oscilaba suavemente produciendo una leve corriente de aire. Entró

silenciosamente un criado negro y dejó una bandeja de cobre con unas tacitas. El hombre de la barba alargó la mano, abrió la tapa de la tetera y removió el té que difundió por el cuarto sus aromáticos efluvios a menta.

Alice cogió su té y lo fue tomando a sorbitos. Tenía la garganta reseca y el líquido dulce y perfumado se la refrescó. Sonrió complacida, dando las gracias.

—Se preguntarán por qué he venido aquí —dijo.

—Ha venido porque Alá ha guiado sus pasos —replicó Sayed—. Según nuestra religión, todo está predestinado. La ha traído Alá. Alá, dueño del mundo, pongo mi destino en tus manos. Somos criaturas de tu voluntad.

El anfitrión asintió pensativo.

—Estamos en el pueblo en que nacieron mi padre y el suyo —añadió Sayed—, y vengo aquí siempre que necesito guía y consejo de Ahmed Pachá.

Alice asintió con la cabeza.

—Puede quedarse —dijo Ahmed, y Sayed hizo una reverencia para indicar que aceptaba complacido—. Comencemos.

Ahmed dio una palmada y aparecieron unos criados. Uno de ellos llevaba una cacerola de cobre que dejó a los pies de su amo, y otro trajo un *mangal*, o brasero, que colocó sobre un trípode de hierro delante de él, poniendo a su alrededor especias, hojas, vainas y trocitos de madera. Entraron unos niños con unos tamborcillos, se sentaron en un rincón y comenzaron a tocar unos ritmos lentos y complicados.

Sin prisas, Ahmed atizó el fuego, que desprendió un humo aromático, y lo aventó con una hoja de palmera. Agachado, como si se dispusiera a soplar las brasas, balbució una especie de ensalmo.

Alice miró a Sayed y creyó ver en su rostro un gesto de extrema angustia, a pesar de que parecía totalmente ajeno a su presencia. Ahora estaba segura de que el hombre del fez era un brujo y que le permitían ver cómo Sayed consultaba sus poderes mágicos. Oyó las notas suaves de una flauta, miró en derredor buscando al músico pero no vio a nadie.

Permanecieron los tres sentados unos minutos interminables mientras el fuego ardía e inundaba con su perfume el cuarto. El calor abrasador del día y el humo que llenaba su garganta hicieron

que, de pronto, se sintiera mareada. El viejo se volvió hacia ella y dijo en árabe algo muy rápido que no pudo entender. Miró a Sayed y la habitación comenzó a darle vueltas.

—Dele la mano —dijo Sayed con solemnidad.

Alargó el brazo y el viejo la agarró por la punta de los dedos y le miró la palma. Luego, con un movimiento que ella apenas advirtió, alargó la otra mano hacia la cazuela de cobre y le golpeó suavemente la palma. Alice bajó la vista y vio que le estaba marcando la mano con un pigmento marrón rojizo.

—Está escrito —dijo el viejo.

La música le pareció más fuerte y más obsesiva, y cerró los ojos. Inmediatamente sintió unas náuseas tan fuertes que creyó estar a punto de vomitar, pero con gran esfuerzo de voluntad se sobrepuso y se mantuvo tranquila.

Cuando entreabrió los ojos, vio cómo brillaban los anillos del anciano, que volvía a tocarle delicadamente la mano. Luego, se inclinó a examinar mejor las marcas de la palma y se puso a leerlas en un murmullo.

—La luna traerá una jornada propicia para sus deseos y aspiraciones —dijo en tono solemne—. Seguirá a las estrellas hacia el oeste y tendrá lo que desea.

—¿Dónde? —inquirió Sayed, con voz estrangulada que mostraba su preocupación—. ¿Dónde?

—La luna —respondió el viejo.

Por un instante, Alice creyó sentirse mejor, pero volvió a notar el mareo y las náuseas y pensó que debía reclinar la cabeza. Trató de retirar la mano, pero el viejo no se la soltaba.

—Tengo que… —comenzó a decir, pero tenía la garganta reseca y se volvió para coger el té de la bandeja, pero en el momento en que estiraba el brazo sintió que se le iba la cabeza y la habitación se volvía borrosa. Y cayó como a cámara lenta sin poder contenerse, sobre la bandeja, esparciendo en todas direcciones, tazas, platillos y tetera. El té ya no podía escaldarla; estaba tibio y dulce, y olió el penetrante perfume de la menta, mientras el cálido té le salpicaba el brazo y la cara. Su único pensamiento era lo embarazoso de la escena y quería excusarse por el estropicio y por haber manchado aquella preciosa alfombra. Estaba decidiendo cómo decirles lo avergonzada que estaba, cuando empezó a notar que el cuarto se

volvía pequeño y borroso; se daba perfectamente cuenta de que perdía el sentido y estaba decidida a resistirse. La música continuaba con sus extraños arpegios discordantes. Quiso gritar, pero fue incapaz de proferir ningún sonido y, poco a poco, se hundió en la oscuridad.

Recobró el conocimiento con un sobresalto. Peggy West le aplicaba en la nariz un frasco de sales que despedía un fuerte olor acre, y ella lo apartó con la mano.

Estaba en el asiento junto al conductor de la furgoneta, y, por un instante, creyó que todo había sido un sueño. Pero vio que ahora la furgoneta se hallaba aparcada junto al pozo en el patio del caserón, con el reluciente Buick y el Bedford militar de Sayed. Y con el Lancia.

Entornó los ojos heridos por la fuerte luz y vio a Sayed y al viejo Ahmed. Estaban de pie junto al pozo, hablando con un policía militar inglés. ¿Estaría deteniendo a los dos egipcios? ¿Había llegado Peggy West a tiempo? Intentaba contestarse a esos interrogantes, cuando el policía dio un paso atrás y dirigió un impecable saludo a Sayed.

—Tuve que venir —dijo Peggy, cariacontecida.

—No sé lo que me ha sucedido —dijo Alice.

—Que ha estado andando al sol, y eso no es prudente hacerlo a mediodía; ni siquiera en invierno.

—¿El policía, lo ha traído usted? —inquirió desconcertada.

—Ha estado a punto de detenerme —contestó Peggy—, porque no tenía los papeles de la furgoneta y no quería creerse que usted se había llegado a pie hasta el pueblo a pleno sol. Me preguntó que cómo es que no había ido en la furgoneta y no supe qué contestarle.

El policía las saludó brevemente con la mano y montó en la motocicleta, se ajustó la correa del casco, se caló las gafas y puso el motor en marcha.

Se abrieron las enormes puertas de madera como por arte de magia, el motorista aceleró, giró en círculo cerrado y desapareció entre una nube de polvo.

Los centinelas árabes de la puerta le siguieron con la vista, profundamente interesados, y acto seguido se pusieron a hablar excitados.

Sayed se acercó a ellas. No les extrañaba que el motorista le

hubiese saludado: Sayed tenía el perfecto aspecto del oficial inglés. No llevaba insignias del ejército egipcio, sino dos estrellas en la trabilla de las hombreras. Su tez no era más oscura que la de los curtidos militares ingleses que servían en el desierto. Les sonrió con su deslumbrante sonrisa. ¿Era una sonrisa de triunfo, o la del amigable Sayed que conocían del hotel Magnifico?

—¿Se encuentra bien, señorita Stanhope? —preguntó, aparentemente con sincero interés.

—Siento haberle causado tanto trastorno —dijo Alice.

—No diga nada y beba un poco de agua. Es buena —añadió, tendiéndole un vaso, del que ella bebió, sintiéndose mejor—. Peggy creyó conveniente sacarla al aire libre.

—Me desvanecí.

—¿Se encuentra bien para regresar a El Cairo?

—Por supuesto —contestó Alice.

—¿Puede usted conducir la furgoneta, señorita West?

Siempre decía «señorita West» cuando se dirigía a ella en público. Aquel Sayed era muy educado.

—No se preocupe, Sayed.

—Éste es el pueblo de mi padre —añadió el joven, sonriente—. Aquí todos son buena gente.

—Está usted bien y eso es lo único que importa —dijo Jimmy Ross.

—Fue un completo desastre lo que hice —replicó Alice Stanhope. Sentía ganas de llorar, pero pensó que dando rienda suelta a sus emociones echaría por tierra todas sus posibilidades con él.

—No debí enviarla a seguirle —dijo Ross.

—Fue idea mía.

—No debí enviarla.

Al ver que repetía la frase, ella alzó la vista hacia él impulsada por una súbita sospecha.

—¿Ha vuelto a intervenir mamá?

—No tiene nada que ver con su madre, Alice. Ha sido una decisión absurda por mi parte.

—¿No habrá sido una maniobra, Bert? —inquirió ella.

—No lo creo —contestó él sin vacilar.

—Pero ese adivino, los ensalmos y los hechizos mágicos… ¿No

cree usted en la magia?

—El que cree es Sayed.

—Me imagino que sí. ¿Sabe usted quién es el adivino?

—Sí —contestó Ross sonriente—; el padre de Sayed. La casa en que estuvo es su casa.

—¡Dios mío! ¿Y él está implicado?

—¿Ahmed Pachá? —replicó Ross—. Con toda seguridad. Es tan anglófobo que, si pudiera, ayudaría al propio Satán a tomar El Cairo.

—Me cuesta creerlo.

—Esa maldita casa es un centro de conspiración y traición. Mis antecesores intentaron infiltrar a alguien, pero ha sido imposible. El viejo cerdo examina minuciosamente a cualquier sirviente.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Qué hacía allí Sayed con su padre?

—Ayudar a Abdel-Hamid Sharif, un capitán del ejército egipcio. Marker le persigue por todas parles. Se le ha visto recogiendo firmas de los líderes de la oposición para una especie de declaración en la que dicen que Gran Bretaña combate al fascismo en Europa y lo apoya firmemente en Egipto. Piensan enviar copia a todas las embajadas de El Cairo; a la americana, la canadiense, la francesa, la holandesa, la noruega… ya ve el mal que pueden hacer. Seguro que saldría en los periódicos.

—¿Y cómo le ayudan? ¿Qué es lo que hace Sayed concretamente?

—Pensaba que había quedado claro: ayuda a ese Abdel-Hamid Sharif.

—No comprendo —dijo ella.

—Le ayudan a escaparse. El chófer de Sayed. ¿No ha dicho que es tirando a delgado, de un metro ochenta, tez clara, bigote negro y pelo negro rizado, canoso en las sienes? Pues ese es Abdel-Hamid Sharif.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Conducía el camión. Era de lo más corriente.

—Se vuelve uno bien corriente cuando se tiene puesto precio a la cabeza y te ves acosado por la policía y los confidentes.

—Lo dice como si le diera lástima.

—Mi deber es capturar fugitivos —replicó Ross, dándose cuenta de que le había sorprendido.

—¿Piensa hacer una redada en la casa?

—Ahora ya es tarde. Una vez fuera de la ciudad, un tipo como ése puede vestirse de harapos y desaparecer. Estará ya en Suez a bordo de un barco… un barco neutral que no podamos detener y registrar.

—Lo siento, Bert.

—No es un desastre definitivo, pero ahora Sayed sabe que andamos tras él. A lo mejor desaparece del Magnifico. En cualquier caso, usted siga alojada allí. No le habrá hablado a Peggy West de… mí, de lo que hacernos en el departamento.

—No, claro que no.

—Se lo imaginará.

—Es inglesa, Bert. ¿Cree usted que lo comentará a alguien?

Él la miró. No sabía si decirle que Peggy West estaba en contacto con una persona de quien se tenían graves sospechas de ser el dirigente de una red clandestina de espías judíos. No, era mejor que no supiera nada de momento, no fuese a advertir Peggy en ella un cambio de actitud.

—No, claro que no. Vamos a comer algo, ¿le parece?

—Hay otra cosa, Bert. La otra noche, cuando se marchó de la fiesta del príncipe Piotr, uno de los invitados compró vino en el bar de abajo con esto —dijo, poniendo en la mesa un billete de banco egipcio, con el dibujo manchado por unos puntitos marrones.

Ross lo cogió, lo examinó y dijo:

—Muy buen trabajo, Alice. Está salpicado de sangre, igual que la libreta de pagos que retiramos del cadáver del sargento mayor.

—Sí, ya la recuerdo. Procuro seguir los acontecimientos.

—¿Quién entregó este billete?

—El oficial de marina que vio usted allí. Uno delgado de pelo ondulado. Se llama Wallingford y es muy amigo de Darymple. Fueron compañeros de colegio.

—Un trabajo estupendo, Alice.

—¿No me quitará el empleo, verdad, diga lo que diga mamá?

—No; diga lo que diga mamá —contestó Ross.

Ella tenía aún la mano en el billete; alargó la suya y se la tocó.

Era la primera vez que osaba hacer un gesto tan íntimo, y mantuvo lo que le pareció una eternidad sus dedos sobre el dorso de aquella mano sin que ella la apartase. Alice trató de leer en su rostro, pero no era hombre que dejase traslucir sus sentimientos ni en circunstancias normales.

Las circunstancias no eran precisamente normales. Ross tenía miedo de involucrarse con aquella mujer. Él tenía que prepararse para desaparecer, igual que había hecho aquel astuto Sharif.

14

Harry Wechsler no había dejado de pensar en Alice Stanhope hasta el momento de su marcha. Y ahora, en el coche dando bandazos por las calles de El Cairo, seguía pensando en ella. Apenas había pensado en otra cosa desde que la había conocido en la fiesta. Era hermosa de una manera retraída y recelosa al punto de obsesionarle. Y era muy inteligente y educada; carente de la menor presunción ni atisbo de querer ridiculizarle ni hacerle sentirse un imbécil como sucedía con la mayoría de sus colegas femeninos. E influía, por supuesto, el factor crucial de que Alice Stanhope no había mostrado el menor interés por Harry Wechsler.

En la profesión periodística, la mayor parte de cuyos integrantes mostraba más reverencia por el culto a Baco que el de Afrodita, Harry Wechsler estaba considerado como una especie de don Juan. Desde que su segunda esposa le había dejado en 1938, los asuntos amorosos del periodista habían sido intensos y apasionados pero de breve duración. Conocer a Alice Stanhope le había causado una extraña sensación que le había impulsado a pensar si sería aún posible enamorarse.

—¿En qué piensas? —dijo el conductor.

Se llamaba Chips O'Grady, y era un personajillo retraído que sujetaba el volante con fuerza y llevaba un almohadón de gomaespuma bajo el trasero para ver bien por encima del volante. Vestía camisa militar inglesa y pantalones cortos. Cualquiera que pensase que las camisas militares eran todas iguales, habría tenido que compararla con la de safari del americano que iba sentado a su lado; la de Wechsler formaba parte de una docena que había encargado a un camisero de Roma y su color era un sutil verde oliva, estaba bien cosida y tenía botones de concha.

—En el equipaje. Repasaba todo mentalmente para estar seguro de que no me he olvidado nada —contestó Wechsler, que compartía

sus opiniones con cualquiera pero no sus pensamientos.

Quizás fuese mejor volver al desierto. Toda su vida se había burlado de los que sentían aquella fascinación inexplicable por el desierto, pero, aunque no lo comentaba, también a él le alegraba volver.

Se disponía mentalmente para el largo viaje. Su chófer, Chips, era un irlandés, conocido borrachín, que había trabajado —antes de que le despidieran— en casi todas las agencias de noticias de Oriente Medio, y el americano le había conocido en el bar Tommy's, uno de los más famosos de El Cairo; Chips llevaba sin trabajar casi un mes y el encargado de Tommy's, al igual que sus muchos otros acreedores, le acosaba para que saldara sus deudas. Era como si el destino hubiese dispuesto aquel encuentro, pues Harry le contrató enseguida de ayudante. Chips disponía ya de carnet de prensa y credenciales, pese a que hacía más de un año que no le publicaban nada. Sería él quien conduciría y pasaría a máquina los artículos, aparte de que se desenvolvía lo bastante bien en francés, italiano y alemán para entenderse y conocía el árabe indispensable para llevar a cabo las transacciones propias de un periodista. El hombre sabía que trabajar con Harry Wechsler era probablemente la última oportunidad para rehacer su vida. Simplemente bastaba con que se abstuviera de beber alcohol.

—¿Conoces el camino? —dijo Harry, cuya profesión le había enseñado que era preferible mencionar a menudo lo obvio en vez de apechar con las consecuencias de seguir adelante sin decir nada.

—¿Que si conozco el camino? —replicó Chips con énfasis. Se conocía cada metro de aquella carretera desde que habían comenzado los combates en el verano de 1940. Era la carretera principal que conducía al desierto occidental; la autopista de la guerra.

Eran las cinco y media de la tarde cuando cruzaban el Nilo. El sol hacía brillar las cúpulas de las mezquitas; de oro, según decreto de Alá. Al caer el sol y llegar la hora del rezo, el grito de los almuecines desde los minaretes llenó toda la ciudad.

El pesado Ford traqueteaba cruzando la isla de Gezira y el puente de los Ingleses en dirección a Doqqi para seguir por el paseo

paralelo al río. Pasaron ante la universidad y luego giraron hacia el oeste. En Gizeh miraron —todos lo hacían por muy hastiados que estuvieran— hacia el lugar ocupado por las pirámides, unas simples muescas oscuras contra el cielo ya rosado.

La pirámide de Khafra parecía mayor que su vecina, la de Khufu, pero esto, como tantas cosas en Egipto, era pura ilusión, pues la primera está construida en terreno más elevado.

—Qué bien haber salido de ese nido de pulgas —dijo Chips.

Hasta el momento se había abstenido de beber, tal como había prometido a Harry, que únicamente le permitía ingerir medio litro de cerveza diario. Medio litro de la floja cerveza Stella egipcia no perjudicaba a nadie. El régimen de abstinencia del irlandés había sido facilitado hasta cierto punto por su dedicación a los preparativos del coche. La agencia de Wechsler asumía los gastos, y, con semejante carta blanca, Chips había logrado algo excepcional: una ranchera Ford de segunda mano fabricada en Canadá con motor V8, que, gracias a discretas propinas a las personas adecuadas, habían rehecho por completo en los talleres del ejército. Ahora, el vehículo estaba pintado con el color arena militar, disponía de neumáticos especiales para el desierto, escotillas en el techo y un chasis reforzado, como el de las rancheras que tenía de servicio en el desierto el ejército.

—Anda muy bien —dijo Chips, cuando ya El Cairo quedaba a sus espaldas. Aquel coche era una especie de orgullo personal y de vez en cuando hacía su elogio, cual si repitiéndolo el Ford fuese a responder mejor—. Suavísimo.

Harry asintió con la cabeza. A él no le gustaba conducir, y Chips era un buen piloto siempre que no estuviera bebido. Miró a su minúsculo compañero, con su rostro ojeroso, orejas enrojecidas, nariz afilada y labios finos. La foto de su carnet de prensa mostraba a un hombre que miraba a la cámara con desdeñosa sonrisa. Ratonil, era el primer apelativo que surgía al ver aquella cara, y los movimientos sigilosos que hacía Chips corroboraban la impresión. En cualquier caso, hasta el momento, el irlandés había respondido como un individuo decente y trabajador, y Wechsler se preguntaba hasta qué extremo el prejuicio que suscitaba su aspecto no le había perjudicado toda su vida.

Dejaron atrás unas cuantas casas diseminadas y unos campos de

labranza y enseguida el terreno sedimentario del Nilo se interrumpió bruscamente y el suelo se hizo arenoso y estéril. Cuando llegaron al lugar en que la carretera torcía en dirección norte, Chips saludó con la mano al desgraciado que estaba de servicio; el cabo agradeció aquel gesto compasivo de un ser de la especie humana, que con toda evidencia abominaba de la policía militar de todo corazón —más de una vez había tenido que apartarse de un salto para que no le aplastasen enormes camiones —, y respondió al saludo. En los desvíos había siempre destacamentos de policía militar, tal vez por temor a que los conductores adormilados continuaran y acabaran perdidos en el desierto libio, al borde de la depresión de Qattara, el lugar más desolado del mundo.

Ahora avanzaban a buena velocidad. Era el momento ideal del día para viajar; ya anochecía y atisbaron unos cobertizos con techo de metal ondulado e hileras de piedras minuciosamente encaladas, señal de la presencia militar inglesa en cualquier parte del mundo.

—Es el aeródromo de Amiriya —dijo Chips, señalando con el dedo—. Parece que están en crisis.

Wechsler miró hacia la zona iluminada por los proyectores y vio un avión con el motor en marcha.

—Mira —añadió Chips—, la
RAF
ha empezado a pintar los cazas con la boca de tiburón. Ahí tienes un tema americano.

—¿En qué sentido? —inquirió Wechsler, que siempre andaba a la busca de historias que tuvieran alguna relación con su país.

—Porque son Curtiss Tomahawk americanos. Sería una buena foto mostrarlos con esa bocaza llena de dientes.

—No, no. Cuando volvamos, la
RAF
los habrá hecho pintar con dibujo de camuflaje. Ya sabes lo estirados que son los jefes.

—Llevan pintados así desde septiembre del año pasado.

—Vigila la carretera, Chips.

—Por ésta podría conducir con los ojos vendados —replicó el irlandés.

—¿Curtiss Tomahawk?

—Los han traído del escuadrón ciento doce de Gambut, a menos que los otros escuadrones los hayan pintado igual.

—Conozco Gambut. Volé allá el mes pasado.

—La carretera pasa por allí.

—Estupendo; eso puede ser tema para un artículo. ¿Sabes manejar una cámara?

—¿Qué clase de cámara?

—Una Speed Graphic.

—Me apañaré, pero necesito un fotómetro.

—Yo te haré un par de demostraciones.

—¿Por qué no miras si puedes conseguir una Leica? Gasta rollo y es mucho más fácil para ese tipo de reportaje. Y cerca de los campos de batalla siempre hay oportunidades de comprar buenas cámaras si tienes dinero… Se las quitan a los prisioneros alemanes.

—¿Y qué fotos haríamos? —inquirió Wechsler.

—Cándidas. De interés humano. Tipos. Una Speed Graphic es voluminosa y se tarda mucho en cambiar sus malditas placas para esa clase de reportaje.

Chips tenía razón; no era nada tonto.

—Pues estate al tanto de una Leica.

—*Okay*, jefe.

Unos kilómetros más adelante, Chips señaló otro aeródromo.

—Dekheila. Parece que van a aterrizar aviones.

—Espero que sean bombarderos. Mira lo que te digo, Chips. Los tuyos tendrán que bombardear a mansalva Trípoli si quieren tener alguna posibilidad de parar a Rommel. Si le llegan unos cuantos cargamentos más de esos tanques con cañón alto, ese alemán cruzará Egipto como un cuchillo caliente un bloque de mantequilla.

—Tranquilo, jefe —replicó Chips, que había descubierto que debía asumir el papel de sustituto de los ingleses en las conversaciones de tipo bélico—. Les hemos dado buen quebradero de cabeza y ha tenido un parón; y la mitad de sus divisiones de tanques han sido rechazadas. Y la
RAF
ya ha comenzado a tomarle la medida. ¡No digas que no!

—Lo malo es que el año pasado los publicistas encargados de la propaganda se dedicaron a decir bobadas sobre la potencia del ejército inglés, y ahora que Rommel vuelve a hacerle retroceder,

quedan en ridículo.

—En eso tienes razón, Harry —replicó Chips, que siempre le dejaba ganar las discusiones—. Tengo que fijarme bien en el siguiente desvío —añadió en voz alta, hablando consigo mismo. Estaba nublado y la luna aparecía y desaparecía como una señal de linterna.

En Alejandría, la carretera bordeaba la ciudad y Chips siguió pisando el acelerador una vez alcanzado el tramo de la costa, que al aparecer del todo la luna, dejó ver su belleza sin par.

—¿Cómo se llama esto?

—El Alamein. Aquí no hay ningún sitio decente para comer o dormir. Está demasiado cerca de El Cairo para hacer un alto.

—Es bonito —comentó Wechsler, y Chips pensó que, por primera vez, tenía razón.

A un lado de la carretera se veían plantaciones de higueras, aún bastante enteras a pesar de la guerra, mientras que al otro lado, la arena blanca y limpia contrastaba con el mar oscuro y denso. Las olas se desmenuzaban contra la orilla cual monótono encaje, y el mar parecía desaparecer bajo las blancas playas. El paisaje iluminado por la luna era tan mágico, que Wechsler sintió ganas de pararse a darse un baño, pero resistió a la tentación. Había trabajo que hacer.

En el punto en que acababan las higueras, la carretera se convertía en un desastre de baches y ondulaciones.

—¿Sabes una cosa, Chips? Los ingleses habéis tenido una gran idea construyendo una carretera a lo largo de la costa; y es una idiotez sin nombre que los italianos no hayan hecho lo mismo a lo largo de la suya.

—No la hicieron los ingleses, sino los árabes en el siglo XIX.

—¿Ah, sí? Pues viene bien para la guerra. Los ferrocarriles pueden transportar todo el material pesado, dejando libre la carretera. Rommel aún no ha caído en la cuenta. Quizás no sea tan listo, al fin y al cabo.

—Espero.

—Chips, bastante tienen ya los ingleses con un general alemán tonto, para que tengan que habérselas con uno listo.

Chips asintió con la cabeza. A Harry Wechsler le gustaba decir la última palabra. Era como una estrella de cine, pensó; él había

conocido a muchas durante su carrera periodística. Wechsler se preocupaba mucho de su ropa, su aspecto y su comodidad, y mostraba la misma necesidad pueril de aprobación y admiración que suele ser la actitud que más suscita el éxito en la vida pública. Harry Wechsler habría podido hacer aquel viaje solo, pero necesitaba compañía, resonancia, auditorio. Bueno, independientemente de lo que necesitase el americano, él, Chips O'Grady, si le pagaban bien, estaba dispuesto a darlo.

La carretera adoquinada seguía la línea de la costa y del ferrocarril. De vez en cuando dejaban atrás depósitos de material que se extendían kilómetros y a veces veían letreros indicando un hospital o un taller de reparaciones. Algunos eran falsos, para engañar al enemigo. Poco después fueron desapareciendo los signos de actividad humana y durante muchos kilómetros no se cruzaron con ningún vehículo. A su derecha se extendía el desierto, pero no eran las dunas ondulantes de las películas, sino una tierra dura quemada por el sol con rocas color ocre. Llegaron a El Daba, y Chips lo señaló, comentándole a Wechsler que era el tema de una canción de los soldados ingleses. ¿Sobre qué? Obscenidades contra el rey Faruk, sentado en un camello, comiendo emparedados de tocino mientras el viento sopla por detrás. Chips no recordaba la letra exacta, pero El Daba siempre le recordaba la canción porque el estribillo repetía que en El Daba había siempre tormentas de arena. Quizás fuese por eso por lo que los ingleses lo habían elegido para montar un campamento de tránsito para los corresponsales de guerra.

La entrada era un cobertizo con techo metálico ondulado sobre cimientos de hormigón; una edificación de lujo para el desierto. En un bidón de gasolina vacío, hacía guardia, sentado y fumando un cigarrillo, un soldado que les saludó con la mano. Había un cartel que decía: visitantes PRESENTARSE AL OFICIAL DE GUARDIA. En el recinto no se veía ningún otro vehículo más que un gran camión AEC Matador con laterales de lona, cargado de latas alemanas marcadas como agua y gasolina, esterillas de dormir y rollos de red de camuflaje.

En el cobertizo, pasaron a un despacho en el que encontraron al

sargento encargado de alojamiento jugando a los dardos y tomando el té con un empleado.

—Vale. Ahora el oficial de semana echará un vistazo a su acreditación y les acomodaremos —dijo el sargento—. Si quieren comer, mis compañeros les atenderán —añadió, dejando los dardos en la mesa y telefoneando al oficial encargado.

Era un suboficial mayor, a quien hubo que ir a buscar a su habitación y que, a pesar de que era primera hora de la tarde, se presentó en batín de pelo de camello y oliendo a *whisky*.

Una vez cumplida la burocracia y después de repostar el coche, fueron a comer. El comedor contaba con una cocina, un mostrador y algunas sillas y mesas.

—Jamón en lata con huevos y guisantes.

—Muy rico —comentó Wechsler.

Harry ya había llenado el maletero del coche con provisiones: café y té, tocino en lonchas enlatado, latas de habichuelas y un saco de arroz; pero eran cosas más bien para caso de apuro o para obtener favores en las unidades de primera línea. Así que comerían jamón enlatado, huevos y guisantes. El jamón se lo frieron, añadiéndole huevos en conserva con los que un buen cocinero es capaz de obtener algo parecido a una tortilla; pero el cocinero aquel no era ninguna maravilla. Los guisantes eran también en lata, integrados en una gelatina amarillo verdosa. Y no faltó, naturalmente, té caliente.

—No me extraña que el ejército inglés no pueda pasarse sin el té —comentó Wechsler, viendo cómo les preparaban la comida.

Los únicos otros comensales eran dos hombres con uniforme caqui grueso de combate, necesario en el desierto en las noches de invierno. Su aspecto era limpio y aseado, su rostro estaba bronceado, y en la trabilla de la hombrera llevaban la tarjeta de identificación de corresponsales de guerra. Uno de ellos era un joven fuerte de unos veintitantos años; lucía el bigote de puntas recortadas, cuadrado y poco espeso, que se estilaba entre la mayoría de los oficiales ingleses. Tenía a su lado dos máquinas de fotografía en sus respectivos estuches de cuero y otro más grande en el que seguramente guardaba los objetivos, la película y los accesorios. Su compañero era mayor, delgado, dispéptico y con cara de pocos amigos. Llevaba el pelo teñido de rojo, con ese tono que en las

peluquerías de señoras denominan «Tiziano».

Tomaban el té en vasos de asa, y el joven acababa en aquel momento un postre a base de gruesas lonchas de un fruto marrón que, a juzgar por la forma y textura, debía ser de lata. Al masticar se veía que le faltaba un incisivo, lo que le daba aspecto de golfillo.

Wechsler se sentó en su mesa y les ofreció un cigarrillo, con una de sus mejores sonrisas.

—Me llamo Harry Wechsler —dijo, presentándose—. Y les presento a Chips
O’Grady.
Nos dirigimos al oeste.

—Mogg —dijo el más joven—. Tommy Mogg.

El otro, que estaba absorto en sus pensamientos, dirigió a su compañero una mirada de desaprobación y no se presentó.

Chips se acercó al mostrador y aguardó a que el soldado pusiera la comida en las bandejas y sirviese el té, mientras Wechsler desplegaba un mapa en la mesa y hacía preguntas a los otros sobre lugares que señalaba con el dedo.

—¿Qué tal está este sitio que se llama oasis de Siwa?

Aquella pareja —fotógrafo y corresponsal— había estado en el oasis de Siwa y contestaron que se encontraba a dos días de viaje en dirección sur hacia el Sáhara.

—¿Y qué hay que ver allí? —inquirió el americano, mientras Chips le ponía delante la bandeja—. Gracias, Chips.

El irlandés, sin hacer caso de los otros, tomó asiento y se puso a comer.

—Estoy preguntando a estos muchachos qué hay en el oasis de Siwa —dijo Wechsler, comenzando a atacar la comida.

Fue Tommy Mogg, el más joven, el que contestó. Lo típico, pensó Wechsler. Los fotógrafos eran más fuertes para cargar con el equipo y siempre se mostraban más amigables con los colegas; al contrario que los redactores, que eran mayores, con más experiencia, desconfiados, y siempre pensaban que iban a robarles las noticias.

—Nos han dicho que es la base de los comandos del desierto.

—¿Y ése qué cuerpo es? —inquirió Wechsler.

El joven miró a su compañero antes de contestar.

—Uno de esos «ejércitos privados» que hacen incursiones muy

largas en el desierto, hasta más allá del frente de los italianos.

—¿Habéis hecho fotos?

—Nada de nada. No había más que un puñado de indígenas. Sólo he hecho fotos de palmeras con un tanque destruido.

—¿Y qué dijeron los militares?

—Fuimos sin oficial de enlace.

Wechsler se echó a reír.

—A ese ejército privado —dijo— no debe de hacerle gracia que fisguen, y menos los periodistas. Seguramente ellos mismos organizaron que no se viera a nadie.

—Tal vez.

—¿Os alojáis aquí? —inquirió Wechsler—. ¿Qué tal se está?

—Bien —respondió el joven—. Hay tiendas, duchas, agua caliente. Bebida. No está mal.

—¿Tiendas?

Al ver la cara qué ponía, el fotógrafo sonrió.

—Y suerte que hay tiendas. Hasta el mes pasado tenías que desenrollar la esterilla de dormir y hacerlo al sereno.

—Creo que continuaremos el viaje —dijo Wechsler, apartando la comida que casi no había tocado y encendiendo un cigarrillo—. ¿Esto es lo único que se come en el desierto?

—Se acostumbra uno —dijo el fotógrafo—. Los árabes no comen cerdo y no lo roban —añadió, al tiempo que alargaba la mano y pinchaba con el tenedor el jamón del americano para echárselo en el plato.

Chip O'Grady no intervino mucho en la conversación. Fue Harry Wechsler quien llevó la mayor parte. Al americano le gustaba charlar con desconocidos; él decía que era su tarea de indagación. El irlandés acabó su jamón y con un trozo de pan rebañó los restos de huevo, pero él también se dejó los guisantes. Luego, fue a por más té y trajo el postre de rebanadas de tarta de fruta para él y para el americano. Estaba comprobando que Wechsler daba por sentado que hiciera de criado, cosa que le humillaba. En aquel país, los criados eran los indígenas, y estaba deseando poder encontrar el modo de hacérselo ver al americano.

Harry Wechsler puso el pie en una silla, examinó el mapa y se fumó un cigarrillo.

—Vamos a seguir por la costa —dijo—. De momento, tenemos

todas las fotografías sobre árabes que necesitamos.

El fotógrafo sonrió cortésmente y dio las buenas noches. Él y su compañero tenían que madrugar.

Una vez montados en el Ford, Wechsler cambió de idea.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a ese oasis de Siwa, Chips? ¿Tú sabes dónde está?

—Sí. Estuve antes de la guerra. Entonces, era el punto más próximo a la frontera italiana. Está pegado a la alambrada —añadió, mirando el reloj—. El camino es largo y no me gustaría seguir uno de esos senderos de camellos sin señalizar; porque al principio parecen muy bonitos pero en cuanto has recorrido ochenta kilómetros de desierto se terminan.

—¿Y qué hacemos?

—Yo, por mí, seguiría en dirección sur por Mersa Matruh. Es mejor.

—¿Llegaríamos pronto?

—En una sola etapa no. A menos que nos turnemos al volante, pero aun así tardaríamos más de una noche. Habrá sus buenos trescientos treinta kilómetros a partir de Mersa Matruh.

—Es que no me creo una palabra de lo que nos dijeron esos tíos.

—¿Los periodistas? Tenían razón.

—¿Razón? ¿Pero qué dices? Yo creo que han encontrado un buen tema en ese lugar del desierto y no quieren que lo descubramos.

—¿Y por qué piensas eso? —replicó Chips, sorprendido.

—Tengo para la gente un instinto que no falla. Esos tíos han querido disuadimos. ¿No has visto cómo callaba el viejo?

—No lo creo, Harry. Estaban cansados.

—Sé distinguir muy bien el cansancio del disimulo. Llevo muchos años de profesión y he llegado a ser lo que soy gracias a saber entender a la gente. Si en ese oasis no hay tema, yo soy chino.

—No tendremos dónde dormir —alegó Chips, que había comprobado que la comodidad era un factor importante en las decisiones del americano.

—¡Olvídame! ¿Es que me crees tan delicado?

—Como tú digas.

—Ya veremos quién de los dos acaba llamando a mamá.

—Yo no insinuaba nada, Harry. Tan sólo pretendía prevenirte de

que seguramente tendremos que pasar la noche en el coche —replicó el irlandés, mirándole de reojo.

—*Okay, okay*.

—¿Y no crees que deberíamos pedir permiso al ejército para el viaje?

—¿Y perder el tiempo haciendo salir a uno de esos «oficiales de día» de sus aposentos?

Chips asintió con la cabeza, convencido de que iba a soltarle unas cuantas imprecaciones más sobre aquel oficial que se les había presentado en batín de pelo de camello, pues había visto cómo Wechsler torcía el gesto.

—¿Qué necesidad hay de permiso?

El irlandés estuvo a punto de enumerarle los distintos motivos, desde la posibilidad de meterse en un campo de minas hasta la de que les atacasen aviones de caza amigos; pero decidió que no era el momento.

—Tenemos provisiones y bidones de gasolina —dijo Wechsler, mirando el reloj—. A partir de ahora nos turnaremos al volante cada dos horas, ¿de acuerdo?

—Aun así, no sé si habremos llegado a Siwa por la mañana.

—Probaremos, muchacho. Ahora no vas con uno de esos oficialillos ingleses amodorrados. Vamos a hacerlo a la americana.

—Bien, de acuerdo, Harry.

El viaje a Siwa fue cuando menos espectacular. La pista se internaba en el duro terreno arenoso del llamado altiplano libio. Al principio dejaban una larga estela de polvo grisáceo y Chips se salió del camino habitual para seguir a unos cien metros en paralelo y pisando a fondo el acelerador, de modo que, a pesar del peso de las tiendas y provisiones que Wechsler se había empeñado en llevar, la ranchera mantuvo una media de más de ochenta por hora. De vez en cuando veían circular por la pista camiones militares que dejaban una estela de polvo blanco.

Sólo en una ocasión mostró el americano signos de arrepentirse de aquella incursión en el Sáhara. Pero aun así, su comentario fue para corroborar su criterio.

—¿Se habrían tomado la molestia de decir que no había nada si realmente no lo hubiese?

—No lo sé, Harry.

—Pues reflexiona —replicó Wechsler en sus trece.

—¿Quieres decir que si Harry Wechsler hubiese ido a Siwa y no hubiese encontrado nada, habría ido diciendo a todos que fuesen allí?

—No seas idiota —replicó el americano, irritado—. Sí, quizás lo hiciera —añadió, riendo, después de pensárselo.

Siwa era un gran oasis en lo más profundo del desierto en el borde norte del siempre movedizo Gran Mar de arena. Quien continuara hacia el sur a partir de allí se enfrentaba con la perspectiva de centenares de kilómetros de arenas imprecisas en constante movimiento y de muchos días sin abastecimiento de agua.

Siwa era una hondonada formada por unos valles rocosos, en la que había unas balsas. Las famosas rocas rosadas daban protección a palmeras de dátiles, que, según los nativos, eran los más deliciosos del Sáhara.

Harry Wechsler y Chips O'Grady llegaron totalmente exhaustos a primera hora de la mañana. No se veía un alma. Dejaron atrás los caseríos de adobe y detuvieron el coche ante unos edificios de cemento en los que había unos carteles desconchados en inglés y árabe que decían: NO PASAR. PROPIEDAD DEL EJÉRCITO. PELIGRO. Otro anuncio más pequeño en rojo y blanco, rezaba: Se encuentra en zona de la malaria. ¡Tome precauciones!

Wechsler cogió enseguida su maletín de lona, buscó las pastillas de quinina y, sin agua, se tragó dos ruidosamente.

—Tómate las pastillas, Chips.

—No hace falta. A los mosquitos no les gusta el sabor de mi sangre.

—Sería por lo cargada que estaba de alcohol. A lo mejor ahora sí les gusta.

—No me hace falta.

—Si has optado por vivir prescindiendo de tu sueldo, haz lo que quieras. Pero mientras trabajes a mis órdenes, harás las cosas a mi manera. Es decir, que te abstienes de la priva y te tomas diariamente las pastillas contra la malaria y las pastillas de sal —replicó Wechsler, sacando dos pastillas más para su acompañante.

Chips se metió las pastillas en la boca, las deglutió y sonrió pensando en cuánto tiempo sería capaz de aguantar a aquel Wechsler sin recurrir al esporádico consuelo de un *whisky*.

—¿Qué son esos edificios? —inquirió el americano, señalando los barracones.

—Del ejército egipcio. Era una de sus bases cuando patrullaban la frontera. Ahora no se usan.

—Esto debe de estar muy cerca de la antigua frontera. La alambrada, como dices tú, ¿no es así?

—En ella estamos —contestó Chips, señalando un punto entre dos elevaciones del terreno—. Siguiendo ese viejo sendero hacia el oeste se llega a la alambrada.

—¿Y se puede cruzar?

—Podemos probar a la americana.

—¡Así me gusta!

Nada más avanzar hacia el oeste comenzaron a ver indicios de los peligros que encerraba el Gran Mar de arena. A menos de cincuenta metros de la pista señalada había dos grandes camiones de diez toneladas abandonados, cubiertos de arena casi hasta las ruedas y sin posibilidad de desatascarlos. Pocas personas a pie, en camello o en coche se arriesgaban hacia el sur. Las tribus locales —los siwan y los senussi— la consideraban una región maldita de la que pocos viajeros volvían.

Y, a pesar de ello, los grupos de comandos del desierto se arriesgaban por aquellas arenas y hacían incursiones tan profundas y alejadas que se veían obligados a repostar mediante citas con aviones; era un buen tema para Harry Wechsler, pero los ingleses guardaban bien el secreto, para impedir que llegase al enemigo el más mínimo dato de cuándo y dónde operaban las patrullas de comandos.

—¡Ahí está la alambrada! —exclamó Chips, parando el coche y apagando el motor. Al cesar el ruido del mismo, el silbido del viento se hizo sentir con toda su fuerza.

—¡Chips, muchacho, qué paisaje!

Las defensas fronterizas que Mussolini había dispuesto en la frontera entre su imperio africano y Egipto no eran más que un río de alambre de espino sobre piquetes de hierro con base de cemento, formando una barrera de unos tres metros. Intrincada y amenazadora, la alambrada se extendía a lo largo de más de seiscientos kilómetros sobre las ondulantes arenas. Harry se apeó y comenzó a encuadrar la vista desde distintas perspectivas, haciendo

ángulo con el pulgar y el índice.

—Trae la cámara, Chips.

Después de que Wechsler hubo tomado unas panorámicas, Chips avanzó con el coche a lo largo de la barrera hasta que el americano encontró un montículo desde el que tomar mejores vistas. Luego, hicieron una foto con el Ford en último plano y dos del corresponsal con el pie en el estribo. Estaban tranquilamente haciendo su trabajo bajo el sol matinal, cuando oyeron ruido de motores de aviones. Eran tres bombarderos bimotores, muy altos y en dirección este. Wechsler quiso tomar una foto de los aparatos, pero no le dio tiempo a captarlos.

—Es igual, habrían salido como moscas. Necesitaríamos un gran teleobjetivo para captar algo que valga la pena. Quizás tengas razón sobre lo de la Leica. Seguiremos con eso —añadió, señalando la alambrada—. ¿Hay alguna brecha?

—Vamos a verlo —contestó Chips. Estaba muy cansado y sólo tenía ganas de dormir, pero aquel Wechsler no paraba—. ¿Qué es lo que te da tanta energía? —inquirió una vez que estuvieron de nuevo en el coche, avanzando a la busca de una brecha en la alambrada.

—El dinero —contestó Harry Wechsler sin vacilación—. ¿Sabes cuántos lectores tengo?

—Ya me lo has dicho.

—¿Eso de ahí es una brecha? —inquirió, señalando un punto en el que se había acumulado la arena, cubriendo los piquetes de hierro—. Acércate al montón de arena.

—¿Sabes lo que nos pasará si un neumático se clava en un piquete?

—Sí; que tendrás que cambiar la rueda.

—Podemos perder el cárter.

—Podemos perder la guerra. Adelante.

A Chips no le gustaba aquello. El Ford era un vehículo pesado y el bastidor reforzado y la carga aumentaban su peso. Aparte del riesgo de los piquetes de hierro, cabía la posibilidad de quedarse atascados en una zona en que cediera la arena; pero hizo lo que le decían y cuando estuvieron al otro lado, Wechsler dijo complacido:

—Estamos en Libia. ¡Lo hemos conseguido! ¿Adónde vamos? —añadió, mirando en derredor. Nunca había estado tan alejado de la

civilización.
Se veía una pista que se internaba en el desierto y que Chips dijo conducía a Al Jaghbub, el oasis italiano más próximo a la frontera. Wechsler sacó la brújula y se alejó del coche para asegurarse de que el metal no distorsionaba el movimiento de la aguja. Una vez que se hubo orientado y consultado el mapa, prosiguieron su camino fijándose en las señales de la pista y, cuando hubieron perdido de vista Siwa, a sus espaldas, se hallaron en pleno desierto. No se veían pájaros, ratas ni serpientes: todos los seres vivos debían de estar ocultos para protegerse del sol.

Una media hora más tarde, vieron algo borroso en el horizonte.

—Puede ser un espejismo —señaló Chips; pero correspondía a la indicación exacta del mapa y muy pronto el borrón se convirtió en las palmeras que señalaban el oasis de Al Jaghbub—. Podemos hacer té y dormir un rato mientras el sol esté alto.

—Té y dormir. Eso es en lo único que pensáis aquí —replicó Wechsler; pero Chips ya comenzaba a entender y detectó el tono aprobatorio.

El pueblo de Al Jaghbub estaba al abrigo de los farallones de una depresión, junto a una charca con profundidad para darse un baño.

Chips hizo té al estilo tradicional del ejército del desierto, llenando un bote con arena, echando gasolina y prendiéndole fuego, sobre el que puso la tetera con el agua. Fue un buen té, y hasta Wechsler lo admitió.

Se metieron en el agua con auténtica fruición. En el desierto es donde se aprecia de verdad el agua. Wechsler metió la cabeza en ella y notó un extraño gusto a sal y azufre. En su país, nadie se habría acercado a un charco como aquél, pero en aquel paraje polvoriento, sucio y arenoso, darse un baño era un lujo impensable. Ninguno de los dos decía palabra; se dejaron flotar en el preciado líquido moviendo despacio los brazos para no hundirse.

Al cabo de un rato oyeron el fuerte zumbido de un avión; miraron hacia lo alto y vieron que se trataba de un aparato ligero que volaba tan bajo que parecía a punto de estrellarse contra los farallones. Pero viró, ladeándose, y despareció tras las palmeras.

Era un lugar aislado y durante un buen rato fue como si estuvieran solos en el mundo. Una vez que se hubieron bañado,

hallaron un sitio a la sombra para sentarse a secarse; notaban la sal en la piel y en el pelo. Al poco rato, se les acercó un niño árabe que les vendió dátiles, que comieron con deleite.

—Chips, ¿has ido a algún partido de fútbol?

—No, nunca.

Wechsler bostezó, se tumbó en la arena y se quedó dormido…

Se despertó al sentir que una bota le daba fuerte en el hombro. Alzó la vista y vio media docena de hombres que llegaban a la alberca.

—¡Abran los brazos y túmbense boca abajo!

Era una voz ronca con acento de una región inglesa, difícil de entender para el americano.

Wechsler no sabía qué hacer. Medio dormido y sin entender bien lo que le decían, cogió el zapato en el que había dejado las gafas y el reloj, y recibió otra fuerte patada que le hizo gritar de dolor.

—¿No me has oído, hijo de puta? ¡Boca abajo!

Era un hombre con pantalón corto y camisa militar con galones de sargento, y, aunque sin gafas, Harry Wechsler percibió bastante bien que calzaba botas del ejército con calcetines de lana. El sargento alargó el pie y apartó los zapatos de un puntapié, mirándole con detenimiento.

Chips sí que había entendido lo que mandaban los agresivos recién llegados y estiró los brazos con las manos abiertas, tumbándose boca abajo, lejos del sitio en que había estado durmiendo. Querían estar seguros de que no ocultaban un revólver enterrado en la arena. Al ver que le amenazaban con otra patada, Wechsler se tumbó también.

El sargento arrastró el tacón de la bota por la arena para asegurarse de que no había algo enterrado y pateó por los alrededores hasta ver que no había nada.

—Lo tenemos todo guardado en el Ford —dijo Wechsler—. Deme las gafas.

El sargento le alcanzó el zapato y el americano se puso las gafas. Ahora veía que el sargento era un hombre de tez curtida de unos cuarenta años. Sus brazos desnudos estaban cubiertos hasta la muñeca con un intrincado tatuaje, y por el cuello de la camisa se veía más tatuaje que le llegaba hasta la garganta. Advirtió también en la camisa unas insignias que denotaban su veteranía. Detrás de

él, a cierta distancia, había una docena o más de soldados con las armas prestas y con uniformes limpios y bien planchados como es preceptivo en la policía militar.

—¿Dice que es suyo el Ford?

—¿Dónde está su oficial? —replicó Wechsler—. Soy un ciudadano americano, en un país neutral, y no tengo por qué aguantar memeces del ejército inglés.

Chips hizo un gesto desesperado con la mano, intentado que su jefe entrara en razones, pues sabía que los que llegaban a ser sargentos de la policía militar no encajaban así como así semejantes reprimendas ante los subordinados.

El sargento vio el ademán.

—Levántense y pónganse los pantalones y los zapatos —dijo, tirándole a Wechsler el otro zapato—. ¡Y tú, amiguito —añadió, mirando a Chips—, no quiero líos con ninguno de los dos! ¿Entendido?

—Yo soy americano y los dos somos civiles —alegó Wechsler.

—Y quedan los dos arrestados —replicó el sargento.

—¿Por qué? —inquirió Chips.

—Ya hablarán con el oficial encargado —contestó el sargento.

Jimmy Ross prefería quedarse en El Cairo. Se sentía más seguro en medio del tráfago de la ciudad y quería mantenerse continuamente en contacto con la oficina para estar al tanto de si surgía algún inconveniente que pudiera afectar a su situación. Sí, no le había hecho ninguna gracia que, tras el molesto viaje hasta el oasis en el que sólo había encontrado cañones viejos y un par de corresponsales de guerra, el general llegase en un avión ligero. El hombre venía con prisa y sostuvieron una breve conversación a la sombra del ala del aparato.

—Comandante Cutler, no quiero que piense que le atosigo.

—No, señor —replicó Ross.

Miró al general y luego al teniente Spaulding. No había vuelto a ver al teniente desde aquella noche en el palacio de Abdin. ¿Acompañaría Spaulding al general a cazar patos y en sus otras frecuentes ausencias? Spaulding le sonreía, como si supiera que estaba pensando en él.

El general miró al uno y al otro; no se estimaban mucho aquellos dos. Se habían odiado desde el primer momento. Eran dos figuras,

pensó el general. Spaulding jugaba a ser militar, pero era incapaz de abandonar su actitud de catedrático de Oxford, y Cutler se mantenía tan distante… Quizás se tuviese creído que su veteranía en el cuerpo de policía le otorgaba sólo a él rango de profesional. Daba igual; en tiempo de guerra, el ejército tenía que recurrir a lo que hiciese falta.

—¿Así que tiene dos presos?

—Presos exactamente no, señor. Son dos individuos que llegaron aquí hace un par de días y nos hicieron sospechar, pero son inocuos corresponsales de guerra.

—¿Está bien seguro?

—Sí, señor. A uno le conozco de vista y por eso no he querido que me reconociera.

—Muy bien. La seguridad ante todo. ¿Se siente bien, comandante Cutler? Me han dicho que se pasa día y noche en esa maldita oficina revisando todos los archivos y expedientes. No se exceda, que no quiero que caiga enfermo.

—Me encuentro perfectamente, señor. Con todos mis respetos, señor. Lo que necesito es tiempo para continuar con la investigación verdaderamente importante.

—¿Se refiere al espía de Rommel? Sí, eso es lo importante; pero en el ejército tenemos que obedecer las órdenes, por ilógicas que a veces nos parezcan.

—Hay que saber apreciar lo bueno dentro de lo malo, como dice mi sargento —replicó Ross.

Al general no le gustó la respuesta; antes de la guerra, se habría considerado insubordinación, pero estaban en guerra y aquel especialista era un caso aparte. Y el general comprendía muy interesadamente que su obsesión por descubrir al espía redundaría en algo muy positivo. Como había dormido bien, desayunado opíparamente y se sentía inmensamente complacido porque le hubiesen concedido el uso exclusivo de un avión, el hombre contestó:

—Sí, sí, desde luego. Ya le he dicho que el comandante en jefe me envió este avión, pues en el alto mando hay mucho revuelo. Y como es muy probable que me pregunten por lo que ha sucedido aquí, he querido ver personalmente lo que habían encontrado.

Jimmy Ross, que se había pasado toda la noche dando tumbos

en un camión, respondió:

—Ochocientas cincuenta metralletas Beretta y casi un millón de cartuchos.

No hacía más que repetir lo que ya había dicho al teniente Spaulding por teléfono por la mañana, pero Spaulding hizo gesto de sorpresa, como si lo oyera por primera vez.

—Aquí tiene una —dijo el teniente, que se había apartado a coger un ejemplar de un cajón abierto. La enarbolaba y acariciaba las partes metálicas, a la espera de explicar sus características.

Era curioso que a Spaulding le fascinasen las armas de aquel modo. No era muy propio de un intelectual.

—Sí —dijo el general, estirando el cuello sin acercarse y examinando el modelo que le tendía el teniente, cual si fuese un nene que se presenta al Papa para que lo bendiga—. ¿Cuál es el veredicto, comandante Cutler?

—Suficientes para cinco *Kompanien* de paracaidistas de ciento cuarenta y cuatro hombres cada una.

—Quiero la opinión del comandante Cutler —replicó el general con voz suave, aunque interiormente irritado por que Spaulding se entrometiese con una contestación tan baladí, como si le tomase por tonto.

Ross miró al uno y al otro.

—Son armas italianas. ¿Tienen, acaso, los italianos tropas paracaidistas?

El general no sonrió, pero le divirtió la respuesta. Sí, el comandante tenía razón: de momento, que se supiera, no había tropas paracaidistas italianas. Y decidió guardarse aquella astuta respuesta para contrarrestar un posible interrogatorio engorroso en el cuartel general.

—Nadie les pide el pasaporte —replicó Spaulding con su tono doctoral—. Alemanes o italianos, ¿qué diferencia hay? Y, en cualquier caso, esta arma es tan buena como su equivalente alemana, la
MP
del treinta y ocho. Quizás haya algún motivo logístico, como podría ser el amunicionamiento.

—No soy especialista en armas de fuego —dijo Ross.

El general añadió:

—Si los alemanes lanzaran tropas con paracaídas y tomasen este oasis y el de Siwa, al otro lado de la alambrada, nos fastidiaría bastante, ¿no es cierto?

—Pero tendrían que comer y abastecerse —replicó Ross, que casi apenas sabía nada de armas, estrategia y logística.

—El mayor problema de una guarnición sitiada es el agua —terció Spaulding en tono de autoridad—. Sin comida, la tropa puede resistir mucho tiempo.

Ross estuvo tentado de añadir: pero no sin munición; pero entrar en pugna con Spaulding —aunque fuese una pugna amistosa— no le interesaba. Y, según Lionel Marker, el general estaba deslumbrado por la formación académica del teniente y hacía caso de sus teorías sobre cualquier tema, ya fuese la astronomía o el sionismo.

Spaulding interpretó el silencio como signo de que ambos deseaban saber algo más de su teoría.

—No sé si habrán leído los informes de Inteligencia sobre las tropas paracaidistas alemanas, pero son capaces de apoderarse de unos cuantos puntos como éste sin que nadie se entere. Y así, de pronto, podemos encontrarnos con un reducto alemán en retaguardia que presione sobre nuestras líneas logísticas.

El general no era inmune al placer que procura ver a un subordinado compitiendo con alguien por impresionar.

—¿Qué dice a eso, Cutler?

—Mire, últimamente he leído muchos informes de Inteligencia. Demasiados. Sé que desde la invasión de Creta hay muchos obsesionados con las tropas paracaidistas alemanas; pero mis hombres opinan que estas armas forman parte de un transporte de algún antiguo depósito italiano.

—Peligrosos juguetes, Cutler —dijo el general, que ensayaba la clase de conversación a que posiblemente se enfrentaría en el alto mando—. Si los alemanes han dejado estos cacharros por aquí, además de explosivos y munición, etcétera, podrían lanzar tropas en paracaídas y avanzar en cuestión de una hora.

—Según el informe de Inteligencia que he leído —replicó Ross, tenaz—, los trimotores Junker de transporte no tienen capacidad más que para doce paracaidistas con equipo completo. Para trasladar hasta aquí a cinco compañías de infantería necesitarían unos setenta aparatos; y eso supone mucho ruido y movimiento

para una operación secreta. Y mucha suerte tendrían que tener para llenar el cielo de aviones y eludir nuestro radar y los cazas.

—A pesar de todo, Cutler —replicó el general, que no quería renunciar a su tesis del peligro que constituía aquel oasis, y pensando en que descartarla tan tajantemente como Cutler acababa de hacer, limitaría gravemente su participación en la conferencia. Sí, lo mejor sería señalar que existía cierto peligro, pero nada que sus hombres no pudiesen solucionar—, creo que debemos dejar aquí una guardia permanente: veinticuatro horas. Lo habitual. Escoja unos hombres de confianza.

—Hay otro aspecto, señor —dijo Spaulding—. El oasis de Siwa es una antigua base del ejército egipcio.

—Sí, cierto —replicó el general, llevándose la mano al rostro y masajeándoselo; señal de que no captaba lo que el teniente quería decirle, una señal que Spaulding era experto en detectar.

—¿No sería un cargamento para uso de nuestros amigos del ejército egipcio? —añadió el académico, que, por haber sido víctima del robo de su bolsa en el andén de la estación el día de su llegada, consideraba con alevosía cuanto decían o hacían los egipcios.

—Humm —dijo el general—. Desde luego, últimamente han estado poco amistosos. ¿Qué opina, Cutler?

—Es muy posible, señor. Desde luego, hay mucho descontento entre la oficialidad media del ejército egipcio. En nuestra más reciente información se habla de esa docena de conspiradores que amenaza con ponerse en contacto con Rommel y entregarle la mayor cantidad de información confidencial que caiga en sus manos. Pero crear una unidad de combate con voluntarios egipcios, armándolos y equipándolos para que puedan ayudar a Rommel es… inverosímil.

—Sí, generalmente son más habladores que activos —dijo el general.

—No disparan contra los soldados ingleses —añadió Ross—, y espero que no lo hagan.

—Sí, claro que no, claro que no —añadió el general, mirando el reloj—. ¿Está ahí el piloto?

—A la espera, señor —contestó Spaulding.

El general se detuvo un momento a contemplar la punta de sus

botas altas, pensativo.

—Debemos actuar de forma unánime, muchachos. La consigna es no provocar a los indígenas o nos encontraremos con una guerra civil, ¿saben? Otra cosa, Cutler.

—Diga, señor.

—No me atrae la idea de que esas malditas metralletas se queden ahí a la espera de que lleguen sus dueños. Será mejor que vengan unos oficiales de Material y les quiten los percutores o lo que sea para que no funcionen.

—O mejor —terció Spaulding—, que hagan que la bala explote en el cañón cuando se hagan un par de disparos. Así nos deshacemos fácilmente de unos cuantos alemanes.

—Buena idea, Spaulding. Encárguese de ello.

—Sí, señor —contestó Ross, que no sabía si la ingeniosa modificación del teniente era posible, pero estaba deseando que se marchasen.

El general se volvió hacia el aparato y Spaulding avisó al piloto, abrió la portezuela y puso su mayor atención a que el general plantara el pie bien en la escalerilla, al tiempo que le ayudaba a subirla.

Ross los contemplaba impasible. El teniente Spaulding subió al avión sin soltar la metralleta italiana.

—Comandante Cutler, me la quedo por si quieren examinarla en el alto mando.

—Muy bien, señor Spaulding —dijo Ross.

Se sentía ya mejor ante la perspectiva de volver a estar solo. Había momentos en que creía que no iba a ser capaz de continuar fingiendo su papel. Por otra parte, era tentador pensar que la mejor manera de escapar era estar lo más cerca posible del frente. ¿Cuántos no habrían solucionado sus problemas asumiendo la identidad de compañeros caídos en combate? El quid de la cuestión estaba en si era preferible ir con documentación de una persona real o de una ficticia.

Saludó y el general le contestó con un ademán imperioso. Ross permaneció quieto, viendo cómo el avión rodaba hasta el final de la pista de arena. El piloto aceleró el motor y, con los alerones bajados, inició la carrera del despegue y se elevó bamboleándose en el cálido aire. En aquel aparato no habría mucho sitio para el

equipaje del general y de su sirviente. Pobre Spaulding. Probablemente se vería obligado a restregarle las botas. Una idea consoladora.
Dos horas y media más tarde, se veía la ranchera Ford con Harry Wechsler y Chips
O'Grady
avanzar por la pista del desierto que conducía del oasis de Al Jaghbub, a lo largo de la antigua frontera de alambre, a la costa. El itinerario no era tan bueno como el que habían seguido por el lado egipcio de la frontera, y, a ratos, Chips tenía que aminorar la velocidad para estar seguro de no salirse del camino, y, varias veces, tuvo que adelantarse Harry Wechsler para buscar señales cubiertas por la arena.

Únicamente cuando llevaban ya recorrido un gran trecho en dirección norte sacó Wechsler a colación el tema del largo y agresivo interrogatorio al que les había sometido un capitán inglés llamado Marker antes de permitirles continuar el viaje.

—No nos dejaron ver a ese maldito comandante —dijo Wechsler —. Bien oculto se mantuvo, ¿no te parece? Al principio no hacían más que amenazarnos con la intervención del comandante, y, luego, ni aparece.

—Sí que tiene gracia —comentó Chips.

—Gracia, ninguna —añadió Wechsler—. Ese cabrón sabía que le iba a cantar las cuarenta. Y aún pienso armar jaleo.

—Yo no lo haría, Harry. Esos de seguridad hacen la ley y si empiezas a remover cosas te arriesgas a que te retiren la acreditación.

—Eso no pueden hacerlo —replicó Wechsler riendo.

—No pondría yo mi mano en el fuego —añadió Chips.

—¿En qué iban a escudarse?

—Alegarían que eres un riesgo para Seguridad y, zas, tu agencia te deja en la estacada. He conocido casos. Los periódicos se cuidan mucho de no irritar al ejército para no quedarse sin corresponsales. Es lógico.

—Sí, claro que es lógico —gruñó Harry—. Igualito que la actuación de la Gestapo.

—Están en guerra, Harry. Se atienen a las reglas, y si te quitas los guantes te sacuden con una barra de hierro.

—Es que ni me han dado el nombre del comandante.

—Seguridad, Harry. Ellos conservan su ventaja y nadie va a defendernos si hay jaleo.

—Sí, me imagino que tienes razón.

—La tengo —añadió Chips.

—Era un asunto sobre metralletas: Beretta. ¿Oíste lo que decía ese pequeño que estaba afuera?

—Sí. Que todo el lugar estaba repleto de armas cortas y que si los egipcios las recogían podían causar graves problemas.

—Ya lo creo.

—Y ninguna noticia en Siwa —añadió Chips, pensativo.

—En eso estaba pensando —dijo Wechsler—. ¿Sabes una cosa? Yo diría que esos que vimos anoche cuando la cena estaban metidos en algún negocio ilegal.

—¿Y no se lo has dicho a los de Seguridad?

—Claro que no.

—No, desde luego. Si se lo hubieses mencionado, los habrían detenido sin contemplaciones por conspiración o cualquier otra cosa.

—Esos tíos no eran corresponsales —añadió Wechsler.

—¿Y se te ocurre ahora?

—¿Tú lo sabías?

—No, me di cuenta después; cuando empecé a pensarlo. Periodistas no eran.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mira, Harry —añadió Chips—. Puede que no conozca a todos los corresponsales de prensa que hay en Oriente Medio, y me imagino que habrá unos cuantos falsos, un par de negros y un montón de advenedizos a los que no conozco. Pero de una cosa estoy seguro: todos ellos me conocen, me conocen de nombre. Cuando digo a un periodista que me llamo Chips O'Grady, me conoce, ¿sabes?

—Ya —replicó Wechsler.

—Vamos, que no miran al cielo y bostezan. Se me quedan mirando y piensan: así que éste es el borracho cabrón de quien tantas cosas me han contado.

—¿Y quiénes eran esos dos tipos?

—Pues maleantes. Desertores probablemente.

—¿Y no tendrían nada que ver con las Beretta?

—Que volvieran del oasis de Siwa y quisieran convencemos de que no nos acercásemos… Sería mucha casualidad que no tuvieran nada que ver —dijo Chips.

—Contrabandistas. Debía haberles mirado con más atención, y al camión que llevaban. Nos hemos perdido una historia —dijo Wechsler.

—Y yo habría debido preguntarles dónde comprar una Leica —añadió Chips.

15

Aquello era bien distinto. En aquella franja de desierto en que se combatía, los hombres cambiaban. Su ropa no era igual, hablaban de otra manera y su mirada y el modo de moverse eran otra cosa muy distinta a lo que se veía en retaguardia.

El Cairo de tiempo de guerra estaba plagado de bandas de delincuentes y las autoridades se encontraban desbordadas. Para Toby Wallingford y su banda de desertores la venta de material robado se había convertido en su modo de vida normal, aunque rara vez lo decían; todos ellos comentaban que Wally debía de estar loco por organizar un trabajo tan difícil cuando podían hacerse ricos robando en los almacenes del ejército y gastarse el dinero en *cabaret*, bebida y mujeres.

La zona del frente era un ámbito militar cerrado en el que los árabes y la población local raras veces se dejaban ver. Y, sin embargo, el aspecto de los combatientes era muy poco marcial; parecían pordioseros. Llevaban la ropa sucia y desgastada, y todos tenían el rostro curtido y miraban inquietos de un lado a otro. Y, a semejanza de los pordioseros, se habría dicho que llevaban puesto lo único que poseían. Incluso a pleno calor del mediodía, tropa y oficiales deambulaban embutidos en abrigos con guerrera y jersey, pues llevar puestas esas prendas era la mejor manera de transportarlas.

Los dos camiones de Wallingford ostentaban la insignia de los comandos del desierto, una unidad secreta inventada por él, no más extraña que muchas de las formaciones oficiales, como el ejército privado de Popski. Pasaron ante un centinela que les miró con simple interés fortuito; en aquel momento entraban en una de aquellas «cajas» que los generales habían decidido como parte de la nueva estrategia. Tras alambradas de espino y trincheras, artillería e

infantería, y en este caso unos blindados, esperaban el próximo avance de Rommel, contra el que habían dispuesto vastos campos de minas conectando las cajas y formando una larga línea defensiva.

En aquella caja había blindados, tiendas y unas chozas destartaladas construidas por un equipo de exploradores italianos mucho antes de la guerra. Desde lejos se veía poca cosa, pues aquel ejército llevaba suficiente tiempo en el desierto para haber aprendido que el modo de atrincherarse establecía la diferencia entre la vida y la muerte: los blindados y otros vehículos estaban situados en hondonadas abiertas en la arena, con las tiendas levantadas al socaire de los mismos, y aquí y allá habían improvisado cobertizos con material capturado a los italianos, como tela impermeable, planchas de chapa ondulada y cajones. Todo ello cubierto con red de camuflaje que proyectaba un tupido dibujo sobre la arena.

—¡Cuidado con la cartera, que ha llegado Wally el marino! —exclamó un oficial con chaleco de cuero y gorra desgastada.

Wallingford le saludó con la mano y paró el camión.

—Hola, Piggy —dijo.

Él, allí se movía entre una plétora de compañeros de colegio.

—¿Adónde te diriges esta vez? —inquirió el teniente Piggy Copeland, un hombre de sonrisa agradable, nariz y frente tostada y grotesco corte de pelo que le dejaba peladas las sienes y grandes mechones en la nuca.

—Ya empieza a hacer calor, ¿eh? Tomaremos por la pista en cuanto oscurezca —contesto Wallingford, saltando del asiento y agachándose con gesto de colegial para coger un puñado de arena.

—Y queréis comer algo. ¿Cuántos sois? —inquirió Piggy, limpiándose el sudor de la frente con el revés de la mano.

—Yo y quince —contestó Wallingford, dejando escapar la arena por entre los dedos.

Piggy no dijo nada. Había visto hombres que llegaban y tocaban la arena del desierto, pero los que vivían y combatían allí no hacían eso. Él tenía arena de sobra para el resto de su vida.

Se adelantó a mirar los dos camiones con la insignia de la serpiente. Como la mayoría de los oficiales jóvenes, le habría gustado servir en uno de aquellos grupos de fanfarrones que

operaban por todas partes, y sentía envidia de Wallingford por su buena suerte.

—Envía a tus muchachos a la tienda cantina. Queda comida de sobra. Seguimos muy escasos de agua, como siempre, pero, de comida, hay toneladas.

—¿Has oído, sargento? —dijo Wallingford a Percy—. Que los mecánicos miren los camiones y reposten. Y llenad también los bidones alemanes. El resto de los hombres pueden ir a comer y tal vez a echar una cabezada. Si me necesitas, dame una voz, que no andaré lejos.

—¡A la orden! —contestó Percy, dirigiéndole, en posición de firmes, un perfecto saludo, al que Wallingford correspondió con un chasquido de dedos. Los dos se miraron. Percy sabía lo peligroso que era que la pandilla de desertores de Wallingford se mezclase con soldados, pues bastaría cualquier pendencia para que se descubriese lo que eran. Estando Percy al tanto, era improbable que se produjese tal desastre. Por el año que había pasado en Inglaterra, antes de estallar la guerra, trabajando en su tesis universitaria, Percy había adquirido un profundo conocimiento de los ingleses, la clase de conocimiento que sólo los forasteros adquieren.

—Y pon una red sobre los vehículos, que ahora estamos en el frente —añadió Wallingford.

Vio cómo Percy daba órdenes a los hombres y se alejaba, y se volvió sonriente hacia su antiguo compañero de colegio. El riesgo de la aventura le producía un estremecimiento de placer. ¡Si Piggy supiera su secreto, se quedaría de piedra!

—¿Adónde vas, Wally?

—Sabes que no puedo decirlo, Piggy.

—¿Alguna incursión?

—¿Con quince hombres? —replicó Wallingford con un bufido—. Vaya idea.

—Por el oeste, prácticamente no hay más que alemanes —añadió Piggy—. Y a la izquierda tienes kilómetros y kilómetros de campos minados, hasta la franja en que los de la Francia libre aguantan en Bir Hacheim. Yo, tan al sur, no he estado nunca. Y a nuestra derecha ha tomado posición una unidad india de infantería sij, muy buenos combatientes nocturnos, Wally. Pero hace dos noches enviaron una patrulla en descubierto y sólo regresó un

hombre.

—Mal asunto —comentó Wallingford.

—Cuando los alemanes están tan decididos a que no les observen, suele ser que preparan algo.

—Piggy, te he traído una caja de Johnnie Walker. Por las molestias. Me dijiste que al comandante le gustaba.

—Lamentablemente, ya no está con nosotros —contestó Piggy—. Hace dos semanas su conductor se metió en un campo de minas sin señalizar. Con la cantidad de minas que han puesto los italianos y los alemanes, y las que pusimos nosotros cuando vinimos por aquí la primera vez, ya ni se sabe por dónde se anda. Más vale que eches un buen vistazo al mapa antes de marcharte. Y aun así puedes tener problemas. ¿Llevas detector de minas?

—Eres un optimista de categoría, Piggy. Igual que en el colegio.

—Sí, por eso sigo con vida —replicó Piggy.

—¿Y quién ha reemplazado al comandante?

—Su segundo hasta que se le infectó una muela. Ahora está al mando el capitán Anderson.

—¿Ese palurdo?

—Cuidado, Wally —dijo, haciendo una pausa—. Desde luego, no se sabe si le confirmarán en el mando.

—¿Pero no me dijiste que era sargento el año pasado?

—Ahora las cosas van rápido. Tú mismo llevas galones de teniente con mando. Mira, ahí llega Andy. Y no insinúes nada sobre palurdos, Wally, que Andy está últimamente muy quisquilloso.

—No le enfadaré —replicó Wallingford, sonriendo por la preocupación de su amigo—. ¿No ves que necesito su ayuda?

De una tienda, acababa de salir un oficial alto, apoyándose en un bastón que usaba desde que se había golpeado la rodilla al saltar de un coche en llamas. Wallingford le recordaba de su anterior viaje, y no le gustaba.

El capitán Andy Anderson se les acercó despacio con cara de pocos amigos. Venía de la tienda que ocupaba el encargado de transmisiones, que en aquel momento trataba de captar el boletín informativo de la

BBC

, pero la recepción diurna era mala y lo único que habían sintonizado eran chasquidos y pitidos estáticos. Su rostro de perro

frunció el ceño y dijo:

—¿Otra vez por aquí, Wallingford? ¿Dónde tiene anclado el barco? Lejos para ganar la maldita guerra, ¿no?

No se esforzaba en suavizar su fuerte acento de Yorkshire. Se atusó el pelo con la palma de la mano y, aunque su corte no era tan grotesco como el de Piggy, en la nuca, el barbero se lo había dejado torpemente escalonado.

Para evitar que su amigo tuviese que responder a la grosería de Andy, Piggy cambió de tema. Se había dado cuenta de que Wallingford miraba los cortes de pelo.

—Antes teníamos uno que había sido barbero en la compañía Cunard. Pero murió abrasado con sus utensilios y nadie sabe cortar bien el pelo con tijeras —dijo riendo.

Wallingford rió también, pero Andy no se unió a ellos. No le gustaba ver a aquellos dos amigos juntos.

—Una incursión de rutina —dijo Wallingford con modestia. Asumía como algo natural la hostilidad que muchos oficiales mostraban hacia los cuerpos especiales, sobre todo si los mandaba un oficial de marina.

—Los alemanes han hecho un alto —dijo Piggy, con un nuevo esfuerzo por trenzar una conversación amigable—. Y parece que se están atrincherando en todo el frente. Mejor; no estamos en buena forma para aguantar otra embestida.

Andy alzó el bastón como si fuese un palo de golf, lo dirigió hábilmente contra una piedra que fue a parar a la maleza y, sin mirarles dijo:

—Rommel efectuará otro avance antes de que comiencen los calores. Hará todo lo que pueda por llegar hasta Tubruq, porque necesita las grúas del puerto para descargar sus tanques, la artillería y la munición. Sin un puerto cercano al frente de combate se verá siempre escaso de suministros.

—¿Está muy cerca? —inquirió Wallingford—. ¿Cree que avanzará por aquí?

—No. Piense un poco —respondió Anderson—. Rommel tiene que seguir la ruta más corta; es decir, la carretera de la costa. Y está trasladando sus mejores unidades al norte. Aunque nos ataque, aquí, tan al sur, no habrá mucho combate. En tierra es débil y retrocedió mucho con cobertura de artillería para que no

pudiésemos descubrir su situación.

—Wally necesita saber qué tenemos delante de nosotros, porque va a salir esta misma noche. Va de incursión —añadió Piggy, sin poder ocultar su admiración—. Le he invitado a comer.

Anderson no contestó enseguida, miró su reloj y dijo:

—Vamos a beber algo. —Se encaminaron los tres hacia la tienda que hacía de comedor de oficiales—. El sol está sobre la verga —añadió—. ¿Es correcta la terminología marina, Wallingford?

—Exacta —respondió Wallingford.

—Wally ha traído una caja de Johnnie Walker para el viejo —dijo Piggy.

—El viejo la palmó —dijo Anderson con esa rudeza a que a veces recurren los hombres para ocultar sus sentimientos—. Murió cuando intentaba salvar a solas a una compañía del cuartel general.

—Los alemanes sitúan muy requetebién la artillería —dijo Piggy con la mayor naturalidad posible—. La emplazan muy hundida, tan hábilmente que no lo notas hasta que el obús le pasa silbando, Y ni siquiera se les ve.

—¿No me habías dicho que el coronel se metió en un campo de minas? —inquirió Wallingford.

—Ya estaba muerto —dijo Anderson, categórico. El coche blindado del coronel iba en llamas hacía rato y Anderson no quería pensar lo que habría debido ser aquello si los tripulantes no eran ya cadáveres—. Y el conductor, seguramente también. Se le había desprendido una rueda y estaba trazando círculos. Su coche en llamas fue lo que distrajo la atención del enemigo y nos permitió escapar.

—¿Dónde quiere que le dejen la caja de *whisky*? —inquirió Wallingford.

Anderson no contestó.

Al llegar a la tienda, Piggy levantó el batiente para que pasasen. El sol brillaba a través de la lona, difundiendo una luz verdosa veteada y moteada como el agua de un acuario. Al fondo había cinco sillas plegables y unos bidones de raciones de campaña a guisa de taburetes o para dejar los vasos. En la porción en que el techo era más alto, habían situado una larga mesa plegable con mantel de cuadros, con sus cubiertos y vasos y unas botellas de vino italiano capturado al enemigo, un poco turbio por efecto del calor.

El difunto coronel era muy dado a mantener el formalismo del comedor de oficiales por muy precaria que fuese la situación.

—Cabo, ponga otro cubierto —dijo Piggy a uno que examinaba absorto una gran lata sin etiqueta—. ¿Qué bazofia hay para almorzar?

—No sé de qué es esta lata, señor —dijo el soldado debe de ser buey o lonchas de tocino.

—Latas sin etiqueta —comentó Anderson—. Sí, teníamos cursado un pedido de eso al cuartel general de Oriente Medio. Cabo, para saber lo que hay en una lata sin etiqueta, se abre y se mira.

—Sí, señor —contestó mohíno el cabo, que ya conocía la broma.

—Y tráiganos tres *whiskies*.

Sólo media mesa estaba ocupada por platos y cubiertos. Wallingford iba a comentario, pero comprendió que era porque el regimiento había sufrido graves pérdidas y no era cosa de recordarlo.

—Mejor será que mande a alguien que le acompañe durante medio kilómetro —dijo Anderson, como lamentando su agresividad —. No es fácil seguir la «pista» después de los combates. Hay sitios en que solo no sabría por dónde seguir. Le pondré un guía para medio kilómetro y luego continuará por su cuenta.

Wallingford asintió con la cabeza. Era una decisión y consideró más conveniente no dar las gracias.

—Ve con cuidado, Wally —añadió el preocupado Piggy—. Por allí puede que haya pocos alemanes, pero la artillería dispara a tiro rasante y si notan que algo se mueve, aprietan el botón y te pulverizan.

—Así tendré algo en que pensar cuando vaya silbando por las dunas —replicó Wallingford en broma.

—Lo digo por tu bien —añadió Piggy.

—Sí, eres un buen tipo, Porkers. Y te lo agradezco.

En el colegio, Piggy era el más pequeño, y, aunque sólo se llevaban dos años, la vida escolar había marcado indeleblemente la relación.

Les trajeron el *whisky* en unas tacitas plateadas.

—Salud —dijo Wallingford.

—Salud —contestaron los otros dos con sequedad, bebiendo el

whisky sin paladearlo, como una medicina.

—¿Y no podéis ir a pie? —inquirió Piggy.

—¿Para la incursión nocturna? No, no podemos ir a pie, muchacho.

—A pie se avanza mejor. Esos camiones meten mucho ruido de noche.

—¿Más que de día?

—Ya me entiendes, Wallingford.

Se oyeron unos breves pitidos cerca de la tienda.

—Incursión aérea —dijo Piggy, y siguió bebiendo, esforzándose por no mostrar inquietud.

Wallingford se llegó a la entrada y levantó el batiente para asomar la cabeza. Ya se oían los motores de un avión lejano. Con la taza en la mano, Piggy se le acercó.

—Viene todos los días a la misma hora —dijo.

Había demasiada calina para ver bien el aparato, pero el ruido de sus motores creció en el momento en que efectuaba un viraje para dirigirse de nuevo hacia ellos.

—Es de reconocimiento —dijo Piggy—. Están haciendo un mosaico fotográfico para preparar el ataque.

Nada más acabar de decirlo, oyeron, cosa de unos seis kilómetros a la izquierda, las explosiones de las bombas arrojadas por el aparato.

Agacharon los dos la cabeza instintivamente, volvieron a erguirse y Piggy esbozó una sonrisa bobalicona.

—Pues sí que ha sido el avión de reconocimiento —dijo, y se llevó la taza a los labios, temblándole ligeramente la mano. Wallingford miró hacia el interior de la tienda y vio que Anderson le escrutaba, como responsabilizándole de todos sus infortunios.

—Lo necesitaba —dijo Wallingford, volviendo a su sitio y apurando el *whisky*.

—Debe de haberles caído a los indios —dijo Piggy—. No debían de tener muy buen camuflaje.

—Sí —añadió Wallingford, pensando en que Piggy necesitaba un motivo para esperar que no le bombardeasen igual.

Anderson no hizo comentarios y siguió bebiendo el *whisky* como si estuviera solo.

El almuerzo con los oficiales fue un velatorio. Llevaban todos en

primera línea mucho tiempo y sus ánimos estaban en las últimas; la pérdida de un comandante apreciado por todos había sido un fuerte golpe para su moral. Era como si lo considerasen una injusticia. Habían hecho retroceder a Rommel por media África hasta El Agheila, y cuando empezaban a pensar que terminaban su tarea, Rommel había reaccionado con un espectacular contraataque, haciéndoles retroceder. Y allí estaban parados, pero más bien porque Rommel se había detenido que porque ellos le hubiesen obligado a hacer alto. Wallingford notaba aquella sensación latente de que no iban a poder contener la siguiente arremetida alemana, en el convencimiento de que Rommel había vuelto a recuperar fuerzas.

No se habló mucho y las moscas no dejaron de torturarles durante toda la comida. En aquella época del año era imposible comer nada sin comerse unas cuantas; por mucho que se las espantase a manotazos, siempre quedaban algunas en los bocados. Casi todos fumaban, pero el humo no las arredraba. Un oficial se echó un trozo de red por encima de la cabeza y comió bajo la improvisada tienda, pero aun así consumió su ración de moscas.

—Tenía ganas de salir de allí —dijo Wallingford a Percy aquella noche mientras los dos camiones, cargados con hombres de los comandos del desierto, avanzaban hacia el oeste por la pista—. Esa gente no piensa más que en la batalla y comenzaban a horripilarme.

Ya era noche cerrada. El cabo que les había ayudado a encontrar la pista a través de los campos de minas ya había desparecido de su vista al otro lado de un montículo, de regreso al campamento, y podían hablar sin temor. Wallingford subió a la trasera del camión y dijo:

—A partir de ahora, es Percy el único que habla. Si nos dan el alto, que nadie diga una palabra. ¿Entendido?

—Cuando crucemos las líneas alemanas… —comenzó a decir uno joven.

—¿Queréis escucharme? —replicó tajante Wallingford—. No vamos a cruzar las líneas alemanas. Vamos a un pueblecito que hay en esta pista. Es muy probable que no veamos ni rastro de alemanes. Por lo que he visto en el mapa, hay kilómetros y kilómetros de desierto entre la «caja» que hemos dejado y los alemanes más próximos. El sitio al que vamos está a cosa de

kilómetro y medio de aquí, y Percy conoce el camino como la palma de la mano. ¿Verdad, Percy?

—Sí, señor.

—¿Qué vamos a coger, señor?

Wallingford lanzó un suspiro.

—Idiotas, ¿es que no escucháis?

—Se me ha olvidado.

—Instrumentos ópticos. El depósito que tiene Percy de instrumentos ópticos: prismáticos, cámaras, telémetros; la clase de cosas por las que se pelean para comprarnos en El Cairo. El gran golpe. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Wallingford decía siempre aquello del gran golpe, pero cuando se echaban cuentas, en el reparto nunca quedaba reflejada la opulencia que todos esperaban.

—Allí delante, en la pista, hay unas chozas… señor.

A finales del siglo XIX, cuando los exploradores europeos batían aquella región, el pueblecito que figuraba en los mapas del ejército con el nombre de Bir el Trigh tendría unas doscientas viviendas. Eso era lo que tenían a la vista. Pero conforme se habían ido secando los pozos, la población fue disminuyendo, las casas de adobe se habían desmoronado y allí no quedaba más que un lugar en el que acampaban las caravanas, y desde que había comenzado la guerra, ni siquiera eso.

Fue Percy quien se adelantó a pie a echar un vistazo. Los demás bajaron de los camiones y aguardaron en cuclillas en la arena. Algunas casas estaban enteras y Percy se aproximó con cautela. Era uno de esos sitios que los dos bandos elegían a veces como puesto de observación o avanzadillas transitorias.

Hasta que Percy no regresó, haciendo señas con los brazos como habían convenido, no se produjo un suspiro general de alivio. Pusieron en marcha el motor de los camiones y avanzaron hasta el rectángulo de tierra apisonada que otrora fuese el centro de un pueblo próspero. Algunas de las casas de adobe conservaban indicios de los buenos tiempos y había letreros de tiendas y anuncios de metal esmaltado en los muros de un edificio que había sido almacén y oficina de cambio.

Para aquella región era una edificación descollante que

destacaba entre las otras y contaba con una tapia baja que había protegido una plantación de palmeras datileras.

Percy conocía el lugar, pues, antes de desertar, cuando era teniente en el ejército de Rommel, había ido allí con un coronel de intendencia del estado mayor. No había olvidado aquella visita.

—Por aquí —dijo Percy con gesto autoritario, apartando una plancha de chapa ondulada y salvando un escalón que daba entrada a una de las casas—. No hay trampas explosivas —añadió. Y para demostrarlo se lió a puntapiés con las cajas vacías y los periódicos alemanes que cubrían el suelo.

Los llevó hasta una de las habitaciones traseras y apartó la basura con la bota. Luego, pateó en el suelo hasta dar con una raya.

—Aquí —dijo, agachándose y tirando de una anilla que hizo levantarse una trampilla con un chirrido de las bisagras—. ¿Y la linterna?

Acercaron una gran linterna al hueco y el haz luminoso recorrió el perímetro del vacío sótano.

—No hay nada —dijo Wallingford, expresando en voz alta lo que Percy se temía.

—No pasa nada —replicó Percy—. Ya verá. Está escondido. No hay escalera. Sujetad la cuerda, que voy a bajar.

Los hombres contemplaron al intrépido Percy descender por el oscuro hueco. Cuando su cabeza se hallaba a unos cuatro metros y medio de ellos, sus pies tocaron el accidentado suelo.

—Pasadme la luz —dijo.

Ataron la linterna a la cuerda y se la bajaron. Percy la encendió y, agachado, se internó por un túnel excavado rudimentariamente que iba en descenso.

—¿Lo encuentras? —gritó Wallingford, impaciente, sin obtener respuesta—. ¡Percy!, ¿me oyes?

Desde abajo llegó la temblorosa exclamación de *Scheisse!* [14] y algunos otras maldiciones en alemán. Luego, se apagó la linterna y se oyó un ruido como si Percy se hubiese dado un porrazo, quedando inconsciente, pero reapareció por el túnel con la linterna rota, pidiendo otra.

—¿Qué demonios ha pasado? —inquirió Wallingford.

—Una serpiente —contestó Percy—. Bueno, dos o tres. Son muy rápidas y me he cargado la linterna. Lo siento.

—¿Qué clase de serpientes?

—No les he pedido los papeles —replicó Percy, indignado—. Baja tú y lo ves.

A Wallingford no le apetecía bajar a aquel sótano, pero su autoridad estaba en entredicho. Asió la cuerda y descendió en rapel igual que Percy.

—Percy, ¿dónde estás? —dijo, en la oscuridad.

—Tranquilo —contestó el alemán—. He encontrado el generador.

Wallingford estiró cauteloso el brazo y palpó el techo del túnel calculando su anchura. Luego, paso a paso, continuó hacia donde estaba Percy.

—Ven, que no hay peligro —dijo Percy, con voz que resonó sordamente. Animado por las palabras del alemán, Wallingford agachó la cabeza y continuó por el inclinado túnel, mirando en todo momento el suelo por si había serpientes.

Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y vio la luz floja amarillenta de la linterna de Percy al fondo del túnel.

La había dejado en el suelo y proyectaba un fulgor dorado sobre las paredes de tierra roja del túnel, y en el momento en que Wallingford llegó junto a él, Percy ya había abierto la tapa de un panel de fusibles que había en la pared; tocó diversos interruptores y fusibles y se acercó, agachándose, a un generador portátil.

—Aparta, que voy a probar —dijo.

Dio un fuerte tirón a la cuerda de arranque, pero el motor no se encendía. Probó cuatro veces más y a la quinta el motor arrancó. Surgió un ráfaga de humo y el fragor de las revoluciones resonó con estrépito en aquel espacio cerrado.

—Nos asfixiaremos —dijo Wallingford.

—No —replicó Percy riendo—. Ya verás —añadió, abriendo la tapa del cuadro de fusibles y tirando de la palanca del interruptor principal.

Un centenar de gusanitos rojos que colgaban del techo se volvieron color naranja y amarillos y los filamentos se encendieron iluminándolo todo.

—¡Guau! —exclamó Wallingford. Era asombroso. El túnel desembocaba en otro más ancho de paredes de piedra reluciente. Tendría más de siete metros de alto, en algunos tramos era el doble

de ancho y doblaba a derecha e izquierda, perdiéndose de vista.

—Es el lecho del río subterráneo que alimentaba los pozos —dijo Percy—. Ahora no es más que una caverna seca.

—¿Y aquí has dejado los instrumentos ópticos?

En vez de contestar, Percy avanzó unos pasos y tocó uno de los cajones que había allí, apilados con minuciosidad alemana, mostrando las etiquetas todas al derecho.

—¿No se habrán estropeado?

—¡Están perfectamente! Éste es un sitio fresco y seco. Nuestro capitán era un hombre mayor que había sido ingeniero de minas y sabía lo que se hacía.

—¿Y por qué no lo retiraron todo a la retaguardia? —inquirió Wallingford, que deseaba que el otro se lo volviera a explicar.

—Ya te lo dije. Eran de la división veintiuna de Panzers, en la que yo estaba. Y al dirigirse al norte, murieron todos en Sidi Rezegh en combate contra la brigada sudafricana. Fue cuando me apoderé de la libreta de pagos sudafricana y eché a andar hacia el este para hacer la paz por mi cuenta. El coronel del que era escolta regresó a Berlín. Así que soy el único que queda, créeme. Hasta la documentación administrativa ha desaparecido. No hay una sola alma en África que sepa que este material está aquí.

—Qué maravilla —dijo Wallingford, acercándose con la linterna a leer las etiquetas de los cajones.

—Casi todo lo que hay me lo sé de memoria —añadió Percy.

—Estupendo —comentó Wallingford, acariciando las cajas.

—No podremos llevárnoslo todo —añadió Percy—. Tendrás que determinar qué es lo más vendible.

—Hamburgo —dijo Wallingford, leyendo las etiquetas—.

Zeiss-Ikon,

Dresde; Mauser-Werke

A.G.

, Oberndorf; Schneider Optik, Kreuznach; Voigtlander, prismáticos Leitz. Un microscopio. ¡Mira, un cajón con cámaras fotográficas! —exclamó entusiasmado. Eran las mejores marcas, los nombres que embrujarían a los compradores que codiciaban aquellos juguetes caros—. Sí que es un lugar seco, Percy. Ya lo creo.

Y se echó a reír con estridencia, casi histérico, al extremo de que el alemán se alarmó un poco.

—Qué tragedia que los hombres se maten entre sí —añadió Wallingford, cambiando súbitamente de ánimo—. ¡Qué locura! El hombre debería dedicarse a hacer todo lo que el mundo necesita… puentes, barcos, carreteras, edificios… y no a destrozarlos. Por eso he abandonado el juego.

Percy no escuchaba. Conocía de sobra las sensibleras elucubraciones de Wallingford sobre su deserción y su incorporación a la delincuencia. Pero Wallingford no era de los que desahogan sus emociones mucho tiempo seguido.

—Diablo, aquí hay una fortuna, Percy. Una auténtica fortuna. Lo único que tenemos que hacer es llevarlo a El Cairo.

—Sí —replicó el alemán—, es lo único que tenemos que hacer.

No volvieron a subir por la trampilla, sino que siguieron el sinuoso curso del río subterráneo hasta llegar al lugar en que aquel tesoro de instrumentos ópticos había sido descargado por los alemanes.

Junto al túnel natural habían instalado una gran puerta de madera. Corrieron los cerrojos, forzaron la cerradura y, aunando fuerzas, lograron abrirla. La súbita irrupción de una corriente de aire nocturno, desviada por las paredes, era fría y refrescante. Estaban en el punto de emergencia del antiguo río subterráneo, el wadi que había alimentado los pozos; treparon por la ribera y salieron de él. Aun desde tan cerca costaba ver la puerta. Wallingford comprendió por qué Percy había querido entrar por la trampilla de la casa, pues en la oscuridad habría sido difícil dar con aquella puerta que estaba hábilmente camuflada.

—Muy astutos esos teutones —dijo.

—*Jawohl* [15] —asintió Percy.

Wallingford necesitaba un momento para pensar. Se sentó y encendió un cigarrillo, tapando cuidadosamente la llama con las manos. Inhaló con ganas y lanzó un suspiro apreciativo.

—¿Llegará Rommel allá? —dijo, cogiendo unas piedrecillas y lanzándolas al wadi para hacer blanco en una roca.

—¿A El Cairo? Probablemente.

—Se te ve muy seguro —comentó Wallingford.

—Yo serví en su Estado Mayor —replicó Percy, que había sido un simple teniente de comunicaciones, pero se sentía ufano de su grado.

—Sí, ya lo sé.

—Él está al corriente de todos los movimientos de los ingleses. Si vuestros generales deciden enviar una brigada de tanques a donde sea, Rommel conoce el destino antes de que le den al comandante la orden de desplazamiento. Como comandante, Rommel no es nada del otro mundo… no es un Manstein, ni un Guderian, pero cuando conoces los movimientos del enemigo, es más fácil vencer. Sí, Rommel llegará a El Cairo. Y más lejos.

—Estás bien enterado —dijo Wallingford, sin mostrar gran interés y sin dejar de arrojar piedrecillas al wadi, logrando por fin acertar en la roca con una, que rebotó. Esperaba que Percy hiciera algún comentario sobre su puntería, pero el alemán estaba absorto en sus pensamientos.

—Sí, estoy bien enterado. Algún día escribiré un libro y explicaré a los estúpidos generales ingleses quién era el espía de Rommel en El Cairo.

Al ver una piedra rodar por la ladera, a Wallingford le asaltó un temor de repente.

—¿Podremos bajar los camiones al wadi?

—La otra vez se hizo —contestó Percy, pero en su voz se notaba cierta vacilación. Él siempre contestaba con la implicación tácita de que la habilidad alemana no se ponía en entredicho—. Tendremos que retroceder y encontrar el lugar en que el cauce permita el acceso.

Wallingford arrojó el resto de las piedrecillas y se puso en pie.

—Más vale que apagues el cigarrillo —dijo Percy.

Wallingford lo aplastó con el pie y Percy acabó de deshacerlo con el tacón. Luego, fueron caminando por la orilla del wadi. Sólo en esos parajes remotos del globo se ven tan claras las estrellas. Al norte se advertía un fulgor intermitente en la línea del horizonte: fuego de artillería, demasiado lejano para oírse. Conforme avanzaban, Wallingford escrutaba delante de sus pies en la oscuridad, inquieto por las posibles serpientes o trampas explosivas. De pronto, asió a Percy por el brazo, deteniéndole. Percy se le quedó mirando atónito, y el inglés le señaló con la barbilla hacia una forma tumbada de través sobre el pedregal del borde del wadi.

—No es nada. Un antiguo cadáver —dijo Percy.

Avanzó hasta el bulto y le dio una patada. Apenas era un saco de huesos; el calor había disecado la carne como la de una momia.

Estaba de cara al cielo, sin ojos y con la piel ennegrecida y tan estirada, que el rictus le abría la boca. Tenía la ropa deshecha; sólo las botas militares altas y de cordones daban a entender que era un alemán.

—Debe de ser de hace mucho, a juzgar por su aspecto —dijo Percy, dándole otro puntapié y mirándolo, cual si fuese a protestar.

—Percy, eres un insensible cabrón.

—Sí, lo soy. Por eso me necesitas. El resto de tus hombres son incultos, sin estímulo y unos inútiles.

—Los dos nos necesitamos —añadió Wallingford, afable. Era una suerte haber dado con aquel desertor alemán para incorporarlo a la banda; a los hombres no les gustaba, pero había sido una acertada decisión.

—No lo creo —dijo Percy—. Tal vez te deje después de esto.

Una sensación de alarma creció en Wallingford. Percy era su mano derecha, el que hacía que todo saliera bien cuando los demás vacilaban. Pero conservó la calma.

—¿Y qué piensas hacer?

—Dirigirme a Palestina… a la India, tal vez. Quiero irme bien lejos de la guerra. Con un poco de dinero podré iniciar algún negocio.

—¿Qué clase de negocio?

—Alemania no puede ganar la guerra, ahora que intervienen los Estados Unidos. Alemania está acabada y yo soy ya muy mayor para volver allá y ver mi patria ocupada por un ejército extranjero.

—Pero aún podemos hacer mucho más dinero —alegó Wallingford, decidido a toda costa a que Percy se quedara—. Un año más y puedes largarte con una fortuna.

—Cada vez es más peligroso —replicó el alemán—. La policía militar nos sorprenderá cualquier día; los hombres que tienes son unos idiotas. Beben y hablan demasiado.

—Percy, cada vez habrá mayor número de convoyes que traerán a la zona del Canal un material valiosísimo. Ya has visto los tanques y los camiones americanos, y eso no es más que el principio. Ahora que los yanquis han entrado en la guerra, irán enviando material cada vez mejor. Mi proyecto es concentramos en los muelles; ahí es donde haremos buen dinero el año que viene. Así no tendremos que salir de pillaje al campo de batalla.

—A ti no te será difícil —replicó Percy—. El inglés es tu idioma; pero para mí no es fácil. Tengo el pelo rubio y se me nota el acento.

—Todos para uno, uno para todos, Percy. Sabes que te protegeremos.

Percy no le creía. Era una cháchara más de las de Wallingford, igual que otras muchas ideas optimistas que en ocasiones le había confiado. Pero viendo lo mal que aceptaba el inglés su proyecto de marcha, decidió no mostrarse tan decidido.

—Es que quiero estar un tiempo sin hacer nada —dijo.

—No puedes. Necesitarás dinero —replicó Wallingford.

Ahora, Percy se daba cuenta de que había cometido un error confiando sus planes a su jefe. Si Wallingford decía que era el dinero lo que le podía liberar de pertenecer a la banda, se las arreglaría para que no pudiera ganarlo.

—Tal vez lo que necesito es un buen trago —dijo sonriente.

—¿Cuánto tardaremos en cargar todo eso? —inquirió Wallingford.

—Tú tienes que seleccionar lo que quieres llevarte.

—Eso está hecho en cinco minutos —respondió Wallingford.

—No habremos terminado antes del amanecer —dijo Percy, mirando el reloj—. Y de día, seguro que nos descubren. Lo mejor sería encontrar un buen sitio y ocultamos hasta mañana por la noche.

Como si fuese una confirmación a su cautela, a lo lejos se oyó un motor de avión.

—Volvamos con los demás, que estarán preocupados —dijo Wallingford.

—Son unos idiotas —añadió Percy.

—Tienen su personalidad —replicó Wallingford.

—¿Personalidad, Tommy Mogg y Sandy Powell? —inquirió el alemán, sarcástico.

—Esos dos se han portado bien —replicó Wallingford, resuelto —. Cuando vieron que el oasis de Siwa estaba lleno de policías, se escabulleron y volvieron a advertirnos. Qué es lo que yo les dije que hicieran.

—Sí, tienen buen olfato para la policía —añadió Percy—. Un violador y un ladrón.

—Eres muy estricto con ellos. A Sandy no habrían debido

confiarle los fondos de la cantina; se fue a las carreras de caballos de Gezira y tuvo mala suerte. Le compadezco.

—¿Y compadeces a Mogg? ¿Compadeces a la muchacha que violó?

—En Siwa se portaron bien.

—Muy bien. ¿Y ahora qué vas a hacer? No puedes ir a recoger las Beretta con toda esa policía.

—Voy a venderles las metralletas a los judíos. Me las pagan al contado, yo les digo dónde están y que ellos se encarguen de cogerlas.

—¿Aceptarán?

—Necesitan armas.

—Los sorprenderán.

—Puede que sí o puede que no. Voy a hacer que ese idiota de Darymple me solvente cierto papeleo. Pero si no puede ser y capturan a Solomon, nosotros ya tendremos el dinero. No te marches, Percy, muchacho. Yo tengo cabeza para los negocios.

—Solomon hablará si le atrapan y dará nuestra descripción a la policía.

—¿Por qué va a sospechar de nosotros? Solomon no nos delatará —añadió, al ver que Percy no contestaba—. Yo sé juzgar a las personas, y te digo que Solomon odia a los ingleses. Eso es lo mejor del asunto, que él no les ayudará lo más mínimo.

16

Peggy West no había ido mucho de visita al apartamento del príncipe Piotr hasta que Solomon le había pedido que le espiara, pero ahora ya se habían hecho amigos.

—Si una noche hacemos la ronda de los clubs, probablemente nos tropezaremos con el séquito real —dijo el príncipe.

Lo había dicho como si tal cosa, y siguió hablando de otros temas, pero sabía que Peggy, como tantos otros residentes de El Cairo, estaba fascinada por las andanzas del rey Faruk.

—¿Y en qué club íbamos a encontrárnoslo?

—Me enteraría por alguien de palacio. El rey tiene sus locales preferidos, que cambia constantemente. En ciertos aspectos, es como un niño. Ya me enteraré cuando llegue el momento.

—Yo le vi una noche, la semana pasada —dijo Peggy—. Todos sabíamos que iba a venir porque la policía bloqueó las calles, como hacen últimamente. Llegó en un gran Rolls rojo con escolta de motoristas y un camión de tropas de infantería, además de varios coches con policía secreta.

—Le gusta dar el espectáculo —dijo el príncipe—. Es muy propio de los árabes; usted ya se habrá dado cuenta. Yo tenía un Wraith negro y plateado, un cupé de Mulliner de morro bajo. Un coche que me encantaba; pero el rey me envió aviso de que me deshiciera de él. No le gusta que le hagan la competencia.

—Qué tontería. Debió usted haberse negado.

—Es que tengo pasaporte francés —replicó el príncipe, mohíno —. Corren malos tiempos, y el pasaporte me hace muy vulnerable a las autoridades.

—¿Por qué?

—Bien que lo sabe. Los franceses lucharon contra los ingleses en Siria el verano pasado, y ahora los japoneses han atacado a los ingleses utilizando las bases francesas de Indochina. Los ingleses

detestan a los franceses y les encantaría encontrar cualquier pretexto para expulsar de Egipto a los que tienen pasaporte francés. ¿Y adónde iría, Peggy? ¿Dónde iba a ir?

Peggy estuvo tentada de decirle que a Siria, pero adoptar al pie de la letra la retórica del ruso era inducirle a arrebatos aún peores de autocompasión. Era algo que había aprendido muy a su pesar en las semanas anteriores.

—Piotr, todos le aprecian a usted. El Cairo no sería el mismo sin el príncipe Piotr. Sabe muy bien que no van a expulsarle.

Al ruso se le iluminó el rostro. Peggy era muy oportuna hablando.

—Entonces, ¿iremos a bailar una noche?

—No tengo qué ponerme —contestó ella.

—Cómo me decepciona, Peggy —dijo él, zumbón, de nuevo animoso, olvidando sus preocupaciones—. Creí que era una mujer por encima de los estereotipos trillados.

—Tiene razón, Piotr. Tengo cantidad de ropa. Vestidos que no me he vuelto a poner desde que estalló la guerra.

—¿Qué tal ese azul claro de escote? La favorecía mucho.

Peggy se quedó mirándole; aquel hombre no dejaba de sorprenderla. La única ocasión en que había podido ver aquel vestido era en una fiesta de hacía casi un año.

—Sí, podría ponerme el azul claro si cree que es adecuado. Pero no es largo.

—¿Adecuado? Estaba arrebatadora. En los clubs ya no se llevan vestidos largos.

—Y tengo zapatos a juego —añadió Peggy, pensando ya en el peinado.

—¡Ya sé! Diré que celebramos un cumpleaños e invitaré a unos amigos. Hagámoslo a lo grande.

—Una idea estupenda, pero saldrá carísimo.

—Celebro mi aniversario sólo cada diez años. Bien está que lo haga por todo lo alto.

—Es usted muy desprendido, Piotr.

—Con tarta y velitas. Nos lo pasaremos muy bien.

Todo salió según lo previsto. Y hasta vieron al rey. Fueron al Tutankhamen, un lujoso club nocturno de moda en Sharia Muhammed Alí, una calle construida con idea de igualar a la rue de

Rivoli de París; pero era una comparación que a nadie se le ocurría, y menos al que la viera por el sector en que estaba la Ópera, que, desde la guerra, se había convertido en punto de reunión de vendedores y compradores del mercado negro. Los clubs y los bares habían caído en manos del gangsterismo árabe, en particular de un nubio mayor, que pasaba casi todas las noches en las timbas y los días en las carreras.

Piotr había decidido que sus amistades íntimas fuesen testigos de su amistad con el rey. Como el cabo de Alice no podía unírseles, su acompañante fue Robin Darymple. Los otros invitados fueron Sayed y Zeinab el-Shazli, a quienes encantó el tener ocasión de vestirse y pasar la velada juntos. Sayed ya había manifestado en ocasiones sus corteses dudas de que el príncipe tuviese amistad con la familia real; aquella noche se sabría la verdad, dijo a su hermana, mientras se miraba en el espejo con el esmoquin que le había prestado un amigo de su padre. No le sentaba a la perfección y al joven le preocupaba que los pantalones le abultasen un poco en la cintura, por debajo de la chaqueta; pero Zeinab le tranquilizó diciéndole que parecía muy inglés.

Llegaron al Tut con tiempo de sobra para deleitarse con una cena de «cocina francesa de lujo», anunciada como elemento importante de la oferta del establecimiento. Sayed leyó minuciosamente la carta para no comer nada prohibido por su religión y optó por sopa de espinacas y palomo asado. No era muy original, pero sí perfectamente permisible. Su hermana se echó a reír por su recelo a probar nuevos platos y, siguiendo el consejo de Piotr, pidió langosta termidor y chuletas de cordero con salsa de mostaza. Sayed la miró muy serio con gesto reprobatorio. Tampoco admitía que hubiese aceptado probar la copa de champán que acababan de servirle a Robin Darymple. No acababa de hacerse a la idea de que su hermana era una mujer que no tenía por qué pedirle consejo ni seguir sus recomendaciones a cada minuto del día. La joven trató de hacer reír a su hermano, pero él no renunciaba tan fácilmente a su enfado, por lo que ella pensó que estaba preocupado por los mal ajustados pantalones y cesó en sus atenciones para aproximar su silla al príncipe. Si Sayed estaba decidido a mostrarse

de mal humor, peor para él; ella miró en derredor y sonrió, dispuesta a pasárselo bien.

Las tres mujeres estaban muy atractivas aquella noche. La invitación de Piotr les había dado ocasión de vestirse bien, cosa poco frecuente en aquellos tiempos. Peggy lucía su vestido azul claro con lentejuelas. Zeinab ya se lo había visto, pues Peggy le había mostrado su guardarropa una tarde en que ella le había prestado un par de medias de seda. En El Cairo escaseaban las medias de seda.

Peggy se había esmerado al máximo aquella noche y lucía sus pendientes de brillantes, un collar y un pequeño broche de oro en forma de «P», además de un reloj de pulsera de oro. Ahora se daba cuenta de que se había pasado. Siempre exageraba. Quizás hubiese agobiado a Karl con sus planes, sus esperanzas y sus aspiraciones; pensó en quitarse el collar y el broche y guardarlos en el bolso, pero la gente lo advertiría. Y Piotr era capaz de tomarle el pelo. Miró a Alice. La envidiaba; no porque fuese joven, sino por su moderación natural. Alice no necesitaba situarse ante el espejo a probarse cosas para decidir qué le sentaba bien. A Alice todo le sentaba bien.

Aquella noche vestía un vestido de cóctel sencillísimo de seda negra con pechera bordada. Una prenda que su madre había pedido por correo a Harrods poco antes de estallar la guerra. Y los únicos adornos eran una doble hilera de perlas, que su padre había comprado en el Golfo, y un sencillo reloj de pulsera de oro. Aparte del leve pintalabios, sólo llevaba un suave maquillaje, y se había cortado el pelo algo más de lo normal, por lo que se le veían las orejas.

—Las mujeres árabes —dijo Darymple a Alice, musitando discretamente y acercándole los labios al oído— acaban por ponerse gordas y rugosas, pero de jóvenes son cautivadoras.

Había estado mirando a Zeinab con sumo interés, como si la viera por primera vez.

—Me va a estropear el maquillaje —replicó Alice, al notar que él sucumbía a la tentación de rozarle la oreja, y llevándose la mano a ella como para espantar una mosca—. Zeinab —añadió, inclinándose sobre la mesa— lleva un vestido precioso.

—Es de mi madre. Me lo ha prestado para esta noche.

—Le sienta de maravilla. ¿No es cierto, capitán Darymple?

—Por favor, llámeme Robin. ¿Cómo? Ah, sí. De maravilla.

Aquella noche, Zeinab aparecía más hermosa de lo habitual. Su vestido estaba confeccionado con un vistoso estampado del país, de esos que sólo las muy jóvenes pueden lucir; su maquillaje era convencional y profuso: se había aplicado una acentuada sombra en los ojos y el rostro se lo había tratado con una crema que le hacía una tez muy clara. Así ataviada, Zeinab tenía esa solemne cualidad propia de las jóvenes egipcias. Aunque no por ello era difícil hacerla reír y verla transformarse en una chiquilla, sino una niña.

El restaurante estaba lleno, como sucedía aquel año con todos los restaurantes de El Cairo. Peggy vio a varios conocidos, incluidas Theda Borrows y Jeannie MacGregor, que acompañaban a dos oficiales de húsares heridos que se incorporaban a su unidad la semana siguiente. También conocían a Peggy, y la saludaron con la mano. Quizás Jeannie estuviese celebrando su traslado al centro quirúrgico avanzado; allí estaría lo más cerca del frente que se autorizaba en los destinos femeninos, y era Peggy quien había dispuesto el traslado, como no debía escapársele a la interesada, pero no se había quejado. Ya era cosa pasada el sarcástico enfado de la enfermera MacGregor y Theda Borrows se había sobrepuesto a su inconsolable pena. Qué flexibilidad la de las jóvenes, pensó Peggy; aunque quizás fuese preferible manifestar las emociones en vez de reprimirlas constantemente como hacía ella. Pero, de todos modos, ¿qué sería del hospital si las enfermeras y el personal iban por ahí chillando y sollozando?

—¿En qué piensa? —dijo Robin Darymple.

—En esas chicas que trabajan conmigo. No sé si recordarles que mañana hacen el primer turno…

—Yo no lo haría, muchacha. Me parece que no es precisamente en eso en lo que piensan.

Al llegar el séquito real, el encargado desalojó a los clientes que ocupaban tres mesas junto a la pista de baile, aunque no todos abandonaron su asiento complacidos. Cuatro marinos mercantes cogieron airados sus sillas y se instalaron entre la orquesta.

Al rey le gustaba tener buena vista. Tendieron rápidamente manteles nuevos y unas flores fueron dispuestas en su mesa, a la par que colocaban, a guisa de morteros de combate, en sus respectivos trípodes, cubos de hielo con botellas de vinos caros.

El rey Faruk no hizo su aparición hasta que el séquito estuvo instalado en las mesas aguardando su llegada. Efectuó una majestuosa entrada, sonriendo con gesto severo y disfrutando con toda evidencia de los murmullos y expectación que levantaba su presencia. Los seis músicos de la orquesta trenzaron unos precipitados acordes antes de atacar el himno nacional egipcio, tras lo cual, el rey tomó asiento.

Era la primera vez que Peggy estaba tan cerca del rey. Las luces de la pista permitían verle bien, y se sorprendió que le pareciera tan joven; claro que, desde luego, tenía veintidós años. Se apreciaba su tez blanda y clara y se le notaba la gordura, aunque el esmoquin le sentaba tan bien que, de primera impresión, parecía un joven atractivo.

Mientras el séquito real encargaba la cena y bebidas, la orquesta y el conjunto de animación reanudaron el espectáculo. A los acordes de *I Want to Be Happy*, un hombre de bíceps grasientos, pantalones bombachos de seda y con un látigo, inició un baile acrobático con dos jovencitas con escuetos vestidos brillantes. En el programa se anunciaba como el mercado de esclavas de Iván, y el cartel de la calle informaba que Iván era de Beirut, Líbano. No había muchas ciudades para representar aquel espectáculo de *cabaret*, ahora que la guerra había bloqueado Europa y la mayor parte del África francesa e italiana.

Después de que Iván hizo restallar el látigo por centésima vez y de la actuación de un malabarista, de una bailarina ejecutando la danza del vientre y una española con castañuelas, la pista quedó vacía y la orquesta apartó las partituras de música extraña que había tenido que interpretar para el espectáculo, para atacar las melodías que siempre tocaba para que bailasen los clientes. Con los primeros compases el público se sintió más relajado, olvidándose enseguida de que tenían al rey sentado allí mismo.

Fue el encargado en persona quien trajo la tarta de cumpleaños del príncipe, la orquesta tocó *Cumpleaños feliz* y Piotr sonrió y dijo que era una sorpresa; la cortó y, después de probarla, Peggy comentó que era increíble pensar que el azúcar estaba racionado en El Cairo. Robin Darymple tomó dos porciones.

A pesar de su estilo un tanto anticuado, el príncipe Piotr bailaba muy bien. A Peggy le dijo que su madre se había empeñado en que

tomase lecciones de baile desde pequeño.

—Lo bailo todo: el fox rápido, el normal, el vals y el tango.

—Pues bailaremos un tango en cuanto lo toquen —dijo Peggy.

—Eso está hecho.

Cuando se sentaban después de un fox rápido, un miembro del séquito real se llegó a su mesa. Era un hombre de unos cuarenta años, de aspecto militar y bigote negro recortado por las puntas como tantos oficiales egipcios.

Hizo una reverencia al príncipe Piotr y, con rebuscados términos, le manifestó, de parte de Faruk, sus parabienes por el cumpleaños. Piotr enarboló una sonrisa de satisfacción y miró en derredor para asegurarse que todos habían captado el gesto de amistad del monarca.

El ayudante real repitió la somera reverencia a Sayed y se dirigió a Zeinab, a quien se presentó, haciendo mención de su cargo de ayudante del rey y, mirándola a los ojos dijo:

—El rey le envía sus cumplidos y le gustaría bailar con usted.

Miró a Sayed y éste le devolvió la mirada imperturbable.

Zeinab se puso en pie.

—Aquí en público, no —añadió el ayudante—. El rey querría bailar con usted en privado.

Zeinab miró a su hermano y Sayed se puso tenso un instante y estuvo a punto de decir algo, pero guardó silencio a pesar de que el ayudante aguardaba cortésmente.

—Le ruego que dé las gracias al rey por sus cumplidos —dijo Zeinab—, pero no puedo dejar a mis amigos. Soy invitada del príncipe Piotr.

El ayudante estaba acostumbrado a tales vacilaciones y arguyó:

—El coche del rey la estará esperando a las diez y media.

Le dirigió una reverencia, otra a Sayed y otra al príncipe Piotr y regresó a la mesa, sentándose sin comentar nada al rey, quien parecía no haber intervenido en absoluto en aquella iniciativa.

Eran ya las diez y cuarto, y los invitados de Piotr se miraron unos a otros, sin que durante un buen rato nadie dijese nada. Fue Peggy West la primera que tomó la palabra:

—Dígale que se vaya al diablo.

El príncipe, que estaba sentado a su lado, le puso una mano en el brazo para calmarla.

—Si no va, su hermano será arrestado —dijo en voz baja.

—¿Habla en serio? —inquirió Alice Stanhope, mirando de reojo a los Shazli, que no prestaban atención y se miraban mutuamente.

—Desgraciadamente, sí —contestó el príncipe—. Poco antes de Navidad —añadió, bajando la voz— hizo la misma proposición a la esposa de un americano y éste le dijo que se fuese corriendo a meterse en el canal de agua potable. No sucedió nada, desde luego; porque el rey se amedrentó ante las perspectiva de salir en los periódicos americanos. Pero, lamentablemente, Sayed no es americano.

—¡Qué malnacido! —exclamó Peggy West, mirando por encima del hombro hacia la mesa real y atisbando al monarca entre el vaivén de las parejas que bailaban.

La orquesta interpretaba *Smoke Gets in Your Eyes*, una bola de espejillos colgaba del techo, girando despacio y la luz que reflejaba lanzaba destellos como de nieve sobre las parejas en la pista, todas sonrientes y pasándoselo bien. Todos, menos Robin Darymple. Estaba de pie y apartado de la mesa y parecía inquieto; metió la mano en el bolsillo para sacar su pitillera de oro y el encendedor, prendió un cigarrillo y expulsó el humo con una fuerza que denotaba su nerviosismo. Al poco se alejaba del sitió.

—Pero Sayed no es americano ni inglés —repitió Piotr.

—¿Y Zeinab? —dijo Alice, tratando desesperadamente de contener su profunda indignación—. ¿Es que ella no puede decir si quiere ir a la cama con ese rey imbécil?

Una vez dicho, lanzó un profundo suspiro. Tan sólo unos minutos antes, Alice habría censurado a cualquiera que hubiese manifestado en público semejante grosería del rey, pero ahora estaba asombrada y furiosa como nunca.

—Por favor, no levanten la voz —dijo Sayed. Todos le miraron y vieron que parecía haber envejecido diez años.

—Tengo que hacer lo que quiere —dijo Zeinab, mirando a todos, mientras Sayed alargaba la mano y le tocaba el brazo.

—Será mejor que vaya con esa bestia antes que causar problemas a mi familia —añadió la joven.

—Lamento decir que estoy de acuerdo con usted —dijo el príncipe—. Es muy peligroso para un egipcio desairar al rey.

—¡No vaya! —exclamó Alice muy resuelta. Su voz denotaba lo

ofendida que se sentía. El príncipe enarcó una ceja, pensando en que aquél era el verdadero carácter de la inglesa.

A Peggy West le preocupaba la actitud de Alice y se temía que fuese a hacer una escena.

—No podemos darles consejo, Alice. Es su país y su rey.

—Pero mandamos nosotros —replicó Alice—. Mandamos nosotros y permitimos que continúe está podrida corrupción: sobornos, amenazas e injusticias. ¿Cómo puede decir usted que no intervengamos?

Peggy conservaba la calma, con ese dominio propio de la profesión de enfermera.

—Deben decidir ellos, Alice. Deje que Sayed y Zeinab hagan lo que crean conveniente. Nuestros comentarios no hacen más que complicarles las cosas.

En ese momento cesó la música, las parejas dejaron de bailar, se oyeron unos corteses aplausos y los músicos se tomaron un descanso.

—¿No puede usted hacer nada, príncipe Piotr?

—Ojalá pudiera —replicó el ruso, clavando la vista en ella y meneando la cabeza—. Sabe usted muy bien que Zeinab y Sayed son amigos míos.

Alice se daba cuenta de que, por parte del rey, elegir una mujer de la mesa del príncipe era provocarle. Quizás el capricho real respondiera en parte a alguna animosidad entre ellos dos. O tal vez las circunstancias personales fuesen acicate del placer sádico o lujurioso del monarca.

—¿Dónde está? —inquirió Peggy.

El séquito del rey continuaba sentado a las mesas privilegiadamente situadas junto a la pista, pero a Faruk no se le veía por ninguna parte.

Piotr vio que Peggy estiraba el cuello, escrutando el local.

—Su Majestad se ha marchado —dijo—. Le conozco bien. A veces actúa así. Se contenta con llegar a un sitio y echar un vistazo.

—¿Para encontrar una mujer?

—Sí —respondió el príncipe con desmayada sonrisa.

—¡Qué cerdo!

—¿Bailamos? —dijo el príncipe.

Peggy estaba a punto de negarse, pero de nada servía pagarla

con Piotr. Robin Darymple había vuelto a la mesa y sacaba a Alice a la pista. Era evidente que el príncipe quería que los Shazli pudiesen hablar a solas.

—Con mucho gusto —dijo Peggy.

Era un vals lento; vio a Alice con Darymple en la pista, serena y hermosa, como si no hubiese tenido ningún arrebato de indignación. Los dos hermanos seguían sentados y Sayed había acercado la silla a la de su hermana.

—El gusto es mío —dijo el príncipe mientras se dirigían despacio a la pista—. ¿Por qué conservamos estas expresiones absurdas? Cuando fui por primera vez a Inglaterra, solía decir: encantado de conocerle, y todos mis amigos se reían. ¿Por qué ha de ser mejor «¿cómo está usted?» en vez de «encantado de conocerle»?

Darymple, al pasar bailando a su lado, les dijo sonriente:

—¡Ánimo, pareja!

Tenía el rostro enrojecido por la bebida.

—¡Qué lenguaje más tonto! —comentó Peggy.

—No; es el lenguaje de Shakespeare, Milton y Wordsworth.

—Sí, la tonta es la gente.

Siguieron bailando en silencio, mientras Peggy pensaba que quizás al príncipe le fastidiara volver con Sayed y Zeinab tanto como a ella. Y continuaron en la pista a la siguiente pieza, igual que Alice y Darymple. Cuando volvieron a la mesa, sólo estaba Sayed.

—No me digan nada —dijo—. No quiero hablar de ello.

Se sentaron y el príncipe pidió otra botella de champán, pero a pesar de la simpatía del camarero, parecían estar en un velatorio.

El príncipe no tardó en proponer regresar al Magnifico.

—Tomaremos la última copa en mi apartamento —dijo.

Pero una vez en el hotel, nadie quería tomar una última copa. Les habían destrozado la velada; se despidieron cortésmente, dándose las buenas noches y las gracias, y todos subieron a sus respectivas habitaciones.

Sólo Sayed tenía algo más que añadir. Llevó a Alice a un aparte al comedor, el mismo lugar en que se había sentado con el cabo la primera tarde de enero.

El egipcio encendió las luces. Olía ligeramente a desinfectante; las sillas de madera curvada estaban colocadas sobre las mesas,

como si algún bromista hubiese entrado en el comedor. Cada mesa tenía una lámpara con pantalla de vidrio verde y una tira de liga para las moscas colgando de ella. Adornaba la pared una foto sepia muy retocada del finado *signor* Magnifico y una gran litografía de la bahía de Nápoles con decorativo marco de ébano. En el mostrador estaban colocados en fila los saleros y pimenteros plateados, igual que unas botellas de salsa de tomate. Los montantes de las ventanas se hallaban entreabiertos para que se ventilara el lugar, y de afuera llegaban gritos en inglés de hombres que cantaban beodos *Mi viejo es basurero…* Las voces se perdieron en la distancia, conforme los soldados se alejaban hacia las luces de Sharia Kasr el Aini.

Alice se situó frente a Sayed y aguardó a que hablase. Él la miró y apartó de nuevo la vista. La joven comprendía que debía dejarle ordenar sus pensamientos.

—Señorita Alice —dijo Sayed muy correcto—, mañana querría hablar con su amigo Bert. —Como si necesitase mover algo, el joven asió una silla de la mesa, se la ofreció a Alice y, luego, cogió otra para sentarse él—. Las suben en las mesas por las noches para barrer y fregar el suelo —añadió, como si fuese preciso explicar la colocación de las sillas.

—Sí, lo sé —dijo Alice.

Una vez sentada la inglesa, Sayed tomó asiento a su vez, se agarró las manos, retorciéndoselas en angustiado movimiento que la expresión tranquila de su rostro desmentía.

—Es que quiero… —comenzó a decir.

—Diga —dijo ella.

—Quiero trabajar para él… para los ingleses… Lo que sea. Haré lo que me pidan —añadió, humedeciéndose los labios—. ¡Esa bestia de rey! Es una desgracia que personas así gobiernen mi país. Ni los ingleses nos hacen esos agravios.

Sobre su cabeza, del techo, colgaba una tira para las moscas, en cuya pegajosa superficie un insecto batía desesperadamente las alas tratando de liberarse.

—Quizás sea mejor que lo consulte con la almohada, Sayed —dijo Alice—, y lo hablamos mañana.

El egipcio se echó a reír como si hubiese oído un chiste.

—¡No me diga eso! No debe decir eso. Lo que debe hacer es

alegrarse de que esté dispuesto a trabajar para usted como agente secreto.

—Pues, supongo que sí —replicó Alice, tocándose el collar de perlas y resistiendo esforzadamente la tentación de retorcerlo entre los dedos, odiosa costumbre que su madre siempre le recriminaba.

—Machacar mientras el hierro está caliente, ¿no se dice así?

—Sí, exacto. Habla muy buen inglés, Sayed.

—Pues machaque mientras el hierro está caliente, señorita Alice. Sé que su amigo Bert es del servicio secreto… Me uniré a él. Le contaré todo.

—No, no, no…

—De nada vale decir no, señorita Alice. Yo digo que sí. —Hablaba sin moverse, sentado, mirándola—. ¿Se lo dirá?

—Se lo diré, Sayed.

El joven seguía sentado, con la barbilla en el brazo que tenía apoyado en la mesa.

Alice comprendió de pronto que aquél era un momento decisivo en su vida. Por aquel instante se había enfrentado a su madre, discutido con su padre, y engatusado y rogado a amigos de la familia para que le consiguiesen un trabajo interesante en la administración de El Cairo. Y ahora, inopinadamente, se le presentaba la ocasión de influir en los acontecimientos. Iba a reclutar a un hombre que haría de espía en el seno del movimiento revolucionario creado por los oficiales del ejército egipcio. Debía dejar de ser la muchachita que su madre había hecho de ella para comenzar a actuar como una mujer por cuenta propia. Tenía que ser una profesional; la clase de oficial de policía que Bert Cutler aprobaría y respetaría.

Y, con una nueva voz enérgica dijo:

—¡Muy bien! No quiero que se arriesgue a que le vean entrar en el departamento del cuartel, Sayed. Mejor será que venga aquí Bert. ¿A qué hora le parece?

Al egipcio debió de pasarle desapercibido el cambio sobrevenido en Alice. Se miró las manos un par de minutos, como si considerase por primera vez en lo que se embarcaba; ya no podía volverse atrás, nada de cambiar de idea, riéndose y diciendo que la señorita Alice le había entendido mal. Alzó la vista y la miró a los ojos.

—Cuanto antes, mejor.

—Le avisaré. Venga usted a mi habitación mañana por la mañana a tomar una taza de té, a… ¿las ocho, está bien?

—A las ocho —repitió el joven, taciturno.

Alice se levantó. No quería darle tiempo a que cambiase de idea.

—Entonces, de acuerdo. Buenas noches, Sayed. Que duerma bien.

—Buenas noches, señorita Alice —respondió él poniéndose en pie.

A Alice le habría gustado abrazarle y consolarle. Estimaba a aquellos dos hermanos. Pero ¿qué habría podido decirle que expresase debidamente lo que sentía? Era la más trágica situación que había visto en su vida.

Permanecieron de pie como dos tontos. Sayed pensó que ella esperaba que se marchase para telefonear al oficial de guardia en el cuartel de los servicios secretos. Hizo una inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y abandonó el comedor sin añadir nada más.

Alice esperó un instante a que subiera las escaleras antes de dirigirse a recepción para telefonear, cerrando cuidadosamente la puerta de la cabina para que no la oyeran.

—¡Oiga! ¡Oiga!

Siempre había dificultades de comunicación en los teléfonos egipcios. Probó varias veces y luego recurrió a la telefonista. En la cabina se habían dejado un periódico y se puso a echarle un vistazo mientras le pasaban la comunicación. En el mar de Java había habido un gran combate naval con «graves pérdidas para los aliados»; el periódico daba pocos detalles, pero parecía ser que las fuerzas de invasión japonesas habían cubierto sus objetivos, y el artículo vaticinaba que las Indias orientales holandesas no tardarían en caer. Era evidente que los comunicados oficiales preparaban al público para la próxima ola de malas noticias. Los aliados sufrían derrotas en todos los frentes.

Apartó el periódico y apretó el apoyo del aparato varias veces. La telefonista parecía haberse olvidado de ella. Volvió a marcar el número del cuartel y al cabo de otros dos intentos oyó la llamada al otro lado y una voz, que reconoció como la del sargento Ponsonby, respondiendo:

—Oficial de noche.

La policía y el ejército estaban de guardia las veinticuatro horas;

había tumos extra desde la noche en que, según la difundida leyenda, los tanques ingleses rodearon el palacio de Abdin y retuvieron al rey a punta de pistola.

Alice fue cauta al hablar. Sabía que Bert entendería su críptico mensaje, aunque Ponsonby no lo captase.

—Que venga a desayunar conmigo a las siete y media. Que no falte. Localícele y dígale que es muy, muy importante. Y que no llegue ni un minuto tarde.

Era preciso hablar con él antes de que llegase Sayed.

Ponsonby no se mostró sorprendido por la urgencia; despacio y lacónico, repitió:

—Siete y media de la mañana. De acuerdo. Enviaré un mensajero para asegurarme de que el comandante Cutler recibe aviso antes de una hora.

Por la solemnidad con que hablaba el sargento, Alice pensó que debía de haber bebido.

Al subir a su cuarto pasó ante el apartamento que compartían Sayed y Zeinab, y le pareció oír sollozos; pero tal vez fuese alguna tubería. En aquel hotel la instalación era muy vieja.

Andy Anderson, al ocupar el cuartito del segundo piso, había instalado estanterías y un infernillo para poder hacerse té en plena noche y afeitarse sin salir al cuarto de baño del pasillo.

El sol brillaba potente, iluminando la mesa de jugar a las cartas en la que Alice había puesto un mantel para disponer un desayuno al estilo inglés. Andy usaba aquella mesa para las partidas de póquer que a veces se prolongaban hasta el amanecer; para sus amigos tenía alcohol, pero él prefería té. Era como una adicción, y había quien decía que el hecho de tomar té era la clave de la buena suerte de Andy jugando al póquer. A pesar de aquellas partidas de beodos que tenían lugar en su cuarto, a él nadie le había visto nunca borracho ni mareado.

Alice Stanhope, al ocupar el cuarto, lo había transformado con vistosas cortinas y una nueva alfombra. El juego de té Wedgwood, el pote de mermelada de cristal tallado y muchas otras cosas de las que había en la mesa las había traído del apartamento de su madre en Alejandría.

—Siempre me había intrigado cómo sería un desayuno con usted, Alice —dijo Jimmy Ross.

Vestía el traje de faena caqui con los galones blancos de cabo en las mangas cortas. Así iba más tranquilo por las calles y podía hacer cosas pasando más desapercibido. Y, además, no quería dejar aquel disfraz, pues los residentes del Magnifico le conocían por cabo Cutler.

Alice le miró de hito en hito, pero no sabía si era una insinuación; al ver que sonreía, le sirvió el té.

—Sin leche —dijo Sayed, tapando la taza con la mano—. Le agradezco que haya venido a verme, Bert. Tomaré pomelo —dijo, dirigiéndose a Alice—, pero las gachas de avena he decidido suprimirlas.

—Pues me las comeré yo —dijo Alice—. ¿Azúcar?

—Soy el encargado del espionaje —dijo Sayed precipitadamente sin rodeos para no volverse atrás.

—¿Con los oficiales libres?

—¿Así que nos conoce?

—Es un secreto a voces —contestó Ross—. Pero no sabía que era usted el jefe del espionaje.

—El encargado, pero no tenemos jefe.

—Tendrá que darme nombres —dijo Ross, pensando que lo mejor era ir al grano. Una vez que alguien delata los nombres de sus amigos, entrega con ellos su lealtad.

—Sí, claro.

—Le daré una denominación cifrada para que su verdadero nombre no figure nunca por escrito. Sólo nosotros tres estaremos al corriente de esta entrevista.

Antes de que Sayed pudiese responder, se oyeron unos golpecitos en la puerta y Peggy West asomó la cabeza con gesto de sorpresa.

—¡Alice! ¡Sayed! ¡Y Bert Cutler! ¿Pero qué hacen aquí?

—¿Qué quiere, Peggy? —replicó Alice, haciendo todos los esfuerzos posibles por mostrarse tranquila; no había previsto la posibilidad de aquella irrupción de Peggy, pues siempre se reunía con ella abajo en el vestíbulo.

—¡Oh, qué precioso servicio de té! —exclamó Peggy, entrando para ver mejor lo dispuesto en la mesa—. Quería recordarte que tenemos que salir a las ocho y media en punto. Han cambiado todos los tumos.

—Lo sé. Estoy casi lista —dijo Alice.

Peggy permaneció donde estaba, cual si esperase una invitación para sentarse; pero nadie lo hizo. Les había sorprendido y se les notaba.

—Espero no haberles interrumpido en algo importante —añadió.

Alice cogió el sombrero y se lo puso despacio, mirándose en el espejo. No sabía qué decir. Miró la imagen de *sí* misma con el alfiler en la boca y, sobreponiéndose y ajustándose el sombrero, contestó:

—En absoluto. Estábamos celebrando lo de Bert —dijo, haciendo una pausa y buscando desesperadamente algo que añadir—. Le han ascendido a sargento.

—Qué estupendo, Bert —dijo Peggy—. Enhorabuena.

No podía juzgarse por el tono de voz si creía lo que acababa de decir Alice, pues, sin duda, estaría preguntándose a santo de qué participaba Sayed en la celebración.

—Zeinab va a irse a vivir con su madre —añadió Alice—. Y le dije a Sayed que se quedase a desayunar con nosotros.

Peggy West permaneció de pie, mirando al egipcio, pensando en decir algo amable, pero no le salió nada.

—Más vale que nos marchemos —dijo Alice—. Les dejo que acaben tranquilos de desayunar.

Nada más cerrarse la puerta, Ross sacó del bolsillo de la camisa una hoja doblada en dos y se la tendió a Sayed con un lapicero.

—Escriba los nombres —dijo.

17

—Es secreto; secretísimo, muchacho —dijo Wallingford, sonriendo al capitán Robin Darymple—. No puedo darte ningún detalle de lo que estoy haciendo, ni de lo que vaya a hacer.

Estaban los dos con Percy en una oficina de los Pilares Grises, el gran edificio de piedra que albergaba el cuartel general de Oriente Medio. Desde aquel extraño exponente de la arquitectura fascista italiana dirigían los ingleses la guerra. De allí partían las órdenes hasta para las fuerzas que operaban en Etiopía, Iraq, Palestina y el frente en el desierto libio.

—Ya —respondió Darymple, no muy convencido. Se preguntaba cómo podría Wallingford explicar que le hubiesen concedido aquel gran despacho —sin autorización escrita— junto al suyo y dotado de sillas, escritorios, archivadores, máquinas de escribir y hasta dos secretarias—. Pero ¿qué les digo a los demás?

Una atractiva mujer de unos treinta y cinco años entró con unas carpetas.

—Babs, dáselas a Percy —dijo Wallingford, y se volvió de nuevo hacia Darymple—. Diles que mi misión es secreta.

Se-cre-ta.

A ellos tiene que traerles sin cuidado. Con eso les basta —añadió, dirigiendo un guiño conspirativo a la secretaria, que sonrió y entregó las carpetas a Percy, para a continuación salir del despacho con tal discreción que lo que hizo fue atraer todas las miradas.

Darymple la miró y pensó en su situación; ojalá no le hubiese mencionado a Wallingford que había un despacho vacío al lado del suyo. Y ojalá hubiese entrado él antes en el edificio para haberle impedido que lo ocupase. No le complacía la idea de tener que decir a los que posiblemente inquiriesen sobre la ocupación oficiosa por parte de Wallingford de uno de los despachos más codiciados de El Cairo que no era de su incumbencia. Y, sin embargo, tal como

estaban las cosas, no podía contradecir a Wallingford.

—¿Cuánto tiempo necesitarás el despacho? —inquirió.

—No lo puedo decir. Depende de cómo nos vayan las cosas. A lo mejor recibimos del Consejo de Guerra de Londres un telegrama de «acción inmediata» y nos mandan a mil quinientos kilómetros de aquí a atacar a los japoneses.

Por lo visto, Darymple no bromeaba.

—¿El Consejo de Guerra?

—Hace unas semanas, para una acción especial, el jefe recibió una nota firmada por Winston en persona. Winnie nos llama sus piratas.

Wallingford miró a Darymple a los ojos y sonrió. Hacía tiempo que había descubierto que en tiempo de guerra no hay límites; cuanto más absurdas y extraordinarias fuesen las historias que se cuentan y menos se divulguen, más dispuesta está la gente a creérselas y a actuar conforme a lo que uno se proponga. La guerra es así.

—De esas dos secretarias que tienes —dijo Darymple—, una es la mujer de Smythson, un coronel de Estado Mayor de los más temperamentales del ejército inglés en Egipto.

—Pues claro que lo es, muchacho. No creerás que la he elegido por sus dotes de secretaria. Esta mañana, nada más llegar, le he pedido que me escriba una carta a máquina, y al ver que llevaba diez minutos inmóvil sentada delante de la máquina, le he preguntado qué sucedía y me ha dicho: «No sé cómo se escribe con mayúsculas». ¿Te imaginas, Robbie? No sabe escribir con mayúsculas —añadió, echándose a reír—. Seguro que hasta tú sabes escribir una mayúscula si te lo propones, ¿a que sí?

—Deja de actuar como un loco, Wally. Imagínate que viene alguien de Administración a comprobar los metros cuadrados de despachos. A veces lo hacen. ¿Cómo voy a explicar que te hayas apropiado de éste, aparte de las secretarias, cuando en esta misma planta hay oficiales con rango de comandante apiñados de tres en tres en los despachos?

—No te preocupes. Haremos que la coronela los ahuyente. Cuando quiere es una fiera. Tendrías que haberla oído por teléfono pidiendo que trajeran las mesas.

—Espero que sepas lo que te haces —dijo Darymple.

—Mira, Robbie, muchacho, voy a explicarte las cosas como son. Las esposas de oficiales eluden las órdenes de repatriación, pues tendrían que estar a bordo de un barco rumbo a Sudáfrica o a Inglaterra. La única manera de quedarse con sus maridos es conseguir un empleo en el ejército. En cuanto anuncié que había empleo disponible se presentó una docena o más de mujeres. ¿Y a quién crees que elegí? No soy lelo. Elegí a aquellas cuyo marido tiene suficiente influencia para que no nos metan un puro. ¿Te das cuenta, muchachito?

—Ya.

—Y, naturalmente, les encanta la idea de trabajar para un comando secreto como el nuestro.

—Sí, claro.

—Así que, no te metas con Babs y su amiga —dijo con una amplia sonrisa—. No quiero complicaciones añadidas.

—Es que yo…

—Aviso a navegantes, muchachote. Manos lejos de esas dos chicas.

—Lo único que quería decirte es que el comandante en jefe está al corriente de esto.

—¡Estupendo! Así nadie se meterá con nosotros. Ahora, haz el favor de largarte, que tengo trabajo.

—*Okay*, Wally. Pero hay algo más que quiero comentarte.

—¿Ah, sí?

—El dinero que me prestó ese árabe amigo tuyo.

—Mahmud. Se llama Mahmud. ¿Te está acosando? Esos árabes a veces se excitan un poco.

—No sé qué hacer, Wally.

—Más vale que le pagues, Robbie. Si no recuerdo mal, era un préstamo a corto plazo. Dijiste que era cuestión de días. Puede traerte complicaciones.

—No tengo el dinero.

—¡Consíguelo! Tienes que pagarle. Ya sabes lo que son capaces de hacer los árabes.

—No. ¿El qué?

Aquel Darymple era exasperante a veces.

—Ante los tribunales no te va a llevar, Robbie.

—¿No querrás decir que…?

—Sí, te cortará los huevos. Págale. Que te presten el dinero o quédate con números rojos en el banco.

—Ya tengo números rojos. Escucha, Wally, es amigo tuyo. Dijiste que era amigo tuyo. Puedes hablarle.

—Nunca mezclo los negocios con la amistad. Y, de todos modos, no me haría caso. ¿Qué iba a decirle, que se olvidase del dinero que mi amigo Darymple le debe? Me contestaría con una buena pedorreta, ¿no crees?

—¿Y si voy yo a verle y se lo explico?

—Un poco de seriedad, Robbie.

—¡No puedo pagarle!

—No te excites, muchacho. Si tan en apuros estás, tal vez yo pueda ayudarte.

—Haré lo que sea, Wally —dijo Darymple, solemne.

—Esta noche escribiré unas cuantas notas. Y ya veré si hay algún modo de arreglarlo y salvarte.

—Haré lo que sea.

—Ya miraré yo de arreglártelo, Robbie. ¿No te echarás atrás después, verdad?

—Claro que no —respondió Darymple, acercándose a la ventana. Estaban en el tercer piso y se veía la calle; era mediodía y estaba llena de vehículos, animales y gente, gente que no pensaba más que en sus asuntos. ¡Qué manicomio! El tráfico se había parado por culpa de un maldito camello que acababa de romperse una pata; le habían matado allí mismo y ahora lo estaban descuartizando. Un pastorcito que conducía un rebaño de ovejas había perdido el control de los animales que, al olor de la sangre, andaban dispersas de un lado para otro. Un soldado, asomado por la torreta de un carro blindado recién pintado, gritaba a alguien y detrás de él el tráfico seguía esperando.

En la puerta de un comerciante de semillas, un sargento escocés con su faldilla tradicional regateaba con un viejo que llevaba una ristra de seis asnos cargados. Un árabe con barba, con un cabrito en brazos, trataba de entrar en el asiento trasero de un diminuto Fiat abollado. En aquel momento, Darymple habría cambiado su suerte por la de cualquiera de ellos.

Como si leyera el pensamiento de su amigo, Wallingford dijo:

—Robbie, estamos todos aquí para luchar contra los alemanes.

Yo no hago más que saltarme el papeleo para llevar mejor esa lucha. ¿Comprendes? No hay nada de malo en eso.

Robin Darymple era de carácter simplón, pero no era tonto. El error de muchos de los que le conocían radicaba en no establecer esa diferencia. Ahora, Darymple se daba cuenta de que a Wallingford no le interesaba luchar contra los alemanes. Wallingford estaba implicado en algún tremendo asunto ilegal con el que se llenaba los bolsillos. Wally siempre había sido un tramposo. Hacía trampa en los exámenes; y estaba seguro de que le había inducido aposta a aceptar el dinero de sus compinches árabes del zoco. ¡Wallingford no era un amigo, sino un intrigante mal nacido! Pero por muchas vueltas que le diese en la cabeza, no veía otra alternativa. Necesitaba el dinero aquel mismo día o Lucia le echaría del Magnifico.

Darymple siempre andaba mal de dinero. Ni siquiera en el internado había sido capaz de administrarse, y su padre había optado porque fuese la directora la que le entregase la correspondiente asignación semanal. Y aun así, al final de curso, debía dinero a los demás.

—*Okay*, Robbie. Ahora vete, que tengo trabajo.

Darymple sonrió. Sabía que Wally se mostraba ofensivo adrede. O mejor dicho, estaba estableciendo lo que habían de ser sus futuras relaciones: Darymple sería el niño que «se largaba» cuando Wallingford tuviese trabajo adulto que hacer.

Una vez que Darymple hubo salido, Wallingford se llegó a la puerta del despacho contiguo.

—Percy, ven un momento.

Percy vestía uniforme caqui de faena bien planchado; era normal en los soldados que trabajaban en la administración del Cuartel General.

—Ha aceptado —dijo Wallingford con aire de triunfo, sentándose detrás del escritorio y repanchigándose en la silla giratoria, que hizo balancear de un lado a otro, sonriente.

—Pocas opciones tenía —comentó Percy.

Wallingford miró a su compinche alemán. Percy era un tipo práctico y pragmático. En la situación de Darymple, Percy también habría accedido. Sellar y firmar unos papeles para facilitar el robo en los almacenes militares no era una decisión tan ardua.

—Tú no comprendes lo que esto significa, mi querido teutón. Con esos papeles podemos ir a los almacenes que queramos y cargar con lo que nos parezca. Podemos ir a la base, entrar en los muelles. Estos chupatintas son los que mandan, Percy. Y ahora tenemos un cheque en blanco que nos abre todas las puertas.

—Sí, lo comprendo —dijo Percy.

—No parece que te entusiasme. No cantas el *Horst Wessel* ni gritas viva el Führer. ¿Qué hacéis en tu país cuando estáis contentos?

—Invadimos otro país.

—Exacto. Y eso es lo que estamos haciendo en este Cuartel General. Así que, sonríe, mi apreciado teutón.

Percy se quedó mirándole sin sonreír. Aunque procuraba disimularlo, sus sentimientos respecto a Wallingford no eran precisamente los que debía tener un lugarteniente con su jefe. Wallingford era el paradigma del decadente inglés de clase alta tal como le había enseñado su profesor de historia.

—Ese capitán Darymple, amigo tuyo…

—Suéltalo, Percy. ¿Qué pasa con el noble capitán?

—No es amigo tuyo. No es un buen amigo —añadió Percy, al ver que Wallingford fruncía el ceño, sorprendido—. Creo que te detesta. Suponte que nos delata a las autoridades.

—La gente como nosotros, Percy, tiene que aceptar a los amigos tal como son. No podemos ser tan puntillosos. Pero ya sé lo que quieres decir. El noble capitán está un poco ofendido porque Mahmud le acosa por el dinero que le debe. Aparte de los intereses; aunque no creo que aún se haya hecho idea completamente. Creo que yo debería hacer algo en ese sentido.

—¿Y lo harás?

—A su debido tiempo. Pero primero, él tendrá que esforzarse por ayudarnos.

Percy asintió con la cabeza.

—Telefonea al cuartel de la policía —añadió Wallingford— y diles que tenemos que salir en misión para recoger un cargamento de metralletas Beretta que han escondido para nosotros en Al Jaghbub.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Los de siempre: comando del desierto número tres. Diles que

les mandaremos la documentación dentro de un par de días.

—¿Se puede hacer eso?

—Babs escribirá algo que parezca convincente en papel timbrado del Cuartel General. Luego, el noble capitán me lo firmará y nos pondrá un par de sellos. No habrá problemas.

—Pero al final los habrá.

—Al final estaremos lejos. ¿No es lo que tú querías?

Percy le miró, tratando de adivinar si lo decía con otra intención; estaba seguro de que Wallingford haría lo imposible por no dejarle marchar.

—Sí, exactamente.

—Mientras tú organizas todo eso, yo voy a dejarme caer temprano por el club Cleo's. Tendrías que haber visto cómo se les abrían los ojos de contento al saber que teníamos cámaras fotográficas y prismáticos. Les he dicho que tienen que pagarnos en oro, dólares americanos o francos suizos. Tenemos que empezar a deshacernos de esos billetes egipcios no sea que una mañana nos despertemos y nos encontremos con tu colega Rommel en la recepción del Shepheard's pidiendo una habitación con baño.

—Cuanto antes saquemos ese material del almacén, mejor. Cuando menos nos lo esperemos, uno de tu banda romperá una caja y empezará a venderlo al detalle. No hacen más que hablar de las cámaras Leica.

Wallingford asintió con la cabeza, como asumiendo que era, efectivamente, su banda. Percy era un advenedizo y estaba decidido a seguir siéndolo.

—Sí, y ahora que parece que vamos a tener el papeleo necesario, quiero disponer de otros posibles clientes para las Beretta. Si ese Solomon comienza a discutir el precio, nos interesa tener otros compradores —dijo, poniéndose la gorra de marino y mirándose en el espejo para ajustársela—. Te quedas encargado del despacho, Percy —añadió, dirigiéndole un saludo.

—Ve con cuidado —dijo el alemán con voz pausada. Generalmente trataba de «señor» a Wallingford delante de los demás, pero cuando estaban a solas no lo hacía. Entre los proscritos

no había jerarquías.
Aquella mañana, Jimmy Ross había acudido muy pronto a la oficina para acabar un trabajo. El general iba a llegar a las once y cuando hacía esas visitas le agradaba comprobar que no había trabajo atrasado.

El general tardaba. Era de esperar, porque su ayudante, el teniente Spaulding, estaba haciendo un cursillo en Palestina y, sin su ayudante, el general siempre confundía las citas y llegaba tarde a todos sitios.

Además, cuando llegó, advirtieron otro síntoma de la ausencia de Spaulding: el general, que ya de por sí era hablador, aquel día se mostraba muy extravertido. Tiró la gorra sobre una silla del rincón con gesto pletórico, saludando al comandante con una gran sonrisa, mientras la gorra iba a parar al suelo.

—Ese informe secreto que está haciendo sobre los oficiales egipcios es fenomenal —dijo, dirigiéndose a un archivador y abriendo un cajón, que volvió a cerrar sin mirar lo que contenía, produciendo un fuerte sonido metálico—. ¿Ha infiltrado a alguien en su cábala? —Estaba de buen humor, y el buen humor él lo manifestaba con un exceso de energía—. ¿Cómo se denominan? Oficiales libres o algo así, ¿no es eso?

Ross optó por sentarse. Cuando el general comenzaba a moverse por el despacho como un búfalo demente, era mejor no interponerse en su camino.

—No estamos del todo seguros de que no exista otra organización de conspiradores —dijo.

—¿Quién es? ¿El secretario? ¿O ha sobornado a uno de ellos?

—Es bastante delicado, señor.

—No se meta en lo que no le importa —replicó el general con contenida jovialidad—. Eso es lo que me quiere decir, ¿verdad?

—En absoluto, señor —contestó Ross con cautela, pues sabía que los estados eufóricos podían transformarse repentinamente en manifestaciones de extrema insatisfacción.

Pero, fueran cuales fuesen las consecuencias, no estaba dispuesto a decirle al general que los informes procedían de Sayed
el-Shazli,
porque eso implicaría el riesgo de que al general se le escapase en algún almuerzo con los de la embajada. Eran conocidas sus

eventuales indiscreciones y Ross había llegado a la conclusión de que Marker tenía razón respecto a la embajada: era un antro de viejas perezosas y cotillas.

—Para conseguir buena información tenemos que dar algo a cambio, señor. No sé si permitirme pedírselo… dijo Ross, nervioso a todas luces.

El general se sentó. Nunca había oído al comandante expresarse en aquel tono de conspirador.

—Adelante.

—Se trata de un sospechoso de asesinato. Si pudiera prometerle el indulto…

—No, no, no —replicó el general.

—O llegar a un trato.

—He dicho que no —insistió el general con gran resolución—. Déjese de tratos. Ya sé que esa clase de asuntos se dan en la vida civil, pero el primer deber del ejército es mantener la disciplina. Ni siquiera el descubrir el crimen es más importante.

Ross estaba anonadado. Durante varios días había abrigado la esperanza de que le indultaran por el homicidio que había cometido, y había esperado a encontrar de buen humor al general.

—Pensé que en circunstancias muy excepcionales…

—No, Cutler; no —replicó, sonriendo entristecido, tratando de recuperar el estado de ánimo anterior—. ¿No le he contado la historia de cuando mi tío era jefe de policía? Una vez le acompañé en una gira de inspección; conozco perfectamente a la policía, Cutler. Y sé que guarda celosamente sus fuentes de información.

Ross abandonó toda esperanza de indulto.

—Señor, el Cuartel General de Oriente Medio ha asumido la responsabilidad de las metralletas Beretta que había escondidas en Al Jaghbub. ¿Ha visto mi recado, señor?

El general se desabrochó el bolsillo superior de la guerrera, sacó el mensaje y volvió a leerlo.

—Fue una llamada telefónica, ¿verdad? Cutler, esto tendremos que ponerlo por escrito. No me fío de llamadas telefónicas. Cualquier Tom, Dick o Harry puede marcar el número y decir: le hablo desde el diez de Downing street; dele cinco libras al que se presente de parte mía.

—Es cierto, señor.

—Sí, claro que sé que es cierto, comandante. ¿Y en este caso? ¿Qué ha hecho para verificar la fuente?

—No recibí personalmente la llamada, señor. Fue mi sargento ayudante quien habló.

—¿El sargento Ponsonby? —inquirió el general, asintiendo con la cabeza. Conocía a Ponsonby de varios años de servicio antes de la guerra, y se hablan visto en puestos avanzados de Palestina e Iraq y en otros cuarteles de El Cairo. Ponsonby y él compartían una camaradería latente, incomprensible para los que participaban en la guerra; los dos eran miembros del ejército «normal»—. ¿Y qué sucedió? —añadió. Siempre había una anécdota en las intervenciones de Ponsonby, y el general se dispuso, regocijado, a escucharla.

—El sargento dijo al Cuartel General que no podíamos actuar por simples instrucciones telefónicas, razonándolo en términos muy parecidos a los que usted acaba de exponer, lo de Downing street, etcétera.

—Humm —musitó el general. Tal vez había exagerado con el ejemplo de las instrucciones por teléfono.

—Ponsonby manifestó claramente su escepticismo y dijo a la secretaria que, desde su punto de vista, bien podía ser una espía, pero ella reconoció su acento de Yorkshire. Era la señora Smythson, la esposa del coronel Smythson. Está trabajando en el Cuartel General.

—¿Para eludir la orden de repatriación?

—Eso presumo.

El general torció el gesto un instante y luego se echó a reír.

—¡La vieja zorra! Seguro que despediría a Ponsonby con cajas destempladas.

—Efectivamente, señor.

—¡Decirle a la esposa del coronel Smythson que era una espía! —exclamó el general, regocijándose por el detalle y dándose una palmada en la rodilla, soltando otra carcajada—. Me ha alegrado el día, Cutler. Ese Ponsonby… Ya sabía yo que un día encontraría la horma de su zapato. Me encanta la historia.

—No sabe cómo se enfadó ella, señor.

—Sí, claro, es de suponer.

El general se puso en pie y se llegó al archivador. Pero esta vez

no lo abrió. Se apoyó en él con el brazo y miró a través de la plaza hacia la estación. La plaza y el parque enfrente de la estación —Midan al Mahatta— era uno de los lugares de mayor ajetreo de aquella enloquecida ciudad. Por eso se había elegido como sede de la policía militar; pues no todos los que circulaban por allí eran viajeros: había algunos con uniforme caqui y algunos con el de la policía militar, pero la mayoría eran indígenas, porteadores y vendedores ambulantes de cuentas y recuerdos y bebidas de vivos colores, encantadores de serpientes, prestidigitadores, malabaristas, carteristas, rameras y ladrones. Era una animada panorámica y al general le costó trabajo desviar la mirada.

—¡Qué lugar! La gente no para, ¿no es cierto? No sé ni cómo puede trabajar, Cutler.

—No es fácil, señor —contestó Ross en tono compungido.

—¿Ha visto esa estatua? —dijo el general, haciendo un gesto vago hacia la estación.

—¿Estatua? Pues creo que no, señor.

—Egipto despierta. Kitchener iba a traer la estatua de Ramsés segundo desde Menfis, pero no le dejaron. Y, sin embargo, ahora tenemos esa estatua de Egipto despierta —añadió, entornando los ojos para escrutar a lo lejos—. Una mujer que se levanta de una silla. ¿Queremos que se despierte? Eso es lo que yo me pregunto, Cutler. ¿Qué hará cuando se despierte? Darnos una patada, Cutler. Eso es lo que hará; darnos una patada para echarnos.

Ross pensó que era mejor no comentar en ningún sentido lo de la estatua, y asintió con la cabeza.

Cambiando inexplicablemente de tema, el general preguntó:

—¿Tiene usted alguna hija, Cutler?

—No, señor. No estoy casado —contestó Ross, que había descubierto que el comandante no estaba casado, leyendo minuciosamente su diario.

—Las chicas son una preocupación, se lo digo yo. Yo he llegado al extremo de que casi me da temor abrir las cartas que me llegan de casa. Mi hija tiene dieciocho años y no quiere estudiar, quiere incorporarse a la reserva femenina del ejército. ¿Se pensará, acaso, que esto es un juego, Cutler?

—Probablemente querrá ayudar a ganar la guerra —dijo Ross, sin pensarse mucho la respuesta.

—Precisamente eso es lo que dice en la carta —añadió el general, mirándole asombrado por su agudeza—. Habrase visto. ¿Qué le voy a contestar a esa tonta? Si le digo que continúe con sus estudios, no soy patriota; si le digo que se incorpore al ejército, abandonará todo lo que ha hecho hasta ahora.

—Es muy difícil, señor.

—Tendría que estar estudiando derecho. Yo es que no me explico quién puede haberle metido en la cabeza todas esas tonterías patrioteras.

Ross profirió una especie de gruñido solidario.

—Eso no es para una chica decente —añadió el general, malhumorado—. ¿Qué está haciendo con los judíos, Cutler? —dijo de pronto, cambiando de nuevo de tema y mirando a Ross.

—¿Los judíos, señor?

—Spaulding ha ido a Tel Aviv para informarse sobre las actividades de los judíos nacionalistas de Palestina: la Haganah, la banda Stern y todo eso. Se dice que han dejado aparcado ese asunto de la patria judía hasta que hayamos derrotado a los alemanes. Pero por lo visto no todos los judíos lo aceptan.

—Aquí en El Cairo, la población judía es reducida y cumple la ley.

—¿Cómo no iban a serlo? La proporción es de diez mil árabes por cada judío. Claro que cumplen la ley. Pero ¿y las actividades clandestinas?

Había veces que el general era exasperante.

—Pues las mantienen perfectamente clandestinas —dijo Ross.

El general se quedó mirándole y por un instante pareció que iba a reaccionar irritado. Pero, por el contrario, se tiró del cinturón.

—Jesús era judío, como bien sabrá.

—Sí, señor.

—Y él afirmó claramente que no había que cambiar «un solo título» de las leyes de Moisés, la Torah. ¿No ha pensado nunca en eso, Cutler?

—No mucho, señor.

—San Pablo también era judío: un fariseo. Es decir, de una escuela selecta del judaísmo. Era discípulo del rabino Gamaliel, un importante dirigente judío. Parece ser que fue ese Pablo quien organizó todo el asunto del cristianismo, todo ese galimatías. —El

general calló de pronto—. No será religioso, ¿verdad, Cutler?

—No mucho, señor.

—Bien. No quisiera molestarle. Pues sí; San Pablo hizo caso omiso de lo que Jesús había dicho de no cambiar la Torah y se inventó una religión que se adaptase al mayor número de personas posible, integrando dentro del cristianismo todas las sectas y religiones, y todos los mitos y leyendas paganos que se le ocurrieron. Dijo que haría asimilable todo para todos… Con esas palabras.

—No sabía que le interesaba la religión, señor.

El general no había hablado en tono tan enfático en ninguno de sus anteriores encuentros.

—Hasta que Spaulding no me aleccionó en todo esto no me había hecho ninguna idea panorámica.

—Ah, el teniente Spaulding.

Ahora lo entendía.

—Ya sé que a usted no le gusta, pero es un muchacho muy inteligente, Cutler. El ejército moderno necesita la mayor inteligencia posible. Yo nunca he sido de los que dicen a los soldados que se les prohíbe pensar.

—No, señor —comentó Ross, pensando en que se había acabado el fervor discursivo del general; pero, tras una pausa reflexiva, el hombre prosiguió.

—Jesús predicó siempre hablando de Dios Padre, pero fue Pablo quien comenzó a dar énfasis a la figura de Jesucristo, abriendo así la posibilidad de que la cristiandad reconociese varios dioses, como es el caso de los hindúes, etcétera. Por eso los musulmanes nos miran con desdén.

—No lo sabía —dijo Ross, viendo con el rabillo del ojo que la puerta se entreabría y volvía a cerrarse. Debía de ser el capitán Marker, que hacía su escapada a la cantina.

—Eso dice Spaulding —añadió el general, citándolo como referencia irrefutable—. Me ha explicado que el antiguo ejército de ocupación de Roma comprobó que los judíos eran quienes con mayor firmeza se oponían a su dominación. Los cristianos no les causaron graves problemas, y si lo hacían los arrojaban a los leones, ¿no es cierto?

—Efectivamente, señor.

—Cuando Roma se convirtió al cristianismo, los judíos eran los únicos contrarios al poder romano. *Roma locuta est* —Roma ha hablado— significa que no se tolera oposición. Así comenzó el antisemitismo. ¿Usted estudió latín en el colegio, Cutler?

—Francés y alemán, señor.

—*Roma locuta est*: Roma ha hablado.

—Sí, señor.

—Ya sé que usted le mira con malos ojos, Cutler. Se nota enseguida; pero podría usted aprender mucho de Spaulding.

—Respecto a ese asunto de los judíos, señor… ¿Se trata de algo concreto?

—Ah, ¿se da cuenta de adónde quiero ir a parar? Me lo suponía.

El general no podía resistir a la tentación de mirar la animación de la plaza y volvió junto a la ventana.

—Pues no sé, señor —respondió Ross, al darse cuenta de que el general no parecía dispuesto a ampliar sus explicaciones.

Éste volvió hacia él la cabeza.

—Ejército de ocupación, Cutler. Aquí, el ejército de ocupación somos nosotros, ¿no? —dijo con taimada sonrisa.

—Pero en El Cairo no hay tantos judíos, señor.

El general miraba de nuevo por la ventana, totalmente absorto en el tráfago en los aledaños de la estación, y cuando contestó pareció hacerlo como por efecto de aquella visión de la multitud.

—Uno piensa en si los judíos tenían razón, Cutler. En lo que pretendía San Pablo con el culto a Jesucristo y la asimilación de todo ese paganismo. La Navidad es una fiesta pagana, como supongo que sabrá.

—¿Eso dice Spaulding?

—Eso lo sabe todo el mundo, Cutler. Las velas, los villancicos, el árbol y todo los demás son bobadas. Y la resurrección es también una cosa pagana: la llegada de la primavera después de la muerte de la tierra en invierno. La Pascua es también una fiesta pagana.

—Me cuesta creer que los judíos de Egipto representen un peligro para el ejército, señor.

Él general volvió sobre sus pasos hasta el escritorio, tamborileó en él con un dedo y dijo:

—No podemos ser complacientes, Cutler.

—No, señor; desde luego que no.

—Cuando Spaulding vuelva de Tel Aviv nos pondrá al corriente con las últimas noticias. Voy a pedir su ascenso para ponerle al frente de un departamento que se encargue de este nuevo tema. Lo llamaré subversivos religiosos.

Ross advirtió de pronto una señal de alarma. Era como si el general lanzase de forma intermitente un chillido. Era mala cosa la perspectiva de que ascendiesen a Spaulding: vendría al edificio, le asignarían un departamento y metería la nariz en todo. Peligro.

—Le echará usted de menos, señor. Spaulding es un magnífico organizador en quien se puede confiar plenamente.

—Hummm —replicó el general, alzando la vista al techo con gesto reflexivo—. Aún no he tomado una decisión.

—Lo comprendo, señor.

—Creo que voy a anular mi próxima cita; ya es casi la hora de comer —dijo, mirando el reloj de pulsera y sacudiendo la mano como si creyera que se había parado—. Tengo que almorzar con un general que regresa a Londres. Me da la impresión de que ha conseguido un buen puesto en el Consejo de Guerra. Y voy a encargarme de que sepa lo que necesitamos aquí. A veces se consiguen más cosas durante una comida que a través de los conductos reglamentarios.

—Sí, señor.

—¿Dónde me ha puesto la gorra?

Ross la recogió del suelo, a donde había caído por efecto de la malhadada maniobra del general, y le sacudió el polvo antes de tendérsela.

—¿Qué hacía en el suelo? —dijo el general, mirando la gorra con suspicacia y calándosela con cautela, como si fuese a estallar.

—Pues no sé, señor.

—Hay microbios por todas partes, Cutler. Así se propagan las enfermedades. En sitios como éste, hay que tener mucho cuidado.

—Sí, señor.

—Bien, continúe con ese asunto y, de momento, no diga nada a nadie. ¿Entendido?

—Naturalmente, señor.

Acompañó al general hasta la puerta y el porche abierto a que daban todos los despachos. El general se detuvo y miró el patio de instrucción. Un oficial pasaba revista a una patrulla de policía

militar impecablemente uniformada.

—¿A que en Glasgow no veía usted nada así, Cutler? —dijo el general, ufano.

—No, señor, desde luego que no.

Una vez que el general comenzó a descender la escalera, Ross regresó al despacho para observar desde la ventana cómo subía al coche y se alejaba. Quería asegurarse de su marcha.

—¡Ponsonby! —exclamó con fuerte voz en cuanto el coche se incorporó al denso tráfico de Midan Bab-el-Hadid.

—Diga, señor. El té está casi listo —dijo el sargento, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Y Marker? —gritó Ross, cuando el sargento ya retiraba la cabeza.

—¿El capitán Marker, señor? —inquirió Ponsonby, entrando con un humeante taza de té.

—¿Cuántos Marker hay en esta oficina? —replicó Ross, descargando su irritación en el pobre Ponsonby.

En aquel momento entró el capitán Marker, que había oído las voces desde donde estaba: en el cuarto de la radio, que daba al porche, para eludir al general y hablar por teléfono con uno de sus muchos «contactos».

—Diablo, Lionel, ¿es que siempre tiene que estar fuera cuando el viejo nos hace una visita? Siempre tengo que inventarme historias para justificar su ausencia.

—Lo siento, comandante.

Volvió a entrar Ponsonby con otra taza de té, que colocó ante Marker, para, acto seguido, salir sin decir palabra.

—Se ha perdido una descomunal perorata.

—¿Una perorata? —replicó Marker, cuya experiencia en la abogacía le hacía asumir las palabras al pie de la letra.

—Bueno, no es la palabra exacta; pero se ha pasado el rato andando arriba y abajo por el despacho explicando el error de San Pablo al inventar el cristianismo.

Marker dio un sorbo al té. Desde el patio de instrucción llegaban los gritos cortantes de un sargento. Marker se llegó a la puerta y la cerró, aunque no por ello dejó de oírse el ruido de los hombres desfilando.

—Está obsesionado con los judíos, y, por lo visto, quiere que

averigüemos lo que hacen. No, aún peor —añadió Ross, recordando la ambiciosa perspectiva de los planes del general—. Ha enviado a Spaulding a no sé qué conferencia en Tel Aviv y ese desgraciado, cuando regrese, nos va a fastidiar de lo lindo.

—¿Los judíos?

—Alguien le ha metido la idea en la cabeza. Supongo que Spaulding. Y ahora el general dice que le va a ascender y va a crear un departamento que se encargue de «subversivos religiosos».

—Creo que sé lo que ha sucedido, señor.

—¿Qué?

—Acabo de hablar por teléfono con el coronel Stevens, el primer viol…

—¿El primer qué?

—Del quinteto, comandante. Estamos ensayando la sinfonía *516 K.*

de Mozart para el mes que viene. Stevens dice que han destinado al segundo violín a Jartum. Un fastidio, porque Stevens piensa que nos va a ser imposible sustituirle, y yo creo que no se equivoca. —Marker hizo una pausa, al ver que el comandante mostraba poco o nulo interés en las contrariedades de la banda de cuerda de aficionados del Alto Mando, y volvió al grano—. Bien, Stevens está en el consejo político del alto mando, y están todos soliviantados por un artículo que ha publicado un periódico de Washington. Lo ha escrito un periodista americano, un tal Harry Wechsler, que andaba husmeando por Al Jaghbub. Por lo visto, es una firma muy conocida en Estados Unidos, y en el artículo da muchos detalles sobre la Haganah, la organización clandestina de defensa judía en Palestina. Dice que el ejército inglés utilizó unidades de la Palmah, el brazo militar judío, para acciones de espionaje y sabotaje detrás de las fronteras de Siria y Líbano desde 1940, mucho antes de que combatiésemos a la Francia de Vichy.

—¿Y es cierto? —inquirió Ross, dando un sorbo de té. Verdaderamente, comenzaba a acostumbrarse a aquel té cargado de Ponsonby con leche condensada; a cuántas otras cosas detestables no se acostumbraría.

—Probablemente. Por lo visto, aportaban personal que podía hacerse pasar por indígena. ¿De dónde íbamos a obtener gente así si no es de los judíos palestinos?

—¿Y por eso están soliviantados en el Cuartel General?

—No. Es que en el artículo se dice además que la Haganah exige ahora armas y equipo militar a cambio de la ayuda prestada. El autor dice que los ingleses no quieren cumplir su promesa y que niegan a los judíos el derecho a defenderse de los árabes. Por eso, los judíos han enviado agentes a Egipto para hacerse con armamento alemán e italiano abandonado en los campos de batalla del desierto.

Marker esperaba que el comandante reaccionase ante el problema que le exponía de alguna forma explícita —con un gruñido o una maldición—, pero vio que seguía sentado tomándose el té sin decir nada. Y cuando habló, lo hizo tranquilo y conciso.

—Voy a crear un negociado de subversión religiosa, y usted se hará cargo de él, Marker.

—Sí, señor —contestó Marker, pensando en lo que implicaría semejante trabajo.

—Mi competencia es investigar esa filtración general de datos militares. El «espía de Rommel», como lo llaman todos. Y estoy decidido a no descuidarla.

—¿Y quiere crear un departamento antes de que regrese Spaulding? ¿Sería prudente, señor? El general…

—Bastará para inutilizar las armas de Spaulding. Aunque el general pierda la chaveta y ascienda a Spaulding a capitán, usted tendrá una antigüedad incuestionable —dijo Ross, dando otro sorbo de té—. Y le diré al general que le proponga a usted también para ascenso. Haga unos cuantos expedientes y una recopilación de material. Si quieren una conspiración judía, confeccionemos unos cuantos expedientes gruesos para demostrarles que nos hemos preocupado antes que nadie y que no puedan alegar que no había nada.

—Pero no es más que un simple artículo de prensa, señor. Estoy seguro que no tiene fundamento.

—¿Y cómo se las arregló ese Wechsler para pasar la censura? —inquirió Ross.

—En el Cuartel General dicen que el oficial censor jura que no se lo presentó. Debió de encontrar una manera de cursarlo que no fuese el telégrafo. Es lo que los periodistas llaman artículo de opinión y que no importa que se publique con retraso. Llevaba la

firma de Wechsler sin fecha, y el editor alegará que estaba escrito antes de que Wechsler viniese a Egipto. En cualquier caso, me imagino que ni el propio Winston Churchill cometería la imprudencia de enzarzarse con un periódico norteamericano.

—Más vale que eche un vistazo a ese artículo y vea luego si puede localizar a Wechsler. Habría debido interrogarle el otro día cuando le encontramos husmeando en Siwa.

—Sí, señor.

—No haga ningún contacto con líderes religiosos judíos ni de ningún tipo. Y si tiene que hablar con Wechsler, vaya con cuidado, que yo le he visto actuar y se excita mucho. Si en El Cairo hay agentes de la Haganah, seguro que se mantienen bien lejos de él.

—Seré muy circunspecto, comandante —dijo Marker, poniéndose en pie para marcharse.

—¿Hay algo de ese individuo de Marina?

—¿Se llama realmente Wallingford?

—Con toda seguridad. El tal Darymple le conoce desde el colegio.

—Pues estamos en un callejón sin salida; contestan que no hay ningún teniente con mando con ese apellido. Ése es problema de que los archivos navales estén en Alejandría, y que para la investigación haya que fiarse de otros.

—Sí, claro, en Alejandría. A lo mejor es por eso por lo que le encanta lucirse con el uniforme de Marina.

—Es una posibilidad, señor.

Cuando Marker alcanzaba la puerta, Ross añadió:

—Creí que me había dicho que no tocaba usted música alemana.

—Wagner. Le dije que no tocaría Wagner —contestó Marker, pensando en que era un intento más del comandante por dejarle como un cínico.

Se habían hecho amigos, pero Ross consideraba que su suplantación de personalidad correría peligro si no mostraba ese desdén que todos los policías sienten por los abogados.

—¿Y qué tiene Mozart que no tenga Wagner? ¿No son alemanes los dos?

Marker se humedeció los labios.

—Es una decisión musical, comandante. Para un violinista, Wagner no tiene importancia, pues no escribió grandes obras para

violín, ni conciertos de violín, ni música de cámara; nada que yo pudiera interpretar.

—Pensé que su boicot a Wagner era de índole política —replicó Ross sonriente.

—Wagner es un gigante de la música del siglo veinte, pero de una música esclava del drama operístico. Él mismo lo dice.

—Me alegro de que me lo haya aclarado, capitán Marker. Espero que encuentren pronto otro violinista.

—Gracias, señor. Por cierto, Bert —añadió, haciendo una pausa —. Quizás será mejor que le recuerde que soy judío.

Y permaneció parado, por si su revelación daba lugar a algún cambio de planes.

—Exacto —replicó Ross—. Ésa es nuestra gran baza, ¿no cree? Ni el propio Spaulding puede superarlo.

Marker asintió con la cabeza y abrió la puerta. La voz del sargento de instrucción hirió sus oídos. El capitán añadió:

—Tiene razón. Ni el propio Spaulding pasaría por lo de la circuncisión.

18

—Dice Alice que está usted planteándose el ir a Palestina —dijo el capitán Lionel Marker.

Peggy West no contestó de inmediato. Miró a Alice y luego a Marker, pensando hasta qué extremo se lo habría explicado Alice. Luego, cogió una reluciente aceituna negra y la mordisqueó hasta dejar el hueso, que depositó elegantemente en el borde del plato, para limpiarse los dedos.

—Me lo he planteado a veces —dijo.

Marker le sonrió. Comprendía su indecisión; él era policía.

—Peggy, no hay ninguna ley que prohíba a un ciudadano inglés ir a Palestina.

—¿No? Pues no pensaría lo mismo si fuese una ciudadana que trata de arreglar los papeles.

—Todos sufrimos las molestias de la burocracia —replicó Marker.

Había elegido aquel restaurancito árabe esperando complacerla. Estaba en una calleja umbría en el perímetro del barrio Muski. La comida y la decoración eran genuinas, y, sin embargo, al encontrarse tan próximo a los lugares que frecuentaban los turistas, ningún europeo se sentía fuera de lugar. Había pedido la comida sencilla que casi todo el mundo —a condición de poder permitírselo— consumía en Egipto: *tamia* o puré de garbanzos con ajo, hecho una torta frita, con alubias rojas, aceitunas negras, *hummus* y cebollas crudas. Lo mejor era el *aish balady* o panecillos de pueblo, largos y anchos, inflados a medias, servidos directamente del homo primitivo del fondo del comedor.

—Sí, mi marido está en Jerusalén. Bueno, espero que siga allí. Y llevamos separados más de dos años.

—¿Es ciudadano inglés? —inquirió Marker, cortando un trozo

de pan y mordisqueándolo. Había decidido bajar peso, pero ya comenzaría al día siguiente.

—Hijo de padre canadiense y madre italiana —contestó Peggy —. Y nacido en Palestina.

—Quiero decir si tiene pasaporte inglés.

—Sí, ahora sí.

—¿Obtenido después de casarse con usted?

—Sí —respondió Peggy, lacónica.

Dicho así, era como si Karl se hubiese casado con ella para obtener el pasaporte inglés; sobre todo cuando utilizaban la palabra «obtenido». Esa clase de razonamiento la ponía en guardia, y eso que Marker parecía un hombre afable y simpático. Quizás fuese excesivamente recelosa. Karl decía que las mujeres solas acaban por serlo. Cogió otra aceituna y la mordisqueó minuciosamente.

—Entonces, ¿dejaría su empleo en el hospital? —preguntó Marker. Notaba que a ninguna de las dos les gustaba la comida que había pedido. Hizo seña a un camarero que pasaba y pidió *kebabs* de cordero. Era un plato más corriente y lo aceptarían mejor.

—Pues creo que sí, pero no acabo de decidirme, porque me preocupa la idea de llegar a Jerusalén y tener que buscar trabajo. Dicen que no es fácil.

—¿Por qué?

—En Egipto hay trabajo de sobra para enfermeras especializadas en cirugía.

Lo había dicho sin rodeos. Llevaba en el bolso una postal de Jeannie MacGregor, que ahora trabajaba en un centro quirúrgico de campaña cerca del frente: «Peggy, aquí hay muchísimo trabajo — decía—. Esto sí que es cirugía… puedes salvar una pierna o un brazo, y, a veces, una vida. Nunca había trabajado tanto, pero estoy encantada». Le hacía sentir mala conciencia cuando hablaba de dejar el trabajo.

Marker la miró.

—Sí, es la triste verdad.

La severa actitud inquisitiva que había adoptado con ella durante el registro del barco de Solomon y el hecho de que la hubiese acompañado al Magnifico para que le enseñase el pasaporte, eran factores que ahora tenía contra él.

—¿Y su marido qué dice? Del hecho de ir a vivir allí, quiero

decir.

—Karl nunca escribe cartas.

—¿Es que no la espera?

—Si yo aguardo a que Karl me diga que vaya, no haría nada. No sé dónde está. Estaba en Iraq, pero ahora ha ido a Palestina y tendré que buscarle. Se trata de mi matrimonio, capitán… Lionel. Para mí es importante.

—Claro. No me llame capitán. Prefiero Lionel a secas. En la vida civil era abogado, y algún día volveré a serlo. Por eso la insto a que se asesore antes de hacer algo drástico como dejar el empleo y la habitación del hotel. ¿Qué opina su amigo Solomon Marx?

—Ah, sí. Claro, usted le conoce, ¿verdad?

—Le habré visto un par de veces. Tenemos que registrar todas esas embarcaciones. ¿Qué dice de su marido?

—Yo sé que él me aconsejaría que no fuera —respondió Peggy.

—¿Y cómo está tan segura?

Peggy advirtió que estaba a punto de hablar de Solomon y de la manera en que le entregaba dinero.

—No le conozco tanto como para hablar con él de esto.

Marker les pasó la bandeja de *hummus*, que también guisaban en aquel establecimiento, pero ellas no la tocaron.

—Lo siento, creí que les gustaba la comida árabe —dijo.

—A mí me gusta —dijo Alice.

Peggy sonrió. Detestaba la comida árabe. La parecía bien para Marker, que seguramente tenía opción de numerosos platos ingleses en el comedor de oficiales; pero para personas como ella, las variantes de aquel tipo de comida no eran más que un modo de compensar los desequilibrios del presupuesto, y hacía tiempo que lo relacionaba con falta de dinero. Qué no habría dado en aquel momento por una buena loncha de salmón ahumado con tomatitos ingleses y una ensalada de lechuga tierna como las que sus padres criaban. Cada vez los echaba más de menos. Era cosa de la edad; cada vez los entendía mejor y pensaba más en las cosas que le decían.

Trajeron las *kebabs*. Tenían un aspecto estupendo, doradas y churruscantes, recién sacadas de las brasas. El camarero cogió un tenedor y extrajo los trozos de cordero de las broquetas, dejando escurrir el jugo, en medio del aroma de los cominos tostados.

—Adelante —dijo Marker.

Peggy tenía apetito y el cordero asado era excelente; partió un trozo de pan y con él cogió un bocado que comió al estilo árabe.

—Ha sido una buena idea traernos a este local tan interesante.

Marker asintió con la cabeza. Era un establecimiento no muy grande, que olía a pan recién hecho y carne asada y en él flotaba el humo de la parrilla. El fuerte sol entraba en diagonal, trazando movedizos haces de luz perlada; había mesas y sillas de toda clase y tamaño y los platos y bandejas eran viejos y gastados.

El capitán pensaba en ello mientras untaba el *hummus* en el pan.

—Escuche, Peggy, hay otra manera de hacerlo.

—¿Cuál?

—El departamento en el que yo estoy tiene un servicio periódico de correo que sale el martes por la mañana: es un camión, o, a veces, un coche, que suele ir a Tel Aviv y a Haifa. A veces pasa por Beirut, según lo que tenga que entregar. Me atrevería a decir que podría arreglar con el conductor que la llevase a Jerusalén.

—Pero…

—Con una botella para el chófer estoy seguro de que lo consigo. Podría quedarse una semana y regresar con el siguiente correo.

Peggy le miró recelosa. Sabía que Marker era algo así como un policía militar, del servicio de espionaje o algo secreto en el ejército. ¿Sería persona que le ofreciese amistosamente tal favor sin otra motivación?

—Pero necesitaré papeles para cruzar la frontera.

—No. La documentación que lleva el correo le permite cruzar la frontera con el vehículo sin inspección de ninguna clase. Si se reseña su nombre en el manifiesto, pasará sin ninguna complicación. Bastará con que enseñe el pasaporte para demostrar su identidad.

El rostro de Peggy se iluminó.

—«El Hoch» me daría una semana de permiso, ¿verdad, Alice?

Era una pregunta que estaba de más, pues Peggy conocía al cirujano jefe mejor que nadie, dado que trabajaba a diario con él.

—Claro que sí —respondió Alice—. Y yo podría manipular el programa para conseguirle un par de días más, si hace falta.

—Eres un cielo —dijo Peggy en voz baja y de un modo

automático, mientras sopesaba mentalmente todas las implicaciones. De pronto, se volvió hacia Marker.

—Capitán… Lionel, me toma usted por tonta.

—¿Cómo así?

—Estoy aquí sentada, hablando con usted, como si no tuviera voluntad propia. Me pregunta qué piensa mi marido, qué opina Solomon. Y es asunto mío, ¿no?

—Pues claro que sí.

—Sí que quiero ir. Si mi matrimonio se ha acabado, más vale que me entere de una vez.

A Marker le complacía ver que el meollo del problema era el matrimonio. Miró a Alice, pero ella no lo advirtió porque miraba a su amiga. Pensó en una respuesta adecuada a la confidencia de Peggy, pero optó por centrarse en la comida un rato.

—¿Ha estado alguna vez en Jerusalén, Peggy? —inquirió Alice.

—No; nunca.

—Es único. Mi padre nos llevó una vez. Hay muchas cosas que ver. Papá decía que los cristianos tendrían que hacer una peregrinación al menos una vez en su vida.

—Mi padre era judío —dijo Peggy.

—Jerusalén tiene aún mayor significación para los judíos —se apresuró a añadir Marker.

—Sí, es cierto —dijo Peggy.

Alice agradeció tácitamente a Marker que hubiese subsanado su tonta metedura de pata.

—Yo no soy religiosa —añadió Peggy—. Mi madre me llevó a la escuela católica de la localidad, que estaba cerca, al final de la calle y a la que acudía la chica de la vecina, que obtuvo una beca para Oxford. Mi padre no acababa de decidirse, pero decía que ir a un colegio católico era mejor que ir a una escuela pagana protestante.

Hizo una pausa, recordándolo, y Alice dirigió una mirada a Marker, pero él estaba echando sal a un trozo de pan.

—El primer día fue horroroso. Era la primera vez que veía un crucifijo de tamaño natural con el Cristo atormentado en agonía y manando sangre reluciente por las heridas. Estaba aterrada y no podía apartar los ojos de él. Luego, las otras niñas me dijeron que tenían que comer el cuerpo de Cristo y que yo debía hacer lo mismo, y yo eché a correr a casa llorando. —Peggy sonrió

destempladamente, recordándolo—. Ahora, yo veo la religión como un fetichismo sin sentido, una manera ritualizada para asignar los peores trabajos a las mujeres mientras los hombres se pasan el día rezando.

Marker no esperaba semejante confidencia y le alegró tener la oportunidad de contener una carcajada.

—Todas las religiones propugnan la supremacía del hombre —añadió Alice—. Los hombres se pasan la vida pensando en complicados problemas teológicos y las mujeres les limpian el suelo, les hacen la comida y les dan hijos.

—¿No me estarán tomando el pelo? —dijo Marker.

—Claro que no —replicó Alice, y Peggy le sonrió.

Había cambiado el estado de ánimo, pensó Marker; y Peggy estaba más relajada con él. Lo notaba por el modo en que había comenzado a comer las *kebabs* de cordero.

—Humm, está muy bueno —dijo Peggy—. Sí, le quedaré agradecida si me arregla ese viaje a Jerusalén. Pediré el permiso y volveré a ponerme en contacto con usted.

—Muy bien —dijo Marker.

—Se lo diré «al Hoch». Yo creo que porque esté una semana o dos fuera no va a pasar nada en el hospital. Y más ahora que Rommel ha detenido la ofensiva. Gracias; se lo agradezco enormemente.

—Yo lo arreglaré —dijo Marker—. Dé las gracias a Alice, que tuvo la idea de que nos viésemos.

Cuando el capitán Marker regresó a su oficina, Ponsonby estaba excitado como nunca se le había visto.

—¡Ha dado en el blanco, capitán! ¿Cómo lo ha adivinado?

—Empiece por el principio, Ponsonby, que me he dejado la bola de cristal en casa.

El sargento le dirigió una escueta sonrisa para darle a entender que había entendido la gracia.

—Pidió usted a Seguridad de Tel Aviv si tenían ficha de Karl West.

—Ya hace bastante tiempo.

—Ya sabe que se lo toman con calma —replicó Ponsonby— y cómo son en los archivos. Desde luego, yo se lo estuve recordando de vez en cuando —se apresuró a añadir, al ver que casi

desperdiciaba la ocasión—. Y, además, les llamé por teléfono.

—Por supuesto.

Ponsonby rebuscó en el expediente que había llegado de Palestina la víspera.

—Ah, ¿ya ha visto el expediente?

—Estaba aquí ayer tarde cuando llegó. Y tenía usted razón, señor. Es uno de esos revolucionarios. Karl West, o Wieland, o Weiss; utiliza muchos apellidos. Se le busca por toda clase de delitos, y lleva siglos trabajando con la Haganah —añadió el sargento, pasando hojas—. Ha estado detenido dos veces y las dos se escapó. Hay un mandamiento judicial vigente; si sabe dónde está, podemos detenerle.

—No, no sé dónde se encuentra. Ni siquiera estoy seguro de dónde va a ir.

—Estaba en Bagdad durante el jaleo de Raschid Alí, y en Tel Aviv creen que su presencia allí era para tener contacto con los alemanes.

Marker no pudo contener una sonrisa de suficiencia. No era frecuente que una indagación rutinaria como la que él había pedido después del registro del barco de Solomon diese tan sorprendentes resultados.

—Habrá que vigilar a ese Solomon las veinticuatro horas del día. Dígale al inspector Khalil que me elija un par de buenos agentes. Él ya sabe. Y asegúrese de que queda claro lo de las veinticuatro horas. Solomon se acuesta en cuanto oscurece.

—Ahora mismo me ocupo, señor.

—Ponsonby, ¿sabe usted conducir?

—No, señor. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Tenemos un servicio regular de correo que sale todos los martes para llevar documentación secreta a Haifa. Y la semana que viene, cuando haga escala en Jerusalén llevará un pasajero civil.

—¿Un servicio de correo? ¿Ah, sí? Nunca lo había oído, señor.

—Claro que no. He decidido iniciarlo yo. Y necesito alguien de confianza que conduzca… Por cierto, ¿tenemos alguien de confianza en Jerusalén?

—Por supuesto. Tenemos…

—Espere que me explique. Necesitamos a alguien que parezca indígena y pueda sentarse en el suelo en la calle y observar sin

llamar la atención. Alguien capaz de vestir una galabiya sucia y que hable los idiomas locales.

—¿Cuáles son esos idiomas?

Marker se inclinó hacia adelante y dijo en un susurro:

—Árabe, yiddish, hebreo y alemán.

—Encontraré a alguien —contestó Ponsonby.

—Y ruso. Para vigilar a una mujer. ¿No podríamos encontrar a una mujer que lo hiciese?

—Para vigilar ¿a qué mujer?

—A su esposa. Ella nos conducirá a él, Ponsonby. Tome nota de lo que le digo. Ella dará con él por muy escondido que esté.

—¿Ah, sí, señor?

—Es algo que descubrí trabajando de abogado —añadió Marker, pensativo—. Una mujer no necesita un detective que la ayude a encontrar al marido.

—Sí, señor. Bien, encontraré a alguien para que la vigile.

En aquel momento llegó Jimmy Ross. Estaba serio y se mordía el labio, como solía hacer cuando estaba nervioso.

—¿Se encuentra bien, comandante? —inquirió Marker, mientras Ponsonby recogía los papeles, abría el archivador y comenzaba a guardarlos muy despacio como hacía cuando quería escuchar.

—Vengo de los Pilares Grises de hablar con el general y el jefe de la policía militar.

Marker no hizo comentarios. Sabía que el comandante hacía pausas entre una frase y otra y no le gustaba que le interrumpieran.

—Esa patrulla de policía militar que custodiaba las armas en el oasis de Siwa ha sostenido un tiroteo con unos árabes que llegaron enseñando unos papeles del Cuartel General autorizándoles a recoger las malditas Beretta.

—Pero el Cuartel General anuló la orden —dijo Marker—. La señora Smythson, la esposa del coronel Smythson, me telefoneó; estaba un poco fuera de sí porque no los tenían debidamente firmados o no sé qué.

Miraron los dos a Ponsonby, que seguía archivando como si no escuchase la conversación, y Ross miró a Marker, quien dejó escapar una imperceptible sonrisa. La señora Smythson había cometido el error fatal de regañar al sargento Ponsonby, miembro fundador de la sociedad secreta de suboficiales veteranos que

mantenían con mano de hierro las actividades militares de El Cairo, y Ponsonby había transferido la responsabilidad a otra esfera. Parecía tener un sexto sentido para los líos.

Ross dijo:

—Los árabes llegaron para recoger las armas y no daban su brazo a torcer; y como no les aceptaron la documentación intentaron servirse ellos mismos.

—¿Y? —inquirió Marker.

Ross colgó la gorra en la percha.

—Esos muchachos llevan allá mucho tiempo; me imagino que estaban deseando darle al gatillo.

—¿Es todo lo que se sabe?

—Es la información que circula en el Cuartel General —contestó Ross—. Feo asunto: seis muertos y ocho heridos. Y un par de heridos nuestros.

—¿Egipcios o árabes del desierto?

—Egipcios; todos egipcios —respondió Ross.

—¿Y no había tenido la menor indicación de su informador del ejército egipcio? —insistió Marker.

—No; es algo que no se explica.

—¿Y cómo se lo ha tomado el general?

—Ha reaccionado muy bien. Ha reconocido que lo de la patrulla de vigilancia fue cosa suya y, de momento, no nos echan la bronca a nosotros. Pero Spaulding le ha convencido para que deje la patrulla allí.

—No se preocupe, señor —terció Ponsonby, cerrando el archivador—. Seguro que aparece alguien. Las armas ejercen una fascinación especial sobre esa gente rara. Lo sé por experiencia.

—Sí; a esa gente rara la llaman soldados —dijo Marker.

—Muy bueno el chiste, señor —dijo Ponsonby muy serio—. ¿Qué le parece una buena taza de té?

—Detesto su maldito té, sargento Ponsonby. Con esa porquería de leche condensada…

—Es té de sargento mayor, señor. El ejército inglés se ha criado con esa clase de té. El general pide siempre un especial de los míos cuando viene.

—Pero no se lo toma —replicó Marker—. ¿Es que no lo ha advertido? Se le queda frío en mi escritorio y yo lo tiro por el

lavabo.

—Es que el comandante le hace hablar mucho, señor.

—De todos modos, me tomaré uno.

—Sí, señor. Ya se lo tengo preparado. Y a usted también, comandante.

Ross miró a Marker, quien lanzó un suspiro. No había nada que hacer con el sargento Ponsonby.

19

—Pronto habrá que marcharse —dijo Solomon a su socio Yigal.

Había optado por darle la noticia como algo secundario mientras cruzaban El Cairo en coche, camino de una reunión con el anciano Mahmud.

—¿Por qué? —inquirió Yigal, pensando en si la decisión era producto de la inquietud, la necesidad o de las órdenes de Tel Aviv.

—El motivo no importa.

Solomon era un hombre distinto en los últimos seis meses que Yigal Arad llevaba con él en El Cairo. A pesar de toda su energía e inventiva, de las historias que le gustaba inventar y adornar respecto a su padre y a la gran casa urbana, las crisis de desesperación cada vez más profunda se iban haciendo en él más frecuentes y más evidentes.

Pese a su obsesión por el secreto, Yigal comenzaba a entenderle muy bien. Era imposible mantener aquella estrecha convivencia, compartiendo la tarea clandestina que realizaban, sin saber cosas uno de otro. Conocía los arrebatos de malhumor de Solomon y sus euforias inopinadas; y había llegado a notar los exacerbados ataques de ira que ante otros ocultaba fácilmente. Aquel día, la ira de Solomon se evidenciaba por el modo en que conducía el coche. Porque él, a veces, era un cuidadoso conductor, que reducía y cambiaba de marchas con una delicadeza rayana en la reverencia; pero aquella tarde se movía con malevolencia y cambiaba de carril sin prudencia alguna. E igual hacía con los peatones, tocando el claxon y echándoseles encima para hacerlos correr.

Algo había debido de molestarle profundamente. Yigal no sabía con certeza el qué, pero lo relacionaba con la llegada de un mensajero a primera hora de la tarde. Era un joven árabe que hablaba con el duro acento de Hatay, una pequeña región costera de Siria. Yigal se imaginaba que había traído un mensaje de Tel

Aviv; un mensaje verbal, y eso corroboraba aún más su suposición, porque los de Tel Aviv no enviaban comunicados importantes por escrito. Cruzar la frontera y los controles de carreteras que habían dispuesto los ingleses suponía demasiado riesgo para llevar algo ilegal.

Pero Yigal no tenía pruebas en qué basar la idea de que la marcha fuese un simple capricho de Solomon. Entre sus amigos y conocidos, Solomon era famoso por su intuición, y Yigal se preguntaba si no sería un ejemplo más de su capacidad de presentimiento.

—Los barcos se han vuelto demasiado llamativos —añadió Solomon—. Mucha fiesta con borracheras y gente del mercado negro, y siempre hay policía merodeando. Seguiremos de momento allí, al menos hasta fin de mes, pero hemos de disponer de otro sitio… por si acaso.

—¿Un sitio en la ciudad? —inquirió Yigal.

Sabía que la famosa intuición de Solomon se basa muchas veces en datos a los que tenía acceso por su tarea. Yigal hacía mucho trabajo de mensajero, yendo de un lado a otro de la ciudad a por los informes y a pagar a los que mantenían al corriente a Solomon, y a Tel Aviv, de lo que sucedía en El Cairo. Pero él no leía los informes. Él era el segundo, y Solomon había llegado hasta donde estaba manteniendo a los subordinados en su sitio. Y se había mantenido tanto tiempo con vida confiando lo mínimo imprescindible. Pero a Yigal no se le había escapado la expresión «por si acaso».

—¿Por si acaso, qué?

—Alquila algo —replicó Solomon—. Tú ya sabes qué es lo que necesitamos. Dos o tres habitaciones encima de una tienda, con entrada por dos calles. Puertas robustas. Ya sabes.

—¿Qué es lo que esperas?

—No sé. Nada.

—Es ese cabrón de Wallingford, ¿no? Sabe mucho de nosotros.

—Es un desertor. No nos delatará —contestó Solomon—. No colaborará con los ingleses.

—Es inglés, y un inglés rico. Yo sé cómo son. Desertor o no, si tiene que elegir, seguirá el camino de sus amigos del colegio.

—Ya he hecho negocios con él antes —dijo Solomon.

Quería calmar los temores de Yigal. Yigal detestaba a

Wallingford; él tenía el sueño utópico de que la patria judía se podía crear sin necesidad de tratar con canallas, desertores o antisemitas.

—Lo sé.

—Tienes que adaptarte a las circunstancias, Yigal. Rommel está preparando la ofensiva y la desencadenará seguramente antes de que empiecen los calores. Esta vez llegará hasta El Cairo.

—¿Tú crees?

—¿Quién va a impedírselo? Tú te mueves por ahí más que yo y has estado en el desierto. La tropa está desmoralizada, los oficiales son incompetentes y el material de los ingleses no es lo bastante bueno para parar a los alemanes. Lo dijiste tú; yo no me invento nada. Tú lo dijiste.

—¿De verdad que piensas que los alemanes lo lograrán?

—¿Tomar El Cairo? Claro.

—¿Y que los ingleses perderán su poder sobre el Oriente Medio?

—Exacto.

Yigal reflexionó sobre las consecuencias.

—Perderán el petróleo, perderán la ruta de la India, Birmania, Singapur y Australia, y se acabó su presencia naval en el Mediterráneo. Si, a continuación, los alemanes invaden Inglaterra, será el final de la guerra.

—Ahora me sigues —dijo Solomon.

—Nunca te he visto tan decaído, Solly. ¿Dónde irá nuestro pueblo? ¿Cómo sobreviviremos?

—No me lo preguntes, Yigal.

—¿Creen en Tel Aviv que Rommel tomará El Cairo?

—¿Que qué creen? Ellos se basan en mis informes.

Yigal guardó silencio. Tel Aviv tenía mil otras fuentes de información, pero no quería provocar innecesariamente.

Para romper el silencio, Solomon dijo algo más.

—No es lo mío hacer profecías, pues en la guerra existe siempre el factor suerte; pero los ingleses van a necesitar algo más que suerte para contener la ofensiva de Rommel.

—¿Y nos iremos entonces?

—No, amigo Yigal —replicó Solomon, indignado—. Ahí es cuando precisamente empieza nuestro trabajo. Estoy estableciendo un contacto con Tel Aviv que podremos utilizar aunque los

alemanes entren en El Cairo. Además, nos van a enviar un potente transmisor. El sitio que tienes que encontrar es donde viviremos cuando lleguen los alemanes. Tendremos nueva identidad, nueva documentación; todo nuevo. Ah, sí, y alquila un último piso para que podamos salir por el tejado en caso de huida. Además, lo necesitaremos para la antena.

—Ahora lo entiendo, Solly. Vamos a desaparecer.

Cada vez que estaba a punto de despreciar a su superior, pensando que había perdido facultades y vivía de su prestigio, sucedía algo que le demostraba que seguía dominando la situación.

—No, no exactamente. Los que desaparecen llaman mucho la atención. Cuando alguien desaparece, envían patrullas y perros en su busca. Nuestra salida hacia Palestina tendrá testigos y estará registrada, y todos sabrán hacia dónde nos hemos dirigido.

—¿Has decidido abandonar las armas de Wallingford? —inquirió, pensando en que ojalá no tuvieran que volver a tratar con él.

—¿Las Beretta? No, los nuestros las necesitan. Eso es lo que está causando el retraso. Tel Aviv ha encontrado un proveedor en Transjordania con otro millón de cartuchos de munición italiana que nos vendrá como anillo al dedo. No, las Beretta son lo primero de la lista. Por eso he permanecido todo este tiempo en el barco.

—No lo entiendo.

—Para el transbordo.

Solomon aminoró la marcha y asomó la cabeza por la ventanilla para ver dónde estaban. Satisfecho, giró por una bocacalle, sorteando con cuidado los baches. Cuando volvió a hablar, su voz era tranquila pero cargada de énfasis.

—Vi a Wallingford la semana pasada. Estuvimos cenando en el club Cleo's, y me dijo que quería que recogiésemos las metralletas; estaba dispuesto a hacernos un diez por ciento si íbamos nosotros a por ellas al oasis de Siwa. Pago al contado sin transporte, me dijo. Alegó que tiene otras cosas importantes ahora y que anda mal de transporte.

—¿El diez por ciento? No me gusta; es mucho descuento.

—Tendrías que haberle visto esa noche, desbordante de encanto

y amabilidad; con esa maravillosa cortesía inglesa y su sentido del humor. Tomamos champán francés y un borgoña de reserva, y en la barra había dos chicas esperando a que las invitara a nuestra mesa. Nos emborrachamos. Sí, sí, Yigal, Wallingford tratándome por todo lo alto. Después de la guerra, este Wallingford será un importante hombre de negocios capitalista.

—Es un *shnorrer* —dijo Yigal.

—Un *gonif* —añadió Solomon. Le procuraba cierto placer perverso el provocar a Yigal para que hiciera indignados comentarios sobre Wallingford—. Como estaba tan borracho, se cayó en el urinario y le ayudé a levantarse, y en ese momento comenzó a vociferar que sabía quién era el espía de Rommel… ese que dicen que está pasando a Trípoli una información que no tiene precio.

—Es él —dijo Yigal.

—¿Cómo?

—El espía. El espía de Rommel. Tiene que ser él. Wallingford está siempre moviéndose por el desierto, y, aquí en El Cairo, agasaja e invita a cenar a oficiales. Conoce a todo el mundo. —Yigal se iba excitando conforme desgranaba su teoría—. Todo cuadra perfectamente, ¿no crees? Wallingford es espía de los alemanes. Seguramente son ellos quienes le financian. Ese tal Percy, su ayudante y factótum, debe de ser un agente alemán. Percy es el jefe.

—No te embales, Yigal. Wallingford no es el espía de Rommel.

Yigal se mostró ofendido; estaba seguro de tener razón.

—¿Por qué lo dices?

—¡No me grites, maldita sea! Lo digo porque lo sé. Llevo tiempo en esto y sé quién puede ser espía y quién no. Wallingford no es un espía.

—Percy no es sudafricano —añadió Yigal malhumorado.

—De acuerdo; Percy es alemán, pero eso no hace que Wallingford sea espía. Y, menos aún, significa que sea el superespía que ayuda a Rommel en su estrategia.

Durante un buen rato, Yigal estuvo callado. Siempre sucedía igual: Solomon le trataba como si fuese un niño pequeño y bobo.

—¿Y aceptaste lo de ir a recoger las metralletas?

—Wallingford ha desaparecido. Y no hay manera de saber cuándo volverá. No tenemos otra alternativa.

—¿Cuándo iremos? —inquirió Yigal.

—No vamos a ningún sitio. Es muy peligroso. Al día siguiente hice un trato con Mahmud y él enviará sus hombres a Siwa. Es más fácil para ellos. Los árabes conocen el desierto y pueden esfumarse en la arena.

—¿Y qué le pagas por ello?

—El ocho por ciento. Tal vez me esté volviendo viejo; sí, los viejos pierden confianza. Lo vi en el caso de mi pobre padre. Los de Tel Aviv dicen que soy demasiado prudente y se quejan constantemente del dinero que gasto. Esta vez es cierto; puede que me haya excedido, pero siempre es mejor ser prudente.

—¿Y Mahmud ha recogido las armas?

—Sí, todo salió como me dijo Wallingford, pero aún no acabo de creerlo. El barco estará cargado antes del amanecer y luego podremos respirar tranquilos.

—¿Qué barco? ¿Tienes ya un barco? —inquirió Yigal, exasperado de que Solomon no le hubiese informado.

—Llegará un falucho del sur. Lo cargarán los hombres de Mahmud.

Paró el coche ante un imponente soportal antiguo que cubría una alta tapia en la que había una gran puerta con remaches metálicos en forma de estrella y elaborados goznes. Al verlos llegar, un árabe que estaba en cuclillas ante ella se puso en pie de un salto y tiró de la cuerda de la campanilla.

—Ojalá no tuviésemos que hacer negocios con estos maleantes árabes —dijo Yigal, mirando al vigilante de la puerta.

—A los de Tel Aviv les parece bien —dijo Solomon.

—¿Qué quieres decir?

—Tel Aviv ya no dispone de más oro, de dólares americanos ni de francos suizos. Han dicho que el oro para las metralletas es el último que les queda, y que hay que regatear. No entienden que las cosas han cambiado y que los maleantes listos ya no aceptan libras esterlinas ni egipcias porque están sacando el dinero del país y huyendo antes de que entre Rommel.

—¿Mahmud, tiene que sacar algo?

—Es dueño de un banco y trata con gente de postín, tanto egipcios como ingleses. No cometas errores: el viejo Mahmud es un hombre poderoso en El Cairo. Le pagaremos lo que exige porque se

lo daremos en billetes egipcios, pero él lo habrá cambiado en lo que más le interese antes de una hora.

—¿Cómo?

—Descuentos a los cajeros del cuerpo de pagos del ejército, que se embolsan la diferencia.

Se abrió la enorme puerta y un criado les dirigió una reverencia, haciéndoles pasar. Entraron en un pequeño patio de muros recubiertos con preciosos azulejos y lleno de macetas con verdes plantas; lo cruzaron y pasaron por una puerta baja que daba acceso a una larga dependencia enjalbegada y fresca.

En ella les aguardaban Mahmud y Tahsin; el banquero gordo y sonriente junto a su serio cajero. Cortésmente intercambiaron los rituales «Alá sea con vosotros» y «Que Alá prolongue tus días». Luego, se sentaron en una serie de almohadones y los criados trajeron humeante té a la menta y pastelillos.

Era un té dulce, pero Solomon lo tomó con fruición. Era como si el dulzor mitigase la tensión y el agobio que le había producido el hecho de aquella entrevista. Primero se habló de cosas insustanciales y se intercambiaron cumplidos; Solomon elogió los muebles y la colección de marfil que adornaba el cuarto. El marfil era una de las predilecciones de Mahmud, y el viejo hizo que un criado acercase las mejores piezas para que el judío las tocase y admirara, explicándole las técnicas de tallado, sus fechas y los lugares de procedencia. Ya hablarían de negocios.

En aquel decorado de su casa, Mahmud resultaba un personaje más relajado y elegante que en la tienda de alfombras del zoco. Allí en su casa no se veía el menor indicio de aquellos modales extravertidos y campechanos que exhibía siempre con Wallingford y sus compinches: se manifestaba como un hombre culto y educado. Su galabiya era de lo más fino, estaba recién afeitado y se había hecho la manicura. Ocultaba, eso sí, como siempre, sus ojos tras una gafas oscuras, y era difícil detectar, cuando hablaba, su estado de ánimo.

Mahmud dio un sorbo al té y dijo en tono festivo:

—¿Pensaba acaso que iba a ir yo al desierto a recogerle personalmente las armas?

—Sí, claro —respondió Solomon, siguiendo la broma—. El desierto está precioso en esta época del año.

—Demasiado calor para ir de excursión —añadió Mahmud.

—¿Fue el teniente Wallingford —terció Tahsin— quien sugirió que fuésemos nosotros a recoger las armas?

—No —respondió Solomon, no sin alarma—. Se me ocurrió a mí. —Cogió un pastelillo y, al morderlo, vio que estaba relleno de pasta de dátil. A él no le gustaban los dátiles; demasiados había comido en su triste y pobre infancia. Dejó la otra mitad en un ornado cenicero de plata, que un criado se apresuró a sustituir por otro aún más vistoso.

—¿Y el capitán Darymple? —añadió Tahsin con su inglés de acento perfecto—. ¿Quiso él implicarnos?

—¿Por qué? ¿Adónde quiere ir a parar? —inquirió Solomon.

—Contéstenos, por favor —añadió Mahmud, levantándose y yendo detrás del asiento de Solomon. Había algo de amenazador en el movimiento, y, al sentir la mano del árabe en su hombro, se sobresaltó.

—Creo que Darymple arregló algo del papeleo —contestó—. Firmó una documentación que le llevó Wallingford a Cleo’s la semana pasada. Pero ya sabe que Wallingford actúa solo.

Mahmud adoptó otro tono de voz.

—Mire, el capitán Darymple me debe una fuerte suma de dinero, y el señor Wallingford dijo que se haría cargo de la deuda, por lo que creo que quiere tener al señor Darymple bajo su control.

—Yo no tengo nada que ver con eso —alegó Solomon, que comenzaba a sospechar que querían que asumiese él la deuda de Darymple y viese el modo de deducirlo de su pago a Wallingford; cosa que no estaba dispuesto a aceptar.

—Hay que liquidar las deudas —añadió Mahmud al cabo de un rato—. Hay que liquidar las deudas en toda la ciudad.

Solomon se le quedó mirando. ¿Qué significaría exactamente aquella conversación tan extraña? ¿Sabrían que él trabajaba para Tel Aviv? Una tenue sonrisa en el rostro del árabe le hizo pensar que tal vez sí.

Cogió la cartera de cuero negro que había traído y se la puso en las rodillas, abriéndola despacio. Estaba llena de billetes nuevos de libras egipcias.

—He traído lo convenido. No hay margen para más.

—Siempre hay un margen, Solomon. Una previsión para accidentes.

Solomon se percataba de que algo había cambiado en su relación con el anciano, pues antes siempre habían llegado a un mutuo acuerdo en los negocios y nunca había observado animosidad en aquellos dos; pero aquel día era distinto. Aquella noche le estaban dando a entender claramente que era judío. Un judío solo y desvalido en la Ciudad de Oro, el antiguo centro sagrado del mundo árabe. Y sintió por primera vez su vulnerabilidad.

—Lo toma o lo deja —dijo cortante.

—Nuestra posición es ventajosa —replicó Tahsin, serio, como si lo lamentara.

Solomon los miró a los dos. Sus rostros eran totalmente inexpresivos; si tenían las armas en su poder, él no podía hacer nada; se quedarían con ellas.

—No disputemos —dijo.

Los dos árabes dieron un sorbo de té sin decir nada, mientras Solomon cerraba la cartera y la dejaba en la mesita a su lado.

—No pueden obligarme a pagar las deudas de otro —añadió.

—Solomon, admita que están conchabados, usted, Wallingford y Darymple, y quizás otros.

—No, se equivoca, Mahmud. Yo actúo por mi cuenta.

—Esperaba que fuese razonable —replicó Mahmud, quitándose las gafas y enjugándose los ojos con un pañuelo.

Tenía los ojos enrojecidos y abotargados, y la luz debía de molestarle porque volvió la cabeza. Solomon advirtió los síntomas del drogadicto. Se decía que era traficante, pero ahora comprendía que la adquiría para él. Eso explicaba su volubilidad. Había que extremar la cautela.

—Es cuestión de honor —dijo Tahsin—. Un banco no puede permitir que un cliente incumpla su compromiso. Se sabría… ¿comprende?

Solomon advirtió que Mahmud había apurado su té, y él hizo lo propio. Ningún criado le llenó el vaso y las hojas de menta con restos de azúcar quedaron pegadas en el vidrio.

—Yo no tengo nada que ver con Wallingford y Darymple —repitió.

—Tal vez sea mejor volver a hablar mañana cuando esté más calmado —dijo Mahmud, poniéndose en pie de pronto—. Así podemos seguir siendo amigos y podrá consultar con la almohada lo que acabo de decirle.

Solomon se levantó también, irritado.

—Mañana mi respuesta será…

Tahsin se llevó un dedo a los labios.

—Estamos en la víspera. Mañana todo irá bien.

Tahsin asumía siempre el papel de moderador.

El criado trajo el sombrero de Solomon, le entregó la cartera, y Mahmud y Tahsin les acompañaron hasta la puerta y les dieron las buenas noches con todo el formulismo que requiere el sentido árabe de la hospitalidad.

Sólo cuando la enorme puerta se hubo cerrado dijo Yigal lo que pensaba.

—Van a quedarse con las armas. Esos malnacidos se van a quedar con nuestras armas.

Solomon no dijo nada. Montó en el coche y puso el motor en marcha. Estaba a punto de arrancar, cuando un oficial inglés se asomó por la ventanilla y dijo cortésmente:

—Caballero, lamento molestarle, pero esta zona de la ciudad ha quedado cerrada al tráfico civil. Tenemos que registrarles; a ustedes y al vehículo. ¿Tendría la bondad de apearse?

Solomon intentó desesperadamente arrancar a toda velocidad, pero el coche se balanceó violentamente sin desplazarse.

—El coche está inmovilizado con bloques —dijo el oficial—. Y mis hombres van armados. No haga tonterías.

Ahora veían que en la oscuridad, al fondo de la calle, había una docena o más de policías militares cerrando la entrada.

Yigal y Solomon bajaron del coche.

—Yo llevaré su cartera —dijo el oficial—. El sargento les acompañará a la furgoneta. Vamos al cuartel de Bab-el-Hadid. Allí llevaremos también el coche. No creo que les retengan mucho rato.

—¡Ese hijo de puta de Mahmud! —exclamó Yigal sin poder contenerse.

—Tranquilo —dijo Solomon—. Sí, por supuesto, capitán. Lo que usted diga. No tenemos nada que ocultar.

A la mañana siguiente, Alice fue a entregar su informe semanal a

Jimmy Ross y se encontró con un gran revuelo en el departamento. Habían detenido a Solomon y a Yigal la noche anterior y Marker había estado interrogándolos sin acostarse. En tales circunstancias, poco interesaba el informe de las observaciones de Alice Stanhope: Sayed, las inocuas actividades del príncipe,
etc.
La única novedad era que Darymple había hecho las maletas y no se sabía dónde estaba. La joven expuso brevemente el informe a Ross y, acto seguido, se puso a pasarlo a máquina.

Estaba en ello, cuando el capitán Marker entró después de concluir su prolongado interrogatorio.

—¿Y bien? —dijo Ross.

—Poca cosa —contestó Marker.

—¿Les ha enseñado esto? —dijo, levantando la pasta marrón pegajosa envuelta en celofán y volviendo a dejarla en la mesa.

—Sí, pero como si nada.

—¿Qué han dicho?

—El más joven, se notaba que no sabía lo que era, y el otro, Solomon, se echó a reír y dijo que Mahmud debe de estar chocheando para ocurrírsele colocarle ciento cincuenta gramos de opio puro, cuando los detallistas lo manejan por arrobas.

—¿Por qué cree usted que los ha denunciado Mahmud? —inquirió Ross.

—No tenemos la certeza de que los haya denunciado él, ¿no es cierto? —replicó Marker, mirando a Alice, por si traía alguna novedad, pero ella le devolvió la mirada, encogiéndose de hombros.

Ross estaba sentado con los pies en el escritorio y las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Ah, las pistas las borró cuidadosamente, pero eso es precisamente lo que me hace estar seguro de que ha sido Mahmud. Es evidente lo que ha debido de suceder. Mahmud envió a sus hombres al oasis de Siwa y les acribillaron; él, reflexiona, reconcomido, y llega a la conclusión de que ha sido el resultado de una conjura montada por Solomon y Wallingford.

—Están sucediendo muchas cosas divertidas conforme Rommel se aproxima —comentó Marker.

—No tan divertidas. ¿Y al joven, le ha sacado algo?

—Al menos contesta cuando se le interroga. El problema estriba

en que no sabe nada. Se nota que es el socio con menos experiencia y no está al corriente de los asuntos de su jefe.

—Bien, reténgale unos días. Aislado. A menos que empiecen a hablar, habrá que soltarles.

—El joven dijo algo.

—¿El qué?

—Cree que Wallingford, el desertor de la Marina, es el espía de Rommel.

Alice dejó de escribir a máquina para escuchar.

—¿Eso dijo?

—Sí —contestó Marker—. Con esas mismas palabras. Por lo visto, él cree que Wallingford y Mahmud trabajan en combinación. Piensa que Wallingford los delató, haciendo que los detuviésemos anoche, y que todo forma parte del plan de Rommel.

—Wallingford. Sí, me gustaría hablar con Wallingford —dijo Ross, bajando los pies de la mesa y abriendo el expediente de Solomon.

Marker le observaba.

—Dice que Wallingford es un desertor que dirige una banda de desertores y que anda por todas partes. Tiene sentido.

—Sí, eso puede ser cierto, pero el general tiene mensajes interceptados a Rommel y, si los hubiera visto, se daría usted cuenta de que Wallingford no es el espía. No se trata de chismorrees del club
Cleo's,
sino de cosas muy serias: planes estratégicos, evaluación de armamento, apreciaciones, comentarios sobre la moral de las tropas y las intenciones. Llegada de convoyes y el material que traen. Conocen el movimiento de las unidades antes de que se inicien. Un payaso como Wallingford no se mueve en esos círculos.

—No, claro. Ya sabía yo que era absurdo —dijo Marker, entristecido, él, que había abrigado la esperanza de desentrañar el mayor dilema de la guerra.

—Vuelva y siga insistiendo —dijo Ross—. Y manténgase firme. Tenemos que descubrir si realmente hay una red judía operando.

Marker miró su reloj de pulsera. Había previsto darse una ducha y afeitarse y, posiblemente, echar un sueño de una hora, pero era la gran ocasión de frustrar los planes de Spaulding, demostrando que

ellos ya estaban al corriente de la «subversión religiosa».

—Como usted diga, comandante —dijo, apurando el té de un sorbo, levantándose y dejando el despacho.

Ross volvió a poner los pies en la mesa y se arrellanó en la poltrona.

—Ojalá fuese eso verdad, Wallingford —musitó.

Alice, que no había reanudado la escritura a máquina, estaba mirándole.

—Pero ¿cree usted que es un desertor? —inquirió.

—¿Wallingford? Probablemente. He solicitado al registro de Marina que vuelvan a mirar sus archivos, pero ya sabe lo que se tarda en recibir contestación de esa gente en Alejandría.

—¿Por qué le interesa tanto Wallingford si no cree que es el espía? —inquirió Alice.

—No sé —dijo, con una carcajada, reconociendo que últimamente pensaba bastante en Wallingford—. Es el único sospechoso que nos queda.

—¿La sangre en el billete de banco no es prueba suficiente para acusarle de asesinato?

—No. Es una prueba circunstancial, pero bastaría para someterle a interrogatorio. —Ella seguía mirándole—. Tiene razón, Alice —añadió él—, tal vez haya llegado el momento de sentar a Wallingford ante los focos.

Había decidido concentrarse en el trabajo del departamento como manera de olvidar sus preocupaciones.

—¿Qué piensa hacer si captura al verdadero espía? —inquirió Alice, dándose cuenta inmediatamente de que habría sido mejor decir cuando capture al espía.

Ross volvió la cabeza para mirarla.

—Tendrá que ser algo muy espectacular —respondió él—. Tal vez darle un puñetazo en la nariz al general y pedirle a usted que se case conmigo.

Ella sonrió y siguió escribiendo a máquina. Era evidente que estaba cansadísimo.

20

Robin Darymple estaba más contento de lo que había estado durante meses. La arena crujía bajos sus pies y había aire puro para respirar. Disfrutaba con aquella sensación de bienestar que embargaba a cuantos llegaban allí. No podía dar crédito a su buena suerte. Volvía a estar en el desierto con los combatientes. Y no sólo eso, sino que servía en un batallón como era debido. Había sido más fácil de lo que había creído. Le habían contado que había quienes, al ser dados de alta en el hospital, volvían a sus unidades y se reintegraban al servicio sin ningún menoscabo. Y así, al falsificar aquellos documentos para Wallingford, se le había ocurrido hacer lo mismo y procurarse una documentación que le permitiese ir a primera línea.

Desde luego, de momento no tenía por qué preocuparse; nadie se fijaba mucho en él. Todos andaban atareados con los viejos blindados, engrasándolos, verificando las transmisiones, las suspensiones y las ruedas; limpiando los cañones y ajustando los telémetros; probando la radio, guardando en los depósitos repuestos, herramientas y raciones de reserva. Todo a su alrededor eran proyectiles, munición de ametralladoras, bengalas, bidones de agua y comida. «Recargar», como decían. Darymple los contemplaba con orgullo y afecto. Eran los hombres con los que se sentía a gusto; hombres sencillos y francos, no como Wallingford y los chupatintas ambiciosos de mirada dura que había en El Cairo.

Se les veía cansados, naturalmente, pero aquello era una unidad eficiente. Él tenía la teoría de que la disciplina y la moral de un batallón pueden juzgarse por la red de camuflaje con que se oculta. Las unidades como aquella tendían sus redes de camuflaje de forma que quedasen planas y tirantes. Las unidades relajadas y descuidadas tenían camuflaje flojo y descuidado y había que estar agachando constantemente la cabeza para no rozarse.

Miró el blindado que tenía cerca y vio que llevaba pintado el nombre de Beryl; se asió al guardabarros y trepó hasta la chapa delantera de blindaje. El metal casi le quemaba las manos y notaba el calor a través de las botas. Permaneció un momento en la torreta, mirando por el hueco al puesto del conductor. Recordaba aquel Beryl; le habían dado el mando de él unos días, nada más recibirlo de los talleres. Lo habían enviado de Inglaterra ya con aquel nombre. ¿Sería la esposa o la novia del anterior tanquista? Nunca se sabría, pero, por consenso general, habían dejado el mismo nombre, pues los tanquistas consideraban que daba mala suerte cambiar los nombres. Sí, él conocía muy bien aquel Beryl, pero, igual que los hombres que deambulaban atareados por allí, Beryl también había cambiado: sus viejas capas de pintura se habían secado y desconchado, como el maquillaje en un rostro viejo. Pobre Beryl: no podía ocultar su edad; tenía media docena de cicatrices en el blindaje, y algunas bien profundas, causadas por granadas de alta velocidad de 5 y 7,5 centímetros, que, de haber estallado un poco más abajo, lo habrían convertido en chatarra, achicharrando a la tripulación.

Hacía calor. Darymple notaba el olor interno del blindado. Era un efluvio en el que se entremezclaban el sudor, la orina, los excrementos, el aceite, la goma y la cordita. No era agradable, pero le remitía al pasado de un modo tan vívido como no habría podido imaginar. Acarició el blindaje y miró abajo el cuero desgarrado, los señalizadores —velocímetro, cuentarrevoluciones, manómetros— con los vidrios turbios y astillados; la palanca de velocidades y la del freno, ya brillantes por el uso.

Se introdujo por la escotilla de la torreta y se acomodó en el reducido asiento forrado de cuero que tantas veces había ocupado. Poco sitio. Tenía tan pegado el asiento del cañonero a las rodillas, que apenas cabía nadie más. Ahora sí que olía la almohadilla sudada de gomaespuma en que apoyaba la cara el artillero para regular el tiro. Estiró el brazo para rozar la rueda de nivelación.

Desde aquella posición veía los vehículos de apoyo de «piel fina», que estaban cargando con munición, provisiones y gasolina, y que a diario acudían a primera línea a reabastecer. Aquellos hombres tenían encomendado un servicio fatal, pues los artilleros enemigos solían hacer blanco en aquellos vehículos que sucumbían

al primer impacto.

Siguió buscando con la mirada viejos amigos a quienes saludar, pero quedaban pocos de aquellos con los que había servido seis meses antes. Todos los que veía eran nuevos, algunos casi unos niños. Estaban en mayo de 1942 y la guerra contaba ya casi dos años; tiempo de sobra para que los jóvenes alistados después de su inicio hubiesen sido entrenados y enviados al desierto. Estudiantes con acné y el rostro quemado por su primer contacto con el cruel sol, conduciendo blindados, sirviendo los cañones y manejando las radios. Algunos de aquellos jovenzuelos lucían ya galones y todos se movían bulliciosos y activos, derrochando la energía y seguridad propia de la juventud.

No sucedía lo mismo con los veteranos; a los que habían estado con él en lo que ahora denominaban «los viejos tiempos», no se los veía tan fácilmente. Casi todos habían envejecido de ese modo peculiar causado por el cansancio. Rostros arrugados, falsas sonrisas furtivas y ojos torturados con profundas ojeras eran signos de haber servido en primera línea, del mismo modo que el bronceado, los uniformes descoloridos y singularidades como botas de ante y suéteres de colores.

Pero a Darymple no le impresionó más de lo debido aquel batallón diezmado con el que volvía a encontrarse; él no era un hombre muy sensible, y menos sentimental. El trabajo de un militar era luchar y morir, y que los hombres del batallón hubieran estado haciendo eso no le emocionaba. Lo único que lamentaba era haberse perdido toda esa parte del combate estando en El Cairo.

El desierto era una maravilla en mayo y aún no hacía aquel calor insoportable. Desde su privilegiado punto de vista en el tanque atisbaba corrillos de flores silvestres nacidas de las lluvias de invierno; los parches de verdor, aplastados por las orugas de los tanques, los neumáticos especiales y las botas, despedían aroma a tomillo. Los vientos cálidos primaverales aún no habían soplado aquel año, pero no tardarían. Las flores se marchitarían y desaparecerían de la noche a la mañana. Por fin oteó a alguien conocido: al teniente Copeland.

—¡Piggy! qué estupendo haber vuelto.

Al oírle, su amigo Copeland se dirigió hacia el tanque, y, quitándose la gorra para rascarse la cabeza dijo:

—¿Qué, sigues enamorado de Beryl?

Darymple sonrió avergonzado. Se daba cuenta de que era hacer el tonto mostrar de aquella manera el placer que le producía volver con los suyos, pero no podía evitarlo.

—Una zorra con suerte —dijo, dando una palmada en la plancha blindada.

—Cierto. Beryl siempre sale bien librada. Por cierto, ¿te he dicho que Wally estuvo aquí el otro día?

—¿Wallingford? —dijo Darymple, sintiendo un súbito estremecimiento.

—Me dijo él que te había visto. ¡Teniente con mando en comandos del desierto y todo! ¿Cómo diablos se las ha arreglado para servir en esas unidades autónomas? Desde luego que Wally siempre fue un mamón con suerte en el colegio, ¿verdad?

—Pues lo sería —contestó Darymple, prudentemente. Esperaba ver a Wallingford aquel día, pero no con muchas ganas. Cuando algún día le descubriesen, porque acabarían por sorprenderle, no quería que estableciesen ninguna relación con él—. Yo le conozco de haberle visto un par de veces. No estaba en mi residencia.

—No, no estaba en tu residencia, pero estabais los dos en el aula once y salías con él, ¿no?

—A veces. No recuerdo. Hace mucho tiempo.

—Sí que es verdad. Creo que voy a acabar la guerra siendo un puñetero teniente. ¿Sabes el tiempo que llevo ya aquí?

—Será una simple cuestión de burocracia —replicó Darymple—. Ya verás cómo os llegan todos los ascensos de golpe y te verás casi de general.

—¿Me lo pones por escrito?

—¿Qué es aquello? —inquirió Darymple, señalando hacia el oeste. A lo lejos se veía como un muro de fina polvareda marrón que se aproximaba. Tendría cinco o seis kilómetros de largo y una altura de unos ciento setenta metros—. ¿Es el *khamsin*? —añadió, consciente de que no era como las tormentas de arena que él había visto.

Piggy miró hacia donde decía.

—No, son los alemanes. Han estado levantando polvareda casi a diario desde la semana pasada. Se forma cuando mueven los tanques y los vehículos. Deben de estar concentrando muchos

blindados al sur de nosotros.

—Entonces, ya falta poco —dijo Darymple.

—Sí, falta poco —asintió Piggy.

Como confirmando sus palabras, Darymple oyó fragor de motores y, al alzar la vista, vio un avión volando en línea recta por el horizonte.

—Es Hermann, que fotografía nuestras posiciones. Ya debe de tener muchas, porque viene casi todos los días.

—Quizás forme parte de sus planes tenernos nerviosos —dijo Darymple.

—Pues lo consiguen —añadió Piggy—. Me dan temblores de pensar que los alemanes saben la posición de cada tanque, coche, camión y almacén que tenemos.

—Lo que a ellos les interesa es el ferrocarril costero —dijo Darymple—. Los nuestros están alargándolo hasta Tubruq.

—Los que estáis en El Cairo sois los únicos que sabéis lo que pasa —añadió Piggy sin resentimiento—. Aquí en el frente nunca nos enteramos de nada.

—Y está el asunto de una tubería para el agua, que dicen que suministrará toda la que haga falta al cuerpo expedicionario.

—Así podré volver a lavarme todos los días —dijo Piggy—. Con la ración que nos dan ahora sólo puedo sacarme brillo en seco.

—¿Quién diablos es ese tipo? —inquirió Darymple, sorprendiendo a Piggy por su tono de voz indignado.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Ese cabrón —añadió Darymple, señalando.

—Ah, un comandante de El Cairo que ha venido aquí a conferenciar con Andy. En secreto —dijo Andy.

—Conozco a ese mamón —añadió Darymple—. ¡Es un simple cabo! ¡Le conozco!

—Tranquilo, Robbie, muchacho.

—Te digo que le conozco. Es un puñetero cabo que se pasea por ahí con una tía estupenda que vive en el mismo hotel en que estaba yo.

—Qué descaro —comentó Piggy, sin gran énfasis.

—Y bien, ¿qué vas a hacer? Ha entrado en el comedor de oficiales.

—Es casi la hora de almorzar.

—No me vengas con bobadas. No puede comer con nosotros. Manda venir a la policía militar y que le arresten. Está suplantando a un oficial en servicio activo, etcétera. Seguramente será un desertor con papeles falsos y todo.

Darymple añadió para sus adentros: «Lo sabía; lo sabía. ¡Qué descaro!».

Piggy se quedó mirándole, pensando en si no sería una de las bromas de Darymple. En el colegio siempre andaba haciendo bufonadas; una vez le habían pegado en primaria delante de los compañeros de la clase por haber enviado por correo al prefecto una de las incomibles empanadas de carne que les daban; había escrito las señas y pegado los sellos con la corteza de la empanada, y correos la había hecho llegar a destino.

Pero aquello no era una de sus bromas. Y su indignación no tenía visos de apaciguarse. Además, como Darymple era capitán, tenía que obedecerle.

—Como tú digas, muchacho. ¡Venga aquí, cabo! —gritó a uno que pasaba por allí—. Vaya a decir al sargento de día que hemos descubierto un desertor; que venga con escolta armada.

—A la orden, señor —contestó el cabo, encantado por romper la rutina de la jornada.

—¡A paso ligero! —gritó Darymple.

—A la orden —exclamó el cabo por encima del hombro, echando a correr.

El arresto del comandante de la policía militar de visita al campamento sería recordado en todos sus detalles por todos los que lo presenciaron. En el momento de producirse, había cuatro oficiales en el comedor. El visitante, con las insignias de comandante en el uniforme caqui de faena, estaba en la barra tomando un *whisky*, y tres tenientes —uno de ellos un veterano de artillería— se hallaban en una mesa devorando su almuerzo antes de reintegrarse al servicio.

Acompañaban a Darymple el teniente Piggy Copeland, un sargento de día, el sargento Butcher, del Cuerpo Real de la Policía Militar, y otro individuo que había hecho venir el sargento de día, por su fuerza física y su inquebrantable entrega al cumplimiento de los decretos reales y los métodos militares.

Fue Darymple quien dirigió al grupo.

—¡Usted! —gritó a Ross—. ¿Quién se ha creído que es?

Ross ya le había visto afuera, pero esperaba no tropezarse con él; ahora, viéndole entrar dando voces en el comedor de oficiales, no pudo reprimir un estremecimiento de angustia.

—Cutler, o como se llame, venga aquí a paso ligero. —Como Ross no obedeciera, Darymple se volvió hacia el sargento—. Ese es —añadió.

El sargento Butcher de la policía militar se ajustó el cinturón con revólver, que se había ceñido apresuradamente sin colocarse bien la correa de la hombrera, y se caló más la gorra, tirando de la visera, antes de acercarse a Ross, pero al ver que éste le miraba desafiante, su paso se hizo un tanto vacilante.

Ross sonrió. Era una reacción producto de los nervios, pero no lo pareció y sirvió para indignar más a Darymple y hacer que el sargento le pidiera sus papeles de identidad.

Ross se los tendió con un gesto que Darymple juzgó descarado ademán. Esto, y el hecho de que su adrenalina estaba subiendo, propició que fuese él mismo quien se los arrebatara de las manos, diciendo «Falsos, falsos; no hay ni que mirarlos», y se los guardara en el bolsillo.

—Nos servirán de prueba irrefutable. Arréstele, sargento; y con esposas. Esta vez no se me escapa —añadió, dirigiéndose a Ross y dando la impresión a los demás de que ya le había arrestado antes.

—Serénese, capitán Darymple —replicó Ross, con el corazón latiéndole apresuradamente, pero dispuesto a superar el contratiempo. Bastaba con conservar la calma. Su tarjeta de identificación era auténtica y tenía que conseguir que la examinasen—. Soy comandante. Mire mi salvoconducto del
SIB
que lo certifica. He venido a hablar con el coronel Anderson.

—¿El coronel Anderson? —vociferó Darymple, y por un instante la noticia del ascenso a coronel de Anderson obnubiló su mente—. ¿El coronel Anderson? —repitió.

—Sí, capitán Darymple. He venido a hablar con el coronel Anderson.

—¿De qué? —terció bruscamente el sargento Butcher.

Él había visto muchos impostores y a todos les daba por vestirse de comandante, que era un buen rango al que casi todos los de la

policía militar guardaban respeto y, que al mismo tiempo, no llamaba excesivamente la atención.

—De seguridad —contestó Ross, percatándose inmediatamente de que al contestarle tan cortésmente habría corroborado sus sospechas. Él había conocido a docenas de individuos como aquél durante su estancia en filas, y sabía que era la clase de hombre que se servía de su grado para avasallar a los demás y que, por lo tanto, no le cabía en la cabeza que otros superiores a él no lo hicieran.

—Queda arrestado —replicó Butcher. Era un hombrón y le retorció el brazo para pasarle la esposa en la muñeca, obligándole casi con el mismo movimiento a acercar el otro por detrás, cerrando la segunda manilla, de forma que Ross se encontró esposado con las manos a la espalda.

—Examine mi tarjeta de identificación —dijo. Ahora la indignación había sustituido a su primera reacción de temor, al percatarse de que el incidente era simple producto del error de Darymple. Empezaba a sentirse ridículo conforme iban llegando más oficiales a comer, que hacían corrillo ante la inopinada escena.

—Explíqueme por qué iba vestido de cabo. Explíquemelo —dijo Darymple con aire de triunfo.

—No tengo por qué explicarle a usted nada, capitán Darymple.

—Vamos, vamos, muchacho, no protestes. Ya lo aclararemos —dijo Butcher. Él sabía cómo calmar a los arrestados con buenas palabras y promesas absurdas. Cogió a Ross del brazo y comenzó a llevarle hacia la salida de la tienda.

—Que vengan inmediatamente los de Seguridad —dijo Ross—. Y quíteme las esposas. Mire mi documentación. Tengo permiso para vestir el uniforme que quiera, con el grado que sea.

—Cálmate, muchacho —replicó Butcher—. Eso lo dicen todos.

—¡Darymple, es usted un imbécil! Si no ordena a este idiota que me suelte inmediatamente, haré que comparezca ante un consejo de guerra por entorpecer la labor de un oficial del SIB en acto de servicio.

En parte por tranquilizarse a sí mismo, Butcher dijo:

—Si fueses realmente del SIB, llevarías una tarjeta en la que se especificara que se te permite

vestir el uniforme que desees.

—Voy vestido con el uniforme propio de mi grado —replicó Ross—. No estoy disfrazado. Le he entregado tarjeta de identificación y ni la ha mirado.

En aquel momento entró el coronel Anderson, precedido por el sargento de día, que, al ver el lío que se estaba organizando, había decidido curarse en salud haciendo comparecer al comandante en jefe.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —exclamó Anderson con voz tonante y con su inconfundible acento de Yorkshire—. ¿Qué sucede, comandante Cutler? —añadió, al ver que nadie contestaba.

—Que el señor Darymple ha ordenado al sargento de la policía militar que me arreste —contestó Ross, como disculpándose.

Anderson dirigió una mirada a Darymple. Todo el resentimiento acumulado por como éste le había tratado en tiempos pasados le hizo perder los estribos. Marcando bien las palabras dijo:

—Darymple, es usted un gilipollas. Un imbécil pretencioso que se mete en donde no le llaman. El comandante Cutler es mi huésped, además de hallarse aquí en viaje oficial. Lárguese del comedor antes de que olvide los buenos modales y le sacuda.

—Es que conozco a este soldado —atinó a decir balbuciente Darymple.

Anderson volvió a mirarle, como dándole por imposible.

—¿Ha examinado sus papeles?

—Creí que eran falsos —respondió Darymple, entregándoselos al coronel—. Lo siento, señor. —Miró a Cutler e intentó decir «Lo siento, comandante Cutler», pero de su boca no salió más que un barboteo de palabras incomprensibles.

—Hará usted sus comidas en otro sitio hasta que le autorice a volver a hacerlas en este comedor. No quiero ver su estúpido rostro por aquí.

El sargento Butcher ya había liberado al cautivo y estaba más firme que una vela, colorado como un tomate, dándose cuenta de lo que se le venía encima.

El rostro de perro con cicatrices de Anderson daba miedo cuando se enfadaba, y estaba muy enfadado cuando lo arrimó al del sargento.

—Butcher, voy a buscarle un destino. Voy a buscarle un destino

en el que esté tan ocupado que no tenga tiempo de arrestar a inocentes ni escuchar rumores escandalosos, acusaciones idiotas y habladurías sin fundamento, en vez de verificar la evidencia —dijo, blandiendo la tarjeta de identidad de Cutler, antes de entregársela a su dueño.

—Sí, señor —dijo Butcher.

—Entretanto, se le abrirá expediente.

—Sí, señor.

—Por conducta en perjuicio del buen orden y la disciplina militar al irrumpir en el comedor de oficiales sin permiso ni motivo justificado. Y quítese esos galones antes de que yo vuelva a verle. Y lárguese de aquí.

El sargento Butcher parpadeó y dirigió una mirada en derredor a ver si algún inferior acababa de oír lo que le habían dicho. Los dos camareros estaban detrás de la larga mesa con una sonrisa de oreja a oreja. No cabía duda de que la metedura de pata del sargento y el rapapolvo que acababa de recibir correrían como reguero de pólvora en menos de una hora.

—Será mejor que almorcemos en mi tienda —dijo Anderson, mientras Butcher y Darymple abandonaban el lugar—. Es más discreta —añadió, haciendo señas a un camarero y dirigiéndose a la salida.

—Ese maldito Darymple —dijo el coronel cuando estuvieron sentados en su tienda—, ha llegado aquí diciendo que se ha traspapelado su orden de destino.

—No sea muy severo con él, coronel. Él me había visto vestido de cabo y seguramente le sorprendería verme con este uniforme.

—¿Y qué tiene de malo ser cabo? —replicó Anderson—. ¿Cree usted que si Darymple se hubiese incorporado como recluta habría llegado a ser cabo?

Ross se imaginó que Anderson sondeaba el terreno y no quiso contestarle. Oyeron ruido en el batiente de la tienda y apareció el ordenanza del coronel con un buen vaso de ginebra con tónica en una bandeja.

—¿Qué quiere beber, comandante? —dijo Anderson, dando un sorbo a su bebida.

—Pues agradecería mucho una cerveza.

El coronel hizo una seña al soldado.

—A ese imbécil voy a mandarle al Cuartel General si no me llega su orden de destino a finales de esta semana. Bien, dígame lo que se le ofrece y haré lo que pueda.

—Estoy buscando a un tipo de Marina llamado Wallingford —dijo Ross, cogiendo la cerveza que acababa de traer el camarero del comedor de oficiales—. A su salud, señor.

—Uno de esos maleantes de los comandos autónomos del desierto. Sí, viene por aquí de vez en cuando. ¿Qué es lo que anda usted investigando?

Nada más acabar de decirlo, se oyó el motor de un avión en vuelo bajo. Anderson permaneció impasible, aunque el zumbido del motor se acentuaba cada vez más. La estudiada calma del coronel era la típica actitud bravucona que los militares del frente adoptaban frente a los llegados de otras zonas.

Ross había estado en combate y su reacción habría sido meterse debajo de la mesa o echar a correr para ponerse a cubierto, pero aguantó impávido a que pasara aquel ruido ensordecedor.

—Pilotos nuestros —dijo Anderson con desmayada sonrisa, conforme el estruendo disminuía al alejarse el avión de la RAF. Dar la tabarra al ejército era uno de los pasatiempos de los aviadores que volvían a Inglaterra.

—Probablemente —dijo Ross— habrá notado que los alemanes están perfectamente informados de nuestros efectivos, de nuestros movimientos y nuestros planes.

—¿Y de dónde sacan la información?

—Le diré con toda franqueza que no lo sabemos. Pero ese Wallingford quizás pueda ayudamos. Seguramente es un desertor…

—¡No me diga!

—Sí; es jefe de una banda de ladrones.

—Uno de tantos —dijo Anderson en tono de hastío, consciente de los innumerables robos que se producían en el ejército—. Y yo… entregándole notas firmadas para provisiones y gasolina. Qué tonto he sido.

—Tiene mucha labia y sabe convencer —añadió Ross—. Yo le he visto actuar.

—Incluso ha comido aquí con la oficialidad. Sí. Es muy amigo de Darymple. Es teniente de Marina con mando en los comandos del

desierto.

—Aún estamos comprobándolo. Ha sido hábil con esa idea de usar el uniforme del cuerpo, dado que en el desierto no hay mucha policía naval. Ni tampoco en El Cairo. Él se mueve siempre lejos de Alejandría, que es la base de la flota.

—¿Es el espía que buscan?

—Tal vez.

—¿Sólo tal vez?

—Detuvimos a dos elementos en El Cairo, y ante uno de ellos Wallingford estuvo alardeando de que sabía quién era el espía.

—¿Y eso es fundamento suficiente?

—Los detenidos tenían negocios con él, y uno de ellos confesó que Wallingford estaba implicado en tratos con armas robadas. Y tenemos pruebas de su presencia en El Birkeh cuando fue asesinado un sargento mayor en enero pasado. Tengo un billete de banco manchado de sangre, posiblemente con sus huellas dactilares. Si doy con él, le acusaré de homicidio a ver qué puedo sacarle.

—¿Cree que hablará?

—Le haré hablar.

—¿Pero no cree que, al verse acusado de homicidio, se mantendrá callado y reclamará comparecencia ante un consejo de guerra?

—Desde luego, haré por él lo que esté en mi mano.

—¿Por un desertor… un maleante?

—Coronel, ese espía es un grave peligro para nosotros. Yo atestiguaría a favor de Hitler si con ello pudiese atrapar al que entrega nuestros secretos a Rommel.

—Bueno, cuente con toda la ayuda que yo le pueda prestar.

—Seguramente se dirige hacia aquí. Suele seguir siempre la misma ruta, en la que suponemos tiene sus contactos. Las unidades de policía militar están sobre aviso; las insignias de oficial de marina hacen que llame más la atención, pero viste uniforme caqui y seguro que cambia de uniforme y desaparece si se percata de que le buscamos. Yo he venido en avión para adelantarme a él, y quisiera dar una vuelta por el campamento y hacer algunas preguntas.

Miró a Anderson. Pedir permiso al comandante en jefe era un simple formalismo; los dos lo sabían. Anderson sostuvo la mirada

un instante sin contestar. No le hacía gracia la idea de que oficiales desconocidos del
SIB
se presentaran allí para husmear; pero no había más remedio.

—Sí, naturalmente —dijo—. Ya me dirá lo que necesita.

—Gracias, coronel. Si llega Wallingford con su banda sí que necesitaré su ayuda.

21

—Ésta es la época del año que más me gusta —dijo de pronto Wallingford, sin motivo alguno. Iba al volante del enorme camión Matador, que descendía, dando tumbos por unos relieves rocosos, hacia un gran lago de arena tan blanca y lisa como un mantel recién almidonado.

Percy, en el asiento contiguo, sufría las sacudidas de aquella marcha, y gruñó al oírle. A él no le engañaba nadie; sospechaba que al inglés no le gustaba nada. Tenía que estar harto del desierto, pues, al final, esa euforia que comunica el aire límpido y la magia de las noches cuajadas de estrellas, cede a la desgana y al cansancio provocado por la ausencia de estímulos visuales. Aquellas panorámicas monótonas, sin edificios, árboles, carreteras, hierba, acaban por embotar la mente, haciendo que el hombre se ensimisme como últimamente y cada vez más le estaba sucediendo a Wallingford.

—Adoptas riesgos innecesarios —dijo Percy, sin ninguna inflexión admirativa.

—Es tan sólo un viaje más —replicó Wallingford, con forzada jovialidad—. Piensa en esas cámaras fotográficas.

—No quiero pensar en ellas —contestó Percy, abrumado por el sudor y añorando una cerveza fría.

—Pues piensa en el dinero —replicó Wallingford, irritado—. En hacerte rico.

—Trataré de hacerlo —dijo Percy—. Pero en lo que si no dejo de pensar es en que me maten o me detengan.

—A ti no, Percy. Tú eres como yo; un superviviente duro de pelar.

—Es una tontería adoptar riesgos innecesarios. Estas zonas del frente son más peligrosas para nosotros que el propio Cairo.

—¿Por qué? —replicó Wallingford sin énfasis. Él consideraba

cualquier oposición a su manera de hacer las cosas como producto de los nervios y de falla de valor. Era su enérgica personalidad la que aglutinaba a la banda, y procuraba mantenerlos a todos animados y optimistas; pero a veces costaba.

—En la zona del frente fusilan a los desertores.

—No seas tonto, muchacho. Los ingleses no fusilan a los desertores; los encarcelan.

—Eres un loco —replicó Percy.

—¿Qué tal vamos de ruta?

En aquel momento pasaban por delante de los bidones rellenos de cemento que habían colocado a guisa de indicadores en aquella zona. Percy examinó el mapa sobre sus rodillas, comparando los números y las señales con las de los bidones.

—Vamos bien.

No tardaron en atisbar un blindado, parado e inclinado sobre la cuesta de un terraplén, y, sin salirse de la pista bien marcada, siguieron acercándose con cautela. El enemigo se emboscaba a veces en tanques, camiones y coches capturados y aquellos indicadores no eran garantía absoluta. Continuaron por la pista bien marcada hasta ver otros dos vehículos señalizados; los camiones de apoyo de un regimiento blindado, que iban a los campamentos a por provisiones para llevarlas al frente y lo hacían de noche. Cerca de ellos se veían las tiendas del personal de enlace y los mecánicos del regimiento, con ambulancias y un par de talleres móviles. Volverían a reanudar el servicio en cuanto se ocultara el sol, pero ahora por la tarde la mayoría de los soldados se hallaban durmiendo, aunque aquí y allá había algunos lavándose la ropa o escribiendo cartas.

Cruzaron por en medio del disperso campamento; los vehículos estaban muy separados, como era normal durante el día, ya que de noche los agrupaban todos más juntos. No tardaron en llegar al sitio que buscaban: el puesto de mando del campamento. Allí el suelo era duro e irregular y había un centinela encima de un tanque para poder dominar todo el conjunto.

Wallingford le saludó con la mano y el soldado le devolvió el saludo. Aquel vehículo no acorazado no representaba peligro alguno: cuando los alemanes atacaban lo hacían en tanques.

El camión seguía dando tumbos por el suelo pedregoso, cuando

Wallingford vio al capitán Darymple. Estaba junto a una tienda en el perímetro del campamento y parecía un veterano con su camisa descolorida y los desgastados pantalones, pero su nerviosismo se hizo evidente al acercarse a saludarlos.

—¡Wally! ¿Cómo has tardado tanto?

—Soy puntual. ¿Qué sucede?

—Tenemos que hablar. —Darymple había estado al sol y tenía la camisa bañada en sudor, pegada al cuerpo; también le sudaba la cara y una capa de polvo cubría su piel, por lo que parecía una estatua de arena. Subió al estribo y entró en la cabina, cerrando la puerta—. Continúa por la pista; lejos de aquí —añadió.

—Pero si aquí vamos a dormir, imbécil —dijo Wallingford.

—No, Wally, ahora te diré lo que ha sucedido. No pares, no pares.

—¡Dios, Robbie! Ni que hubieses visto un fantasma. ¿Qué sucede?

Darymple se recostó un instante en el asiento sin decir nada.

—Es que he visto un fantasma, Wally. Exactamente; un maldito fantasma.

—Bueno, suéltalo. ¿A quién? —insistió Wallingford, que comenzaba a irritarse por aquella actitud melodramática. Estaba cansado; quería beber algo, charlar un rato y dormir, y no le apetecía ver a Darymple torciendo el gesto y diciéndole adónde tenía que ir ni lo que debía hacer.

—Se trata de ese cabo Cutler. ¿Le conoces?

—Puede que sí. Ah, sí; ahora recuerdo: el pianista. ¿Y qué pasa con ese cabrón? ¿Tiene algo que ver con esa tía tan buena que va con él? A ti te gusta, ¿eh? Ya me había dado cuenta.

—Déjate de bobadas, Wally, y escúchame. Ese cabo no es cabo.

—No; es Napoleón Bonaparte.

—Maldita sea, Wally, escucha. Ese cabo de mierda es un comandante. Pero es que es comandante de Seguridad, uno de esos departamentos especiales de investigación del ejército, ¿sabes? Un policía, Wally.

—¿Y ha venido aquí?

—Como te lo digo. Está con el cabrón de Anderson. A Anderson le han nombrado coronel, ¿te imaginas? Y ese mamonazo está con él. Ahora están juntos bebiendo y riéndose.

—Bueno, déjate de tonterías y al grano. ¿Qué tiene todo eso que ver conmigo?

Darymple miró a Wallingford con cara de odio. Era muy de él pensar sólo en sí mismo.

—Cuando le vi rondando por aquí vestido de comandante, pensé que era un desertor y le arresté.

Wallingford volvió despacio la cabeza al oír lo que le decía su amigo y una gran sonrisa cruzó su rostro.

—¿Que le arrestaste?

—Creí que era un desertor.

—¿Tú le arrestaste y él es comandante del departamento especial de investigación…? ¡Ésa sí que es buena, Robbie!

—Estaba en mi derecho.

—Sí, claro —añadió Wallingford, echándose a reír y golpeando el volante con el puño.

—Te anda buscando, Wally —dijo Darymple, más por cortarle la risa que por darle su opinión al respecto.

Wallingford se volvió hacia Percy con la mayor naturalidad y le dijo:

—Vuélvete a ver si están todos bien y diles que no salgan, que a lo mejor seguimos.

El alemán se dio cuenta de que querían librarse de su presencia; se puso el gorro y se bajó despacio del camión.

—¿Por qué iba a andar buscándome? —inquirió Wallingford, una vez que hubo desaparecido.

—He pasado junto a la tienda de Anderson un par de veces y pude oír lo que decían. Tiene un billete de banco egipcio con manchas de sangre y tus huellas dactilares, y dice que te va a acusar de asesinato.

—¡Una mierda! ¿Alguna delicia más, Robbie? —añadió, ya más calmado.

—Quiere averiguar quién está filtrando los secretos militares a los alemanes.

—¿Ah, sí? —replicó Wallingford, pensativo.

—Sí, es su verdadero cometido. Dice que hay que detener esa filtración y que sería capaz de perdonar al mismo Hitler si le ayudase a solucionarlo. O algo parecido —añadió Darymple, que no lo había oído del todo.

—¿Al mismo Hitler?

—Era en broma, claro.

—Sí, ya me lo pensaba, Robbie —comentó Wallingford, espantando las moscas.

Darymple le miró a la cara sin acabar de saber qué efecto le habían causado las noticias.

—¿Qué piensas?

Wallingford se desplazó en el asiento hasta que pudo ver la lejana figura de Percy reflejada en el retrovisor.

—¿Si le digo a ese policía lo que quiere saber, tú crees que me dejaría libre, Robbie?

—No digas tonterías —replicó Darymple con una sonrisita nerviosa.

—No digo tonterías. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Tú lo sabes? —inquirió, sacando una cajetilla de Players con cuatro pitillos—. Quédatelos si quieres.

—Exacto; yo lo sé —contestó Wallingford, encendiendo un cigarrillo que aspiró profundamente, expulsando el humo—. ¡Malditas moscas!

—¿Sabes quién entrega la información a los alemanes?

—Eso es.

—¡Dios! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Olvídate, muchacho. Tengo un alemán que lo sabe todo. Estaba en el cuerpo de comunicaciones de Rommel.

—¿Percy? —inquirió Darymple, moviéndose para ver al alemán que llegaba ya al segundo camión.

—La cuestión está en si ese tipo del SIB querrá hacer un trato conmigo —dijo Wallingford.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Ve tú a hablar con él; es buena persona.

—No estoy precisamente en condiciones de hablar con él, Wally. Ya te dije que le arresté.

—Habla con él. Tú únicamente dile que conoces a uno que sabe lo que él quiere saber. A condición de quedar libre de todo cargo. Eso que quede claro. ¿Me harás ese favor, Robbie?

Darymple no sabía a qué atenerse.

—Eso es lo que más le interesa descubrir, ¿no? —añadió

Wallingford—. Ya verás cómo te recibe con los brazos abiertos.

—Puede que sí. De acuerdo; hablaré con él.

—Sin dar nombres, por supuesto. Todos para uno, uno para todos. Como siempre fue.

—Y siempre lo será, Wally.

De nuevo el encanto de Wallingford se había impuesto, y todos los odios y resentimientos de Darymple se habían esfumado. Wallingford volvía a ser la estrella del equipo de críquet y Darymple su rendido admirador.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —añadió.

—Vamos a seguir hasta el perímetro del escuadrón. ¿Sabes dónde acaba?

—Continúa por la pista señalada y verás las rodadas de los neumáticos de los vehículos de apoyo que se desvían. Allí hay una línea de bidones y un indicador. El encargado es *Thunder*, él os atenderá.

—Bien, Robbie, apéate. Gracias por la información, muchacho. Y, por cierto, no vuelvas a El Cairo. El viejo Mahmud ha puesto precio a tu cabeza.

—¿Quéee?

—Ahora no puedo explicártelo. Tú estate aquí en el desierto y nada tendrás que temer. Ya lo arreglaré yo cuando se haya calmado un poco.

—¡Dios, Wally! ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio, muchacho. Y más serio está Mahmud. Estos moros tienen malas pulgas cuando no se les paga. No es igual que tener números rojos con un banco de Inglaterra.

—¿Podrás arreglarlo, Wally?

—Mira tú lo que puedes hacer por mí con ese Sherlock Holmes. Si te dice que está de acuerdo, me envías recado al escuadrón, ¿de acuerdo? —dijo Wallingford, pisando el acelerador para mostrarle que tenía prisa, y Darymple saltó del estribo.

—Haré lo que pueda —dijo.

—Y no te acerques a ese Mahmud —añadió Wallingford—. Uno para todos y todos para uno. ¡Percy, venga, que estoy esperándote! —gritó, asomando la cabeza por la ventanilla y lanzando de un papirotazo la colilla lejos a la arena.

Avanzaron quince kilómetros hasta dar con la zona del escuadrón.

Era una unidad de blindados situada en vanguardia lo más al oeste posible de primera línea. Wallingford vio a uno que conocía. El joven teniente estaba sentado en un tanque, cortándose las uñas de un pie. Llevaba una camisa destrozada, una boina grasienta y pantalón corto. Estaba muy tostado por el sol y se veía que no se había afeitado en varios días. Su nombre era Rodney Benton, pero en el colegio, por su forma de actuar, todos le llamaban *Thunderbum*, que con el tiempo se había convertido en *Thunder*, cayendo casi totalmente en el olvido el origen del mote.

Benton era otro de los contactos gracias a los cuales Wallingford se movía por el desierto. Adoptó una actitud simpática y sacó por la ventanilla una botella de *whisky*.

—¡Eh, *Thunder*! ¿Qué tal?

Al teniente se le iluminó el rostro y rápidamente se puso los largos calcetines de lana y se calzó las desgastadas botas de ante del desierto. Wally había hecho amistad por todas partes gracias a su actitud jovial, sus chistes y las historias que contaba sobre El Cairo, además de sus oportunos obsequios de *whisky* y coñac.

Los tanques estaban cuidadosamente esparcidos y camuflados con red. Aparte de *Thunder*, había tanquistas por doquier sentados a la sombra de los blindados. El día era caluroso y casi todos se habían despojado de la camisa, quedándose en pantalones cortos y con las botas; algunos estaban comiendo y otros, que ya habían acabado, se habían tumbado a dormir.

Thunder saludó a los recién llegados y los condujo a la tienda en que estaba instalada la radio. Estaba enterrada en la arena para hacerla invisible a los aviones y patrullas enemigas, y para entrar en ella era necesario agacharse casi a cuatro patas. Al hacerlo, Wallingford vio que no eran los únicos visitantes. Dentro estaban Harry Wechsler y Chips
O'Grady.

—Tenemos más visitas —dijo *Thunder*—. Y han traído *whisky*.

Harry Wechsler estaba limpio y perfectamente afeitado y su camisa de safari era impecable. Se levantó de la caja de municiones en que estaba sentado y estrechó enérgicamente la mano al recién llegado.

—Me alegro de volver a verle, teniente —dijo.

Wallingford asintió con la cabeza, sin hacer demostración de

haberle conocido antes.

—*Whisky* —repitió *Thunder*, y Harry Wechsler sonrió, pensando en si estaría insinuándole que todos los visitantes tenían que venir con un regalo semejante.

—El señor Wechsler escribe para periódicos americanos —añadió *Thunder*— y ha venido a esperar el ataque de Rommel.

Había un indudable tono sarcástico en las palabras de *Thunder*, pero Wechsler, sin darse por aludido, comentó a Wallingford:

—Estos chicos se creen que Rommel va a esperar sentado a que se preparen.

—¿Y usted no? —replicó Wallingford, mirando cómo *Thunder* servía *whisky* para todos. Hacía calor en aquella tienda tan pequeña y se oía el zumbido incesante de las moscas.

—Según sus previas actuaciones, Rommel golpeará enseguida y donde menos se espere. Es lo que hizo en El Agheila en enero, y es lo que siempre ha hecho. ¿Por qué no iba a repetirlo?

—Los alemanes no son superhombres —dijo Wallingford, impasible, anteponiendo el punto de vista oficial—. Rommel ha efectuado unas cuantas escaramuzas y cierto avance, pero ahora necesita tiempo para reparaciones y reagruparse. Quizás esté preparado para atacar dentro de un mes más o menos, en julio o agosto; pero por entonces ya habremos atacado nosotros.

—Tengo que volver con mis compañeros —dijo *Thunder*, apurando su vaso—. Oigo que llegan los vehículos de aprovisionamiento; tengo que recibirlos y descargarlos. Les dejo. Sigan hablando de Rommel y cuando se pongan de acuerdo sobre lo que va a hacer, me lo dicen —añadió sonriendo—. Señor Wechsler, más tarde tenemos que enviar una patrulla. Si quiere puede venir a echar una ojeada para ver cómo se hacen las cosas.

—Gracias, hijo.

—¿No tiene usted que ir acompañado por un oficial de enlace? —inquirió Wallingford cuando *Thunder* hubo salido.

—Nos dan autonomía de vez en cuando. Esos oficiales de enlace necesitan cierto descanso —replicó Wechsler, con un guiño—. Chips sabe cómo arreglárselas, pues trabajaba ya de periodista antes de la guerra.

—Que tengan suerte —añadió Wallingford, bebiendo el *whisky*. Él era decidido partidario de la autonomía.

—Puede que no se acuerde de mí —dijo Wechsler—, pero nos conocimos en el apartamento del príncipe Piotr, en una fiesta. ¿Lo recuerda?

—Sí —contestó Wallingford, espantando moscas de su rostro. Se había acostumbrado a ellas hasta cierto punto, pero no soportaba que trataran de posarse en la humedad de la boca, nariz y ojos.

—No se olvida fácilmente un militar con uniforme caqui e insignias de Marina.

—Supongo que no. ¿Aún sigue pensando que Rommel es una cortina de humo?

—¿Eso es lo que dije?

—Dijo que la verdadera batalla… que la auténtica batalla es la lucha por la patria judía, dijo que había que dar armas a los judíos de Palestina.

—¿Dije eso?

—Sí.

Wechsler se echó a reír como si quisiera dar a entender que su opinión había cambiado, pero su risa cesó de repente al ver que *Thunder* irrumpía en la tienda a gatas. Se volvieron a verle a la dura luz del sol que dejaba entrar el batiente levantado y a él pareció complacerle la atención que le dedicaban.

—Primer premio por adivinación, señor Wechsler —dijo casi sin aliento—. Parece que nuestro amigo Rommel se ha puesto en marcha.

—¿Qué? —exclamó Wechsler—. Bueno, esto es lo que yo esperaba —y, como reacción nerviosa ante la noticia, sacó del bolsillo un lapicero y le pasó el pulgar por la punta para comprobar si estaba afilada.

—Me alegro que le complazca —dijo *Thunder*—, pero tengo que evacuarles, señores. Los civiles no deben verse mezclados en los aspectos más sórdidos y particulares de la guerra.

—Dime lo que sabes en concreto —dijo Wallingford, impasible —. ¿Has hablado con el mando del batallón o con la división? Creo que soy el oficial de mayor antigüedad —añadió al ver que *Thunder* no contestaba.

—No estamos navegando, Wally —replicó *Thunder* con cierto remilgo—. Esto es el ejército y aquí mando yo. Ese ruido que pensábamos que eran los vehículos de abastecimiento que llegaban

—añadió más conciliador—, eran los que salieron de aquí esta mañana, que regresaban.

—¿Vuelven vacíos? —inquirió Wallingford.

—Han sufrido un ataque de los tanques y la artillería alemanes… seguramente artillería motorizada. No se pararon a comprobarlo; han perdido un camión cisterna y no les reprocho que se hayan vuelto.

—¿Al este de aquí? ¿Y no podría ser un error de vuestra propia artillería? —inquirió Wechsler.

—No vamos a dispararnos nosotros mismos detrás de nuestras líneas, señor Wechsler.

—No sería la primera vez —replicó el americano.

—Puede, pero esta vez creo que es lo que dicen ellos. Son alemanes o italianos, o los dos, que atacan por retaguardia. Para ello, Rommel tiene que haber iniciado el ataque por la noche.

—¿Hacia el este? —replicó Wallingford—. Es imposible. Todo el frente está minado hasta el sur en Bir Hacheim.

—Ojalá fuese imposible —añadió *Thunder*.

—Tienen que haberse desviado muchas millas hacia el sur para luego cambiar en dirección norte —añadió Wallingford, inclinándose sobre el mapa que Wechsler acababa de desplegar y extender en el suelo.

—¡Madre mía! —exclamó el americano, al darse cuenta de las enormes distancias y la rapidez con que habían entrado en acción las tropas de Rommel—. La otra vez, atacó por el sur, cruzando Msus, haciendo huir presa de pánico a la brigada blindada.

Thunder no miró el mapa. No quería que le recordasen el desastre.

—No puedo comunicar por radio y la línea telefónica está estropeada hace casi una semana —dijo.

—¿Y qué hacemos, *Thunder*? —inquirió Wallingford—. ¿Vas a intentar llevamos al regimiento?

—No podríamos abrirnos paso con vehículos sin blindaje. Normalmente, a los nuestros los dejaría a su albur; pero la presencia del señor Wechsler lo cambia todo. No puedo dejarle aquí, y a ti tampoco, Wally.

—Nos arriesgaremos a pasar —dijo Wallingford—. Si salimos cuando oscurezca, no será difícil cruzar las líneas alemanas.

—Y yo igual, muchacho —añadió el americano—. Escribiré un artículo estupendo. Saldremos bien librados, ¿verdad, Chips?

—¡Ah, claro que sí! —respondió O'Grady.

Thunder miró a uno y a otro.

Wallingford dijo:

—Yo asumo la responsabilidad por el señor Wechsler y el señor O'Grady, si a ti te va a perjudicar, *Thunder*. Tú a tus latas de sardinas y a darle guerra a los alemanes. Nosotros nos quedamos aquí hasta que anochezca y luego nos vamos despacio por la pista hasta el regimiento. No te preocupes, que no nos pasará nada.

Thunder volvió a mirarlos y meneó la cabeza despacio.

—No; iremos todos juntos. Abandonaremos los vehículos de aprovisionamiento y todo lo estrictamente necesario. Cuando anochezca formaremos los carros con tres de los mejores camiones en el centro y si nos descubren, los carros les entretendrán mientras los camiones continúan.

Wallingford comprendió que era una estrategia que *Thunder* ya había pensado antes de entrar en la tienda.

—Teniente, creo que sería mejor —dijo Wechsler— cruzar sin apoyo de sus blindados. Tengo un todo terreno reforzado que va a donde sea.

—No puedo dejarles correr ese riesgo, señor.

Al ver que su sugerencia no daba resultado, Wechsler insistió con más energía.

—No hay motivo para que nos tenga que escoltar con sus malditos tanques, a no ser que tema ganarse un puro por dejarnos aquí.

—Quizás sea eso —replicó fríamente *Thunder*.

—Sabe que tenemos más posibilidades cruzando por nuestra cuenta —añadió el americano, envalentonado—. Además, si los alemanes se ponen a cañonearnos en campo abierto, ustedes en los tanques irán más seguros que nosotros.

—Podríamos pasarnos discutiendo toda la noche —replicó *Thunder*—, pero el mando lo ostento yo y me tiene sin cuidado lo que opinen. Ustedes dos son civiles y el señor Wallingford no pertenece al ejército. La decisión es de mi competencia y se acabó.

Nos pondremos en marcha en cuanto caiga el sol. Tendremos que repartir al personal en los coches y camiones, así que vayan sin equipaje salvo la máquina de escribir y la cámara.

—Mis muchachos necesitan comer algo —dijo Wallingford.

—Diles que se avituallen en la cocina. Nos desharemos de todo antes de irnos. Pero nada de hacer té. De momento no quiero que se encienda fuego de ninguna clase.

A lo lejos se oía un retumbar continuo, y salieron de la tienda para oírlo mejor.

—Es al este de aquí —dijo Wallingford.

Ninguno hizo comentarios. Los que aún pensasen que los vehículos de abastecimiento se hubiesen tropezado con una avanzadilla del enemigo, tuvieron que rendirse a la evidencia: lo que se desarrollaba al este era una auténtica batalla.

Durante los últimos días, *Thunder* y sus hombres no habían visto casi actividad aérea, pero ahora, a gran altura, cruzaron el profundo azul del cielo dos cazas rumbo al combate.

—Necesito otro *whisky* —dijo Wechsler, viendo desaparecer los aparatos en el pedregoso horizonte—. Quizás tardemos bastante en tener ocasión de tomar otro trago.

—¿Qué hacen con los corresponsales de guerra capturados? —inquirió Wallingford en tono jovial.

—¿Con los corresponsales judíos? —replicó Wechsler, destapando la botella de *whisky*—. Le enviaré una postal contándoselo.

Wallingford sonrió. De pronto, le vino la idea de que la amistad con Wechsler podría serle útil en caso de tropiezos con la autoridad.

—No caerá en sus manos —dijo—. Quédese conmigo. Uno de mis hombres habla alemán perfectamente, y por la noche podremos cruzar sus líneas.

Thunder ya había enviado dos tanques a reconocer los alrededores, bordeando los vastos campos minados que rodeaban el emplazamiento, rogando porque los aviones de observación de la Luftwaffe no anduvieran por allí, y, al menos a este respecto, sus plegarias fueron escuchadas.

El convoy de *Thunder* se formó antes de oscurecer y salió aún con luz para que los conductores pudiesen seguir la pista señalizada y verificar la dirección con la brújula. No se permitió ninguna luz y se

prohibió fumar y hacer té. Fue un penoso viaje. Sólo algunos veteranos tenían experiencia de orientarse por el desierto por medio de las estrellas y los vehículos se rezagaban.

Harry Wechsler iba en el asiento delantero de su ranchera Ford, con O'Grady al volante, y en los asientos traseros se acomodaron nueve soldados de los vehículos de abastecimiento abandonados, ocupando el sitio del costoso equipo y los accesorios del americano que habían dejado atrás. Wechsler se había quejado en vano a *Thunder*, quien, como última concesión, le había prometido regresar a por ello si el ataque alemán fracasaba.

Habrían avanzado cosa de hora y media cuando *Thunder*, que encabezaba el convoy en su blindado Ping-Pong, se detuvo a efectuar una observación y orientarse con la brújula. El desierto resultaba fresco y agradable en comparación con el sofocante calor del interior del blindado.

Nada más pisar la arena, *Thunder* se dio cuenta de dónde estaba. Siempre sucedía igual. Dentro del tanque, asomando la cabeza por la torreta —o, peor aún, escrutando por las ranuras del visor— la impresión era de hallarse perdido; mientras que poner los pies en tierra tranquilizaba enseguida y los problemas se disipaban.

Con los prismáticos dominaba toda la panorámica: el terreno descendía y, a la tenue luz de las estrellas, vio la pista que se extendía ante él unos dos o tres kilómetros más; se veían bien las rodadas de neumáticos, pues los camiones de abastecimiento la habían estado utilizando varias semanas. A trescientos metros había un bidón de señalización, y no necesitaba comprobar las indicaciones del mapa para saber dónde estaba. Era un bidón manchado de pintura que había dejado caer algún soldado nervioso mientras dibujaba las cifras de referencia: una mancha en forma de gaviota volando, o eso le parecía a él. Y sabía que, a partir de allí, la pista discurría por un saliente para descender por un tramo plano de piedra caliza, al final del cual hallarían comida caliente, bebida y compañerismo: el cuartel general del regimiento era su hogar. Allí tenía él el macuto de reserva con su adorado contingente de lectura: cuatro novelas, un paquetito de cartas y viejos periódicos de

Inglaterra. Quizás habría recibido más cartas.

Thunder ordenó que el convoy reanudara la marcha, haciendo señas con la mano a los otros blindados. Camino despejado, pero mejor seguir adelante con arreglo a las órdenes: carros en vanguardia, protegiendo a los vehículos sin blindaje. Y en retaguardia de la columna *Thunder*, como la había llamado un sargento, los dos camiones de Wallingford y, a la zaga, un último tanque tripulado por los mejores hombres de la unidad.

A *Thunder* le tranquilizaba tener a Wallingford en retaguardia, pues tenía experiencia y era un hombre que hacía con placer aquellas incursiones en tierra de nadie, como si desafiase al peligro, pero, como casi todos los que integran comandos, sabía estar siempre alerta. Era necesario tener en retaguardia a alguien despierto y con experiencia. En 1940, en Francia, los artilleros de ambos bandos disparaban siempre de preferencia sobre el vehículo que iba en cabeza, lo que, en las estrechas carreteras y escuetos senderos del norte de Europa, siempre era motivo de embotellamiento, de lo que se aprovechaban para destruir cómodamente la columna. Pero el combate en el desierto era distinto; allí la artillería hacía primero blanco en los últimos vehículos con el propósito de que su desaparición pasara desapercibida e ir eliminando a los demás. Por eso quería llevar en retaguardia a alguien de confianza.

Thunder agitó el brazo al paso de la ranchera del americano, seguido de otro blindado,

Dog’s

Dinner, al mando de un cabo, que le dirigió un saludo no muy militar.

Golpeó el metal de su carro para dar la señal de avance al conductor y trepó a la torreta, metiéndose en ella. La maraña de nubes se abrió y se dejó ver la luna en el momento en que iniciaban el descenso de la cuesta. Allí la pista estaba bien marcada y, aunque el saliente era duro y pedregoso, había trozos de arena en los que se notaban las huellas de neumáticos. Era el punto en que los convoyes de abastecimiento se reunían con los del escuadrón.

Continuó encaramado en lo alto de la torreta para observar bien el paso del convoy, que más parecía una columna de refugiados. Hasta los carros iban medio ocultos por enormes bultos con los

petates y las cajas de vituallas que no habían querido dejar de regalo a los alemanes.

Al pasar en su camión, Wallingford le dirigió una gran sonrisa; *Thunder* le saludó con la mano, cogió el micrófono y ordenó al conductor proseguir la marcha:

—Adelante, *Yo-yo*.

No acababa de entender a aquel Wallingford. Wally estaba totalmente entregado a la guerra y jamás hablaba de volver a Inglaterra, ni mencionaba a su familia ni comentaba nada sobre su país; se hallaba tan inmerso en ella que ni hablaba de la Marina, sus ascensos, los comandos del desierto, ni tampoco de mujeres y alcohol. Wally se había convertido en un proscrito.

El carro de *Thunder* avanzaba bien por el declive, adelantando a los demás vehículos, mientras él no cesaba de otear el horizonte con los amplios movimientos de cabeza que les habían enseñado en la academia. Pero, de hecho, sabía que no había peligro de que apareciesen tropas enemigas en aquella porción de terreno que les separaba de la sede del regimiento.

La luna aparecía y desaparecía. Cuando les faltaba su luz, el conductor avanzaba con cautela; el hombre que le habían asignado estaba considerado en su momento como el mejor conductor del regimiento, pero contaban ya con otros mejores y con más experiencia, que habían sido trasladados a otras unidades diezmadas por las bajas. Pero él estaba contento con el cabo Yeomans.

Yo-yo
tenía el mismo cuidado —y prudencia, ya puestos a decirlo— que el propio *Thunder*. Igual que él, Yeomans era capaz de asumir cualquier riesgo que fuese preciso en combate, pero no tenía ambición alguna en ganar una medalla al valor, y menos una póstuma. Yeomans avanzaba con toda cautela.

En el momento en que el carro se aproximaba al primer vehículo de la columna, *Thunder* asomaba la cabeza por la torreta y miraba admirado al enorme Ford de Wechsler. Le habría encantado tener un coche así. Era de marcha suave y silencioso, y, a pesar de que lo habían cargado de soldados, su motor de ocho cilindros había arrancado como si tal cosa.

Así estaba, contemplando el Ford del americano, cuando se

inició el desastre. El resplandor iluminó todo el paisaje y *Thunder* sintió la onda de calor en su rostro y la expansiva, que le hizo tambalearse, al tiempo que trozos del Ford pasaban volando por encima de su cabeza, efectuando una melodía metálica disonante. Sólo tras aquel fugaz instante registró su cerebro el estruendo de la explosión.

El coche que iba detrás de la ranchera de Wechsler dio un golpe de volante para evitar la nube de humo que surgía de la carcasa destrozada. «¡Continuad! ¡Continuad!». En la arena cayeron los cadáveres despedidos del Ford, algunos en llamas. «¡Continuad!».

Lo que habría podido ser una angustiosa decisión sobre si continuar, arriesgándose a tener más bajas en aquel tramo, fue resuelto por el instinto de *Thunder* y su reacción automática ante el peligro.

—¡Vamos, adelante! ¡Seguid!

Al disiparse el humo, apareció el armazón retorcido de la ranchera. Se habría dicho que la había alcanzado un disparo de artillería, pero, después de tantos meses de combate, todos sabían que había chocado con una mina, una mina Teller, redonda como un plato, con detonador de presión en la parte superior. Casi todas estaban montadas de modo que el simple paso de un hombre, o incluso de una motocicleta, no las hiciera estallar, pero sí el peso de algo que interesase destruir.

Los alemanes habían puesto las minas Teller en la pista, espaciadas a cuatro metros —la disposición habitual para evitar el efecto dominó— y los astutos artificieros habían pasado un neumático por encima para despistar con la huella. Era un viejo truco, pero como todos los viejos trucos funcionaba los bastante bien para repetirlo de vez en cuando.

Thunder saltó del carro y se llegó corriendo a los restos en llamas. La rueda frontal de afuera era la que había recibido el impacto, y los soldados de los asientos de atrás habían quedado esparcidos por la arena. Milagrosamente, la mayoría estaban con vida, pero era difícil verlos en aquella oscuridad; tenían todos quemaduras y la ropa chamuscada y hecha jirones y se juntaban como si quisiesen colocarse para una fotografía. Tres estaban sentados en la arena, sujetándose las piernas y quejándose débilmente, otros dos se hallaban de pie junto a éstos, en posturas

propias de quienes tienen fracturas en los brazos y clavículas, y todos se mostraban aturdidos, como suele suceder con los heridos en los primeros momentos al considerar que van a quedar inválidos para toda la vida.

Thunder se acercó al coche. Las llamas se habían apagado, pero los restos estaban aún al rojo vivo y flotaba un olor nauseabundo a goma y aceite quemado. Los ocupantes del asiento delantero seguían en su sitio, destrozados. El mejor librado era O'Grady, que había muerto. Wechsler se hallaba aprisionado por las piernas bajo el motor, y el eje del volante se le había clavado en el estómago; tenía la cabeza caída de lado y gruñía sordamente.

—Le sacaremos de ahí —dijo *Thunder*. No era la primera vez que veía una cosa así y sabía que sería imposible extraerle de entre aquella maraña de hierros retorcidos—. Aguante un par de minutos.

Wechsler pareció oírle, pues su cabeza se movió imperceptiblemente y lanzó un débil grito de dolor. Un cabo de sanidad apareció como por arte de ensalmo y *Thunder* se apartó. Servía de artillero en uno de los blindados y, por ser estudiante antes de la guerra, se había convertido en el enfermero de la unidad. Mientras buscaba en su zurrón, echó una ojeada a O'Grady y vio que no había nada que hacer; acto seguido, sin rodeos, pinchó el brazo de Wechsler con una jeringuilla desechable de morfina y le inyectó una buena dosis. Luego, se volvió hacia *Thunder* y se encogió de hombros.

—Vuelva a su carro, cabo.

—Ha quedado averiado, señor.

—Pues suba al mío; ya falta poco.

—Si no le importa, me quedo con los heridos, señor.

Thunder no acababa de decidirse. Por una parte sería dejar un carro sin artillero, pero, por otra, los heridos requerían primeros auxilios.

—*Okay*. Enviaré a que les recojan antes de que amanezca.

—No nos pasará nada, señor.

Thunder asintió con la cabeza. El artillero arriesgaba su vida y lo hacía con toda naturalidad, como si simplemente se quedase a esperar al siguiente autobús. A veces se preguntaba si los hombres

se daban realmente cuenta de los riesgos a que se exponían. Porque aquel hombre se enfrentaba al peligro cara a cara.

—Buen chico —dijo.

Eran cosas como aquéllas las que le atormentaban y le infundían una mala conciencia que iba cada vez más en aumento, hasta que un día le agobiase de tal modo que no pudiese soportarlo. Trató de olvidarlo mientras subía al blindado y, al mirar a su alrededor, vio a Wallingford.

—Tú no tienes la culpa, *Thunder* —dijo éste.

Thunder se le quedó mirando. Wallingford poseía el increíble don de leer el pensamiento. ¿Es que acaso su cara reflejaba sus sentimientos?

—Sí que la tengo —replicó—. Las huellas de neumáticos eran muy recientes. Míralo. Los cabrones ingenieros alemanes pasaron un neumático inglés por encima de las minas. Debía haber estado al tanto.

—No hay modo de estar seguro. A los alemanes les gusta usar camiones ingleses; es bien sabido. Aunque yo nunca me había imaginado el porqué.

Thunder le contestó mecánicamente, del mismo modo que, a veces, contestaba a las preguntas de sus hombres.

—Las ruedas dobles de sus Opel se atascan en la arena, por eso usan ruedas y neumáticos ingleses, que tienen el labrado más amplio —dijo, subiendo al carro y cogiendo el micrófono para olvidarse de su parte de culpa.

—Cada día se aprende una cosa más —dijo Wallingford, con un fingido ánimo poco convincente. Igual que *Thunder*, no podía por menos de considerar la muerte de Wechsler y
O'Grady
como una especie de mal augurio.

—Adelante *Yo-yo* —dijo *Thunder* con voz tranquila, y el blindado se puso en marcha. Volvió la cabeza para mirar por última vez a los heridos y vio que el cabo de sanidad los atendía—. Aprieta lo más que puedas,
Yo-yo
—añadió por el micrófono—, para que vayamos en cabeza cuando el viejo nos otee. Tenemos que enviar a alguien que recoja a ésos.

El conductor acusó recibo de la comunicación con un simple

chasquido y prosiguieron la marcha, que parecía interminable. Las primeras luces del alba comenzaban a teñir de rojo el horizonte al este cuando vieron a los centinelas y tanques de avanzada que protegían el enclave del regimiento.

—Hogar, dulce hogar —dijo
Yo-yo
, y los vehículos, encabezados por el blindado de *Thunder* adoptaron la formación de revista. Por un instante todo pareció normal y sin novedad. Los tanques del regimiento estaban dispuestos en apretados grupos, como se hacía siempre por la noche, y algunos salieron medio dormidos de las tiendas a recibirlos, pero se les veía moverse de un modo raro y no se apreciaba la clase de actividad normal en una unidad que se prepara para formar y pasar revista.

Thunder lo comprendió todo nada más bajar de la torreta. El regimiento había sufrido un ataque: los tanques y carros blindados que desde lejos parecían intactos, estaban destrozados. A la tenue luz del amanecer, el aspecto de un tanque no deja apreciar que le haya atravesado un proyectil de alta velocidad que ha abrasado a la tripulación, convirtiendo su motor en chatarra.

¡Dios!, exclamó *Thunder* para sus adentros. Les han dejado hechos trizas. No queda nadie. Recordaba las escenas de las películas del oeste de Hollywood en las que los indios han arrancado el cuero cabelludo a todos los defensores del fuerte.

Fueron saliendo más hombres a mirar y vio que la cosa no era tan terrible como parecía. Los recién llegados saludaban a sus amigos y comentaban lo que había sucedido. Las bajas habían sido relativamente poco cuantiosas, pero la artillería alemana había inutilizado muchos tanques. De los arsenales no quedaba más que humo. Como unidad blindada, el regimiento había perdido un enorme potencial.

Tambaleándose, vacilantes y aturdidos, aún ensordecidos por los disparos de artillería, seguían saliendo hombres de los abrigos para ver la columna de *Thunder* y los supervivientes que traía. El coronel Andy Anderson, con el uniforme sucio y destrozado, llevó a *Thunder* a un aparte y escuchó atentamente su informe. Luego, en un característico alarde de su teatralidad, dio orden a su propio conductor de que cogiese el Matador y fuese a recoger a los que

habían quedado en el desierto.

Wallingford miró en derredor nervioso y vio que «Beryl», el carro de Darymple, había salido indemne del ataque.

—¿Qué ha sucedido, Robbie?

Darymple sonreía. Había habido combate, lo que él tanto ansiaba cuando estaba en un despacho de El Cairo.

—Llegaron los alemanes por el este del enclave sin que los esperásemos. Y antes de que pudiésemos poner en marcha los motores machacaron el campamento con fuego de artillería muy próxima. Como una cacería de patos. Una verdadera matanza. Como si estuviésemos ante el paredón. Les salí al paso con Beryl a darles unos cuantos pepinazos y al cabo de una hora se largaron con sus tanques hacia el noreste. Quedan muchos alemanes por nuestro perímetro. Infantería y cañones anticarro, pero de momento estamos aislados; sin contacto con la brigada, pues no hay radio y estamos con el agua y la munición racionadas hasta que establezcamos contacto con abastecimiento. Las tres últimas horas antes del amanecer las hemos pasado haciendo limpieza y enterrando a los muertos. —Miró el reloj—. Tengo que ocuparme de que mis hombres coman algo caliente.

Dos hombres, procedentes de la cocina, llegaron con un caldero de té caliente para los recién llegados.

—¡Escuchad todos! —gritó Anderson, subiéndose a una caja de munición—. Tomaos el té y no perdáis tiempo. Dentro de cinco minutos, todos a informar a sus secciones. Los de comandos del desierto, acercaos y escuchad —añadió, dirigiéndose a Wallingford y sus hombres, que se congregaron a su alrededor—. Sabemos lo que sois: ladrones y desertores. ¡Una escoria! Dejáis a los amigos, abandonáis vuestras familias y traicionáis a vuestra patria. Os desprecio.

Ante este desconcertante recibimiento, algunos miraron en derredor y vieron a la policía militar del regimiento con los rifles preparados.

—Bien, tenéis hoy la suerte y la ocasión de recobrar vuestra dignidad. Esperamos otro ataque alemán, y varios más. Por eso necesito todos los hombres disponibles, aunque sean una basura como vosotros. Aquí tengo al capellán, que anotará vuestro nombre, rango y número, la unidad y la fecha aproximada de la última vez

que cobrasteis. Y no quiero que le hagáis perder el tiempo con historias fantásticas. ¡Se han acabado las fantasías! ¡Metéoslo bien en la cabeza! Dadle los datos exactos y luego que el sargento de armería os entregue un fusil. Os situaréis en el perímetro y si os apartáis de allí un centímetro, la policía militar tiene orden de disparar a matar. Ni yo ni vuestros compañeros os quitaremos ojo de encima.

Los hombres de Wallingford recibieron la noticia con diversas reacciones. Algunos se mostraban aterrados, pero otros la acogieron con alivio.

—¿Lo hacemos, señor Wallingford? —inquirió Mogg.

Pero antes de que hubiera podido responder, Anderson añadió:

—Y quitaos inmediatamente esas insignias de comandos de la camisa. Ahora estáis a mis órdenes; vuestro puñetero señor Wallingford ya no da ninguna orden. Es un desertor y un maleante, igual que vosotros, y queda detenido para ser interrogado. Ahora, actuad como auténticos soldados y poneos en fila para hablar con el padre.

Conforme los hombres comenzaban a formar fila ante el capellán, Sandy Powell dijo:

—Mi coronel, ¿intercederá por nosotros?

Los demás se volvieron a ver qué respondía.

Anderson le fulminó con la mirada.

—Cuando reparemos la radio y restablezcamos contacto con el cuartel general, les diré que tengo un refuerzo de desertores y les daré vuestros nombres para que vuestros amigos y parientes en Inglaterra puedan saber que estáis aquí, combatiendo con auténticos soldados, que cumplen con su deber. Vamos a resistir cuanto podamos. Eso es lo que voy a hacer. Lo único que puedo prometeros, miserables malnacidos, es un entierro cristiano.

Ross había hecho vigilar a Wallingford desde el primer momento en que llegó. Incluso había imaginado cuál iba a ser su reacción: «Comandante, ¿podemos llegar a un trato?», pero la propuesta del marino le sorprendió.

—Uno de mis hombres sabe lo que a usted le interesa, todo eso del espía, pero no creo que le haga hablar sin mi ayuda —dijo, aspirando el humo del cigarrillo.

—Sí que ha tardado en decidir cuál era su deber —dijo Ross.

—Es mejor que hable yo primero con él, que sé cómo tratarle. Se llama Percy y es un desertor alemán que servía en el departamento de descodificación de Rommel. Él sabe todo lo que el servicio de espionaje de Rommel obtiene en El Cairo.

—Wallingford, es usted un loco. Uno de sus errores fue exhibir esa medalla por méritos de servicio. No he podido localizarle en los archivos de la Marina, pero al verificar la lista de condecorados con esa medalla, enseguida supimos que era un falsario.

—Puedo…

—Vaya a buscar un fusil y actúe como un hombre y no como un fullero. No necesito su ayuda. Ya me encargo yo de dar con su compinche Percy.

No le costó mucho a Jimmy Ross encontrar a Percy, que estaba entre los que hacían cola en la armería para la entrega del fusil. Se dirigió a él y, sin mediar palabra, fue a asirle de la garganta, diciendo:

—Quiero hablar contigo.

Pero Percy, imaginándose lo que se le venía encima, se había preparado de sobra para la circunstancia y esquivó la mano de Ross, le golpeó en la cara con un golpe de sable y echó a correr. Al principio parecía que pretendía dirigirse a la tienda en que Anderson había instalado el puesto de mando, pero lo que hizo fue tratar de saltar la rampa de defensa para dirigirse hacia las líneas alemanas. Era una duna azotada por el viento, alta y blanda, que le hacía resbalar, pero él perseveraba aferrándose con manos y pies y subiéndola como una araña. Miró hacia atrás y, al ver que Ross le iba detrás, siguió subiendo con frenéticos movimientos.

Al llegar a la cresta, se irguió y, aunque una luna clara iluminaba el desierto, no se arredró. Parecía creerse invulnerable a los disparos de sus compatriotas y echó a correr por la cresta ante las avanzadillas alemanas. Ross continuó su persecución sin preocuparse del peligro.

Ross cambió de pronto de dirección para cortarle el camino —aun a riesgo de ser más vulnerable a los disparos del enemigo— y de un salto se lanzó cuesta abajo, resbalando tambaleante por la arena a punto de caerse. En ese momento comenzaron a disparar los alemanes, pues su brusco movimiento había provocado una ráfaga de ametralladora. Oyó las balas silbar y clavarse sordamente en la

arena y se tiró de cabeza cuesta abajo. Ahora ya quedaba totalmente expuesto al fuego enemigo. Ante él tenía un tramo liso de piedra caliza y más allá, Percy. Dio otro salto y echó a correr por la resbaladiza superficie, sintiendo cómo las balas rebotaban a su alrededor, cantando y haciendo saltar trozos de piedra.

Al final del tramo de piedra había una ancha brecha en la que se tumbó, sintiéndose momentáneamente seguro; se arrastró por la hendidura a gatas, como reacción lógica en cualquiera que trata de protegerse de un tiroteo. Al terminar la brecha, volvió a quedar expuesto a la vista de los alemanes y de nuevo oyó las balas silbar a su alrededor, mientras cubría a toda velocidad los últimos metros. Ahora ya veía a Percy: corría por la arena. Los alemanes dejaron de disparar y se pusieron a observar qué es lo que sucedía. Percy, sin aliento, llegaba en aquel momento a un foso de artillería abandonado, desde el que se veían bien las posiciones alemanas. Las más próximas estarían a unos seiscientos metros, señaladas por cuerpos grotescamente espatarrados como muñecos: los ingleses muertos en las trincheras que habían ocupado los atacantes.

Percy echó a correr otra vez, pero ahora avanzaba más despacio. Cada vez que tomaba aire, los pulmones le ardían; bajaba deslizándose y resbalando por el extremo de la barrera de arena, pero ya casi sin fuerzas. Ahora Ross avanzaba por la arena con mayor dificultad, igual que el alemán, y a cada paso que daba se hundía hasta los talones, sintiéndose como una mosca pegada a una tira colgante.

Ahora ya había unos cuantos alemanes que se ponían de pie para verlos, y uno de ellos se encaramaba a una duna para observarles con los prismáticos. En ese momento, un tirador aislado abrió fuego y las balas cayeron muy cerca. Ross se echó cuerpo a tierra y Percy hizo lo propio. Volvieron a levantarse los dos, pero al alemán le costaba moverse.

Aún se produjeron seis disparos más antes de que Ross alcanzase a Percy. Se le echó encima, embistiéndole con el hombro, derribándole y cayendo encima, y ambos rodaron por la cuesta levantando una nube de polvo. Cuando acabaron de rodar, Ross le tenía dominado bajo su peso. Allí, en un trecho en el que nadie les veía, le golpeó con fuerza sin que el alemán opusiera resistencia.

Sentado sobre él, Ross dijo:

—Juro por Dios que te mato… —se detuvo a recuperar el aliento — si no revelas lo que sepas de la información secreta.

Percy, sin aliento también, no contestaba.

—¿Me oyes, Percy? ¡Maldita sea! —añadió abofeteándole para provocar su reacción; pero Percy tenía los ojos cerrados con fuerza y sólo emitió un gruñido, no se sabía si afirmativo o negativo. Los disparos habían ido en disminución y ya no se oían. Luego, llegó el ruido lejano de un motor que se ponía en marcha. Enviaban un vehículo a inspeccionar.

Ross dio bruscamente la vuelta al alemán y agarrándole por el pelo le hundió la cara en la arena.

—Vas al otro barrio si no hablas, Percy. Métetelo bien en la cabeza: tienes que hablar, tienes que hablar, tienes que hablar —repitió, dándole otro golpe.

Percy no podía respirar y estaba a punto de asfixiarse; se revolvió y logró apartar la cara de la arena, y escupiendo arena y tosiendo, balbució:

—¡Por favor, suélteme! Hablaré.

Ross le dejó moverse un poco y le soltó el brazo. Percy se dio la vuelta, irguiéndose, y se frotó la garganta, meneando la cabeza como si quisiera aclarar sus ideas.

Oyeron nuevos disparos, pero ellos seguían ocultos a la vista desde las líneas alemanas. Las balas pasaban por encima de sus cabezas, rebotando en las piedras; los alemanes comenzaban a alarmarse, creyendo que lo que acababan de ver era el preludio de un contraataque. En el momento en que Ross se quitaba de encima a Percy, cayeron cerca media docena de granadas de mortero seguidas, con un ruido sordo, levantando altas columnas de arena y humo y dejando profundos cráteres; una nube de arena y humo los envolvió, haciéndoles sentir la cordita. Al norte se oyó fuego de artillería. Todos se ponían nerviosos. ¿Serían los prolegómenos de un fuerte ataque? Volvieron a oírse impactos sordos de mortero.

Y en ese momento, el ruido del motor se hizo más intenso. Ross miró a Percy y éste sonrió. Cuando el ruido fue aproximándose, vieron que no era de un tanque alemán sino de Beryl.

—El tanque nos cubrirá —dijo Ross. Ya el amanecer comenzaba a proyectar largas sombras en las dunas en que se encontraban—. Vamos a aprovechar para arrastrarnos por la brecha y la rampa y

volver a la posición. Ven al lado mío y no intentes nada.

—Repítemelo —dijo Ross.

Estaban sentados en el suelo a la sombra de un tanque estropeado; era ya tarde avanzada y el ataque alemán no se había producido. Había habido otras falsas alarmas, pues los alemanes trataban de mantenerlos nerviosos.

—¿Cuántos años has dicho que estuviste en transmisiones? —inquirió Ross.

Era una pregunta destinada a comprobar la veracidad de lo que contaba Percy; Ross comenzaba ya a entender el hilo del interrogatorio. Era como una prueba de actor; más fácil, en realidad, porque nadie miente mejor que un actor que aspira a un papel.

—Siempre. Estudié ingeniería eléctrica en la Technische Hochschule en Berlín y enseguida me nombraron teniente con destino en Lauf, la estación de radiointerceptación.

—Bien, no vuelvas a contarme todo eso —dijo Ross, mirando sus apuntes—. Así que los mensajes se recibían. Y luego ¿qué sucedía?

—Los mensajes que interceptábamos los descifraban los criptoanalistas de servicio.

—¿Cuánto tardaban?

—Un mensaje breve, menos de una hora.

—¿Y los cursabais a Trípoli?

—Ya le he dicho que no. Tenía que traducirlos al alemán alguien que conociese los términos militares ingleses, el léxico del material y el funcionamiento del ejército. Luego, volvían a cifrarlos para que nadie pudiera imaginar su origen.

—¿Y los vuestros en Trípoli, los recibían al cabo de un par de horas?

—Más bien tres. Aunque variaba. El código negro nos resultaba fácil.

—Dime qué era ese código negro —dijo Ross, ofreciéndole su paquete de cigarrillos y fósforos. Percy cogió un pitillo y lo encendió.

—Los americanos lo llaman negro porque las páginas de cifrado están encuadernadas en unas tapas negras —contestó Percy, recostándose contra la rueda de cadena del tanque y aspirando el cigarrillo—. En Roma, un agente del Servizio Informazione Militare

se lo robó al agregado militar americano y consiguió también las tablas de descifrado. El
SIM
nos lo pasó todo a nosotros.

—¿A quiénes?

—A la Abwehr.

—Has dicho que no eras de la Abwehr.

—Pertenecía al cuerpo de transmisiones afecto a la Abwehr.

—¿Cuándo recibisteis el código?

—El verano pasado; en agosto o septiembre.

—¿Y desde el principio os dio buenos resultados?

—Conocíamos los envíos navales, la moral de las tropas y la evaluación de las tácticas y el armamento. Todo lo que Rommel necesitaba. Cifras, unidades y fechas. Era una información inapreciable.

—Eso parece.

—A veces estábamos al tanto de operaciones inminentes: una incursión, un ataque o el modo en que iba a emplearse una unidad a su debido tiempo. Y había comentarios; comentarios muy sinceros respecto al entrenamiento de fuerzas, su moral y la capacidad de las unidades.

—Y luego, cuando viniste a África, ¿estabas en el departamento de recepción?

—Servía de ayudante en el Estado Mayor de Operaciones de Rommel. A veces estaba en Trípoli, pero a Rommel le gusta andar de un lado para otro y solía ir a donde él.

—¿En su coche?

—No era tan importante. Iba en un camión con mi superior inmediato, un *Oberleutnant*[16] de Transmisiones, con los mapas, las radios y el equipo. Trabajábamos incluso durante el viaje. Rommel es muy exigente.

Ross volvió al tema de los mensajes.

—Entonces, ¿tú veías los mensajes sin descifrar?

—Exactamente; tal como los enviaban. Yo hablaba y escribía inglés y, a veces, me preguntaban mi opinión sobre una palabra o una frase que los intérpretes no acababan de entender. Pero como las dificultades solían ser por vocabulario técnico del ejército inglés, yo casi nunca podía solucionárselo. Ya se lo he dicho antes. Yo veía

los originales. Por eso sé de dónde procedían.

—Repítemelo.

—Los mensajes proceden de la embajada americana; del agregado militar en El Cairo. Se envían a través de la compañía telegráfica egipcia para su transmisión por radio a Washington
D. C.
Todos los mensajes llevan la referencia MILID WASH, es decir, que su destino es la División de Inteligencia Militar de Washington.

—Y nosotros buscando un espía todos estos meses…

—Sí.

—Al agregado militar americano le enseñan todo —comentó Ross, recordando lo que decía Harry Wechsler— porque tienen orden de mostrar al personal de la embajada lo que deseen. Los tanques y el armamento; hasta la última tuerca.

—El estado mayor de Rommel está al corriente de todo lo que hacen los ingleses —dijo Percy con toda naturalidad, mirando en derredor los tanques fuera de combate y las tiendas como si los viera por primera vez—. Antes del anochecer les aplastarán —añadió, cual si fuese algo ineluctable.

—Tengo que llevarte a El Cairo e informar al Cuartel General.

—Tiene que soltarme —replicó Percy.

Ross se le quedó mirando, estupefacto.

—¿Te has vuelto loco? ¿No sabes lo que harían contigo tus compatriotas si descubren que les has traicionado?

—Es un juego —respondió Percy—. Cuando arrasen este enclave, usted será prisionero mío; y si no lo toman, seguiré siendo prisionero suyo.

—No voy a hacer ningún trato contigo —dijo Ross.

Percy no replicó. Sabía que nadie podía transmitir por radio lo que acababa de contar porque el servicio de interceptación de Rommel lo captaría. Y, aun dándose la posibilidad de que no lo captasen, una historia como aquella se filtraría con toda seguridad a partir del cuerpo de transmisiones inglés.

—El coronel Anderson —dijo Ross— ha puesto a mi disposición un coche con chófer y voy a intentar pasar contigo las líneas esta noche. Si hay suerte, llegaremos a El Cairo. Colabora y ya veré lo que puedo hacer por ti.

En el momento en que lo decía, se oyeron unos pitidos y una

descarga. Luego, el curioso estallido de las granadas de humo, y Anderson salió de la tienda de mando y les gritó:

—Ya está, comandante. La infantería alemana avanza en orden de combate. Es muy numerosa y llega apoyada por tanques. No sé si podremos repeler el ataque.

—Necesito a su ordenanza —dijo Ross.

—Ahora mismo viene —dijo Anderson—. Butcher es el hombre idóneo —añadió, antes de regresar a la tienda entre explosiones y tableteo de las ametralladoras Spandau.

—¿Qué es lo que van a hacer? —inquirió Percy.

—Voy a entregar mis notas con todo lo que me ha contado a un enlace que saldrá dentro de unos minutos. Nosotros saldremos esta noche, si por entonces no han tomado la posición. En el caso de que los tuyos la conquistaran, el coronel Anderson ha encargado a uno de confianza que nos mate a los dos.

22

Alice supo la noticia por Peggy West. Peggy había dedicado quince minutos a prepararse para el mal trago. Entró en la oficina y vio que Alice estaba sola; por lo cual dio las gracias al cielo, pues habría sido imposible decírselo con otros delante.

—Alice, tengo que decirle una cosa —dijo con tono sombrío y haciendo una pausa para que se preparase—. Y no es muy buena.

—¿Se trata de Bert?

—Sí, se trata de Bert. Ha pasado por el quirófano. Yo estaba de servicio. Pero es fuerte y se pondrá bien.

—¿Qué le ha sucedido? —inquirió Alice, poniéndose en pie, pálida, con unas hojas mecanografiadas en las dos manos, tan fuertemente asidas que empezaba a romperlas.

—Se pondrá bien.

—Dígame la verdad, Peggy.

—Tiene quemaduras en las piernas, más que nada. Estado de choque, insolación. Y debió de estar sin conocimiento por haber pasado un par de días al sol antes de que le encontraran.

—¿Cree que…? —No podía mirar a Peggy y dirigió la vista a la ventana. Veía los cuarteles de Kasr el Nil; allí siempre había una multitud de egipcios contemplando las evoluciones de los soldados ingleses, con la curiosidad de los visitantes de un zoo.

—No; se pondrá bien —contestó Peggy—. Dentro de unas dos semanas podrá levantarse. Le quedarán cicatrices, desde luego, pero afortunadamente saldrá con vida.

—¿Puedo verle?

—El general ha estado con él. Por lo visto, ha traído noticias de importancia y quería hablarle incluso antes de la intervención, pero «el Hoch» no consintió en retrasarla.

—¿Sobre el espía de Rommel?

—Sí, algo de eso. No han dejado entrar a nadie mientras estaba

el general.

—¿Está segura de que se salvará, Peggy? ¿Cuándo podré verle?

—Venga conmigo. Yo conseguiré que pase, con general o sin general.

—Es que le amo, Peggy —añadió Alice, sonriendo nerviosa.

—Claro —apostilló Peggy.

Cuando cruzaban el pasillo se tropezaron con el general, que salía. Le acompañaba Spaulding, luciendo galones recién estrenados de capitán y con unos pantalones cortos que le daban aspecto grotesco; bajo el brazo llevaba un grueso legajo y un cuaderno. Hacía calor y se notaba que le afectaba. Al ver a las dos mujeres, se detuvieron.

—Ah, enfermera West… ¡y la señorita Stanhope! —exclamó el general, quitándose la gorra al ver a Alice—. Estuve con su encantadora madre la semana pasada. Nos vimos en un cóctel en Alejandría, y estuvimos hablando de usted.

Peggy sonrió y Alice asintió con la cabeza, al tiempo que Spaulding los miraba a ambos sin salir de su asombro. Mantenía la exagerada postura que asumía cuando le fotografiaban: muy tieso y con la gorra bajo el brazo. Pero aquel día no lograba el efecto por culpa de los papelotes que portaba.

—Acabo de enterarme de lo del comandante Cutler —dijo Alice.

El general ya se había recuperado de su sorpresa inicial al verla y recordó que Alice Stanhope trabajaba en la oficina de Cutler.

—Si es por el asunto del espía, pierda cuidado. Spaulding ha tomado nota del informe verbal que me ha hecho el comandante. Va a ser un escandalazo cuando se sepa en El Cairo —añadió con gesto serio.

—Si se filtra —terció Spaulding, enjugándose la frente con un pañuelo caqui.

—Exacto —añadió el general, mirándole—. No debe filtrarse. Es un secreto.

—Tengo que verle —dijo Alice, apartándose para seguir pasillo adelante.

—Está muy agotado —añadió el general—. Ha estado dos días perdido en el desierto.

—Lo sé. Me lo ha dicho la enfermera West.

El general meneó la cabeza.

—Es el único superviviente de la tripulación de un tanque. Lo encontraron los enterradores. Estaba rodeado de muertos y moribundos; alemanes y nuestros. Los alemanes le habían dado por muerto. Dios sabe lo que sucedería exactamente. Ya nos lo explicará él mismo a su debido tiempo. Lo encontraron unido por unas esposas a un sudafricano muerto. Terrible. Al principio, el capellán que iba con los sepultureros creyó que era cadáver, cuando ya llevaban enterrados media docena.

—General, tengo que dejarle. Necesito hablar urgentemente con él.

—¿Por qué? —inquirió el general con esa franqueza que da el mando y una sonrisa cautivadora. A él le sentaba bien el calor y estaba de buen humor—. ¿Por qué?

—Voy a convertirme en su cónyuge —contestó Alice.

Al saber que iba a venir el general, a Jimmy Ross le asignaron una habitación individual. Estaba sentado en la cama; el ventilador del techo giraba despacio, paliando poca cosa el calor, pero emitiendo un chirrido periódico. La luz del sol entraba a raudales por la ventana y caía sobre el uniforme caqui colgado a los pies de la cama. Habían quitado las insignias de comandante y habían cosido los galones de cabo. Obra del sargento Ponsonby, que estaba sentado a su lado.

—Ha dado el nombre de cabo James Ross —decía Ponsonby, meneando la cabeza entristecido—, y el capellán que le encontró le registró con ese nombre y aquí llegó con ese nombre en la etiqueta. Fue la enfermera West quien le reconoció cuando le estaban preparando para entrar al quirófano.

—Al grano —dijo Ross.

—Tengo aquí toda su documentación —añadió Ponsonby, abriendo un gran sobre marrón con expedientes oficiales, en el que se leía Ross, James y sobre el nombre un gran sello cruzado que decía «fallecido»—. Aquí está el certificado de defunción —añadió, mostrándole una fina hoja de papel.

—¿Nada más?

—Espero que no haya tenido un juicio por el otro asunto… —Ross meneó la cabeza—. Estupendo, estupendo. Es lo que me imaginaba. No existe más que una imputación, ¿no es eso? Entonces todo está correcto. Cuando alguien muere, desaparece toda

imputación. No hay vuelta de hoja. Resucita pero no pueden volver a acusarle.

—¿Quiere decir que he resucitado?

—Estas cosas suceden aquí con frecuencia. Uno soldado cae prisionero y al cabo de unas semanas se escapa. O se le da por muerto y luego se recupera.

—¿Y le retiran todos los cargos?

—Oh, no —replicó Ponsonby con artificiosa sonrisa—. Se anota «desaparecido». Ha tenido suerte de que le extendieran el certificado de defunción.

—Entonces, ¿todo ha acabado?

—Le han destinado a la India a otro hospital de recuperación. Primero tiene que reponerse. Podrá obtener un permiso de convalecencia, más las dos semanas que suelen conceder antes del embarque. Lo que sucede es que tienen prisa porque salga de El Cairo.

—¿Por qué?

Ponsonby hizo una pausa antes de explicárselo.

—He hablado con el sargento mayor del registro, y me ha dicho que para él sería más fácil si el comandante Cutler hubiese muerto en el desierto hace dos días. Y el general es de la misma opinión. De hecho, ha solicitado la Cruz Militar para el comandante.

—Vamos a ver. ¿Por lo del asunto del agregado militar?

—Sí. Sabía que esto le iba a fastidiar un poco, pero no podemos cambiar el hecho de que el cabo James Ross no estuviera allí y el comandante Cutler sí.

—Esa medalla me la he ganado.

—No es así. La cruz militar es sólo para oficiales. No puede ser cabo y llevar esa condecoración. Compréndalo.

—¿Y por qué no pueden darme de baja como cabo Ross este último mes?

—Porque ha estado cobrando la paga de comandante, hijo.

—Es verdad —añadió Ross, pensativo. Días antes únicamente pensaba en que le amnistiasen y empezar a cero. En realidad, la condecoración no era más que una cinta de color.

—Bien, ya veo; cabo Ross. ¿Y no hay cargos por ausencia o deserción?

—Ausente no estaba, ¿no es cierto? Aparecía todos los días en el

para trabajar por la ley y el orden. Cualquiera que comparezca ante un consejo de guerra alegando que estaba ausente quedaría en el más espantoso ridículo. Se lo he oído explicar al capitán Marker rotundamente a un puntilloso jurista del Cuartel General.

—Sargento Ponsonby, ¿ha sido usted y el capitán Marker quienes me han montado todo este tinglado?

—Yo no. Yo no hago más que aplicar el reglamento; bien lo sabe.

—¿El general, entonces?

—Él no quiere saber nada. Claro que he hablado con él, pero dice que prefiere que no se le notifique oficialmente ese detalle.

—Entonces, ¿estoy libre?

—No, hijo; está en el ejército.

En aquel momento entró Alice.

—¡Bert!

—Ya me iba, señorita.

El recado para Peggy West llegó por teléfono al hotel Magnifico, a última hora de la tarde, de parte de un dentista austríaco de Alejandría. Donde tenía que acudir no estaba lejos de Garden City, al otro extremo de la isla. Había sido un paseo agradable en aquel atardecer fresco de verano.

—¿Hay alguien? ¿Es que no hay nadie?

Peggy West había llamado más de una vez antes de subir a bordo, pero nadie contestaba. Y siempre, el criado salía a recibirla antes de que pisase la pasarela. Aquella tarde, no se oía ningún ruido en el barco y las únicas luces visibles eran los apliques del puente, que relucían en la madera y en las oscuras aguas del Nilo que ondulaban a lo largo del casco.

No habría insistido tanto de no haber tenido aquella profunda impresión de que había alguien. Miró en derredor y volvió a gritar:

—¿Está ahí, Solomon?

Ella nunca le llamaba Solly.

El barco se lo conocía ya bastante bien: la estrecha escalera que conducía de la cubierta de popa a la galería y a la cubierta inferior. Bajó por la escalerilla, vio que no estaba echada la llave a la puerta y entró en el salón, que más parecía un estudio, con sus ventanas que daban a la orilla opuesta; entraba por ellas luz suficiente y

comprobó que los muebles estaban como siempre. Encontró el interruptor y…

—¡Oh!

Por un momento pensó que estaba ante un cadáver que la miraba, desmoronado en el sillón junto a la puerta del fondo; pero como estaba acostumbrada a ver cadáveres, aunque se sorprendió, no se asustó.

—¡Dios mío, Solomon!

El cuerpo se rebulló.

—Tranquila. No se asuste. Soy yo. Vaya a las ventanas y corra las cortinas con naturalidad.

Hizo lo que le decía.

—Vigilan el barco, y quiero que crean que es usted la única persona a bordo. ¿La han seguido?

Su primer impulso fue contestarle con sarcasmo, diciendo que únicamente la habían piropeado o algo por el estilo, para mofarse de su melodramática precaución; pero, al volverse a mirarle, se quedó muda. El estado de aquel hombre era lamentable. El Solomon de atuendo elegante y cuidado era irreconocible: estaba sucio, su traje de lino blanco manchado y roto, y su rostro acusaba una mueca de dolor.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez. ¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—Que tropecé con una bala —contestó él, pasándose la lengua por los labios y secándoselos con un pañuelo manchado de sangre —. Yigal ha muerto.

—¿Cómo ha sido?

—Hemos matado al banquero Mahmud, que nos delataba.

—Deje que le examine —dijo Peggy, y, nada más abrirle la camisa, vio que era una herida grave y pensó cómo habría sido capaz de llegar hasta allí con el pecho cubierto de sangre y el gran hematoma de una bala disparada a quemarropa.

—¡Humm! —exclamó él, mordiéndose el labio para no expresar su dolor.

Ella le pasó suavemente los dedos por el tórax, hablando más bien con ella misma.

—Sin instrumental poco puedo hacer. No veo el orificio de salida, pero a veces es muy pequeño. Tendré que llevarle al

hospital, necesito…

—Estoy bien. Ahora no tengo tiempo de ir al hospital. Me persigue la ley. Hágame un nuevo vendaje —dijo, hurgando en su bolsillo y sacando una venda de campaña del ejército, y, a continuación, un frasco de yodo.

—Tiene una herida abierta y esto va a dolerle un horror —dijo Peggy.

—Habla usted como si fuera mi madre.

Peggy fue a por un poco de agua y, arrodillándose a su lado, le limpió lo mejor que pudo la herida. Vio que tenía una pistola en el bolsillo, pero hizo como si no lo hubiese advertido.

—Tal vez le haya rozado el pulmón —dijo, limpiándole la boca y mirando el pañuelo para ver si había manchas de sangre reciente, quedándose algo más tranquila al ver que no—. Tendrá que hacerse una radiografía lo antes posible —añadió mientras le aplicaba el vendaje—. Y tiene que verle un médico —insistió, ayudándole a ponerse de nuevo la camisa—. Le he hecho un vendaje provisional de campaña, pero que no es lo adecuado para cuidados hospitalarios.

—Déjese de pamplinas. Ya me ha visto un médico y no me pasará nada.

—Sí que puede pasarle. Está gravemente herido y tendrá daños internos. Y se le infectará si no se hace una cura diaria.

—No se preocupe —insistió él, sacando, despacio y con cuidado, una cartera del bolsillo interior, que dejó en las rodillas y abrió—. Ahí tiene el dinero de Karl.

—Gracias.

—Es por lo único a que viene aquí, ¿no?

La agresividad ofensiva formaba parte de su máscara, de su resolución a demostrar que no la necesitaba, que no tenía necesidad de nadie.

—¿A qué iba a venir si no? —replicó ella, poniéndose en pie con un suspiro. Había sido un larga jornada.

—Rommel está a las puertas, Peggy —añadió él, sonriendo—. ¿De qué le servirá el dinero?

—No llegará a El Cairo —contestó ella, apartándose, estirándose el vestido y retocándose el peinado al tiempo que se sentaba en una silla con cojín.

—Le digo yo que sí —replicó Solomon—. Ha tomado Tubruq y ya ha cruzado la frontera egipcia. Hitler le ha nombrado mariscal y está a pocos kilómetros de aquí.

—Le harán falta enfermeras —dijo Peggy con fingida calma.

—¿Qué hora es?

—¿Por qué no hace más que preguntar la hora? —Como él no contestara, miró su reloj de pulsera—. Las diez y cinco.

—Me he perdido el noticiario de la BBC. Estoy esperando un barco que me recoja.

—¿Regresa a Palestina?

Peggy advirtió el modo subrepticio en que movía la mano para palpar la pistola que tenía guardada.

—Creó que tratarán de capturarme cuando venga el barco; pero no lo conseguirán.

—¿Quiénes?

—Ya le he dicho que vigilan el barco. Constantemente.

—¿Se refiere a los ingleses, los del departamento de investigación?

—Ese maldito Cutler; está loco.

—Locos lo están ustedes dos; pero Cutler está en el desierto.

Solomon meneó la cabeza.

—Sabe usted que no es cierto, Peggy —replicó él en tono bonachón—. Ya no está allí. Volvió esta mañana en avión y corre el rumor de que estaba encadenado a otro cuando lo encontraron. Se rumorea también que los ingleses han esclarecido lo de la filtración de información.

—¿Cómo está enterado de todo eso?

—¿Qué se cree que hago en El Cairo, tocarme las narices todo el día?

—Pero ¿cómo sabe lo de Cutler?

—Tengo agentes en todas partes.

—¿Judíos?

—Hay médicos y enfermeras que sí que tienen sentido del deber —replicó él, mirándola.

—He hecho lo que he podido, Solomon. No es culpa mía que el príncipe Piotr sea un bufón. Se lo dije desde el principio y le advertí que espiarle sería perder el tiempo.

Solomon asintió con la cabeza. Lo que decía era cierto: no era

culpa suya sino de él.

—Tal vez me equivocara —dijo.

Era la primera vez que le oía manifestarse inseguro.

Quizás fuese por efecto del dolor que sufría.

—Ha hecho usted lo que creyó que debía hacer —atinó a decir Peggy—, pero no está ahora en condiciones de adoptar decisiones importantes.

—Yigal siempre discutía conmigo —añadió él como si no la hubiese oído—. Siempre estaba diciendo que ayudásemos a los ingleses; quería engañarse creyendo que combatir a Hitler y a los fascistas es la principal tarea de los judíos.

—¿Y usted no está de acuerdo?

—Es algo mucho más complicado —contestó Solomon, como si no quisiera seguir discutiendo.

—A los judíos no les faltan enemigos —añadió Peggy.

Solomon se tocó el vendaje, como si intentase comprobar hasta qué punto le dolía.

—¿Es que piensa usted que yo debería ayudar a detener a Rommel?

—Tal como está ahora no serviría de mucho.

—Los ingleses no tienen nada que hacer. Están retrocediendo en el desierto. No le harán frente.

—Le harán frente —replicó Peggy—. Usted no los conoce como yo. Lucharán.

—Suba a cubierta, coja la linterna y espere ese barco… es un falucho. Encenderán y apagarán una luz verde tres veces. Usted mantenga la linterna encendida.

Ella se le quedó mirando.

—Encenderán y apagarán una luz verde tres veces —repitió ella. Qué conciso e infantil; cómo le gustaba jugar al conspirador. Era parte esencial de su carácter; habría debido ser actor—. Iré a ver —añadió.

La alegró tener tiempo para hacerse una composición de lugar. Permaneció en cubierta, mirando hacia la oscuridad. La llegada de la noche había provocado un súbito cambio de temperatura con una niebla fantasmagórica que flotaba sobre las aguas del Nilo. Había murciélagos que pasaban rozando las luces de los otros barcos y la superficie del agua, internándose en la niebla y pasando por debajo

del puente. Ya se había acostumbrado a ellos, pero al principio aquellas bandadas de murciélagos habían sido uno de sus terrores más cervales. Cómo había perdido el tiempo preocupándose por cosas como aquélla; sólo ahora que habían muerto sus padres comenzaba a ver la vida en una perspectiva más real. ¿Por qué no se habría quedado en Inglaterra, con un buen trabajo, un buen marido, niños preciosos y un hogar confortable? ¿Por qué había pasado la mayor parte de su vida trabajando con equipos quirúrgicos de segundo orden, viviendo en apartamentos precarios en ciudades calurosas y polvorientas? ¿Había sido por negligencia o por un objetivo romántico inexistente?

Solomon debió de oír que se aproximaba la barca o quizá lo presintió. A veces tenía como un don premonitorio. Le vio llegar en el momento en que encendían la luz verde por segunda vez; ella contestó con la linterna. Era un falucho grande con vela latina, como los que habían surcado durante siglos los mares africanos; pero no era un falucho corriente, a juzgar por el sordo sonido del motor diésel. Paró el motor y se dejó arrastrar por la corriente, al tiempo que lanzaban una chalupa que remó hacia el barco. Solomon se abrochó la chaqueta y se dispuso a subir a ella.

—¿No lleva equipaje? —inquirió Peggy.

—No tengo nada —contestó él, meneando la cabeza.

—Cuídese —dijo ella, mirándole a la cara—. Tiene que ver a un médico.

—Quédese con el barco —dijo Solomon, como respondiendo a un impulso súbito—. Está amueblado. En el cajón de arriba del escritorio hay una orden de venta, firmada ante notario. Están pagados los derechos de atraque hasta 1943. Si no lo quiere, lo vende.

—Gracias, Solomon.

Ahora se daba cuenta de que no era un impulso. Solomon no era impulsivo; era una persona para quien la planificación era un principio sagrado, y, aun gravemente herido, el plan —fuese cual fuese— debía llevarse a cabo.

—Karl ha muerto —dijo, como explicando el motivo del regalo.

—Lo sé.

—¿Cómo es posible?

—Me lo imaginaba. Nunca me entregó una nota manuscrita de

él.

—Sí que recibió notas de él.

—Escritas a máquina; pero Karl no sabía escribir a máquina.

—A lo mejor había aprendido.

—Karl, no.

Esperaba que le dijese algo halagüeño sobre Karl: que había muerto como un valiente o dado su vida por la patria judía, pero no añadió nada a lo dicho.

La barca se hurtó al parachoques y golpeó contra el casco del barco.

—¿Es la ciudad de oro? —dijo una voz.

Al principio, Peggy creyó que se trataba de una contraseña, pero enseguida recordó que el barco se llamaba *Ciudad de Oro*.

—Soy yo —dijo Solomon, apoyándose en ella, para, a continuación, comenzar a bajar despacio por la escalerilla de popa. Al final, se detuvo y miró a la barca flotando en el agua. Con gran esfuerzo, puso un pie en ella para subir a bordo, haciéndola inclinarse peligrosamente con el peso y casi a punto de perder el equilibrio y caer al agua; pero un hombre le sujetó por la cintura y le ayudó a sentarse.

—Ayúdenle, que está enfermo —gritó Peggy—. Llévenle a un doctor.

Solomon se volvió despacio hacia ella y le dirigió un saludo con la mano, diciendo:

—A donde voy, todos son doctores. ¡Páselo bien!

Ella le devolvió el saludo pero él ya tenía la cabeza vuelta y la barca había comenzado a alejarse nada más poner pie en ella y una vez que le ayudaron a sentarse, y enseguida se oyó el estallido del motor y el sordo zumbido al arrancar. No llevaba luces de posición y hasta la gran superficie de su vela latina quedó de inmediato tragada por la niebla. Lo último que vio Peggy de Solomon fue que se acurrucaba en la popa y le abrigaban con una manta.

Permaneció un instante mirando hacia el crepúsculo purpúreo. Se sentía triste, a pesar de que nunca le había gustado Solomon por aquella arrogancia machista que la repelía. A veces, se decía a sí misma que esperaba demasiado de los hombres.

Le pareció que no habrían pasado ni dos minutos desde la marcha de Solomon y aquel sonido de pasos con botas y la voz

conminatoria del inspector de policía egipcio.

—¡No arroje nada por la borda, señora!

Se volvió y vio que subían con cascos y rifles.

—No iba a tirar nada por la borda —respondió.

—Señora, busco al propietario —añadió el inspector, muy cortés.

—Soy yo la propietaria —contestó ella—. El *Ciudad de Oro* es mío; me lo ha regalado Solomon.

Fueron subiendo a bordo más policías y tras ellos apareció el capitán Marker, quien le dirigió un afectuoso saludo muy poco oficial.

—Buenas noches, Peggy.

—¿Qué es lo que quieren? —replicó ella, mirándoles de hito en hito.

—Queríamos estar seguros de que no le había sucedido nada —respondió Marker.

—¿Y buscaban a Solomon? —añadió ella.

—Sí; también buscábamos a Solomon.

—Se ha marchado —dijo Peggy.

No sabía por qué le complacía que Solomon se les hubiese escapado. Ella nunca le había entendido; no sabía qué pretendía ni qué era en lo que realmente creía, pero le complacía que hubiese escapado. No le gustaba que encarcelaran a nadie.

—Sí, hemos llegado tarde —sentenció solemne Marker.

Permanecieron callados un instante, como si no existiera amistad entre ellos. El inspector de policía egipcio se acercó al inglés, le saludó y le comunicó que sus hombres no habían encontrado nada de interés.

—Gracias, inspector Khalil. Puede desembarcar a sus hombres. El pájaro ha volado.

—El barco se dirigió corriente arriba —dijo el egipcio—. Era el que yo le dije —añadió, no sin cierto tono de reproche.

—Tal vez lo intercepte la patrullera —dijo Marker.

El inspector de policía repitió el saludo, con una expresión que daba a entender que no creía que la patrullera capturase a nadie.

Peggy contempló a los policías que cruzaban la pasarela para montar en el camión y alejarse.

—Me ha regalado el barco —dijo.

—Sí, ya he oído que se lo decía al inspector. Enhorabuena.

—Es la primera vez que tengo algo mío —añadió ella, acariciando la barandilla de la borda, y mirándole—. Yo no trabajaba para él, si es lo que está pensando.

—Únicamente pensaba en cosas buenas, Peggy.

—Si quiere bajar a cubierta, le invito a una copa —dijo ella.

El *Ciudad de Oro* era casi el último barco de la fila atracado antes del puente y desde él se veía el tráfico que llegaba por la carretera de Gizeh, que dirigía todos los vehículos procedentes del desierto hacia aquel puente de entrada a El Cairo; sólo los caballos y las mulas llegaban por el delta. Veían sobre él en aquel momento los faros reducidos con pintura de los camiones que lo cruzaban pegados unos a otros, en largo convoy. Un convoy procedente del desierto, compuesto exclusivamente por ambulancias militares. Mañana habría otra jornada extenuante de dolorosa tarea.

Permanecieron un rato mirándolo cual si fuese un desfile y el interesarse por tomar una copa constituyera una falta de respeto hacia los hombres ensangrentados y mutilados que llegaban del campo de batalla. Sólo cuando la última ambulancia dejó paso a una manifestación de estudiantes gritando consignas de bienvenida a Rommel, se apartaron de la borda.

—¿No había hablado de una copa? —inquirió Marker.

Una vez en el cómodo salón se relajaron algo. Marker dejó su gorra en el perchero y se dejó caer en un sillón, mientras ella calentaba agua para hacer té. Pero él prefería algo más fuerte.

—¿*Whisky*, coñac, ginebra, vodka, capitán Marker? —preguntó ella, mirando las botellas.

—Llámeme Lionel. Un poquito de *whisky* con agua, por favor, Peggy. Mitad y mitad.

Ella se lo sirvió con todo cuidado, como si midiese algún medicamento y le tendió el vaso. Él lo mantuvo en el aire, brindando.

—Enhorabuena, Peggy. Por el *Ciudad de Oro* y que Dios bendiga a quienes naveguen en él.

—*Ciudad de Oro* —repitió Peggy sonriente, sentándose y sirviéndose el té—. A decir verdad es una ciudad de latón. Es lo que siempre he pensado. Todas esas bandejas, jarrones y adornos baratos de latón que venden en los zocos, la mayor parte de ellos

fabricados en Birmingham, las trompetas de latón con que te despiertan por las mañanas, los botones de latón del uniforme de los soldados ingleses…

—En el pueblo de mi padre, latón quería decir dinero —dijo Marker.

—Brilla como el oro, pero es una aleación y si no se le saca brillo a diario le entra verdín, ¿verdad que sí?

Marker se la quedó mirando. Muy filosófica le parecía aquella noche; y, con ingenua masculinidad, se creyó rechazado.

—¿No pensaba marcharse con Solomon? —inquirió.

—Sí, pensaba hacerlo.

No era verdad, pero quería ver cómo reaccionaba.

—¿A Palestina?

—A ver a mi marido.

—Creí que iba a ir con nuestro correo.

—No hay tal correo. He hecho averiguaciones.

Lo que había hecho era preguntar a Alice, y ésta le había confesado inocentemente la verdad: que no tenían ningún correo.

—Cierto —añadió él, alzando las manos en gesto de rendición.

—No hay tal correo y yo ya no tengo marido. No tengo que ir a ninguna parte.

—La acompaño en el sentimiento —dijo él, que sabía que Karl había muerto, cosa que ella advirtió por la forma en que lo decía; lo habría sabido por conducto oficial.

—No me dé el pésame, capitán Marker —replicó—. Es una antigua historia. Él ha muerto. Creo que lo único que quería era el pasaporte inglés. Tal vez haya sido una tonta.

—Llámeme Lionel. ¿Puedo ayudarla en algo? Ahora estoy fuera de servicio y es un ofrecimiento oficioso.

—Sí, Lionel. ¿Sabe de un buen sitio para emborracharse?

—Emborracharse no es lo que yo le aconsejaría —replicó él muy serio.

—¿Y qué mejor puede hacerse un sábado por la noche en El Cairo?

Él se la quedó mirando un buen rato. Era una mujer muy atractiva; lo había pensado desde la primera vez que la vio.

—Consiguientemente —dijo Marker, que era dado a los formulismos legales en momentos de tensión—, consiguientemente

a una buena cena con una botella de vino, puede que sea capaz de sugerir algo.

Ella se echó a reír por primera vez en mucho tiempo, y comprendió que Lionel Marker había dejado escapar expresamente a Solomon. Marker era un hombre con decisiones propias. Eso le gustaba.

Al día siguiente estaría en el trabajo. Oía el paso de más ambulancias por el puente. Habría mucho trabajo para cirujanos y enfermeras durante varios días. Pararían a Rommel; no le cabía la menor duda. Pero lo pagarían con una carnicería.

Él no le quitaba ojo; vio que fruncía el ceño y preguntó:

—¿Qué sucede, Peggy?

—Creo que voy a tomarme una copa —dijo, levantándose y sirviéndose un *whisky* con agua. Sin hielo; el hielo no le gustaba. Le miró y alzó el vaso. La noche era suya y, de pronto, se sentía libre. Al día siguiente cambiaría el nombre de aquel puñetero barco: le pondría *Ciudad de Latón*.

EPÍLOGO

El agregado militar de la embajada americana de El Cairo fue llamado de repente a Washington en el verano de 1942. «Y cuando el nuevo agregado militar comenzó a utilizar el código cifrado M-138, impenetrable a todos los esfuerzos del Eje, Rommel quedó privado de todos los datos de espionaje estratégico de que hasta entonces había dispuesto. Esta ruptura se produjo en el momento en que cruzaba la frontera egipcia y parecía tener las pirámides y la victoria al alcance de la mano. El VIII ejército inglés se replegó a sus posiciones fortificadas de El Alamein»[17].

Así fue como Rommel y su Afrika Korps no consiguieron llegar a El Cairo. Privado de su mejor fuente de información, el mariscal se vio obligado a combatir a la defensiva. El contraataque inglés se inició en octubre y resultó una auténtica sorpresa para los alemanes, que sufrieron una derrota, punto de inflexión en el desarrollo de la guerra. El Afrika Korps de Rommel inició una retirada que culminó con su expulsión de África. Churchill sentenció: «Antes de El Alamein nunca obtuvimos una victoria; después, no conoceríamos una derrota».



LEN DEIGHTON (Londres, 1929). A lo largo de su vida ha desempeñado oficios muy variados y ha tenido repetidos contactos profesionales con las fuerzas aéreas británicas (
RAF
), que ha mantenido después de dedicarse prioritariamente a la literatura. Ello le permite dar variedad y realismo a sus obras, centradas en temas de espionaje y caracterizadas por el suspense y por el análisis de la personalidad y las motivaciones de sus protagonistas.

Gran parte de sus novelas han sido llevadas al cine, en especial las protagonizadas por Harry Palmer.

Notas

[1] David Kahn, *The Codebreakers* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966). < <

[2] «Young Men's Christian Association», residencias para jóvenes cristianos. (*N. del t.*) < <

[3] El autor pone en boca de este personaje una mezcolanza de hechos históricos. La muerte de Roldán Cortada en Barcelona preludió los hechos de mayo de 1937 en dicha ciudad. El montaje de la policía para imputar al P.O.U.M., de implantación catalana principalmente, fue desencadenado en Madrid por los comunistas, aprovechando la detención de una red de espionaje franquista en la que se implicó al P.O.U.M. con burdas pruebas falsas. (*N. del t.*) < <

[4] «Young Women's Christian Association», residencia juvenil para mujeres cristianas. (*N. del t.*) < <

[5] Famosa enfermera inglesa, elevada a prototipo de abnegación a partir de la guerra de Crimea. (*N. del t.*) < <

[6] Alejandría. (*N. del t.*) < <

[7] Condecoración de la «Distinguished Service Order». (*N. del t.*) <<

[8] Alusión a las divisiones territoriales o condados de Inglaterra, muchos de los cuales conservan ese radical. (*N. del t.*) < <

[9] Equipos independientes del desierto; una especie de comandos. (*N. del t.*) < <

[10] Puedo estar en lo cierto, puedo estar equivocada. < <

[11] Se refiere a la renuncia al trono que firmó el duque de Windsor para casarse con una rica heredera norteamericana. (*N. del t.*) <<

[12] Juego de palabras: «Middle East» es Oriente Medio y «muddle» es desorden. (*N. del t.*) < <

[13] Celebración escocesa en la que se recuerda la vida y la obra de Robert Burns, el poeta nacional escocés. (*N. del t.*) < <

[14] ¡Mierda! (*N. del t.*) < <

[15] Sí. (*N. del t.*) < <

[16] Primer teniente. (*N. del t.*) < <

[17] David Kahn, *The Codebreakers* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966). <<

ÍNDICE